Los espías no hablan

Carlos Holemans

Mi padre fue espía, caballero templario, pintor e independentista flamenco. Y nunca nos contó nada

arpa

Table of Contents

Cover Page

Cubierta

Créditos

Título

Índice

1. Blanco de plomo

2. Azul de Prusia

3. Verde inglés

4. Amarillo diente de león

5. Violeta morado

6. Gris de campaña

7. Blanco de España

8. Pardo terroso

9. Amarillo Judas

10. Azul ultramar

11. Amarillo azufre

12. Ocre albero

13. Verde indio

14. Oro oscuro

15. Gris wolframio

16. Verde aguamarina

17. Rojo carmín

18. Rosa palo

19. Plata

20. Amarillo miel

21. Rojo sangre

22. Negro hueso

Agradecimientos

Notas

LOS ESPÍAS NO HABLAN

© del texto: Carlos Holemans, 2023

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: julio de 2023

ISBN: 978-84-19558-22-0

Diseño de colección: Enric Jardí Diseño de cubierta: Anna Juvé Maquetación: Àngel Daniel Producción del ePub: booqlab

Este libro está hecho con papel proveniente de Suecia, el país con la legislación más avanzada del mundo en materia de gestión forestal. Es un papel con certificación ecológica, rastreable, de pasta mecánica y con un gramaje de 60 g/m^2. Si te interesa la ecología, visita arpaeditores.com/pages/sostenibilidad para saber más.

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Carlos Holemans

LOS ESPÍAS NO HABLAN

arpa

ÍNDICE

1. Blanco de plomo

2. Azul de Prusia

3. Verde inglés

4. Amarillo diente de león

5. Violeta morado

6. Gris de campaña

7. Blanco de España

8. Pardo terroso

9. Amarillo Judas

10. Azul ultramar

11. Amarillo azufre

12. Ocre albero

13. Verde indio

14. Oro oscuro

15. Gris wolframio

16. Verde aguamarina

17. Rojo carmín

18. Rosa palo

19. Plata

20. Amarillo miel

21. Rojo sangre

22. Negro hueso

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

A Albert Pepermans, mi primo, amigo, suegro y abuelo de mi hijo. Gracias a él, y a su esposa Maria Jespers, el frágil cordón umbilical que me unía a Bélgica nunca se rompió.

A ambos, in memoriam, eterna gratitud por ayudarme

a descubrir lo que los espías no hablan.

Bruscamente la tarde se ha aclarado Porque ya cae la lluvia minuciosa.

Cae o cayó. La lluvia es una cosa Que sin duda sucede en el pasado.

Quien la oye caer ha recobrado

El tiempo en que la suerte venturosa Le reveló una flor llamada rosa Y el curioso color del colorado.

Esta lluvia que ciega los cristales Alegrará en perdidos arrabales

Las negras uvas de una parra en cierto

Patio que ya no existe. La mojada Tarde me trae la voz, la voz deseada, De mi padre que vuelve y que no ha muerto.

JORGE LUIS BORGES

1

BLANCO DE PLOMO

Era de madrugada. Hacia las dos o las tres. La luz se encendió de pronto y mi madre entró en la habitación con la brusquedad con que llegan las malas noticias.

Mi hermano Xavi y yo nos incorporamos. Dormíamos en camas contiguas. Sin embargo, mi madre eligió sentarse en la mía, lo que llamó mi atención.

Me puso en la muñeca el reloj de cadena metálica de mi padre y dijo las cuatro palabras:

—Vuestro padre ha muerto.

Miré el reloj. No recuerdo qué hora marcaba. Era el que mi padre llevaba puesto unas horas antes, en la cama del hospital, cuando fui a darle las buenas noches. De hecho, era su único reloj.

—Vestíos, viene para acá.

Traían a mi padre a casa. Mi madre fue encendiendo las luces y se encaminó a la habitación de matrimonio. Desplegó una sábana grande sobre la cama y sacó un manojo de imperdibles de la lata de los botones.

Lo que iba a ocurrir era del todo irregular. Sin embargo, en la España de finales de los setenta podía hacerse si uno sabía cómo. Mi madre era comadrona y lo sabía. El médico que atendió a mi padre hasta el final iba a firmar un parte en el que certificaba que había sido trasladado in articulo mortis del hospital a su domicilio para morir en casa.

Sonó el timbre del portero automático.

—Ya están aquí.

Mi madre abrió la puerta del piso y salió al descansillo a esperar mientras el ascensor subía hasta el octavo piso.

Yo no sabía qué pensar. Quizás era mi padre quien subía, inesperadamente curado y sonriente, e iba a darme un beso y un abrazo.

—Hola, manneken. ¿Vamos a pasear por la Rambla?

Las puertas del ascensor se abrieron y quien apareció fue un celador enorme, vestido con un uniforme hospitalario de color verde.

—Está abajo. ¿Tienen una silla?

Mi madre entró en una habitación que apenas usábamos. Allí se guardaban el caballete, las pinturas, los pinceles y la paleta de mi padre. Yo no guardaba ningún recuerdo de él usándolos; aun así, esos objetos me confirmaban que mi padre era, o había sido, artista.

Mi madre sacó una silla de enea, como las de los tablaos flamencos, una de las cuatro que había alrededor de una mesa camilla, y se la entregó al celador.

Bajamos todos en el ascensor. La silla vacía en el centro. Mi hermano, mi madre, el celador y yo, de pie en sus cuatro puntos cardinales.

Las puertas del ascensor se abrieron. El zaguán estaba desierto. Al fondo, la puerta que daba a la calle. Más allá, el frío de una noche de octubre y una ambulancia mal aparcada.

A la derecha, en una camilla y bajo los buzones, los pies de mi padre sobresalían de la sábana blanca que cubría su cuerpo.

El celador descubrió el cuerpo de un tirón, como un mago. Pero el truco falló. Mi padre no salió volando. Mi padre estaba muerto. La cabeza ladeada, la boca entreabierta, su barba de pintor flamenco doblada y deshilachada.

Lo tomó en brazos para sentarle en la silla y el cuerpo flaco de Karel

Holemans, como un quijote caído, parecía no pesar. Sus piernas se balanceaban en el aire sin músculos que las sujetaran.

Vestía el mismo pijama de la noche anterior, cuando me agarró de la mano sin dejarme ir durante un instante muy largo. Un pijama de rayas, como una víctima más de aquella guerra mundial que le torció la vida.

El celador lo cogió por los sobacos para acomodarle en la silla. La cabeza de mi padre cayó sobre su pecho hundido. Su barbita de pintor flamenco se aplastó y se abrió como un pincel muy usado.

Agarró el asiento de la silla por detrás y la levantó para meterla en el ascensor, del que yo no había salido. La operación completa duró apenas unos segundos.

Hoy, día de mi cincuenta y cuatro cumpleaños, treinta y siete años y cuarenta y nueve días después de esa escena, sigo siendo capaz de descomponerla fotograma por fotograma.

Las puertas se cerraron y comenzamos a subir, situados en las mismas posiciones que en la bajada. En el centro, sentado en la silla, estaba ahora mi padre muerto. La cabeza, al levantarlo el celador, se le había inclinado hacia atrás y caía ahora sobre su hombro huesudo. La boca estaba entreabierta y tras sus labios gruesos podía ver sus dientes, ennegrecidos por el tabaco asesino.

Mi madre le sujetó amorosamente la barbilla con una mano, por debajo de la barba cana y despeluzada, y con la otra le sostuvo la nuca.

El suave balanceo del ascensor, sobrecargado con cinco cuerpos y una silla, duró mucho, tanto que ha llegado hasta hoy. La cabeza vencida de mi padre, las facciones caídas, la boca y los ojos —sí, los ojos también— entrecerrados, sellaban todos sus secretos para siempre.

Secretos que yo intuía y secretos de verdad, aquellos cuya existencia ni siquiera podía imaginar.

Hasta aquí la cámara lenta. A partir de ese momento, los planos se sucedieron en un picado abrumador.

El cuerpo depositado en la cama de matrimonio. El celador que se despide. Una propina furtiva, un billete de quinientas pesetas que se desliza en su mano. Mi madre amortajando a su marido con la sábana grande y el puñado de imperdibles. Los dedos cerrándole los ojos. Una venda alrededor de la cabeza y por debajo de la barbilla para que la mandíbula se cierre antes del rigor mortis. La cara de mi padre, del color de la cera. Mi hermano y yo callados, mirándonos con sonrisas heladas, bromeando nerviosos, empequeñecidos ante la gran verdad que se manifestaba ante nosotros.

—Volved a la cama y dormid un poco.

Creo que sí dormí algo. Al clarear, mi hermano —en realidad, mi hermanastro, pues no era hijo de Karel, aunque yo eso aún no lo sabía— me dijo:

—Se ha pasado la noche abrazada a él. Llorando.

Así se fue mi padre. Así me dejó. Fue la madrugada del 16 de octubre de 1979. Yo tenía dieciséis años y lo único que sabía de él a ciencia cierta era que me quería «más que a nada de mi vida», como me escribió, con su español indómito, en mi libro de autógrafos.

Aún no sabía que los espías no hablan, y que, aunque quieran olvidar, no olvidan. Creo que es por eso que no hablan; hacerlo les llevaría a recordar más de lo que se puede soportar.

Tuve que tener un hijo para saber que, solo a un niño, un padre le cuenta los pasajes más veraces de su vida.

Los recuerdos de su infancia, de aquel lugar remoto e idealizado llamado Bélgica, sus aventuras de juventud, los ideales nacionalistas, la pintura, las exposiciones, los premios, los espías, la guerra, Hitler, el hotel Palace de Madrid, el lujo, los viajes, la huida, la persecución, la condena a muerte, el exilio, la pobreza, los amigos extranjeros al volante de espléndidos deportivos, las conversaciones que mantenían en los seis idiomas que dominaba: Karel Holemans era un fascinante e intrincado misterio.

Decía que le gustaba resolver los jeroglíficos de La Vanguardia porque: «Durante la guerra, yo descifraba jeroglíficos».

Cuando paseábamos por la Rambla de Tarragona, el sol mediterráneo hería nuestros ojos claros: nuestros ojos flamencos, decía, que estaban hechos para el gris y el azul de los paisajes belgas que pintaba.

Karel no tenía un trabajo normal. Se diría que no tenía trabajo, lo que añadía un misterio más a mi curiosidad por comprender su mundo. Karel me llevaba a todas partes, pero no porque no tuviera un trabajo definible, sino porque me quería a su lado.

Solía acompañarle en sus charlas en los bares y escuchaba y observaba, a su lado y en silencio. A veces, —cuando había— me invitaba a un refresco en una terraza. Con toda la frecuencia que podía, me daba cinco pesetas —cuando había— para que me entretuviera con un libro, que era como yo llamaba a los tebeos para convencerle de que me los comprara.

Asistí así a un mundo adulto que no era como el de los otros adultos. Estaba lleno de gente llegada de países lejanos que hablaba lenguas extrañas, aunque yo podía sentir, sin levantar la vista de mi Din Dan, que no querían que nadie entendiera las palabras que pronunciaban.

Vlaamsch Nationaal Verbond, Abwehr, Deutschland, Wehrmacht, Gestapo, dollars, marks, francs, exil, frontière, prison, tirer, mort.

Al volver a casa, muchas veces ya de noche, mi mano entraba en el bolsillo de su abrigo, a la altura de mi cara, y encontraba su mano, grandota, calentita y confortable.

Esa mano envolvía la mía y ya no había nada más que pedirle a la vida. Sentía sus uñas largas, las mismas que me iban a sujetar para no dejarme ir la última noche que le vi con vida. Unas uñas amarillas de nicotina venenosa.

Karel me habló siempre en español. Nunca quiso enseñarme flamenco, la lengua en la que pensaba y en la que refunfuñaba en voz baja. El idioma de sus pensamientos quiso quedárselo para él, como si enseñármelo pudiera contaminarme de amargos recuerdos y conducirme a hechos trágicos.

Mantenerme al margen de lo flamenco era su forma de protegerme. Le daba la seguridad de que yo no seguiría sus pasos.

Ni que decir tiene que esa decisión tuvo el efecto contrario.

Karel, sit tibi terra levis, y su memoria (o mejor, su desmemoria) me empujarían sin remedio desde la Tarraco imperial hacia la ignota Galia Bélgica.

Karel murió dejándome una herencia de valor incalculable: un reloj barato, que le sobrevivió solo unos meses, y una historia insondable, formada por todas las preguntas que nunca pude hacer, por todos los silencios que guardaban sus ojos azules y húmedos, por los nudos en la garganta que apagaban sus palabras cuando se refería a su pasado.

A los dieciséis años yo aún no sabía ni cómo ni cuándo, pero ya había decidido que un día trataría de llenar el vacío gigantesco, el negro abisal en el que su ausencia me dejó.

He masticado esa idea durante décadas. Me puse manos a la obra hace varios años. He necesitado madurez y algo de dinero para emprender a ciegas una investigación completamente amateur que no sabía muy bien dónde me llevaría.

He investigado en archivos de varios países, me he entrevistado con vivos que quieren saber y con moribundos que no quieren recordar. Me he familiarizado con un país en el que nunca viví y con un tiempo habitado solo por muertos.

He averiguado mucho. He entendido las respuestas a preguntas que ni siquiera sabía que existían. He reconstruido amores, vocaciones, fes, amistades y traiciones de hace casi un siglo. He pisado sobre las huellas de los pasos de Karel en varios países. He escuchado el eco de su voz en su caligrafía diminuta.

Y, sin embargo, he fracasado. Nunca conseguí alcanzar lo que verdaderamente deseaba: reencontrarme con él, abrazarle de nuevo y sentir sus labios gruesos y su rostro sin afeitar en mis mejillas de niño.

No me fue dado crecer junto a mi padre. Nunca pude preguntarle qué ocurrió, cómo habíamos llegado a Tarragona y qué hacíamos allí, varados a orillas del Mediterráneo, tan lejos de Flandes. Por qué no teníamos familia y por qué tan pocos amigos.

Los enigmas de Karel Holemans fueron siempre mi equipaje, allá

adonde la vida me llevara.

Necesitaba entender las razones, revelar los secretos, iluminar las sombras, romper los lacres, gritar los motivos, desmantelar las calumnias, señalar a los traidores y, quizás algún día, restaurar su nombre.

Para no ser yo, nunca más, el hijo de un fugitivo, de un criminal condenado a muerte.

Ibiza, 4 de diciembre de 2016.

2

AZUL DE PRUSIA

Aún tardaría muchos años en pisar la Bélgica real. Sin embargo, a través de los recuerdos de mi padre viví mi infancia en una Bélgica idealizada. Para los exiliados —yo no sabía aún qué era un exiliado—, el tiempo vivido se convierte en un fósil congelado en el permafrost de la memoria.

Mi padre viajaba por la vida con una maleta imaginaria llena de sueños pospuestos, que olían a niñez, a familia, a amigos perdidos, a vida truncada. Karel Holemans no podía resistir la tentación de abrir esa maleta, un día sí y otro también, para volver a respirar el aroma del hogar. Un exiliado nunca se va del todo. Vive siempre en la provisionalidad, en la fantasía de que la vida que vive, tan lejos de casa, es solo temporal.

En alemán existe una palabra para denominar esa extraña sensación de añorar un lugar donde no has estado nunca: Fernhwe. Gracias a mi padre, toda mi infancia fue Fernhwe. El hijo de un exiliado nace exiliado. Yo había nacido en Tarragona y, aunque allí crecía como cualquier otro niño, me acompañó siempre la idea de que había algo anómalo en nosotros, que estábamos como de paso, que vivíamos en una ciudad y un país que nos habían prestado y que un día deberíamos devolver.

No es que solo lo pensara, sino que deseaba con todas mis fuerzas que un día, no sabía cómo, fuéramos como los demás: gente con familia, con país, con raíz, sin secretos, sin palabras prohibidas. Hoy me doy cuenta de que he pasado mi vida tratando de desexiliarme, de desarticular el Fernhwe y curar la malformación histórica con la que nací.

El 3 de julio de 1910 el cometa Halley volaba tan cerca de la Tierra

que se anunció el fin del mundo. Dispuesto a contradecirle, ese día Karel Holemans nació en el hotel de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que regentaba la familia Holemans Schodts, en Zichem, un pueblito del Brabante flamenco cercano a la fronteriza provincia de Limburgo.

La familia Holemans, mi familia, procede de un paisaje llamado De Kempen, que cubre el noreste de Flandes y el sur de Holanda. El Kempenland es una extensa llanura de suelo de arena, sobre la que crecen pinos albares de tronco despejado y copas altísimas, como dedos siniestros que se levantan de tumbas ancestrales. Así fue como mi padre los vio y así es como los pintó en sus primeros cuadros.

En el Kempen, aunque está muy lejos del mar, la arena forma dunas y el agua del subsuelo brota para formar lagunas que aparecen y desaparecen según la estación del año. Estas marismas fantasmales, escondidas en la bruma del bosque de mis antepasados, representan el secreto de lo que nadie me contó, lo que quedó oculto y que me costó años desvelar. Pero por más huesos que haya desenterrado de la turba, por mucho que haya patrullado la oscuridad, apenas he vislumbrado la superficie de esas lagunas silenciosas. Tienen una profundidad que jamás lograré sondar.

Y lo que me convierte en huérfano sin remedio son las lagunas que ya nadie recuerda, las que permanecerán ignoradas para siempre, sin testigos, en un olvidado rincón del bosque que ni los azores conocen.

Karel fue el sexto de nueve hermanos, de los que solo siete llegaron a la adolescencia. Todos nacieron en el hotel de mis abuelos, Clement Holemans y Thérèse Schodts.

Clement había nacido en 1876 en Diest, una pequeña ciudad a pocos kilómetros de Zichem, donde acabarían instalándose. Thérèse, a quien todos llamaban Trees Klemaa1, era dos años mayor que él y había nacido en Kaggevinne2, una pedanía a media hora andando desde el centro de Diest.

Por falta de testigos vivos, no es posible conocer detalles del noviazgo de Clement y Thérèse. Probablemente sus miradas se cruzaron por primera vez en alguna fiesta religiosa de las muchas que en esta devota región de Flandes se ofrecían a Nuestra Señora del Sagrado

Corazón, venerada en la cercana abadía de Averbode.

Conociendo Bélgica como hoy la conozco es fácil conjeturar que su compromiso debió formalizarse en un almuerzo entre ambas familias. Habría parlamentos, comida en abundancia, cerveza en más abundancia todavía, y una sobremesa que se alargaría hasta la cena.

Al tiempo que Clement y Thérèse hacían planes para la boda, la abadía de Averbode se convertía en el mayor santuario de peregrinación católica de Bélgica. La hermandad de Nuestra Señora del Sagrado Corazón se fundó en la abadía en 1877 y, para cuando mis abuelos se comprometieron en 1894, ya había alcanzado la asombrosa cifra de cuatrocientos mil miembros. Casi uno de cada cinco belgas era miembro de la hermandad.

La abadía fue también una bendición económica. A su alrededor se construyeron viviendas sociales, una escuela, una biblioteca pública y un teatro para funciones religiosas. La prosperidad que la abadía trajo a esta remota región de Flandes fue fundamental para la joven pareja. Sin embargo, una amenaza se interponía entre ellos y sus sueños: el servicio militar.

En 1896, Clement acababa de cumplir veinte años. No se temía una guerra con Alemania y el servicio militar obligatorio no se había impuesto aún (no lo haría hasta 1909). Así pues, los soldados que el ejército precisaba se elegían por sorteo cada año entre los jóvenes que cumplían la veintena.

Los hijos de familias ricas podían librarse pagando una sustanciosa suma. Eso nos da un indicio claro de que los Holemans eran una familia pequeñoburguesa sin sobrados recursos. De haber podido permitírselo, no habrían expuesto al joven Clement al riesgo del sorteo.

Unos pocos días después de su vigésimo cumpleaños, en una fría mañana de enero de 1896, Clement Holemans salió de la casa de sus padres para ascender hasta la ciudadela militar que corona el pueblo y conocer su destino; o más bien, el destino que el ejército le reservaba.

Clement cruzó el Grote Markt, dejó a su espalda el edificio del ayuntamiento y la iglesia de San Sulpicio, donde más pronto de lo que pensaba se casaría con Trees, y tomó la pendiente del

Allerheiligenberg.

Más de un siglo después, también una mañana de enero, anduve sobre los pasos de mi abuelo y subí a la ciudadela de Diest. Los adoquines estaban cubiertos de hojas de haya caídas, humedecidas por la escarcha. Para no resbalar, pisaba donde las piedras se veían despejadas y brillantes. Antes de acometer la pendiente final, la más empinada de la cuesta, me detuve.

Imaginé a Clement Holemans frente a la vieja capilla medieval de Todos los Santos, a la izquierda de la cuesta. Docenas de velitas brillaban en la penumbra. Quizás el piadoso Clement entró, rezó una oración en silencio y ofreció una vela a San Jorge, patrón de los arqueros, para rogarle que las aviesas flechas del sorteo le esquivaran.

Desde lo alto del último repecho adoquinado se domina la ciudad y buena parte de la comarca. Mi abuelo debió contemplar la vista con el temor de hacerlo por última vez como ciudadano libre. En algún momento se dio la vuelta y ya no miró atrás. Tras la última cuesta, se abría frente a él el gran portón de la imponente ciudadela de Diest.3

Con el corazón en un puño, Clement penetró en el interior del pentágono amurallado junto con muchos otros mozos. Cientos de familias de la región de Brabante rezaban en sus casas por el destino de sus vástagos. En ese momento de la historia, lo que esos jóvenes arriesgaban en el sorteo no era morir en combate, sino perder toda su juventud: hasta trece años de servicio militar estaban en juego.

Quienes esa mañana sacaran los números correctos podrían abandonar el fortín, volver a los brazos de sus madres y de sus novias, y ser libres para iniciar su vida adulta. Los que sacaran los números incorrectos formarían filas de inmediato en la explanada de la ciudadela. Sus ilusiones quedarían secuestradas entre los muros del cuartel durante ocho estériles años de milicia, a los que habría que añadir otros cinco años en la reserva.

Había algo que producía un terror ovejuno a Clement y a sus compañeros: ser destinados al Congo. El beneficio del caucho se había disparado al 700%, y el rey Leopoldo II, que tenía de facto la propiedad de la colonia, se había propuesto exprimir el fruto de su colosal finca privada, ochenta veces mayor que Bélgica.

Leopoldo había encargado a su ministro de Defensa reforzar la Force Publique, un siniestro cuerpo policial encargado de que aquellos negros salvajes no escaparan a su patriótico deber: trabajar esclavizados en el sangrado del caucho. Para asegurarse de que no desertaran, sus familias, niños incluidos, eran encarceladas. Se decía que los reclutas no iban al Congo, que eran solo los oficiales, que en África los soldados de tropa eran esclavos negros liberados a cambio de vestir el uniforme. Pero con los militares quién iba a saber; hoy decían tal y mañana cual.

Aquellos jóvenes, que no habían viajado nunca más allá de Lovaina, sentían esa mañana una bola de angustia en sus estómagos. Formaron una hilera frente a una mesa sobre la que se exhibía un extraño objeto. Era una especie de cilindro hexagonal, un barrilete de madera bien barnizada, con una puertecilla lateral en una de sus seis caras.

Con el entusiasmo de una babosa, un soldado volteaba el bien engrasado barrilete, lo detenía con la mano abierta y abría el pequeño portillo ante el candidato a recluta. El tembloroso muchacho tenía que alargar la mano y coger un tubito de madera. Dentro del tubo estaba enrollado un sello dentado con un número impreso. En una pizarra, custodiada por el sargento que dirigía el sorteo, se relacionaban números del 1 al 300. Eran los destinos de los trescientos reclutas que el ejército reclamaba ese año: guarniciones en ciudades principales o destacamentos perdidos en cualquier rincón de Bélgica.

Clement estaba tenso como la piel del tambor de la fanfarria de Sint Jansvrienden. El soldado volteó el barrilete con gesto indiferente y abrió la compuerta. Clement metió la mano y los tubitos, poco más gruesos que una paja de trigo, se le escurrían entre los dedos. Pellizcó uno al azar, lo sacó y lo encerró en el puño. Con un miedo que nunca había sentido antes, separó sus dos mitades y desenrolló el papelito: 333. Excedente de cupo.

Thérèse guardó siempre aquel número mágico, una verdadera carta de libertad que de un golpe licenció a ambos del servicio militar. Aún hoy, su nieto Jef, mi primo hermano, custodia este valioso tesoro familiar, origen simbólico de nuestra familia.

Aquel cabalístico 333 permitió a Clement entrar a trabajar, ese mismo año de 1896, como aprendiz de linotipista en la imprenta de Joseph

Nys, en Bruselas, donde además de libros y láminas artísticas, se publicaba el popular diario católico Het Vlaamsche Volk.

Clement se había formado como tipógrafo durante su educación secundaria en Diest y tras dos años de trabajo aplicado consiguió convertirse en un impresor experto y en un redactor prometedor. En enero de 1898, pocos días después cumplir veintidós años, Clement comunicó al periódico su renuncia y solicitó un certificado de trabajo y de buena conducta. Mijnheer4 Karel Vantomme, uno de los directores, con gran pesar escribió:

Estamos muy satisfechos con Clement Holemans, no solo con su trabajo, sino también con su comportamiento. Por la presente, reconocemos sin rodeos que lamentamos que deje nuestro lugar de trabajo.

Gracias a la experiencia adquirida en Bruselas, Clement había conseguido un empleo en el taller de tipografía de la editorial de la abadía, en Averbode. Así podría ver a Trees a diario y ganaría en felicidad, en ingresos y en respeto.

La editorial de la abadía sacaba a la calle la colosal cifra de cien mil ejemplares mensuales de De Bode, la revista que devoraban los cofrades de la Hermandad de Nuestra Señora. Su director, el hermano Marius Lefèvre, vio enseguida que se podía confiar en el joven Holemans y a los dos años le nombró jefe del taller de tipografía.

Allí, en el centro del taller, entre resmas de papel, rodeado de cajas clasificadoras de tipos móviles y de un grupo de cajistas, posó Clement en la fotografía más antigua que se conserva de él, una postal de 1900.

Clement —ahora ya Mijnheer Holemans— vestía traje y corbata y se cubría con su guardapolvo de meestergast5. Lucía un digno y comedido bigote que, a medida que fuera ascendiendo en la escalera social, prosperaría con él, devendría mostacho y sus puntas se rizarían hasta alcanzar proporciones de káiser.

El sábado 8 octubre de 1898, mis abuelos Clement y Thérèse se

casaron en la hermosa iglesia gótica de San Sulpicio en Diest, y a finales de ese año abrieron en Averbode el negocio familiar que les acompañaría hasta el final de sus días: el hotel de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, cuya imagen en una hornacina coronaba la fachada.

VILLÉGIATURE AVERBODE.
Hotel Notre Dame du Sacré Cœur.
Pension de famille - Zomerverblijf.
Grandes salles à diner - Groote Eetzalen
Chambres Spacieuses - Groote Kamers,
Prix Moderes - Matige Prij
Uitg J. Wouters-Van den Buick, Averbode.

Hotel de la familia Holemans en Averbode.

Era una casa exenta de ladrillo visto, con dos plantas, buhardilla y tejado a dos aguas. Sobre la entrada, en mayúsculas, un rótulo ponía nombre al hotel y a la familia: CL HOLEMANS SCHODTS.6 Justo frente al edificio se encontraba la parada del tranvía que unía la abadía con la estación de Zichem. Los peregrinos, que se apeaban cansados del viaje y cargados de bultos, eran recibidos con una cerveza helada, una comida caliente y una cama seca. No hacían falta más pruebas de que era la divina gracia de Nuestra Señora la que había puesto a los Holemans en aquel lugar.

Clement consiguió que la cervecera Van Tilt, propietaria del edificio, le firmara un ventajoso contrato de alquiler indefinido, que mantuvo toda su vida. Con ese contrato en el bolsillo, se dispuso a hacer crecer sus dos grandes empresas: el hotel y una familia numerosa.

Con puntualidad de campanario, Clement y Thérèse trajeron al mundo a un hijo cada dos años. Maria en 1900. Madeleine en 1902. Josef en 1904. Martha en 1906. Henrica en 1908. Karel en 1910. Amanda en 1912. Omer en 1914. Y Albert… en 1917.

El nacimiento de Albert desajustó la cadencia prusiana de la gestación familiar. Aunque esta pequeña informalidad podía disculparse por los sinsabores que trajo la primera invasión alemana. De los nueve hijos de Clement y Thérèse, solo siete sobrevivieron a las enfermedades infantiles o a los partos difíciles. Henrica y Amanda murieron tempranamente.

Hacia 1905, tras unos años de buen desempeño como jefe del taller de tipografía, promocionaron a Clement a redactor de la joya editorial de la abadía: la revista De Bode. Este ascenso le supuso dejar atrás el frío del taller, el estrépito de la maquinaria, la tinta y la grasa de la prensa. Colgó el guardapolvo azul, se vistió con chaqueta, chaleco y corbata y fue a sentarse a la mesa de redacción, en la misma casa del abad.

Allí, Clement coincidió con otro joven redactor nacido en Zichem: Ernest Claes, quien llegaría a ser uno de los grandes autores de las letras flamencas.7 Años más tarde, Ernest Claes escribiría en su

autobiografía:

En la redacción, una habitación del piso alto del monasterio que Dios sabe para qué habría servido, se sentaba frente a mí, cara a cara, Clement Holemans.

Un gran tipo y una buena persona, este Clement. Había aprendido el oficio de tipógrafo en Diest, su ciudad natal. Era además hotelero en Averbode y director de la fanfarria de Sint Jansvrienden. Tenía una bonita voz de barítono que le gustaba exhibir de vez en cuando, y ahora encima se había convertido en redactor.

El trabajo de Clement consistía en traducir artículos del alemán y en corregir las pruebas de imprenta de los folletines que publicaba la revista. También se esforzaba en escribir pequeñas historias y poesías, con la ilusión de verlas impresas. Sin embargo, el padre Blomm, director y redactor jefe, nunca las encontraba suficientemente edificantes y las descartaba una y otra vez.

El trabajo en la editorial no estaba pagado espléndidamente, pero el hotel funcionaba a pleno rendimiento. Clement sintió que tanto su economía como su posición en la sociedad de Zichem se asentaban en suelo firme y se dispuso a dar un gran paso.

En 1910, encargó los planos para la ampliación del hotel al arquitecto Alphonse Dergelin, de Diest.8 La demanda de habitaciones era cada vez mayor y con demasiada frecuencia se quedaban sin poder atenderla. Además, el edificio apenas podía ya contener a una familia con cuatro hijos y otro en camino.

La reforma respetó la fachada principal y derribó la fachada trasera, retranqueándola casi quince metros. El hotel pudo triplicar así su superficie, y las habitaciones aumentaron de cuatro a trece. El nuevo comedor tenía once metros de profundidad y podía sentar a sesenta comensales en días de banquete. Sus cinco ventanales capturaban toda la luz de Frankenstraat y era tan amplio que empequeñecía la enorme araña de cristal que lo sobrevolaba.

Embarazada de Karel, Trees Klemaa sobrellevó con resignación evangélica el polvo y el ruido de los trabajos de ampliación. El 3 de junio de ese año 1910, con la casa aún empantanada, Trees dio a luz, en una habitación del piso superior, a Karel, un niño regordete que cincuenta y dos años después se convertiría en mi padre.

Karel salió por primera vez a la calle en brazos de su madre para ser presentado a los vecinos. Sus ojos aún no sabían enfocar, así que no pudo ver el extenso arenal que tenía frente a él y al que llamaban Het Strand (la playa). En los raros días de cielo azul, los vecinos desplegaban allí tumbonas de tijera para tomar el sol y los niños jugaban sin camiseta a rastrillar y llenar de arena sus cubitos, como si las olas de un mar imaginario rompieran junto a ellos.

Al día siguiente de nacer, el pequeño Karel fue bautizado en la capilla de la abadía con el nombre de Johannes Carolus. Los padrinos fueron su tía materna Josephina Schodts y el amigo de la familia Gaspar Bas. Los testigos, toda su familia, sus vecinos y dos leones esculpidos en madera que rematan la sillería del coro. Cada vez que visitaba esa capilla solía sostener su feroz mirada de roble y les ofrecía mi alma a cambio de que me contaran todo lo que habían visto. No tuve ningún éxito, por lo que conservo mi alma.

Durante años escuché decir que mi abuelo tuvo intereses en el negocio del carbón. Nadie supo decirme si poseía sacos, almacenes o minas enteras. Magnificar la vida de los antepasados es siempre una tentación fácil y reconfortante. Sin embargo, tras mucho husmear en la historia de Averbode, la verdad ha resultado mucho más modesta: los Holemans, al igual que los demás hoteleros, vendían carbón al detalle para alimentar las estufas y las cocinas de sus vecinos.

La ampliación del hotel había convertido a Clement Holemans en un hombre próspero. Con alojamiento para treinta huéspedes, el negocio marchaba viento en popa. La abadía y los bellos paisajes del Kempen hacían de Averbode un destino muy popular no solo en Bélgica, sino también entre turistas franceses e incluso ingleses.

Además de mantener su trabajo de redactor en la abadía, Clement marcaba también el ritmo de la fanfarria local tocando el bombardón. De ahí a dirigir el compás de las vidas de sus vecinos solo había un paso. Era un buen católico, un patriota flamenco, un padre de familia

y un empresario respetado. Lo tenía todo para lanzar su carrera política.

En abril de 1914, se celebró un acto político en Averbode para reclamar que la universidad de Gante impartiera sus clases en flamenco, y no solo en francés. Los conferenciantes fueron Clement Holemans y Edmond van Dieren, quien veinte años después sería el portavoz del partido nacionalista flamenco VNV en el senado belga.

En la cercana Deurne, un mitin análogo fue encabezado por el doctor August Borms, un icono del independentismo flamenco. Borms fue condenado a muerte dos veces por colaborar con los invasores alemanes, en ambas guerras mundiales. Su ardiente fervor católico y su buena relación con la iglesia le libraron del paredón la primera vez, aunque no la segunda.

Estos eran los aires que corrían cuando Clement Holemans debutó en la arena política. Mi abuelo era un flamencófilo confeso, aunque el independentismo aún no se había radicalizado como lo haría más tarde, en los años treinta. Antes de la Gran Guerra, la única independencia con la que soñaba Clement Holemans era la de su adorado Averbode.

La floreciente pedanía crecía a ojos vistas, mientras que el viejo municipio de Zichem se estancaba como un pueblo de granjeros. Con la construcción del tranvía y de los hoteles, el turismo se había desbordado y la población se triplicó, alcanzando los 1.800 habitantes. La nueva burguesía, nacida al calor de la abadía, se sintió lo bastante fuerte como para unirse y reivindicar la segregación de Averbode.

En 1913, mi abuelo Clement se puso al frente del movimiento de independencia. Las primeras reuniones de aquellos burgueses levantiscos se celebraron bajo la araña de cristal del gran comedor de los Holemans. Karel tenía solo tres años y no guardó recuerdo alguno de las conjuras que habitaron el salón de su casa. Aunque aprender a caminar entre conspiraciones debió plantar en él la semilla de la ambición política.

En Averbode, pocos dudaban de la inmediata segregación de aquel concejo enriquecido y satisfecho de sí mismo. Desafortunadamente, les aguardaba un obstáculo formidable. En agosto de 1914, el káiser

Guillermo II declaró la guerra a Francia, ignoró por completo la neutralidad belga, lanzó un ultimátum al rey Alberto I, cruzó la frontera e invadió Bélgica.

Su propósito era atravesar en un santiamén ese país diminuto y neutral en su camino hacia Francia, no esperaba contratiempos. Pero el orgulloso ejército belga, encastillado en las fortificaciones de Lieja y Namur, presentó una defensa que retrasó a las tropas del káiser, dio tiempo a los franceses para que escaparan del cerco planeado por los alemanes y, en última instancia, evitó la caída de París.

Esta súbita resistencia encolerizó a los generales alemanes y dio alas a una represión salvaje, conocida en los libros de historia como la Violación de Bélgica. Hubo asesinatos, saqueos, incendios de casas y edificios, violaciones masivas, fusilamientos de civiles y todo el catálogo de maldades que un ejército desbocado es capaz de ejercer sobre un puñado de paisanos orgullosos e insurrectos.

Esta agresión provocó la entrada del Reino Unido en la guerra9, lo que exacerbó aún más la furia alemana. Por culpa de aquellos catetos liliputienses, París no había caído y, encima, el Imperio Británico tomaba cartas en el asunto.

A las puertas de Averbode, en la pequeña localidad de Aarschot, una horda germana violó a las mujeres del pueblo y asesinó a 156 vecinos. La violación cultural se perpetró un poco más al oeste: la riquísima biblioteca de la universidad de Lovaina, con trescientos mil libros y manuscritos medievales, fue incendiada, la ciudad arrasada y sus habitantes deportados. Pronto se supo que en Schaffen, muy cerca de Diest, los alemanes habían masacrado a sus habitantes y ya avanzaban hacia Zichem.

Cuando los invasores llegaron al pueblo, este estaba desierto. La familia Holemans, como los demás vecinos, había huido para ocultarse en los pantanos. Karel, que tenía solo cuatro años recién cumplidos, debió entender que aquello no era otro picnic en el bosque. La angustia y la zozobra de los padres es el primer miedo que un hijo siente.

La imagen del pequeño Karel, asustado, corriendo agarrado de la mano de sus hermanas y refugiándose en el bosque, era un presagio de

la vida que le esperaba. Correr, huir del miedo, con la guerra en los talones. Fue la primera vez, pero no sería la última.

Pese al pánico inicial, el pueblo no fue arrasado. En un inesperado golpe de suerte, los alemanes habían elegido Zichem para establecer sus cuarteles de retaguardia. El ejército alemán maniobró hacia el norte para ocupar el estratégico puerto de Amberes y dejó la región de Averbode aislada del resto de Bélgica y bajo control alemán hasta el fin de la guerra. Gracias ello, el pequeño rincón de Flandes donde vivían los Holemans se salvó.

Las primeras batallas de la Gran Guerra tuvieron lugar al sur, en Valonia, y el frente flamenco se estabilizó a poniente, cerca del canal de la Mancha. La ciudad de Ypres fue una de las grandes víctimas de la guerra de trincheras. Quedó laminada por los bombardeos y dio nombre a la infame iperita o gas mostaza, pues allí fue donde se empleó por primera vez.

Por suerte para los Holemans, Averbode quedaba lejos de aquel infierno de barro, hielo, ratas y alambradas que durante cuatro años provocó una de las mayores matanzas de la historia.

Sus vecinos fueron saliendo poco a poco del bosque y regresaron a sus casas para servir a los ocupantes alemanes. Las atrocidades cometidas en los pueblos vecinos, que tanto temían, no llegaron a consumarse. Allí, lejos del frente y a menos de cien kilómetros de Aquisgrán, los soldados del káiser descansaban de los combates, curaban a sus heridos y, los de más edad, esperaban a licenciarse sin meterse en problemas.

Algunos incluso se trajeron a Zichem a sus familias alemanas, y los más católicos asistían a las ceremonias religiosas de la abadía. La vida se vivía con una extraña normalidad, pese al desdén que los alemanes mostraban por los pueblerinos ignorantes, que hablaban una especie de alemán degenerado y les servían con desgana.

El hotel Holemans fue reconvertido en hospital de campaña. En el salón se instalaron docenas de literas para los heridos y sus habitaciones más cómodas fueron ocupadas por oficiales alemanes. A la familia se le permitió amontonarse en una pequeña ala de la casa a cambio de que Trees cocinara y de que sus hijas Maria y Madaleine,

de 14 y 12 años, ayudaran a cuidar a los heridos.

Al empezar la invasión, Trees tenía a otros tres pequeños que cuidar, Josef, Martha y Karel, de 10, 8 y 4 años, y estaba embarazada por octava vez. Su angustia por la familia y el miedo que tenía a los alemanes precipitaron el parto del que fue su sexto hijo vivo: Omer Holemans.

Este tío mío fue un hombre de inteligencia justa y ambiciones sencillas. Dicen que era servicial, cariñoso y sensible, y que disfrutaba como nadie con la banda de música y las fiestas parroquiales. Su nacimiento prematuro le hizo de constitución frágil y naturaleza enfermiza, y se mantuvo soltero y pegado a las faldas de la familia hasta que murió a los 34 años. De todos los parientes que no conocí, Omer es el que más ternura me despierta. Su cara alargada, el cabello repeinado y la figura taciturna, siempre de traje oscuro, sugieren que este sosias de Stan Laurel tuvo un espíritu rico en simplicidad, curiosidad y bondad.

Omer Holemans.

Omer solía participar en la fanfarria cargando a su espalda el pesado bombo mayor. El tamborero caminaba tras él, aporreándolo con su maza al ritmo grave de la procesión. Me conmueve la imagen esforzada de este hombre apacible, con su frágil esqueleto baqueteado y casi desarmado en cada percusión. Omer quizás intuyó que su paso por el mundo iba a ser breve y nunca perdió tiempo en conocer la soberbia. Lamento mucho no haberle conocido.

Mi tía Madeleine se había convertido durante la guerra en una jovencita bella y bravía. Un día, mientras atendía en el hotel a los heridos, un soldado alemán se dirigió a ella de modo soez y cuartelero. Madeleine respondió a la procacidad escupiéndole su desprecio con unas palabras en flamenco cuyo sentido el alemán, pese a no entenderlas, comprendió perfectamente.

Thérèse corrió a proteger a su hija del bárbaro que ya levantaba su fusil. El soldado descargó la pesada culata en la espalda de mi abuela. El golpe le causó una fuerte contusión en el omoplato y, tal vez, una fisura. Cuando Trees envejeció, un dolor con cada cambio de tiempo le recordaba la crueldad de aquellos a quienes toda la familia se había visto obligada a servir.

Cuarenta años después de la guerra, Trees, ya muy anciana y con demencia, aún temía el regreso de los alemanes y alertaba a sus hijos del peligro. Aquellos miedos de color mostaza la acompañaron hasta su muerte en 1956.

La Gran Guerra consiguió algo que ochenta y cuatro años de historia común no habían logrado alumbrar: un sentimiento patriótico belga. Nada como una agresión y un enemigo exterior para amalgamar a la población en torno al mástil de una bandera. Y aunque muchos belgas entonaron la Brabançonne y se emocionaban al paso de la bandera tricolor, no todos se unieron al coro.

Los nacionalistas flamencos más irreductibles imaginaban su país de modo bien diferente. La propia existencia de un estado belga era para ellos un ultraje a Flandes. Con la Gran Guerra, los flamenquistas10, siempre recelosos del gobierno de Bruselas por su menosprecio hacia

la lengua flamenca, sintieron que la ocupación alemana abría inesperados atajos hacia la independencia.11

Los alemanes lograron acentuar la fisura entre los belgas practicando una insidiosa Flamenpolitik: concedieron preferencia sin disimulo a los flamencos sobre los valones. Los separaron del resto, les dieron mejor trato y, los más radicalizados, fueron invitados a colaborar como informadores.

Desde el frente llegaban también rumores: supuestamente, los reclutas flamencos eran comandados en las trincheras por oficiales valones, que les gritaban en francés órdenes que no comprendían y que les conducían a la muerte como lapins.12

La familia Holemans, así como la mayoría de sus vecinos de Averbode, eran nacionalistas de corazón, pero a diferencia de los flamenquistas, no podían ver a los alemanes como aliados. Los Holemans tenían su propia casa ocupada y las peores salvajadas de los alemanes habían ocurrido demasiado cerca.

Solo deseaban que la guerra terminara y que su educada clientela de Bruselas, Valonia y Francia volviera a llenar el hotel. Este práctico espíritu burgués y su pacífico catolicismo de provincias les situó, al menos durante esta guerra, muy lejos de la colaboración con los alemanes.

Cuando Alemania cayó derrotada en 1918, Karel tenía poco más de ocho años. Unos meses después, vio con admiración cómo su padre, Clement Holemans, recibía del rey Alberto I la Gran Cruz Civil de segunda clase en recompensa por los «excepcionales actos de valor, sacrificio y humanitarios» que había prestado al país entre 1914 y 1918.

La ocupación de la casa familiar, la paralización del negocio, el sufrimiento personal y el perjuicio económico no fueron los únicos méritos que se tuvieron en cuenta para concederle la Gran Cruz. Clement había sido también un colaborador activo del Comité Nacional de Ayuda y Alimentos y había hecho mucho por aliviar la paupérrima situación de sus vecinos.

Esta condecoración y sus honores implícitos le serían muy necesarios a Clement cuando llegara la Segunda Guerra Mundial, que aún nadie

podía presagiar. Porque en esta segunda ocupación, la colaboración de Clement con los alemanes sería bastante más entusiasta y le obligaría a dar muchas más explicaciones.

3

VERDE INGLÉS

La derrota alemana se vivió en Bélgica como la victoria de la Europa latina sobre las hordas de Germania, que una vez más habían llegado del Este para caer sobre el mundo civilizado. Los flamenquistas, que en gran número habían tomado partido por los bárbaros, fueron perseguidos y castigados. Los valones clamaban por un afrancesamiento del país que asegurara la unión y la pervivencia de Bélgica.

Sin embargo, el Flandes posterior a la Gran Guerra ya no era aquella región hambrienta y depauperada de finales del siglo XIX. Durante los años veinte, el puerto de Amberes no dejó de recibir a comerciantes que, como modernos marcopolos, arribaban cargados con exuberantes riquezas del Congo: ébano, marfil, caucho, cobalto para endurecer el acero, oro y diamantes, diamantes y más diamantes.

Los empresarios belgas se sintieron atraídos por los bajos salarios y por el orden que, cual pax romana, la iglesia católica mantenía en Flandes. Allí trasladaron fábricas y sucursales y, por primera vez, inversores flamencos como Gevaert se convirtieron en magnates. Estaba naciendo una moderna burguesía flamenca, orgullosa de su lengua y dispuesta a llevar la prosperidad a todos los rincones de Flandes. Uno de esos rincones era el Kempenland, la tierra natal de los Holemans.

Los peregrinos regresaron a Averbode. Volvían para postrarse ante Nuestra Señora y dar gracias por la paz y la salud que al fin disfrutaban. Atrás quedaban las calamidades de la Gran Guerra y la pandemia de gripe española. Las peregrinaciones volvían a ser unas verdaderas vacaciones en los bosques que rodeaban la abadía de Averbode.

El hotel de los Holemans se llenó de burgueses francófonos de Bruselas y Valonia.13 También llegaban británicos que habían conocido los campos de Flandes cubiertos por amapolas de sangre y que regresaban a una Bélgica que volvía a sonreír.

Conducían los últimos modelos de automóvil y los estacionaban frente a los hoteles, sobre la arena del Strand. Karel, ya con diez años, correteaba con los niños del pueblo jugando a reconocer las marcas de los coches. Los lujosos Citroën A, el Peugeot Quadrilett descapotable, recién presentado en la feria de Bruselas, los míticos Ford T y los más corrientes Austin Seven, con sus incómodos volantes a la derecha.

De vez en cuando atronaba la calle un elegante deportivo italiano, el Alfa Romeo RL, con sus tres mil centímetros cúbicos, que entusiasmaba a los niños e hipnotizaba a los mayores. De los tranvías que llegaban de la estación bajaban también peregrinos sin motorizar, que aportaban un bullicio menos elegante, aunque igualmente bienvenido.

Si la felicidad es la ausencia de sobresaltos y la previsibilidad de lo cotidiano, para los Holemans, los alegres años veinte debieron ser alegres de verdad. Hay muy pocos documentos escritos de esos años y solo algunas historias banales han pervivido en la memoria oral de la familia. La vida que pasa liviana mancha mucho menos papel que las tragedias.

En uno de mis primeros viajes a Averbode conocí a un joven muy amable y culto llamado Glenn Geraerts, que aspiraba por entonces a vestir el hábito de monje en la abadía. Glenn era un periodista apasionado por la historia, que de inmediato hizo suya mi avidez por encontrar rastros de mi familia. En una de mis visitas, en las que trocábamos cerveza flamenca por vino español, me regaló un precioso libro que contenía fotografías de Averbode tomadas durante el siglo XX. Según me dijo, en él aparecían unos cuantos de mis parientes.

Escudriñé el libro con mirada de entomólogo y allí aparecieron imágenes de mi abuelo Clement y de su mostacho, progresando ambos según pasaba la vida; también de mis tíos Jozef y Albert, posando con instrumentos musicales en la fanfarria local. Tardé bastantes semanas en reparar en una foto que de antemano no parecía tener nada que decirme, pero que escondía un detalle clave.

Era una imagen del aula de la escuela, presidida por un crucifijo y por retratos de Nuestra Señora, del abad de Averbode y otras santidades. En la pizarra alguien había escrito con pulcra caligrafía la fecha de aquel día: 11 de mayo de 1919. Unos veinte niños, todos varones, se apretujaban en los pupitres, mirando fijamente al fotógrafo. El maestro Theofile Sieben había ordenado a los niños por alturas: los más altos sentados atrás, los más pequeños delante. Bendita sensatez, la del señor Sieben.

El primer niño sentado a la derecha, el menor de todos, era Karel, con nueve años recién cumplidos. Ese niño llevaba cien años sentado en ese pupitre, esperando el día que nuestras miradas se cruzaran. Sentí el vértigo de viajar en el tiempo. Cuando yo tenía esa misma edad sentía paz mirando el azul tranquilo de los ojos de mi padre, de cincuenta años largos. Hoy, con ese libro abierto en mis manos, era yo el cincuentón estupefacto que establecía contacto con la mirada de un niño pequeño que, gracias al hoyuelo en la barbilla y a sus ojos grandotes, reconocí como mi padre.

Le miraba a los ojos mucho antes de que yo hubiera nacido. Sostenía la mirada de un niño de hacía cien años que un día, en una apasionada noche de primavera de otro tiempo y otro lugar, me engendraría a mí. La máquina del tiempo existe: es una foto vieja.

En 1920 se celebraron los Juegos Olímpicos de Amberes, concedidos a Bélgica por los sufrimientos padecidos durante la guerra. El pequeño Karel, con diez años recién cumplidos aquel verano, siguió a través de la radio las proezas de los ciclistas belgas. La medalla de oro que Henry George ganó en los cincuenta kilómetros de ciclismo en ruta fue jaleada por los vecinos y clientes que rodeaban el aparato de radio del comedor de los Holemans, magnetizados por el paroxismo del locutor.

Allí nació una afición que Karel practicaría toda su vida: no precisamente pedalear en bicicleta, sino seguir las hazañas de una nación de ciclistas, primero en la radio y, años más tarde, en la televisión. Viví con él muchas tardes de Tour y de Vuelta, cuando la serpiente multicolor, la canción del verano, el calor y la siesta se fundían en uno.

Una de las evidencias de la acomodada posición de los Holemans en la sociedad de Averbode era su gusto por hacerse retratar. En 1921,

cuando Karel tenía once años, los hermanos Holemans se reunieron para una curiosa fotografía de grupo, un déjeuner sur l'herbe muy del gusto de la época y cuidadosamente estudiado.

En una loma arbolada, con la arena cubierta de pinaza, un fotógrafo profesional compuso a los hermanos como en un cuadro clásico. A la izquierda, obligaron al inquieto Omer a apoyar su espalda en el tronco de un pino para evitar que saliera movido, como solía ocurrirle. Burlón y sin ocultar lo mucho que le divertía la situación, simulaba mordisquear una manzana.

En el suelo, sentadas sobre una manta, mis tías Martha, Madeleine y Maria, de 15, 19 y 21 años, fingían servir el té a sus hermanos, en una escena de feminidad hacendosa. Ocupa el centro una mujer que no era familia directa y que, según dicen, se llamaba Ivonne van Brussel. Que ocupara el lugar central de la imagen me hace pensar que podía ser la novia mi tío Jozef, primogénito y mano derecha del patriarca, Clement Holemans.

Déjeuner sur l'herbe de los hermanos Holemans.

Jozef se encuentra boca abajo, acodado en la arena, y sostiene una manzana con las dos manos, como un Adán caído en la tentación de reinar en el paraíso. Con diecisiete años representa la continuidad de la familia y viste en consonancia: chaqueta, cuello duro y corbata. Aparece peinado con raya al medio y con un flequillo coqueto. Muestra confianza en sí mismo y ofrece a la cámara su agradable rostro germánico, en un favorecedor ángulo de tres cuartos. Sea como fuere, si él era Adán, Ivonne no se convirtió en su Eva, pues Jozef no se casó con ella, de la que nunca más se supo.

A la derecha de la composición aparece Karel, de rodillas sobre la arena y simulando beber de su taza vacía. Viste un guardapolvo abotonado hasta el cuello y lleva polainas. Su gorra de franela descansa boca arriba en el suelo y esa nariz de pico de ave no es la suya: es la mía. Cuánto aguarrás, cuanto óleo, cuánto perfume de mujer, cuanto humo habrá aspirado esa nariz, mi nariz, antes de que él me la regalara.

Por último, un niño de cuatro años con pantalones cortos, tumbado en el suelo con las piernas separadas y con un mordisco detenido en un bocadillo, esperando a poder zamparse su merienda, ya bastante babeada. Es Albert, el más joven de los hermanos, nacido a finales de la Gran Guerra, cuando los alemanes aún se paseaban por Averbode con la guerrera desabrochada.

La foto establece claramente la posición de Karel en la tribu familiar. Por encima, las tres hermanas mayores, un bloque de sororidad protectora; por debajo, sus dos hermanos menores, sus escuderos Omer y Albert. En este clan de los hermanos segundones, Karel era el niño mimado, el genio, el artista, el diferente: el centro de un pequeño universo delicado, infantil y femenino.

En la cúspide familiar, merced a una ley natural que nadie cuestionaba, se encontraba Jozef, el hermano mayor, llamado a suceder un día al patriarca Clement y a dirigir el pequeño reino de los Holemans. Y sobrevolándolo todo, la reina de la dinastía, la madre, Thérèse, pues no era casualidad que su apellido, Schodts, estuviera

también pintado en la fachada del hotel.

Pese a la sólida columna vertebral que formaban las mujeres Holemans, la familia estaba lejos de ser un matriarcado. Ni Maria, ni Madeleine ni Martha cursaron estudios secundarios. En el Flandes de principios del siglo XX, incluso en las familias acomodadas, las mujeres dejaban la escuela al terminar la primaria para ayudar en la casa.

Las tres hermanas pasaron directamente del pupitre al trabajo en el hotel. No siguieron con la secundaria, pero su hambre de cultura y la melomanía familiar las llevó a estudiar solfeo, canto y piano con las Hermanas de Averbode. La disciplina de las monjas era tan rígida que Madeleine, en una carta, se disculpaba por su torpe caligrafía, pues tenía las manos agarrotadas de tanto practicar escalas en el frío comedor del hotel.

Mis tías cantaban y tocaban el piano a cuatro manos para la familia y para los clientes del hotel. Estos acababan la jornada con una copa de genever Bols y un buen cigarro, amansados por el repertorio de las jóvenes Holemans. Sus piezas mejor ensayadas eran los Dieciséis valses de Brahms y la Marcha Radetzki de Strauss.

La voz de barítono de Clement Holemans se sumaba a veces para cantar canciones populares flamencas, francesas y alemanas, con las que arrullaban a los clientes antes de que subieran a sus habitaciones. Solía cerrar el recital la hermosa canción alemana Die Uhr, que marcaba la hora de irse a dormir.

A diferencia de las hijas, los varones Holemans sí cursaron estudios de secundaria. En septiembre de 1922, Karel inició su primer curso de Humaniora14 en la escuela Sint-Jan Berchmanscollege de Diest, como antaño había hecho su padre.

Mi visita a ese instituto, situado en Peterstraat 14, una calle empedrada de Diest, tuvo lugar en un día lluvioso y gris, muy propicio a la melancolía y al Fernhwe. Pude imaginar a mi padre, yendo y viniendo en su bicicleta de Averbode a Diest, con lluvia o nieve. Esos seis kilómetros de bosques y claros inundados, que yo recorría despacio con la calefacción de mi coche al máximo, debieron ser bastante más duros para él en los inviernos flamencos.

Karel estudió seis años de humanidades, arte y lenguas. Sus cuadernos de calificaciones incluían latín, griego, flamenco y francés, además de matemáticas, geografía, historia, biología y química; también inglés y alemán. Resulta asombroso que los niños de una escuela pública de una apartada villa flamenca estudiaran seis idiomas en los años veinte.

Se entiende así el extraordinario poliglotismo de los flamencos, nacidos en una lengua intrincada que combina dieciséis vocales y veintiséis consonantes, con declinaciones, caprichosas excepciones y una endiablada capacidad para crear palabras encadenando docenas de sílabas. Que los niños flamencos estudien lenguas distintas a ese impenetrable código es, más que una buena idea, una necesidad imperativa para poder sobrevivir en el mundo.

Cuánto lamento que mi padre decidiera no enseñarme su lengua madre. Qué lejos me quedé de todos sus secretos. Qué difícil me lo puso.

Mientras Karel pedaleaba cada día a sus clases en el instituto, el proceso de independencia de Averbode, arrumbado durante la guerra, había renacido y seguía su curso con sigilo. Clement se había comprometido en cuerpo y alma a sacar adelante la empresa y se sentía más fuerte que nunca para lidiar con la burocracia belga, escrupulosa y enmarañada como pocas. Y es que Clement contaba ahora con un poderoso aliado: la jerarquía de la abadía, es decir, el apoyo de la iglesia, lo que no era trivial en un país tan católico.

A los ojos adolescentes de Karel, lo que se gestaba en su casa era la fundación de un nuevo país, cuyo instigador y primer regente sería su padre. Nadie en la corte de burgueses que se estaba constituyendo discutiría su papel de príncipe, de miembro nato de la nueva dinastía. La fantasía juvenil de Karel no podía mantenerse serena cuando el salón de su casa era el centro de una conjura, por legítima y legal que fuera.

La conciencia de no ser como los demás jóvenes arraigó en Karel no solo por la política. Hacia los trece o catorce años despertó en él la pasión por la pintura. Ni su padre ni su hermano mayor sintieron recelo alguno hacia esta afición. Que el mayor de los hermanos pequeños se entretuviera manchando telas les pareció algo inofensivo, incluso de buen tono en una familia burguesa como la suya.

Las hermanas cantaban, Clement era barítono y Jef tocaba la trompeta; así que bien podía Karel pintar al óleo. Además, los temas que Karel eligió pintar eran bodegones y paisajes del Kempen. Un patriótico trasunto de los maestros flamencos que fueron admirados en todas las cortes europeas. No había, pues, nada que temer de aquel nuevo pasatiempo.

Hasta que ocurrió lo del cerdo.

Una tarde cualquiera, Karel se dirigió hacia el patio trasero del hotel llevando consigo su caja de pinturas y una idea. Allí campaban las gallinas ponedoras de los huevos del desayuno, y vivía también un lechón, ya crecido, que engordaba con beatitud, ajeno a su aciago destino. Pincelada a pincelada, con la misma unción que un día dedicaría a sus paisajes, Karel aplicó toda su pintura verde a cada pliegue de la piel del cerdo, hasta convertirlo en un dragón furioso.

Al menos eso fue lo que debieron pensar los clientes del hotel, que cenaban tranquilos cuando Karel soltó en el comedor al pobre gorrino, verde de las orejas a las pezuñas. Los chillidos de los comensales, aún más sonoros que los del puerco, no fueron nada comparados con los juramentos de mi abuela. Quizá Karel tomó aquellas voces como expresiones de entusiasmo por su happening artístico. Solo es seguro que desapareció antes de conocer la respuesta.

En el invierno de 1924, Karel comenzó a sentirse mal. Parecía sufrir un catarro muy fuerte. Tuvo fiebre muy alta y las mujeres de la casa le metieron en cama y se prodigaron en mimos y caldos. Nada de esto le alivió. Tres días de tos y de fiebre rayando los cuarenta grados, los ojos inyectados en sangre y los párpados inflamados alarmaron a la familia. Brotó con virulencia una erupción cutánea. Manchas rojas se extendieron por los hombros y el pecho, hasta alcanzar manos y pies. El doctor ya pudo diagnosticar con seguridad: era sarampión.

Los padres de Karel temieron que la conjuntivitis del sarampión pudiera provocarle ceguera. Se decía que casos así eran abundantes en el Congo, aunque en la Bélgica continental, mejor alimentada, no eran frecuentes. A pesar de ser una infección grave, en 1924 se superaba con reposo e hidratación. Y aunque Karel acabó curándose bien de la enfermedad, salió de ella con un nuevo aspecto: comenzó a usar las gafas de miope que siempre le acompañarían.

Cincuenta años después, con la misma edad que mi padre, yo también pasé el sarampión y conseguí mi propia miopía. Aunque la vida de Karel y la mía han sido del todo diferentes, coincidencias como esta han alimentado mi pulsión de repetición. Un padre ausente deja un vacío profundo. Cada pequeña coincidencia, real o imaginada, te reúne con él. Te confirma que tuviste padre y que fuiste hijo. Y que el corto período que pasasteis juntos no fue un sueño. Algo tan diminuto como un virus se agiganta y te reconecta con un hombre que un día vivió a tu lado y que se marchó demasiado pronto.

En el verano de 1926 llegó al hotel una familia inglesa a pasar las vacaciones. Los Willis eran una familia acomodada de Dorset, de larga tradición militar. El marido, John Christopher Temple Willis, era un acuarelista joven, aunque ya con una creciente reputación. Recién acabada la guerra obtuvo el diploma de segundo teniente en la academia de Sandhurst, no lejos de Londres.

El Real Cuerpo de Ingenieros de Su Majestad advirtió pronto su talento para el paisajismo. Según la demoledora lógica militar, un hombre con talento para captar la delicada atmósfera de un paisaje a la aguada podía sin duda dibujar mapas. Al fin y al cabo, un mapa no era más que un paisaje visto desde arriba. Así fue como J.C.T. Willis comenzó su involuntaria y larga carrera de cartógrafo militar.

Aquel verano, sin embargo, Willis estaba de vacaciones y no pensaba en mapas. Cada mañana, después de desayunar, salía con sus acuarelas a batallar con los grises y los azules fugitivos de los cielos flamencos. Los arenales húmedos, que en verano podían regalar algunos días claros, eran el tema favorito de Willis. Toda su vida pintó paisajes costeros del sur de Inglaterra, salvo cuando el ejército de Su Majestad le destinó a cartografiar la península malaya, lo que ocurriría poco después de su estancia en Averbode.

La presencia de Willis tenía a Karel muy inquieto. Pasaba el día esperando a que regresara de sus excursiones para chafardear en sus papeles manchados, puestos a secar. Willis observó el interés de Karel y le acercó algunas acuarelas ejecutadas en pleno campo. Karel dijo la frase que llevaba días ensayando:

—*I can do that.*

—So, you're an artist, too. Well, you've seen my work. Would you show me yours?

Karel fue a por una cerveza y un vaso, compuso un bodegón y comenzó a dibujarlo. Aunque puso su alma en la ejecución, es poco probable que impresionara a Willis. Karel tenía quince años y una técnica autodidacta aún inmadura; de hecho, ninguno de los escasos bodegones que mi padre pintó tiene la calidad de sus paisajes de madurez.

Lo que sí llamó la atención de Willis fue la ferocidad en la mirada, la pincelada brava y el gesto denodado de aquel chico de provincias que aún estaba en secundaria. Era innegable su determinación por demostrar al mundo que dentro de él latía la quintaesencia de siglos de pintura flamenca. La desmesura, más que el bodegón, debió decirle a Willis que el joven que tenía delante era un artista, y no solo un aficionado a los tubos de colores.

Willis y Karel pasaron muchas horas juntos ese verano. En las acuarelas de Willis puede adivinarse la técnica de nubes que Karel desarrolló más tarde. Willis situaba el horizonte muy bajo, convirtiendo en protagonista al celaje: una acuosa impresión de azules, blancos y grises. Los elementos terrestres —casas, ríos o arboles— formaban una procesión de siervos en miniatura que desfilaban bajo un cielo majestuoso como la casa de un dios.

Karel estudió a fondo la técnica de Willis, aunque su predilección por el óleo le condujo a producir nubes más matéricas y algodonosas, en las que se puede palpar el volumen de sus volutas. Karel transformó la levedad de las acuarelas de Willis, hijas del impresionismo, en una grandilocuencia que delataba su alma romántica y carnal.

Al final de sus vacaciones, Willis le hizo a Karel una oferta que dejó una herida que permanecería abierta y húmeda toda su vida. La frase no era una salpicadura de acuarela, sino un untuoso brochazo de óleo.

—I need an assistant. Why don't you come along with my family to Sandhurst? You could finish your schooling there and study Fine Arts. I'd teach you everything I know.

Karel nunca olvidaría aquellas palabras. Sintió un arañazo dentro del pecho y un sabor metálico bajo la lengua: la tentación. Willis era la

primera persona que le tomaba en serio como pintor. Por primera vez, la pintura le hacía sentirse respetable, respetado. El veneno había sido inoculado. Era una sensación nueva, un calor en el vientre, placentero y culpable a la vez. Se vio a sí mismo exponiendo, como Willis, en el Royal College of Arts, en la Royal Society of British Artists, en la Grosvenor Gallery.

La fantasía de conquistar Londres con pinceles flamencos, como sus predecesores siglos atrás, era turbadora. Aunque no lo era menos imaginarse lejos de sus padres, solo en Londres, desterrado de su Kempen, acostándose cada noche sin las caricias de Trees, aplastado por la melancolía.

Si la oferta de Willis iba en serio o era solo una guasa para poner al joven Karel ante un dilema embarazoso es algo que nunca sabré. Lo que es seguro es que aquella tarde de verano adolescente, el narcisismo y la megalomanía levantaron el vuelo en su alma de creador.

Confundido y abrumado, eufórico y avergonzado, Karel corrió a contarles a sus padres la oferta de Willis. Estos espantaron todos los pájaros de su cabeza. De ningún modo le dejarían marchar de Averbode y, lo que más le dolió, tampoco permitirían que se dedicara a un oficio que solo conducía a una vida errante y a callejones pecaminosos. Precisamente, los lugares hacia los que Karel se encaminaba, aunque aún no podía saberlo.

Clement dictaminó que terminaría la secundaria y que entonces se pondría a trabajar en algo decente. Si tanto lo deseaba, podría pintar en el patio trasero. Nadie se opondría.

Karel se quedó en Averbode, aunque habría de regresar al pasado muchas veces para evocar la proposición de Willis. Esta historia pudo ser el primer parteaguas de su vida y, con el paso de los años, se mitificó. En cada ocasión en que la vida le trajo malos pasos, que no fueron pocas, buscó refugio en la fantasía del paraíso perdido inglés. Qué diferente habría sido mi vida si me hubiera ido con Wills, pensaba cada vez que le vinieron mal dadas.

Karel siguió pintando con la certeza de depender solo de sí mismo. Ser pintor no era un entretenimiento: era una misión. Solo podría llamarse

artista cuando se convirtiera en heredero de una estirpe de paisajistas que había llevado por el mundo la gloria de Flandes. Se consagraría a la pintura siguiendo el dictado de las musas que le habían elegido para tan alta y cardinal empresa.

Karel tuvo los dos años siguientes para seguir macerando sus fantasías, mientras terminaba sus estudios de secundaria. A finales de junio de 1928, con dieciocho años recién cumplidos, se graduó sin honores ni dificultades reseñables en la escuela municipal de Diest. Esta noticia, que sería un hito en la biografía de cualquier joven, no fue, sin embargo, lo más memorable de aquel año.

El verano trajo noticias que presagiaban el final feliz —o el feliz principio— de un sueño que marcaría la vida de los Holemans. Las peticiones de los hoteleros de Averbode habían sido escuchadas en Lovaina, la capital de la provincia de Brabante. Quince años después de los primeros papeleos, se había logrado el beneplácito del Ministerio del Interior para la segregación de Averbode y se autorizaron las primeras elecciones municipales. La plataforma, con Clement al frente, ganó de modo rotundo, como era de prever.

Retrato de Clement Holemans, primer alcalde de Averbode.

Clement Holemans fue, a partir de octubre de 1928, el primer alcalde de la nueva municipalidad de Averbode. La investidura oficial se programó para el 18 de febrero de 1929. Sin embargo, tres días antes cayó tal nevada que las calles quedaron bloqueadas por medio metro de nieve. La ceremonia se pospuso al 3 de marzo y, como no existía aún un edificio consistorial, el concejo se reunió por primera vez en el comedor del hotel de Nuestra Señora, la casa de los Holemans.

Hubo discursos encendidos, cuyos originales se conservan como cartas magnas de un reino recién fundado. Hubo, cómo no, misa solemne en la abadía y un gran banquete en el hotel. En el mismo salón donde Karel había gateado, crecido y arreado cerdos verdes, se reunió el primer consistorio. A partir de ese día, en ese gran comedor se celebrarían indistintamente plenos municipales, banquetes de bodas, bautizos y las más importantes asambleas vecinales. Averbode nacía con 1.638 almas y un solo policía.

Más que una investidura, en la familia se vivió una coronación, y en el pueblo, el nacimiento de una nación. Era un momento histórico. El patriarca de los Holemans había conducido a su pueblo hasta su tierra prometida. Clement era el mismo Moisés sosteniendo las tablas de la ley: la Ley del estado belga.

«Es un honor informarle de que el Rey, a mi propuesta, ha nombrado al señor Clement Holemans alcalde de Averbode. Mis mayores felicitaciones». Así lo escribió el diputado y representante del Estado en Lovaina, señor Poullet, el 31 de enero de 1929.

A sus cincuenta y tres años, Clement aparece en el centro del salón del hotel, con fajín de alcalde, cuello almidonado, elegante pajarita blanca y, prendida en el pecho, su Cruz al Mérito Civil, ganada en la Gran Guerra. En las fotos de ese día, sus ojos claros miran al infinito con la complacencia de Julio César en las Galias. Durante semanas llegaron cestas de flores con mensajes de felicitación en prosa y en verso. Firmaban los hoteleros de Averbode, cuyos intereses por fin serían defendidos por uno de los suyos; los abogados que habían defendido la causa de la segregación y que se relamían calculando sus honorarios;

los burgueses que ambicionaban un asiento en el nuevo concejo, e incluso los que se alegraban de corazón por su amigo Klemaa.

El joven príncipe Karel tenía dieciocho años el día del besamanos, de los discursos, de las fotos y de la bendición del abad. Su casa se había convertido en el centro del universo. El apellido Holemans quedaría para siempre grabado en piedra en la historia de Averbode. Se estamparía al pie de cada bando y de cada edicto municipal. Nadie podía saber entonces, ni siquiera un tipógrafo con la experiencia de Clement, que unos años más tarde su apellido se imprimiría en un papel con tinta venenosa.

En el documento que el alcalde Holemans firmó el día de su nombramiento, este declaraba: «Juro lealtad al Rey, obediencia a la Constitución y a las leyes del pueblo belga».

Clement no tardaría demasiado en incumplir al menos dos de los tres juramentos.

4

AMARILLO DIENTE DE LEÓN

Mientras los Holemans comían perdices, en Wall Street los banqueros saltaban por la ventana. Muy pronto el estallido de sus cráneos sobre las aceras de Manhattan retumbaría en Europa. La década de los treinta ensombreció el paisaje del Kempen. El paro en Bélgica superó el 26%, la inflación se desbocó, el franco se devaluó y la clase media se empobreció. Como consecuencia de ello, quedaron muchas habitaciones vacantes en el hotel de los Holemans.

Como en tantas otras crisis, el nacionalismo buscó y señaló culpables. Para los flamencos la culpa era del gobierno de Bruselas, por quien se sentían agraviados y abandonados. El 4 de octubre de 1930 se cumplía el primer centenario del nacimiento de Bélgica. Como muchos otros alcaldes de Flandes, Clement Holemans ordenó arriar la bandera tricolor de la fachada del ayuntamiento y mandó izar el león flamenco sobre fondo amarillo.

—Hoy no hay nada que celebrar.

Clement declaró el día del centenario, festivo en toda Bélgica, laborable a todos los efectos en Averbode. Esta pequeña rebeldía, casi invisible, era un síntoma microscópico del gigantesco grano de pus que, pueblo a pueblo, calle a calle, se estaba inflamando en toda Europa.

Los Holemans se enfrentaron a la peor crisis económica que habían conocido protegiéndose como abejas en un enjambre. Jozef, el primogénito, tomó las riendas del hotel mientras el patriarca, Clement, se hacía cargo de dirigir el municipio. Muy pronto, tanto Omer como Albert, los dos varoncitos más jóvenes, se colocarían en el nuevo ayuntamiento, uno como ujier, el otro como chupatintas. Las tres hermanas y mi abuela Thérèse formarían la retaguardia y

organizarían la intendencia familiar.

Karel había cumplido ya los veinte años y tenía sus propios planes: había decidido estudiar en la Academia de Bellas Artes de Malinas. Sin embargo, los sueños de Karel se estrellaron contra los arrecifes de Jozef y de su padre. Su afición por la pintura tuvo un pase mientras era adolescente y las cosas iban bien. Pero ahora, con el hotel casi vacío, la familia no iba a cargar con el gasto de unos estudios de arte que eran del todo prescindibles. Muy al contrario, Karel tendría que empezar a trabajar de inmediato.

Clement Holemans andaba en tratos desde hacía años con un correligionario político a quien le iban muy bien los negocios: el señor Gevaert, un flamenquista patriota y católico que llevaba dos décadas fabricando películas para rayos X y para las cada vez más populares cámaras Kodak.

Gracias a esta amistad, Jozef Holemans había podido pluriemplearse en la fábrica de productos químicos Gevaert, que se encontraba en Mortsel, a unos cincuenta kilómetros de Averbode. Estaba decidido: Karel seguiría el mismo camino que su hermano.

Karel tenía que levantarse muy temprano y bajar en bicicleta hasta la estación de Zichem. Allí tomaba el tren que le llevaba a Aarschot, donde hacía transbordo para subir al tren de Amberes que, pasando por Lier, le dejaba en Mortsel. La fábrica Gevaert quedaba a quinientos metros de la estación. Eran dos horas largas en cada sentido. Pocas cosas odió mi padre tanto como aquel empleo, que sintió como un castigo que su propia familia le aplicaba por su vocación artística.

Pese a que su enchufe le garantizaba un cómodo trabajo de escritorio, la frustración y la rabia que sintió fueron profundas. Más de cuarenta años después, mi padre aún despotricaba y se enfurecía cada vez que lo evocaba:

—En esa fábrica horrible el aire era venenoso. Los productos químicos que respirabas te destruían los pulmones, los riñones, todo. Veías entrar hombres jóvenes, fuertes y sanos y a los pocos meses salían enfermos, flacos y medio muertos. Muchos no volvían.

Hoy, la fábrica aún sigue allí y es cierto que, al pasar por su calle, el

aire huele a productos químicos incluso con el coche cerrado. Es muy posible que en 1931 oliera aún peor.

—El invierno era espantoso. Tenía que levantarme aún de noche, subir a la bicicleta y pedalear en la nieve, muerto de frío, hasta la estación.

El único atractivo que Karel le encontraba a la fábrica era que, junto a su escritorio, trabajaba un viejo amigo de la familia. Se trataba de Robert Pepermans, un delineante que llevaba algún tiempo festejando a su hermana, Madeleine Holemans.

Cuando Jozef Holemans trabajaba en la fábrica, él mismo le llevaba a Madeleine las cartas secretas que Robert le escribía y traía de vuelta las románticas respuestas de ella. Gracias a este celestinaje, cuando Karel llegó a la fábrica, Robert y Madeleine ya habían formalizado su relación.

Robert era un hombre agradable, buen católico, pulquérrimo tanto en la tinta y las plumillas como en sus maneras educadas. Vivía muy cerca, en el mismo Mortsel, y su trabajo era diseñar las etiquetas y los embalajes que contenían las películas y los líquidos reveladores que se fabricaban abajo, en lo que para Karel era el averno de la fábrica.

Ambos tenían la misma edad y llevaban siendo amigos por lo menos desde 1927. Una carta escrita por Karel a Robert en esos días lo expresa así:

Querido amigo Robber:

Muchísimas gracias por los lápices que le diste a Jozef para mí. Los he probado y me han gustado mucho, gracias de nuevo.

Mamá y papá, mis hermanos y hermanas y yo, por supuesto, te agradecemos tu simpática y agradable carta con la que todos hemos disfrutado mucho, mis hermanas incluso han llorado de risa.

Te esperamos impacientes. He pintado ya un cuadro y el rinoceronte está casi acabado y luego empiezo con el tuyo.

Ese rinoceronte que mi padre dijo estar pintando a los diecisiete años, no sé si tenía que ver con la mítica criatura de Durero o si salía de alguna estampa de un libro ilustrado sobre el Congo. Fuera como fuere, esta carta banal es un documento de un valor singular para mí. La hoja amarillenta, doblada en cuatro, lleva el membrete del hotel con el nombre Clement Holemans-Schodts impreso, y son las primeras palabras escritas por la mano de mi padre que conservo.

Es también una evidencia de la gran amistad que mantuvieron Karel y Robert Pepermans. Aunque nunca pude conocerle, Robert Pepermans fue una persona clave en mi vida. Ni él ni Karel pudieron imaginarlo jamás, pero muchas décadas después, un inverosímil regate de la vida hizo que Robert se convirtiera, póstumamente, en el bisabuelo de mi hijo.15

No, esa carta no es un papel amarillo más. No para mí.

El trato diario con Robert no era el único aliciente que Karel encontraba en su trabajo en la fábrica. Robert vivía en Mortsel, pero había nacido en la cercana Amberes y allí Karel descubrió un mundo nuevo. En aquella época, vivir en un pueblo del Kempen o hacerlo en una ciudad era como habitar en galaxias remotas.

Amberes contaba con un espléndido museo de bellas artes por cuyos pasillos solían perderse los pasos de Karel, que escrutaba las pinceladas de los clásicos flamencos. La casataller de Rubens era también un lugar de ensoñación. Desde esas habitaciones habían partido en el siglo XVII cientos de exuberantes pinturas hacia España y otras cortes europeas. El joven Karel no necesitaba mucho más para que su fantasía viajara hacia allí.

Desde el puerto de Amberes salían los barcos de la Red Star Line con destino a Nueva York. Antes de la Gran Guerra habían subido a estos buques miles de desheredados de toda Europa que huían de hambrunas y pogromos. En el verano de 1932, una nueva generación de viajeros volvía a hacer cola en sus muelles, agolpándose para comprar un pasaje a Nueva York. Tenían una poderosa razón.

Un pintoresco partido político, el NSDAP, acababa de sorprender en las elecciones de Alemania. Sus miembros, vestidos con camisas pardas, o bien eran alegres Boy Scouts que desfilaban cantando

canciones patrióticas, o bien una banda de gánsteres brutales que celebraban sus victorias yendo a la caza del judío. Se habían convertido de la noche a la mañana en el segundo partido alemán más votado, por delante de los comunistas. La república de Weimar comenzaba a tambalearse y toda Europa observaba atónita lo que ocurría en Alemania.

Durante los años treinta, este país se había ganado la admiración de intelectuales y burgueses de ambas orillas del Atlántico. Su resurgir de las cenizas del tratado de Versalles tenía asombrado al mundo. La promesa de paz, orden y modernidad de la propaganda nazi conquistó millones de corazones, dentro y fuera del país. En toda Europa y en América, las agencias de viajes editaban folletos a todo color invitando a disfrutar unas vacaciones o a celebrar la luna de miel en Alemania, y a presenciar de paso el milagro alemán. Hitler podría ser un excéntrico, un iluminado o un payaso, pero a los ojos de muchos tenía una gran virtud: llegado el caso, sería el dique que contendría a los salvajes bolcheviques.

Sin dejarse engañar por la vida alegre y la aparente liberalidad de los cabarets alemanes, miles de judíos prudentes se apresuraron hacia Amberes para zarpar en buques de la Red Star Line. Muchos, Albert Einstein entre ellos, ya nunca regresarían.16

En Amberes estaban ocurriendo cosas que en Averbode eran inimaginables. Karel comenzó a ver su pueblo natal como un villorrio irritante. Quería, necesitaba ver mundo: Bruselas, París y, por encima de todo, Berlín. Esta ciudad era, como para cualquier otro joven diletante, el faro de la vanguardia, de la bohemia y, no menos importante, de la libertad sexual.

A medida que avanzaba el duro invierno flamenco de 1931, el aguante de Karel llegó a su fin. Contra la voluntad de su familia, abandonó aquel trabajo abominable. Nunca más volvió a estar contratado en ninguna empresa ni a cotizar a la seguridad social, ni en Bélgica ni en ningún otro país. Esta ruptura con el orden familiar significaba para Karel el comienzo de su particular conquista del mundo.

En algún momento de 1932 que no he conseguido fijar con exactitud, Karel conoció a una estudiante de enfermería llamada Rachel van der Elst, cinco años mayor que él.

Rachel había nacido en Aalst y era la quinta de siete hermanos. Su padre era zapatero remendón y tenía además una pequeña fonda. Rachel había dejado los estudios a los catorce años y se puso a trabajar como costurera en una de las fábricas textiles de la zona.

Rachel creció, pues, en un ambiente proletario y enseguida simpatizó con las ideas socialistas. Debió de ser una mujer con carácter, que supo pronto que ni la costura ni la pequeña ciudad de Aalst estaban hechas para ella. Su padre murió relativamente joven, con poco más de sesenta años, y es muy posible que dejara algunos ahorros o una pequeña propiedad en herencia.

Rachel quería ser comadrona y, con esos fondos, estudió y superó las pruebas de acceso a la escuela de enfermería del hospital Brugmann de Bruselas. Allí se instaló con su madre en noviembre de 1931, más o menos en la misma fecha en que Karel presentó su renuncia en la fábrica de Gevaert.

Las ciudades grandes atraían las ideas liberales y a los intelectuales con inquietudes políticas. Era mucho más factible que una mujer se atreviera a vivir sola y aspirara a un trabajo independiente en Bruselas que en el Flandes profundo, católico y conservador.

Aunque las circunstancias del encuentro entre Karel y Rachel han sido imposibles de determinar, ambos caminaban por senderos que conducían al mismo lugar.

Los artistas eran considerados unos liberales extravagantes, muy cercanos en muchos casos a las ideas socialistas. Karel no era nada izquierdista, procediendo como procedía de una familia burguesa tradicional. Sin embargo, el romántico artista, nacionalista hasta la médula, y la socialista proletaria forjada en las fábricas textiles de los años veinte compartían un ideal: Flandes para los flamencos.

Karel y Rachel congeniaron y pronto descubrieron que tenían el mismo deseo irrefrenable: alejarse de su pueblo tanto como fuera posible. Los sueños, sin embargo, suelen volar más rápido que los días. Karel había dejado su empleo y, aunque ya se vestía como un artista, con una melena larga y espesa peinada hacia atrás y con gafas redondas de concha, los pocos cuadros que vendía acababan colgados no lejos de su casa, en las paredes de sus vecinos.

Había dejado la casa de sus padres, pero no se había ido al otro extremo del mundo. Se instaló en un pequeño estudio en Westelschebaan 64. Es decir, en la misma calle del hotel; para ser más exactos, en el edificio contiguo, pared con pared de la casa de sus padres.

A mediados de 1932, Rachel aún no había terminado sus estudios de enfermería, pero ya frecuentaba Averbode los fines de semana. A juzgar por las fotos y por cartas posteriores, los padres de Karel la adoptaron como a una hija más, quién sabe si con la secreta esperanza de que una enfermera supiera cuidar de su hijo más sensible y narcisista.

Karel y Rachel se habían encontrado y no querían esperar más para ser independientes. Decidieron que, aunque ella aún no se había graduado, se casarían y se instalarían en Malinas, una hermosa ciudad con un ambiente artístico e intelectual muy del gusto de ambos.

Sin embargo, Karel estaba sin blanca. El abuelo Clement aceptó pagar la ceremonia y el banquete, pero ahí se acababa su dispendio. Si los novios querían emanciparse, tendrían que pagárselo ellos. Rachel y Karel llegaron entonces a un muy peculiar acuerdo financiero.

Karel, avalado por Clement, tomó prestadas de Rachel tres cantidades de dinero: 7.000 francos belgas al 6%; unas semanas después, otros 5.000 francos al 5%; y, por último, con la boda ya cercana, 10.000 francos más al 5%. En total, Karel tomó prestados 22.000 francos para pertrechar el ajuar e instalar el domicilio conyugal. Todo debidamente escrito y firmado ante notario. Quizá Rachel aportó una cantidad equivalente, pero no se sabe. El hecho es que mi padre se endeudó con su futura mujer, o lo que es lo mismo, se casó con su prestamista. Es fácil anunciar tormentas cuando ya ha llovido, pero estaba claro que, si algo iba mal algún día, el cataclismo estaba servido.

Como si todo fuera una coincidencia y no un presagio, mientras el abogado afinaba la redacción de los documentos del préstamo, la radio daba la noticia de que, en Alemania, el anciano presidente Hindenburg no había podido resistir más la presión y nombraba canciller a Adolf Hitler, vencedor indisputado de las elecciones de 1933.

La democracia alemana acababa de morir, y mientras, en Averbode, la primavera se llenaba de promesas. El 5 de mayo la capilla de la abadía se engalanaba para dos bodas simultáneas: Karel Holemans con Rachel van der Elst, y Robert Pepermans con mi tía Madeleine Holemans. El hijo artista y la hija mayor del alcalde se enlazaban el mismo día. En una ceremonia llena de simetrías, Robert y Karel cimentaban su amistad convirtiéndose en cuñados. La vida se encargaría, más pronto que tarde, de que sus caminos dejaran de correr paralelos.

Nadie pintaba nubes en ese día jubiloso en el que los que parecían unirse en matrimonio eran la familia Holemans y el propio Averbode. El banquete nupcial, como todos los grandes eventos del municipio, se celebró en el salón del hotel de Nuestra Señora del Sagrado Corazón: Chez Holemans.

Karel y Rachel pasaron dos meses hospedados en una de sus habitaciones, antes de mudarse a su nuevo domicilio en Malinas. Clement descontó tres mil francos de la cuenta del préstamo de Rachel por el alojamiento de la pareja durante sus primeras sesenta noches de miel. Veinticinco francos por persona y noche. Para Clement, el amor era el amor y el negocio era el negocio.

Karel y Rachel no podían permitirse ese nivel de gastos mucho tiempo. Tenían que encontrar cómo sacar adelante su nueva vida. En agosto de 1933 alquilaron un apartamento en el número 12 de la Koning Albertplein, frente a la estación de tren de Malinas. Rachel quería terminar sus prácticas de enfermería y encontrar un empleo. Karel también se puso manos a la obra y preparó su debut en los círculos artísticos de Malinas.

Ese mismo verano presentó sus trabajos en la exposición colectiva de artistas malineses que todos los años, desde 1886, se celebraba en la Koninklijke Mechelse Sint-Lucasgilde (la Real Cofradía de San Lucas de Malinas).

La pintura de Karel en esta época estaba todavía en una fase muy primaria. Su pericia artística no había alcanzado aún la enorme altura de su ego. Sin embargo, el encanto natural de Karel, su simpatía y una gran habilidad para relacionarse con desconocidos le abrieron más puertas que su obra, todavía balbuceante.

Los círculos artísticos de Malinas recibieron bien a aquel joven que se peinaba la melena como un artista, vestía como un artista y se comportaba como un artista. Era además un fervoroso flamenco, un tipo educado, de sonrisa conquistadora. Muy pronto sería conocido en esta elegante ciudad, secular amante de las artes, como uno de sus personajes característicos.

El dinero que Karel había tomado prestado se suponía destinado a pagar su formación académica, pero mi padre nunca recibió clases regladas de arte.17 El dinero se utilizó para costear su vida social y para tejer relaciones con los intelectuales locales. En otras palabras: se lo pateó en farras de artistas.

Con el hambre de aprender y la sed de abrirse paso propias de los veintitrés años, Karel conoció en algún momento a los profesores de arte Alfred Deneweth y Georges Le Roy, que enseñaban en la Kunst Academie de Malinas. Este encuentro, que debió llegar a la vida de mi padre de un modo ligero y sin hacer ruido, acabó determinando su vida de un modo que, si entonces era imposible de prever, aún hoy parece inverosímil.

Deneweth y Le Roy formaban parte de un grupo de artistas, intelectuales, policías secretos y masones que acababan de refundar la legendaria Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén.

La Orden de los Templarios, que data de los tiempos de las cruzadas, había pasado por todo tipo de vicisitudes históricas: guerras de religión, escisiones, reunificaciones, herejías, coronaciones, regicidios, bulas y condenas papales. Napoleón casi consiguió extinguirla para siempre. Solo gracias al entusiasmo de algunos templarios belgas, sus rescoldos permanecieron discretamente activos durante el siglo XIX, hasta que la orden fue revivida en Lovaina en 1932 por nueve caballeros, entre los que se encontraban estos dos nuevos amigos de mi padre.

La Orden del Temple se inscribió legalmente en el registro de asociaciones y en el Staatsblad18, así que de ninguna manera podía considerarse una sociedad secreta, pese a que su regla básica era la discreción.

Karel quedó fascinado desde el primer momento por el Temple. Esta

orden de caballería, que había nacido con el propósito de ayudar y proteger a los peregrinos de Jerusalén y a toda la cristiandad, había renacido modernizada. Pertenecer a ella era un raro privilegio que solo se ganaba reuniendo méritos suficientes para ser invitado.

Para ser nombrado caballero, era fundamental estar bautizado, tener inquietudes espirituales y reconocer la existencia de un arquitecto universal. Los templarios ponían además buen cuidado en llamar a sus filas a personas que destacaran social y profesionalmente. De este modo, se aseguraban sus influencias entre las élites económicas e intelectuales.

Pese a que su comportamiento privado y su práctica de la religión eran del todo heterodoxas, Karel fue aceptado entre los templarios como un artista librepensador.

Librepensador. Esa fue la palabra que eligió para definirle el Gran Prior de la Orden del Temple de Bélgica, René L'Hoest, cuando tuvo la amabilidad de recibirme en su casa. Nunca hubiera calificado así a mi padre, ni le hubiera visto desde esa perspectiva de no ser por él. Aprendí además que la masonería y el temple habían sido en Bélgica disciplinas hermanas. La principal diferencia entre ambas radica en el carácter exclusivamente cristiano de los templarios, mientras que los masones acogen también a los agnósticos.19

Pese a la buena acogida que tuvo Karel en Malinas, mucho más por sus habilidades personales que por las pictóricas, la situación de la pareja estaba lejos de ser próspera. Rachel no tenía aún trabajo y Karel vendía poco. El dinero de la dote se esfumaba con rapidez en los estudios de Rachel y en los «estudios» de Karel.

La oportunidad de encontrar ingresos para pagar las facturas se encontraba justo debajo de sus pies. El apartamento que habían alquilado frente a la estación estaba encima de un café. Se llamaba Café des Voyageurs, lo que no deja de ser poético, considerando la vida que la pareja estaba llamada a tener.

La propietaria del negocio se llamaba Leonia Maria de Geydt. Había enviudado hacía poco tiempo y llevaba el negocio ella sola. Tanto Karel como Rachel procedían de sendas familias hosteleras, así que podría decirse que tenían cierta experiencia. De un modo o de otro, la

señora Leonia aceptó que la ayudaran atendiendo a los clientes.

Sin embargo, a la señora de Geydt le pesaba demasiado la carga de un establecimiento que había abierto con su difunto marido, así que decidió vender el café en 1934. El comprador, un hombre llamado Jozef Hodevaere, simpatizó con Karel y le ofreció el trabajo de encargado. Rachel también ayudaba en la barra de vez en cuando.20

Mantuvieron ese trabajo más o menos un año, hasta que su situación económica fue mejorando. Rachel había encontrado empleo como enfermera en una clínica privada y Karel cada vez ganaba más reconocimiento como artista.

En febrero de 1935, Karel y Rachel se mudaron a una casita situada en las afueras de Malinas, en Tervurensteenweg 1. Allí tenían más espacio y Karel podía pintar y recibir a sus clientes de un modo más profesional. Contaban ahora con tres fuentes de ingresos: el sueldo de Rachel, el trabajo informal de Karel en el Café des Voyageurs y las ventas de cuadros, escasas, aunque prometedoras.21

Las tertulias de los cafés, como en cualquier ciudad pequeña, igualaban a los parroquianos más por edad que por ideología. En una misma mesa podían reunirse jóvenes de ideas diferentes, con frecuencia antagónicas, a fumar y a beber cerveza.

Comunistas bolcheviques con socialistas, independentistas flamencos que deseaban la fractura de Bélgica con patriotas monárquicos, burgueses anticomunistas de misa diaria con marxistas anticlericales, judíos con antisemitas que lo disimulaban. Y también los nacionalistas flamencos de simpatías proalemanas.

El partido nacionalista flamenco, el VNV22, había sido fundado hacia poco, a finales de 1933. Era un partido autoritario construido en torno a su líder, Staf de Clercq, y su divisa era Autoridad, Disciplina y Dietsland.

Dietsland era la nación imaginaria que aspiraban a crear aglutinando los antiguos países bajos del sur, es decir, Flandes, Luxemburgo y una pequeña esquina de Francia donde se habla neerlandés, y los países bajos del norte, o sea, Holanda. Dos territorios que compartían la misma lengua y a los que separaba un abismo religioso. Los flamencos eran católicos y los holandeses, protestantes calvinistas. A pesar de

todo lo que les distanciaba, ambos coincidían en amar profundamente sus raíces, nacidas del gran tronco germánico. Su etnia lingüística, en dos palabras.

El VNV tenía todo lo que cualquier nacionalismo necesita para alcanzar la temperatura de ebullición. Tenían una lengua y una cultura que exaltaban con nostalgia, sacaban pecho por un pasado de gloria idealizado, se habían conjurado para vengar las afrentas cometidas contra su idioma y habían inventado un país imaginario cuyas fronteras era obligatorio redibujar. Pero, sobre todo, tenían lo más importante: alguien a quien echar la culpa. En el caso del VNV, este enemigo eran los valones, quienes mantenían Flandes encadenada en una mazmorra llamada Bélgica.23

En un primer momento, el VNV nació ajeno al antisemitismo. Por desgracia, el nazismo en auge comenzó a señalar con el dedo a los culpables de la crisis económica, del paro y de la ruina de tantos: los judíos. El VNV acabó abrazando la causa contra el enemigo final. Avariciosos banqueros de Wall Street o de Bruselas, tratantes de diamantes de Amberes, emigrantes llegados del este de Europa para arrebatar el empleo a los flamencos de bien, o el vecino de al lado: todos eran judíos, todos eran culpables.

Como ranas en la olla de agua caliente, muchos nacionalistas flamencos bienintencionados no supieron ver cómo ni en qué momento su partido, el VNV, se convertía en nazi y en antisemita, y no saltaron a tiempo.24

No puedo afirmar que todos los varones de mi familia fueran militantes del VNV. Aunque es seguro que sí lo fueron, en un momento u otro, el abuelo Clement, el tío Jozef, mi padre, su cuñado Jaak van Gompel, casado con mi tía Martha Holemans, así como un considerable número de sus vecinos de Averbode.

La vieja bandera flamenca es un león rampante negro sobre fondo amarillo. Tiene las uñas y la lengua de un rojo furioso. Sin embargo, los independentistas flamencos ondean una variante que tiene las uñas y la lengua negras, como simbólica repulsa a la bandera tricolor belga. El flamenquismo más combativo se representaba —y aún hoy lo hace— solo con dos colores: negro y amarillo. Así era la bandera que Clement Holemans había mandado izar en el mástil del ayuntamiento

de Averbode, como tantos otros alcaldes en el Flandes de los años treinta.

En 1935, Karel y Rachel llevaban ya un año y medio en Malinas y las cosas comenzaban a rodar. Un mes después de mudarse a la casita de Tervurensteenweg 1, Rachel se quedó embarazada. En mayo, Karel expuso por tercera vez en la Real Cofradía de San Lucas y en esta ocasión sí consiguió ganar el primer premio.25

Todo crecía en la casa de los Holemans: la felicidad, la barriga de Rachel, la reputación y el dinero. La oficina de turismo de Malinas había incluido el estudio de Karel como una parada recomendada en las visitas culturales a la ciudad. El ayuntamiento organizó una tómbola que sorteaba un cuadro y dos grabados de Karel entre todos los turistas que visitaran su estudio. No era exactamente la casa de Rubens, pero tampoco un mal principio para un artista de 25 años.

La gran nevada del invierno de 1935 cayó en silencio y sepultó las calles como un presagio de muerte. A las 11:30 del 22 de noviembre, Rachel, asistida por una amiga comadrona, dio a luz en su casa a Hugo Clement Marie Holemans. Clement por mi abuelo, Marie por la madre de Rachel.

Pero algo no había ido bien. Hugo nació con labio leporino. La deformación era muy severa. Tenía el labio roto hasta la base de la nariz. Aunque cerrara la boca, se le veía un boquete abierto como un tiro de bala, lo que le confería una apariencia monstruosa y adorable a la vez. Aunque lo peor era la hendidura abierta del paladar, que iba a provocarle problemas de dentición, de habla y de aprendizaje, por no hablar del dolor que aguardaba a aquel pequeño ser cuando se dejara ver en público, con la cara deforme y sin apenas poder pronunciar las palabras.

Un caso de labio leporino como el de Hugo tenía muy mal pronóstico en 1935. Para Rachel y para Karel fue un desgarro profundo entender qué le esperaba a su hijo y saberse incapaces de luchar por su recuperación. Sencillamente, no era posible hacer nada. Debían prepararse para una vida de sobreprotección y de cuidados infinitos, y nunca lograrían que su hijo fuera ni feliz ni aceptado por los demás.

A juzgar por lo ocurrido, así es como la familia debió vivirlo. Rachel

consiguió una dosis muy fuerte de sedantes en la clínica donde trabajaba, los mezcló con la leche del biberón y se lo dio al bebé. Hugo se durmió y murió en su cuna. Tenía 23 días.

Al día siguiente, el 14 de diciembre, mi padre y su suegra, Maria de Schyver, firmaban el certificado de defunción de Hugo Holemans en el registro civil de Malinas. De pequeño, escuché docenas de veces la historia. Karel la contaba siempre de la misma manera: «En Bélgica, mi mujer envenenó a mi hijo pequeño poniéndole cloroformo en el biberón. La muy hija de puta».

A continuación, escupía un godverdomme26 seguido de una letanía en voz baja de palabras en flamenco que yo no podía entender, aunque me atemorizaba lo que pudieran significar.

La idea de una madre envenenadora era turbadora y hacía que el mundo de mi padre me pareciera aún más embrujado e irreal. Todo lo que Karel contaba pertenecía a una realidad que, vista desde mi infancia tarraconense, no tenía ni pies ni cabeza. Durante años me debatí entre la necesidad de creer que mi padre decía la verdad y la sensación de que todo era una invención.

Esta tragedia ocurrió en 1935 y causó en la pareja una fractura de la que jamás podría recuperarse. Sin embargo, Karel y Rachel permanecieron juntos, de mejor o peor manera, durante casi diez años más.

Eso me ha llevado a pensar que existe alguna probabilidad de que no fuera un acto tan unilateral como mi padre decía. ¿Dio Karel de algún modo su consentimiento? ¿Miró hacia otro lado? ¿O lo perpetraron Rachel y su madre solas, sin consultarle?

No es posible saberlo. Puede que ni siquiera entonces fuera posible entender lo ocurrido: debió ser un acto llevado a cabo entre secretos, sobreentendidos y silencios, entreverado de vergüenza, culpa y reproches. Es imposible conocer la verdad de lo que pasó.

Pero me resulta incomprensible que, si de verdad mi padre fue del todo ajeno a la muerte de su hijo, no repudiara a Rachel o no la denunciara a la policía. Tal vez fue un cómplice callado, a quien tampoco le encajaba verse en una vida de sacrificio junto a un niño condenado a ser señalado por la calle. Quién sabe si él mismo pudo

ser un instigador activo del homicidio.

También pudo haberse encontrado con el hecho consumado y, en su fuero interno, suspirar con alivio por la muerte súbita de su bebé malformado. Quizá prefirió pasar página, no buscar culpables y consolarse diciéndose que todo había sido un accidente.

O sencillamente Rachel le engañó y solo se lo confesó años más tarde. No lo sé. No sé cómo murió mi hermanastro. Nunca lo sabré.

Hugo tendría hoy 85 años. Me he pasado la vida echándole de menos.

5

VIOLETA MORADO

La muerte de Hugo trajo mucha amargura a la relación de Karel y Rachel. Ambos se vieron arrasados por la pérdida, por el dolor y también por un recíproco resentimiento. Ese invierno de principios de 1936, Rachel cayó en una depresión con profunda melancolía. A pesar de haber sido la autora material del envenenamiento —o tal vez precisamente por ello—, la muerte del hijo que había gestado dejó en ella un vacío que podía sentir de modo tangible, físico. Era un agujero inmenso, un abismo en el vientre y en el alma.

La muerte de Hugo era la muerte de todos los Hugos que habrían podido concebir. Fue una maldición, la funesta anunciación de que la pareja nunca se convertiría en familia.

El dolor de Karel se hizo rabia. Su frustración se tornó en agresividad. Sublimó la pena como muchos hombres suelen hacer: le plantó cara a la adversidad desatando su testosterona. Se refugió en su trabajo y comenzó a tratar a Rachel con desdén, culpándola de la desgracia sin disimulo ni cortesía, menospreciándola en público y castigándola en privado con su silencio y sus ausencias.

No sabremos nunca si lo que Karel le reprochaba inconscientemente a Rachel era su incapacidad para gestar un hijo sano o si cargaba contra la mano que ejecutó el homicidio.

Para mí siempre será inexplicable cómo y por qué permanecieron juntos tras esa muerte maquinada, quien quiera que fuera el verdadero instigador. La resaca del envenenamiento debió ser insufrible para ambos.

Mientras Rachel se hundía en la negrura, Karel se refugió en su pintura, con lo que sus asuntos artísticos comenzaron a marchar mejor

que nunca. Los turistas seguían visitando su estudio y la prensa local publicaba que los afortunados en el sorteo de las pinturas y grabados de Karel podían pasar a recogerlas. De no ser por el duelo personal, este hubiera sido un momento de plenitud. Por primera vez recibía el respeto artístico que había anhelado desde que decidió contravenir a su familia. Es más: la familia Holemans comenzaba a tener razones para enorgullecerse de su hijo más díscolo.

Karel caminaba por los adoquines de Malinas con la frente bien alta, consciente de que se estaba construyendo una reputación y un futuro boyante. Vestía trajes de buena franela, con un elegante pañuelo asomando por el bolsillo de la chaqueta. Llevaba camisas blancas y se anudaba al cuello un corbatán de seda estampada, con un gran lazo que se abría sobre el pecho. Las fotos de la época muestran a un hombre apuesto, con una cabellera larga y espesa peinada tozudamente hacia atrás. Aunque era algo lampiño, se había dejado una barba, que le crecía desmechada en todas direcciones, y un bigotillo con las puntas enroscadas como anzuelos. Sus ojos de azul claro estaban enmarcados por unas gafas redondas de concha gruesa. No, Karel Holemans no era un hombre que quisiera pasar desapercibido.

Era un artista que se sabía observado y admirado y, aunque aún estuviera lejos de tanto como ambicionaba, no se recataba en desplegar las plumas de su vanidad. A Rachel, que trabajaba como comadrona en la clínica de un doctor malinés, comenzó a mirarla con condescendencia. Aunque eran los ingresos regulares de ella lo que daba estabilidad a la economía doméstica, Karel sentía que estaba en el camino del olimpo y ya se comportaba como un semidiós.

Hacía mucha vida fuera de casa, frecuentaba los cafés y las tabernas, alternaba con su círculo de amigos diletantes y coqueteaba con la juerga, la cerveza y la absenta; y con las mujeres, a quienes conseguía encandilar gracias a su simpatía y su lengua ligera. Karel utilizaba su sonrisa como un arma de caza y sabía cómo abordar a cualquiera, conocido o desconocido, para iniciar una conversación interesante y entretenida. Las noches solían acabar en casa de algún amigo o amiga, y era común que regresara a casa con el sol bien alto. Karel llevaba muy a gala el mote apagalunas, el sobrenombre por el que se conoce a los malineses amantes de la francachela.

Sus andanzas eran bien conocidas en Malinas. Su buen amigo Egide Joostens lo contaría así a la policía en un interrogatorio diez años después, acabada la guerra mundial:

Conocí al apellidado Holemans, Joannes Carolus, en 1935 o 1936, cuando yo vivía en Malinas. De hecho, Holemans es una figura bien conocida entre los malineses y ejercía la profesión de pintor artístico.

Karel arrostró el duelo por la muerte de Hugo desde la desmesura. Se contó a sí mismo la fábula de que la gloria se acuesta con el último que queda despierto. Apuntaló el dolor desde la exaltación de su figura pública. Su fama como pintor, los primeros devaneos con el partido nacionalista flamenco, su ordenación como caballero de la Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén, eran una escalera al cielo que le alejaba del bulto de su bebé inerte: los brazos y las piernas colgando como una marioneta fría.

No pudo digerir su fracaso como padre más que tratando de encontrar el éxito como pintor y como ciudadano prominente. La culpabilidad, consciente e inconsciente, que Karel y Rachel se arrojaron el uno contra el otro no les permitió pasar juntos el duelo y el vínculo se rompió.

No podemos saber cómo vivió Rachel las noches canallas de Karel. Tal vez buscara consuelo en su madre, en sus compañeras enfermeras y entre sus amigos militantes del Belgische Werkliedenpartij (BWP), el partido socialista belga, al que se afilió. Lo que sí podemos aventurar es que la casa de Tervurensteenweg 1, a la que se habían mudado hacía solo un año, se les caía encima. Demasiada tragedia y demasiados sueños rotos en tan poco tiempo.

En mayo de 1936, la pareja se mudó de nuevo. La nueva casa, de tres pisos y un semisótano, se encontraba junto al canal que une Lovaina con el río Escalda, en la Auwegemvaart 41. Esta casa, con una plácida vista sobre el canal, tenía un pequeño jardín poblado de flores y estaba mucho más cerca del centro histórico.

Trasladarse al nuevo domicilio no fue solo un intento de ventilar los

malos recuerdos y darse una oportunidad para olvidar, también marcaba un nuevo paso en el progreso social de los Holemans.

Karel tenía más espacio para pintar y desde su estudio podía ver cómo se deslizaban por el canal las barcazas de carga y cómo entrenaban los remeros del equipo nacional, que se preparaban para las olimpiadas de Berlín. El cambio de decorado y de paisaje parecía alumbrar una nueva etapa, que dejaría atrás el horrible invierno anterior. En pocos meses, la prestigiosa galería Akos, de Amberes, iba a presentar una exposición con las pinturas de Karel y las esculturas de su amigo y vecino Karel Bonaugure.

Era su oportunidad para coronarse nada menos que en la cuna de Rubens, Van Dyck y David Teniers, su maestro favorito. Karel se levantaba tarde para recuperarse del trasnoche de la víspera, almorzaba y se ponía a pintar hasta el crepúsculo. El ocaso le incitaba a salir en busca de las sorpresas que la noche le tenía preparadas.27

Ese verano lo dedicó en cuerpo y alma, a pesar de las devastadoras resacas matinales, a preparar una veintena de paisajes de su amado Kempen. Pintó las casas tradicionales flamencas, con tejados de paja, sobre una arena surcada de ríos tranquilos. Eran visiones imaginarias de su infancia, cielos ampulosos con nubes inflamadas por la luna embrujada que se ocultaba tras ellas. Comenzaba a manifestarse como un pintor romántico y simbolista, de poderosas luces y siniestros claroscuros. Sin embargo, su producción aún era irregular. Algunas pinturas eran casi espléndidas, mientras que en otras la torpeza del principiante aún no había sido domada.

Antes de lo que pensaba, el gris flamenco de esas pinturas de juventud iba a metamorfosear para dar paso al azul y a un sol reverberante que no amanecía en Bélgica.

En la misma calle, también a orillas del canal, en el número 21, vivía el político socialista Antoon Spinoy, secretario general del BWP. Rachel disfrutaba sus tertulias políticas como aire fresco. Se sentía en ellas bien recibida, y por unas horas conseguía ignorar las correrías nocturnas de Karel y su dolorosa frialdad.

Las noticias que llenaban las conversaciones en esos cenáculos tenían un asunto principal: España. La victoria del Frente Popular en las

elecciones de febrero del 36 traía a los socialistas belgas esperanza y desazón por igual. El PSOE y los republicanos españoles se habían coaligado con los marxistas del POUM y los comunistas del PCE para poder ganar las elecciones. Esta alianza con los comunistas no gustaba a los socialistas belgas, quienes desconfiaban de aquellos casi más que de los fascistas.

Por otro lado, llegaban inquietantes rumores de que Alemania se disponía a apoyar un golpe de mano de los militares españoles, incitado por los monárquicos del exiliado Alfonso XIII, los carlistas tradicionalistas, las derechas conservadoras de la CEDA, los catalanistas burgueses de la Lliga Regionalista y conservadores de todo pelaje.

En Flandes no era un tema banal lo que estaba ocurriendo en Cataluña. Nadie era capaz de contener a los anarquistas, y los ultranacionalistas de la Falange campaban a sus anchas por Barcelona con el brazo en alto, enfrentándose a tiros con jóvenes de izquierdas, en un trasunto de la violencia de los nacionalsocialistas de Alemania.

El panorama español era del todo inquietante para estos socialistas belgas, que temían tanto los desmanes bolcheviques como que el VNV se radicalizara a la manera de los fascistas españoles y alemanes. Bélgica y Flandes se miraban en el espejo de España y de Cataluña, y el reflejo producía insomnio.

Spinoy era un tipo interesante y atractivo. Tenía la frente muy ancha, con grandes entradas en la raíz del pelo, que llevaba largo y aventado hacia atrás, lo que le daba un aire de sabio griego. Tenía una sonrisa agradable y un hoyuelo en el mentón que acentuaba su apostura. Hasta qué punto Rachel se sintió atraída por aquel joven político, no es posible saberlo. Sin embargo, sí es un hecho que Karel anduvo con la mosca detrás de la oreja, celoso de lo que pudiera haber entre Rachel y Spinoy.28

De repente llegó julio de 1936 y lo que se temía, pasó.

La noche del 25 de julio, al salir de la ópera, Adolf Hitler recibió en Bayreuth a una delegación de golpistas españoles. Tardó apenas unos minutos en decidir que apoyaría el plan de aquel general español regordete, a quien aún no conocía y al que acabaría despreciando por

meapilas. Hitler ordenó enviar a Marruecos veinte aviones Junker Ju-52, para establecer un puente aéreo entre las tropas africanas de Franco y la Península Ibérica. La República española tenía los días contados y no pocos en Europa comenzaron a entender lo que se les venía encima.

Muy pronto se creó el Comité Internacional de Ayuda a la República, que resultó especialmente activo en Bélgica, y en el que participaron, a pesar de sus diferencias ideológicas, tanto socialistas como comunistas. Inmediatamente, se pusieron manos a la obra para recaudar fondos y enviar a España material sanitario y alimentos.

La ola de solidaridad con España se extendió por todo el continente. El golpe de Franco fue el primer mordisco del fascismo en Europa y se temía, con razón, que no fuera el último. La Internacional Comunista tomó la iniciativa en muchos países europeos y comenzó a reclutar voluntarios para combatir a los fascistas españoles y defender la República. Acababan de nacer las Brigadas Internacionales.

Los primeros brigadistas belgas, muchos de ellos judíos, partieron hacia España ese mismo otoño, en octubre del 36, tan solo tres meses después del golpe. Su destino final era la defensa de Madrid, acosada por las tropas africanas de Franco. Estos jóvenes belgas, henchidos de entusiasmo y de idealismo, aprendieron pronto sus primeras palabras en español: ¡no pasarán!

Todos estos avatares políticos involucraban mucho más a Rachel que a Karel. Él también participaba a veces en las tertulias y recibía de buen grado en casa a los amigos socialistas de Rachel, por algunos de los cuales sentía incluso una genuina simpatía personal.

Sin embargo, Karel prefería frecuentar otros círculos, más próximos a los artistas, y por encima de todos, prefería a los templarios. Estos caballeros también seguían la agitación de la política europea, pero estaban mucho más cerca de las élites —intelectuales o económicas— que del pueblo trabajador. Los izquierdistas no eran santos de su devoción y los comunistas les daban pánico.

Karel solía acudir a la iglesia los domingos, aunque la liturgia le interesaba bastante menos que dejarse ver en sociedad. Paradójicamente, Karel era tan religioso como anticlerical, y

consideraba a los curas poco más que unos funcionarios que se limitaban a repetir unas palabras antiguas y a dar unos pases de manos en los que tampoco creían demasiado.

Karel describió en sus cartas cómo solía acudir a la iglesia en solitario, a reflexionar y a ensimismarse en la contemplación de las espléndidas obras de arte que colgaban de sus muros. Evocaba épocas pasadas en las que los pintores flamencos eran hombres admirados que gozaban del respeto de sus conciudadanos y de la protección de los reyes. La forma como mi padre vivía la fe católica era profunda, aunque a la medida de sus mitos.

Ese mes de octubre de 1936, los primeros brigadistas belgas salieron de Amberes en tren vía París para dar su vida en España. Al mismo tiempo y a pocos minutos de allí, en la recoleta Sint-Niklaasplaats, la galería de arte Akos presentaba la obra de Karel Holemans y le otorgaba su reputado premio de honor.

Karel había conquistado Amberes y la escena artística flamenca le reconocía como uno de los pintores contemporáneos que había que tener en cuenta. Tenía solo veintiséis años, era un rebelde autodidacta, cultivaba el clasicismo con una fuerte influencia del Romanticismo y sentía que ya había llegado a donde se le esperaba.29

La historia, sin embargo, estaba escribiendo sus líneas en una dirección distinta. Ese otoño y ese invierno se combatió a sangre y fuego en la Casa de Campo y en los barrios periféricos de Madrid. La llegada de tanques y aviones soviéticos consiguió evitar la caída de la capital a manos del ejército nacionalista, a la vez que se hacía patente que lo que Europa se jugaba en España era mucho más que la dictadura de un reyezuelo estrambótico recién llegado de África.

El partido socialista obrero belga, al que pertenecía Rachel, impulsó, con el apoyo de la Internacional Obrera Socialista, la creación de un hospital militar para atender a los heridos republicanos en España. El lugar elegido fue Onteniente, a unos noventa kilómetros de Alicante, en la retaguardia de las tropas gubernamentales que luchaban en los frentes de Madrid y Teruel.

Tendría capacidad para atender hasta mil heridos e iba a convertirse en el hospital mejor preparado de España: máquinas de rayos X,

autoclaves para esterilizar, equipos para la transfusión de sangre, frigoríficos y un modernísimo equipo de anestesia donado por los sindicatos británicos de Southampton. Trabajarían en él quince cirujanos, además de veintisiete enfermeras belgas y cincuenta y cinco españolas. Su administrador general iba a ser Antoon Spinoy, el amigo de los Holemans; aunque quizás habría que decir el amigo de la señora Holemans, a juzgar por los indicios.

Renseignements d'iden
21087
Madame VAN DER ELST Epse. HOLEMANS
28, Av. Rogier
1-9-05 M F B Van der Elst Rachel
1234777K SCHAERBEEK
23.4
No de la carte d'identité : 60.742
Signature du bénéficiaire :
Sceau de J.O.N.A.C.
N.B. - Le porteur est invité à faire apposer le sceau communal.

Identificación de Rachel van der Elst como víctima de guerra, emitida por el Ministerio de la Reconstrucción. 1945.

Rachel van der Elst necesitaba alejarse de Karel y tomar aire, al menos por una temporada. La situación en casa era insoportable. Karel hacía su propia vida, tanto de día como de noche, y ya hacía tiempo que dormían en habitaciones separadas.

Ella misma lo describió así en una carta escrita a su suegro, Clement

Holemans, unos meses después:

Creo que me habría vuelto loca si no me hubiera ido; estaba enferma cuando partí: enferma en mi cabeza. Estoy convencida de que habría cometido locuras si no me hubiera quitado de en medio.

Durante 1937, salieron de Bélgica hasta tres convoyes de camiones y ambulancias en dirección a Onteniente. Cruzaron Francia y el Pirineo catalán para bajar al sur por la costa mediterránea, que aún continuaba en manos de la República española.30 La mayoría de las enfermeras belgas eran voluntarias y sus parejas, en casi todos los casos, eran brigadistas internacionales belgas que ya habían partido a luchar en España. La Komintern se había opuesto a que las mujeres combatieran con armas, así que estas valientes tuvieron que conformarse con hacer la guerra como enfermeras, con la esperanza de reunirse con sus compañeros en suelo español.

Nadie podía poner en duda el coraje de estas jóvenes idealistas de origen judío y de aguerridas convicciones comunistas. Sin embargo, Spinoy necesitaba algo más que arrojo y desprecio a la muerte: necesitaba enfermeras profesionales, con conocimiento y experiencia para vérselas con cientos de casos críticos y para curar heridas cuyo espanto no podían imaginar.

Cuando Spinoy ofreció a Rachel marcharse a España con él, el cielo se le abrió. Corrió a hacer las maletas y se dispuso a salir lo antes posible. No existe ningún documento que pruebe cuándo partió Rachel hacia Onteniente, pero lo más probable es que acompañara a Spinoy en septiembre de 1937, con una delegación de la Segunda Internacional Socialista que iba a conocer el hospital.

Rachel viajó con otras enfermeras profesionales belgas que llegaban para capacitar a las enfermeras voluntarias, a las que les sobraba arrojo, pero que apenas sabían poner una venda. De hecho, su formación había consistido en un curso acelerado de dos semanas, sufragado por un comerciante de diamantes judío con simpatías comunistas.

Muchas de aquellas voluntarias habían quemado las naves para poder viajar a España. Cuando llegó el momento de partir, vendieron todo cuanto tenían y salieron sin pensárselo un minuto, con solo una muda en la maleta y sin siquiera pasaporte. Los aduaneros belgas y franceses detestaban a Franco por igual, así que las dejaron pasar pese a no llevar papeles. Al llegar a París, el Partido Comunista examinó cuidadosamente cada caso, comprobó que todas eran acendradas comunistas y que no había espías infiltradas, y les proporcionó los papeles para poder viajar a España.

El tren iba repleto de daneses, noruegos, alemanes, ingleses, belgas y holandeses. Todos voluntarios contagiados de entusiasmo e idealismo, dispuestos a morir por la República y la causa de los trabajadores. Iban a España para cambiar el mundo e intercambiaban alegría, abrazos y besos espontáneos. Como jóvenes que eran, construían en media hora amistades para siempre, sin ser muy conscientes de que muchos no volverían.

El tren avanzaba lentamente junto al Mediterráneo, poniendo a prueba su resistencia a la sed, al olor a ajo y a las gentes rudas y desaseadas que hablaban a gritos una lengua incompresible y rica en fonemas impronunciables. Para aquellas belgas, entrar en España era internarse en una tierra primitiva y colorista en la que se iba a decidir el destino de Europa. Traían consigo una mezcla de exaltación, atracción y miedo que les oprimía el estómago.

En el tren abarrotado iban mujeres con cestas de frutas y verduras, niños sentados en el suelo con los mocos colgando de la nariz, paisanos que escupían en el suelo del vagón y pisaban el esputo sin remilgos, y hombres jóvenes de medio mundo a pecho descubierto, listos para verter su sangre en tierra española.

Rachel, como muchas otras enfermeras, llevaba un diccionario Liliput para tratar de hacerse entender, pues no hablaba ni jota de español.

Después de hacer parada en Játiva, el tren se desviaba hacia Albacete, donde los milicianos se registraban y recibían un uniforme en el cuartel general de las Brigadas Internacionales. Las calles de Albacete estaban llenas de voluntarios de todos los países.

Jo Bovenkerk, enfermera profesional holandesa y compañera de

Rachel en el hospital, escribió:

Tantos hombres jóvenes, alegres y entusiastas, tantos idiomas, saludos, canciones, altavoces en la plaza con los boletines informativos y la incertidumbre ante lo que pudiera ocurrir. El hecho de que viniera gente de todo el mundo a arriesgar su vida para combatir al fascismo… Si de una cosa no dudábamos era de que ganaríamos esa guerra.31

Las enfermeras siguieron el viaje hacia Onteniente y en cuanto llegaron causaron una fuerte impresión: eran, literalmente, lo nunca visto. Sus vestidos ligeros y estampados, muy apropiados para la luminosa primavera alicantina —que era para ellas un verano sofocante—, atrajeron las miradas de todos los habitantes de Onteniente. Algunos escandalizados, todos deslumbrados. En aquella época las mujeres españolas solteras no podían hablar con extraños y las mayores —muchas, viudas de guerra— vestían de negro, caminaban descalzas y portaban cántaros en equilibrio sobre la cabeza.

Las enfermeras belgas comenzaron a ganarse su reputación de benefactoras cuando tomaron bajo su protección a las jóvenes enfermeras españolas, a quienes ponían a salvo de las manos largas y los magreos de los médicos del hospital. Estas, por si solas, jamás se habrían atrevido a pararles los pies a unos hombres que, por posición social, eran impunes en todo.

En el peor momento de la guerra se hacían hasta ocho operaciones diarias. El hedor de la gangrena era insoportable y las jóvenes enfermeras españolas, para combatirlo, les encendían cigarrillos a los doctores y les secaban el sudor de la frente. Las enfermeras belgas, por el contrario, hablaban a los doctores como camaradas, sin asomo de sumisión. Para los heridos, aquellos ángeles rubios de ojos claros que les cuidaban y les lavaban las heridas en un español quebrado, aunque con el dulce acento flamenco, eran las Mamás Belgas, nombre por el que serían recordadas en los libros de historia.

Las Mamás Belgas se alojaban en una casa de campo en las afueras de

Onteniente, llamada El Pinatar. Allí, después de haber pasado el día manchándose las manos con la sangre de los combatientes, enchufaban un gramófono y bailaban hasta la madrugada con sus compañeros brigadistas, cuando estos estaban de permiso y podían ir a visitarlas. La cercanía del dolor y la muerte despertaban sus ganas de vivir y el deseo de celebrar la juventud y el amor.

Las luces de estas veladas preocupaban a las autoridades locales, que temían que pudieran atraer a los bombarderos fascistas. El mismo Spinoy les llamaba la atención y les exigía un comportamiento más recogido y prudente, aunque con poco éxito. Si vamos a morir mañana, bailemos hasta el amanecer, parecían decirse aquellas jóvenes valerosas.

Las enfermeras tomaban el sol desnudas, creyéndose protegidas por el muro del jardín. Lo que no sabían era que los chicos el pueblo hacían turnos para mirar a través de una grieta desde la que entreveían imágenes de una blancura bien diferente a la de aquella España luctuosa.

La enfermera holandesa Jo Bovenkerk recogió en sus memorias una conversación que mantuvo, durante el triaje de pacientes, con un soldado que ingresaba en el hospital:

—¿Herido o enfermo, camarada?

—Tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

Jo buscó la palabra ojo en su diccionario Liliput.

—Sí, pero ¿estás herido o enfermo?

—Casémonos mañana.

6

GRIS DE CAMPAÑA

Karel tampoco se quedó en Malinas. Había cogido sus bártulos, su caballete y sus pinturas y había regresado a la casa familiar de Averbode. Su padre, Clement, le había hecho un encargo formal como alcalde de la villa: pintar un gran cuadro de la abadía con ocasión del jubileo del abad, monseñor Crets, que cumplía cincuenta años en la silla abacial. El cuadro sería una ofrenda que Averbode presentaría a la abadía y a su comunidad premostratense, que tanto habían contribuido a la prosperidad del pueblo.

La primera vez que contemplé ese cuadro, que sigue colgado en un amplio descansillo de la escalera principal de la abadía, me impresionaron sus dimensiones. No había duda de que Karel quiso deslumbrar a todos: al Clement padre y al Clement alcalde, a su familia y a sus vecinos, al propio abad y a toda la comunidad, que veía regresar al joven rebelde convertido en un pintor consagrado.

Eligió un lienzo panorámico de tamaño 120, formato paisaje, que equivale a unos dos metros de ancho por más de uno de alto. En él pintó al óleo la silueta del monasterio al atardecer, a contraluz, rodeada de cipreses siniestros, enloquecidos por el viento. La imagen no es realista; de hecho, es fantasmagórica. Karel no quería ser un notario de la realidad, sino presentar una visión completamente subjetiva. Se diría que quería presentarse a sí mismo, profundo y espiritual.

Paisaje de la abadía de Averbode. Óleo sobre tela.

Como el creyente que era, acudía asiduamente a la capilla para reflexionar frente al altar de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Paseaba al atardecer por los bosques que rodean la abadía para encontrar el encuadre adecuado e imaginar la luz que saldría de su cuadro. Concibió una imagen espectral que no procedía de una puesta de sol real, sino que emergía del fondo de su alma, en aquel momento desnortada.

El regreso a la casa paterna, como hijo pródigo convertido en artista, ayudó a reparar la relación con su padre. Por primera vez, Karel no veía a Clement con ojos de hijo, sino que le miraba de padre a padre. Nadie podía comprender mejor que Clement el dolor que sentía por la pérdida de Hugo. Clement había enterrado a sus pequeñas Henrica y Amanda cuando aún eran muy niñas, y hacía solo cuatro años también a su hija mayor Maria, de treinta y tres años, a quien mató el asma.

Clement miró a los ojos agrisados de su hijo y Karel se sintió tan amado como comprendido.

Que el alcalde del pueblo encargara un cuadro de tanta importancia a su propio hijo era, desde luego, un acto de amor y una muestra pública de respeto. Y aunque algún vecino quisquilloso pudo verlo como nepotismo, Karel llegaba a Averbode con una reputación de gran artista que cerraba, al menos de momento, las bocas envidiosas.

El Karel místico había regresado a la casa del padre terrenal para pintar la casa del otro padre: el todopoderoso celestial. Con este cuadro iba a hacer las paces con el patriarca y también a redimir su espíritu. La ofrenda de su arte a Dios daría la última puntada a la mortaja de Hugo y le permitiría seguir adelante con su propia vida. En este retorno a la casa de su niñez, que se alargó varios meses, Karel buscaba la cura a su paternidad truncada.

El diccionario tiene una palabra para el que se queda viudo y otra para el que se queda huérfano. Sin embargo, no existe una palabra para quien sufre el dolor de perder un hijo, un espanto tan contranatura que ni siquiera tiene nombre. Las circunstancias del envenenamiento de Hugo hicieron aún más siniestras las pesadillas del padre que sobrevive a su hijo y atormentaron a Karel el resto de su vida.

El regreso a la casa-hotel de los Holemans fue reconfortante al principio, pero Karel no tardó en tropezarse con los muebles de la memoria. Su madre, su hermana Martha y sus hermanos menores Omer y Albert seguían allí, como siempre, protectoras ellas y amorosos ellos. Sin embargo, también permanecían la disciplina y la severidad de su hermano Jozef, a quien en el fondo le disgustaba que el vividor de su hermanito hubiera enternecido al viejo Clement, que disimulaba poco y mal la felicidad de su retorno.

No tardó Averbode en volver a quedársele pequeño. Como muchos artistas, Karel era un ser de muchas caras, que vivió cada una de ellas sin tregua ni salvavidas. Hubo un Karel pintor, un Karel religioso y un Karel juerguista, mujeriego y bon vivant. El Karel padre, que tan gozoso pudo haber sido, se volvió crisálida y permaneció aletargado durante décadas.

El año 1937, con todas sus turbulencias, iba a despertar a un Karel más: el político. Este Karel creía que el mundo podía transformarse mediante el activismo, y había nacido en el mejor momento de la historia para ello.

Su buen amigo y cuñado Robert, que vivía con Madeleine en Mortsel, trabajaba aún en la fábrica Gevaert. La empresa pertenecía desde hacía años al conglomerado alemán IG Farben, que fabricaba un sinfín de productos químicos, uno de los cuales entraría en la historia universal de la infamia: el pesticida Zyklon B.

Las empresas de capital alemán de toda Europa se preparaban para un acto político de una magnitud jamás vista. Mussolini iba a visitar Berlín y a concelebrar, el 18 de septiembre de 1937, un mitin con Hitler en el Maifeld Arena, un campo de polo anexo al estadio olímpico.

Fuera por convicción, por curiosidad o por obligación, muchos empleados de estas firmas alemanas viajaron a Berlín con los gastos pagados para asistir a ese abrazo de cíclopes. Goebbels había preparado el encuentro concienzudamente para impresionar a su aliado italiano y, sobre todo, para exhibir el poder nazi e intimidar al mundo entero.

Robert consiguió que Karel, como exempleado de Gevaert, pudiera sumarse a la comitiva de trabajadores que salió hacia Berlín. Para ambos amigos, el viaje era toda una peregrinación a la ciudad que de facto era la capital de Europa continental. A su atractivo cosmopolita se le añadía ahora el haberse convertido en el ojo de un huracán que, aún no se sabía cómo ni cuándo, se abatiría sobre el continente para alumbrar un nuevo orden europeo, si no mundial. La historia se estaba cocinando en Berlín, y hacia allí se dirigían Karel y Robert, cargados con película virgen y una cámara, la popular Gevabox, fabricada también por Gevaert. Gracias a su trabajo, Robert se había convertido en un aficionado a la fotografía.

En el álbum familiar de mi primo Albert Pepermans encontré dos fotos. En ninguna de ellas aparecen personas. Una de las imágenes es un cruce de dos calles importantes: cuelgan largas banderolas con la esvástica y la bandera italiana. La otra foto muestra unos magníficos Mercedes-Benz descapotables, aparcados en batería frente a lo que

parecen edificios oficiales. La avenida donde se tomó la instantánea es un bulevar en el que están plantadas, perdiéndose calle arriba, cuatro filas de columnas blancas coronadas por águilas doradas: dos en el centro y otras dos en las aceras laterales. El fotógrafo bajó a la calzada para captar toda la amplitud de la avenida y pulsó el disparador. Un reloj publicitario marcaba las cinco menos veinte de la tarde.

Solo dos fotografías. Sin más personas que anónimos viandantes, movidos y mal enfocados.

Robert y Karel habían recorrido ochocientos kilómetros en tren a cuenta de los alemanes, estaban invitados al mayor acto político de la historia, tenían una cámara y los bolsillos llenos de carretes y, a su vuelta, dispondrían del papel y los líquidos de revelado que necesitaran. Y solo se les ocurrió disparar dos fotos en todo el viaje.

Resulta imposible tragarse esta historia, pensé en cuanto vi las dos fotos en el álbum familiar de mi primo Albert. Estaban pegadas con esquinas adhesivas a unas cartulinas negras apaisadas, cuyo formato alargado me evocó el de Hazañas bélicas, las viejas historietas españolas. Sobre las fotos, alguien —seguramente Robert— había escrito: «Berlín. 19 al 26 de septiembre 1937».

El mitin de Hitler y Mussolini tuvo lugar el día 28. Según me contó Albert, su padre había viajado por negocios a Berlín y había regresado dos días antes del mitin, por el que no sentía ningún interés. Ya.

Albert debió sentirse en la obligación de refrendar lo que su propio padre, Robert Pepermans, le había contado. Lo que mi primo no podía saber es que, siendo yo un niño de siete u ocho años, solía acompañar a mi padre a sus encuentros con extranjeros en un bar de Tarragona. Hablaban en alemán acerca de la guerra, con palabras que no podía entender, aunque el apellido Hitler era fácil de distinguir en la conversación.

Berlín. Cruce de Unter den Linden con Wilhelmstrasse.

Septiembre de 1937.

Un día a finales de los sesenta, en la barra del bar Baviera —el nombre no podía ser más apropiado—, le pregunté:

—¿Papá, tú conociste a Hitler?

—No en persona, pero sí le vi una vez en un mitin. En Berlín.

Nunca había escuchado la palabra mitin: en la España de los sesenta no había mítines. Sin embargo, su respuesta, pronunciada con tanta naturalidad, me dejó una profunda impresión. Mi padre había visto a Hitler. En Berlín, como en las películas. Entonces todo lo que mi cabecita imaginaba podía ser posible.

Años más tarde, cuando me entretenía leyendo las novelas de Sven Hassel, ambientadas en la Segunda Guerra Mundial, me encontré con el nombre de un barrio de Berlín. Y volví a preguntarle a mi padre:

—¿Tú sabes qué es Berlin-Moabit?

—Es el barrio rojo de Berlín. Como el barrio chino.

Yo no sabía qué podía ser ni un barrio rojo ni un barrio chino, pero lo que estaba claro era que mi padre conocía Berlín un poco.

No, no era posible que Robert y Karel hubieran disparado solo dos fotos en el viaje. Dos fotos en las que además no salía nadie. Si hubo otras imágenes que pudieran identificarles a ellos o a cualquier amigo, debieron ser quemadas en la chimenea después de la guerra, pensé.

El escuálido botín de esas dos fotos me permitió, sin embargo, reconstruir el camino que mi padre y mi tío recorrieron el día del mitin en dirección a la puerta de Brandemburgo. Toda la ciudad estaba engalanada con miles de banderas nazis y mussolinianas que colgaban desde las cornisas hasta flotar sobre las cabezas de los peatones. A las cuatro en punto, las tiendas y los bares habían cerrado para que todos los berlineses pudieran asistir al espectáculo.

A juzgar por la primera foto, Karel y Robert llegaron a Unter den Linden y se detuvieron a la altura de la estatua ecuestre de Federico II de Prusia. El espectáculo era sobrecogedor. Las cuatro filas de columnas blancas coronadas por esvásticas y águilas doradas se perdían en dirección a la puerta de Brandemburgo. Robert bajó de la acera para fotografiar ese escenario digno de una ópera. En la foto, un autobús de dos pisos se alejaba calle arriba; quizás el mismo autobús del que acababan de bajarse. Un reloj que ya no existe marcaba las cinco menos veinte.

Karel y Robert volvieron a usar la cámara un poco más arriba, en la esquina de Unter den Linden con la Wilhelmstrasse. La segunda foto muestra el desordenado tráfico de coches y peatones en el cruce de ambas avenidas, donde hoy se encuentra el hotel Adler. En la cercana Pariserplatz se habían construido dos fuentes iluminadas con los colores de ambos dictadores y, frente a la puerta de Brandemburgo, ondeaban dos banderas gigantes de Italia y otras dos con la esvástica.

La comitiva se planificó para que Hitler y Mussolini llegaran a Unter den Linden al atardecer. Se iluminaron las interminables hileras de columnas blancas, brillaban en lo alto las águilas nazis y la puerta de Brandemburgo resplandecía en el crepúsculo berlinés. Una marabunta humana gritaba enfervorizada «Heil Hitler» al paso de la comitiva. Viejas grabaciones muestran a Hitler sentado y complacido, y a Mussolini en trance, puesto en pie con el brazo en alto, tenso como el de un arquero.

Esta puesta en escena, creada por Benno von Arendt, el escenógrafo de Goebbels, incluía a sesenta mil soldados alemanes dispuestos a lo largo del recorrido para garantizar la seguridad del Führer y del Duce y también para que este comprobara con sus propios ojos con quién se las vería si traicionaba la alianza del Eje, firmada un año antes.

Esa noche Karel y Robert debieron aprovechar para conocer la noche berlinesa y sus barrios más animados, fueran rojos o chinos. Podían trasnochar y levantarse tarde. El día siguiente había sido declarado fiesta nacional y el mitin estaba programado a las seis de la tarde. A mediodía, ambos amigos bajaron del tren en la estación de Olympiastadium y caminaron hasta la enorme explanada del Maifeld, que podía albergar una muchedumbre mayor que el estadio olímpico. Llegados de todas partes de Alemania y Europa, seiscientos cincuenta

mil asistentes se congregaron frente a la tribuna, situada al pie de la aguja del campanario, que, con la forma premonitoria de una chimenea, presidía la ceremonia como un tótem sagrado.

A las seis en punto, una fanfarria de trompetas anunció que los dos dictadores entraban en el Maifeld. A ambos lados de la tribuna se izaron dos banderas gigantes, la italiana y la nazi. El doctor Goebbles, diminuto y frágil como una cápsula de cianuro, pronunció las palabras «el mundo entero os escucha». Justo al ocultarse el sol, Hitler ascendió a un estrado iluminado como el altar de un dios.

Seiscientos cincuenta mil brazos saludaron a la romana las palabras del Führer. Y en ese momento, Robert tenía una cámara Gevabox que, según me contaron, no usó. A continuación, fue el Duce quien comenzó a vociferar su bien ensayado discurso en alemán. En ese momento, como si Goebbles lo hubiera pactado con Mefistófeles, se desató una lluvia torrencial, con relámpagos y truenos. Apenas podía oírse la voz de Mussolini, que hablaba en su alemán pastoso cada vez más rápido porque la lluvia empapaba los papeles que tenía que leer.

Pero eso poco importaba, pues en realidad el verdadero destinatario de toda la ceremonia eran los millones de personas que escuchaban la transmisión por radio, que por primera vez en la historia llegaba a veinte países de Europa y de América.

Karel, Robert y sus compañeros de Gevaert aguantaron los chaparrones, tanto el atmosférico como el verbal, hasta empaparse por completo de ambos. Tras los parlamentos, una parada militar de los tres ejércitos alemanes, con desfiles de antorchas en la oscuridad, tropas desfilando al paso de la oca y la élite de las SS rindiendo honores a Hitler y a su invitado. Cincuenta focos antiaéreos cubrían la explanada con una carpa de luz. El espectáculo había llegado a su fin.

Calados hasta los huesos, Robert y Karel entendieron que lo que acababan de presenciar era el principio de algo muy grande, aunque no supieran bien si tenían que darle la bienvenida, temerlo o ambas cosas a la vez.

Cuando, ochenta y tres años después, pisé con mi hijo la enorme extensión de hierba del Maifeld, me impresionó su vastedad. Entendí por qué los alemanes eligieron este lugar para el mitin. Era imposible

que tantas personas cupieran en el contiguo estadio olímpico. El día de nuestra visita, la enormidad del espacio la acentuaban unos diminutos jugadores de cricket cuyos gritos se oían en la lejanía, muy débilmente. Nuestra soledad en aquella extensa llanura me dio idea del tamaño de la masa que allí se congregó. Entre ellos estuvo mi padre, tal vez en el mismo metro cuadrado que yo estaba pisando. Quizá Karel, aquí, en este mismo punto, sobre esta misma hierba, también levantó el brazo, como los otros 649.999. Sí, la verdad es que creo que él también saludó a Hitler brazo en alto.

Nunca sabremos si Robert Pepermans militó en el VNV, o si fantaseó alguna vez con un Flandes absorbido por el Reich. Tal vez pensó que Alemania reconocería su singularidad nacional y que la gran familia germánica otorgaría a los flamencos su merecida autodeterminación. Eso provocaría la fractura definitiva del engendro artificial que era Bélgica, una prisión para Flandes. No hay ninguna prueba de que Robert lo creyera, aunque sabemos que Karel sí lo hizo y que también lo hicieron más de medio millón de flamencos que, con mejor o peor intención, pensaron que Hitler era una buena noticia.

Hay documentos que demuestran que Karel y su padre, Clement, militaron en el VNV y se tragaron la fábula. Es bien probable que el primogénito de los Holemans, Jozef, también siguiera las ideas de su padre, al igual que cientos de vecinos de Averbode. Pero sobre Jozef no hay pruebas escritas. Desgraciadamente, los archivos del VNV se destruyeron cuando Alemania ya había perdido la guerra y ya no es posible saber quién estaba dónde.

El hecho es que solo sobrevivieron dos fotos y que mi tío Robert escribió unas fechas en el álbum que le permitían negar su presencia en Berlín el día del mitin. El escamoteo de pruebas, si lo hubo, confirmaría que en mi familia se pasó mucho miedo. Después de la guerra, la represión contra cualquier sospechoso de haber simpatizado con los nazis fue feroz. Las denuncias, justificadas o interesadas, llevaban a la cárcel, a la muerte o al ostracismo. Puedo entender que mi tío Robert tratara de evitar cualquier sospecha para protegerse a sí mismo y a su familia. Y también que mi primo Albert, supiera hasta donde supiera, continuara la omertà que había aprendido de su padre.

7

BLANCO DE ESPAÑA

En octubre del 37, Robert y Karel ya estaban de vuelta en Bélgica. Ambos volvieron a la rutina de sus vidas con imágenes del nebuloso futuro de Europa pegadas a sus retinas. Robert regresó a su trabajo en Gevaert y reveló las fotos del viaje, fueran dos o doscientas dos.

Karel se reinstaló en el hotel en Averbode y dedicó los meses siguientes a la pintura y a coquetear con una jovencita pelirroja de diecinueve años, ocho menos que él, a quien llamaban Rosse Bertha, debido al color de su pelo. Bertha Verheyden estuvo enamorada de Karel Holemans durante algún tiempo y es posible que fuera su amiga íntima en más de un momento de sus vidas. Muchos años más tarde, en Tarragona, aprendí a llamar a esta mujer amable y cariñosa tante Bertha.32

En 1937, España era para Karel un territorio aún sin hollar, aunque, sin que él pudiera saberlo, el destino le encaminaba hacia allí de manera inexorable. Habían pasado solo dos meses desde que Rachel hubiera llegado a Onteniente. Esa recóndita esquina de Europa estaba tan alejada de los fastos hitlerianos como cerca de sus consecuencias.

Ese otoño, mientras Karel retozaba con Bertha la Roja en las dunas bajo los árboles del Kempen, Rachel escribía una nota a la dirección del partido socialista en Amberes.

El lunes 25 de octubre fui a cenar. Nada más sentarme se me acercó Gaby de Groote para decirme que una «conocida» suya había venido como espía a España. Desde que llegó, esta belga no ha dejado de malmeter.

1. A El Pinatar vinieron a vivir dos hombres (33) y enseguida Gaby de Groote dio parte a la dirección.

2. Debido a una denuncia suya han despedido a una limpiadora (por un tema de propinas).

3. Gaby de Groote mintió al director Crespy contando que una persona le había robado. Ella denunció a esa persona y hubo una inspección de maletas, pero no encontraron nada.

Tras una petición de la camarada Jeanne, se votó para despedir ipso facto a la enfermera Gaby de Groote.

Estas jóvenes no estaban dispuestas a tolerar más a este parásito social y dejaron de verla como una camarada. Gaby de Groote no era digna de ser llamada ciudadana.

Este memorándum, supuestamente confidencial, fue escrito por Rachel en francés, leído por la censura militar republicana y traducido al alemán por un miembro germanófono de las Brigadas Internacionales. La nota secreta estaba dirigida al partido socialista belga en Malinas, aunque muchos otros ojos la escrutaron en su accidentado camino hasta los archivos de la Komintern en Moscú, donde permaneció enterrada hasta su desclasificación en 2015.33

Según sus propias palabras, Rachel había sido detectada por las enfermeras comunistas como una espía de los socialistas. Spinoy desconfiaba de los comunistas y había situado a personas de su confianza en el hospital —¿qué mayor confianza que la de una amante?— para que le mantuvieran informado de indisciplinas o conspiraciones. El Hospital Militar de Onteniente, con sus comunistas y sus socialistas, con enfermeras judías y católicas, con espías fascistas y quintacolumnistas de Franco, con brigadistas internacionales y censores republicanos, era una muestra a escala reducida de los odios que estaban barriendo España y que muy pronto asolarían todo el continente.

En el dorso de la nota, alguien anotó el nombre y la dirección de Karel Holemans, señalándole como la persona con quien Rachel, la espía espiada, se carteaba con más frecuencia. Poco podía imaginar mi padre que su nombre se encontraría un día guardado en un fichero de la Internacional Comunista en Moscú.

De ese pedazo de papel he podido inferir dos cosas acerca de la guadianesca pareja que fueron Rachel y Karel. La primera, que en otoño de 1937 volvieron a comunicarse asiduamente y que probablemente la idea de una reconciliación comenzaba a tomar forma. Lo segundo que esta nota me contó (mis ojos, los últimos de una larga lista de testigos furtivos), es que a finales de 1937 el espionaje ya había hecho entrada en la vida cotidiana de los Holemans-Van der Elst.

Era tanta la desconfianza entre socialistas y comunistas que un parlamentario socialista belga llegó a exigir medidas para evitar que el hospital se convirtiera en un avispero comunista. Rachel, como informadora, formaba parte de esas medidas antibolcheviques.

El ambiente entre las enfermeras no era, como la nota demuestra, nada plácido. El propio Spinoy tuvo agrios enfrentamientos con las enfermeras comunistas, a quienes tuvo que recordar que su salario de mil pesetas mensuales triplicaba el de las enfermeras españolas, que cobraban trescientas, lo mismo que un soldado. Rachel, como enfermera profesional, cobraba aún más: mil doscientas pesetas que se le ingresaban en una cuenta en Bélgica.

Rachel mantuvo frecuente correspondencia con sus suegros, a quienes llamaba Pa y Ma. Aunque solo se conservan dos de las cartas que les envió desde Onteniente, los escritos revelan que Rachel, tras varios meses en España, comenzó a considerar la reconciliación con Karel.

En diciembre de 1937, Rachel escribía:

Queridos Ma y Pa y todos los demás:

Si recibo noticias vivo, así que hoy vivo doblemente: una carta de Pa y en el reverso una carta de Karel. Parece que por fin llega la buena fortuna.

En este mismo envío va también la primera tarjeta postal que le he escrito a Karel con la esperanza de que venga. Así os hacéis también vosotros una idea de la belleza natural española.

Ojalá sea verdad lo que Pa escribe y pronto llegue el final de esta lucha en España. Que Karel no ganara el premio34 fue una gran decepción, pero no podemos hacer nada, tenemos que sobreponernos. Fue una pena que no pudiera estar allí para consolar a nuestro niño mimado, aunque desde aquí hice todo cuanto pude. Ya lo visteis en las cuatro cartas que envié de golpe.

Rachel había tomado en Onteniente la decisión de reconciliarse con Karel y contaba con la complicidad de sus suegros. Los meses transcurridos en España, el alejamiento y la soledad, las fiestas navideñas, así como la brutalidad de lo que estaba viviendo, debieron ayudarle a relativizar y, con probabilidad, a idealizar lo que había dejado atrás.

Pa, escribes que nuestro amor no se ha acabado del todo, a eso quiero responder que, como mínimo, se estuvo tambaleando, que he sufrido y he luchado mucho para ser fuerte. Di un salto enorme para quitarme de en medio, porque ya no podía respirar más.

Las cartas revelan también cómo la guerra española, que tan de cerca vivía, contribuyó a reafirmar a Rachel en sus ideas políticas:

Los republicanos han avanzado mucho en los últimos días y si hacen un par de avances más así, los italianos se largarán con el rabo entre las patas. Creo que será como los alemanes en la guerra del 1914-18, que también resistieron hasta que no pudieron aguantar más. Todo el mundo pide la paz —nosotros más que nadie— y esperemos que llegue pronto. Deseo de todo corazón que esta horrible guerra acabe con la victoria de la democracia.

Ahora que voy entendiendo a la gente de aquí estoy más convencida de la injusticia de Franco. Es horrible lo que les pasa en España a los trabajadores pobres en pleno siglo XX. No es una guerra entre Iglesia y Estado, sino entre democracia y aristocracia. Es muy triste lo que la Iglesia ha hecho, como pasó en Alemania, poniéndose del lado de los ricos y no del lado de los cristianos. Aquí mismo, en Onteniente, la gente es tan católica como la que hay en Averbode y aun así se oponen con todas sus fuerzas a la pandilla de Franco, los sedientos de sangre, los monstruos.

Hace unas tres semanas bombardearon una escuela y las víctimas fueron ciento cincuenta niños inocentes. En Valencia, hace catorce días, yo dejaba la ciudad justo cuando a mediodía bombardearon un mercado de flores.35 Todas las víctimas fueron mujeres y niños. Esta semana en Alicante bombardearon un barrio obrero y de nuevo las víctimas fueron ancianos y niños.

Hoy he asistido al entierro de una mujer de treinta y nueve años a la que cuidé durante cinco días. Vino al hospital hecha pedazos y lo único que decía era: canallas, canallas, canallas…

Nos contó que venía de Teruel, donde pasó diez días en un refugio. Después de esos diez días comenzó a haber un poco de calma y durante esa calma quisieron sacar a los civiles en coches. Los muy sanguinarios no encontraron nada mejor que hacer que ametrallar a los coches desde sus aviones. La mujer no sabía cuántas víctimas hubo, pero dicen que fue terrible. Después de su muerte encontré un rosario y varias medallas, así que de nuevo, era una cristiana.36

Es una verdadera desgracia que el resto de cartas que Rachel escribió a los Holemans se hayan perdido. Su voz como ciudadana belga, observadora de la barbarie de la guerra española, es un testimonio de primera mano de las calamidades que se vivieron en el hospital y en la retaguardia republicana. Tristemente, muy pocas se han conservado.

Ya hace cuatro o cinco días que el invierno ha comenzado y, madre mía, parece cachondeo, no hay una estufa ni en el hospital ni en El Pinatar. Nos vemos obligadas a meternos en cama para escribir o leer

(fuera es insoportable). Esto, claro, fuera de las horas de servicio. En el hospital ha bajado el trabajo. Debido al frío los frentes están tranquilos, así que hay menos heridos.37

Uno de esos ladrillos calientes del brasero de Ma Trees38 me iría muy bien aquí. Hiela y no hay calefacción en El Pinatar, ni en el comedor, ni en el hospital, es horrible. Menos mal que aquí no tenemos que ir a la moda. Tengo un par de zapatos del número 38 en lugar del 36, pero con dos pares de calcetines me van bien. Además, llevo un suéter de algodón, un jersey de lana, abrigo y bufanda.

En este momento estoy en una habitación con una señora en el pabellón de maternidad. A las tres menos cuarto de la madrugada han venido a buscar a esta pobre desgraciada porque tenía muchísimo dolor y, según decía, hacía ya tres días que no sentía ningún movimiento del bebé que llevaba. Apareció un pie muy extraño y, por el color, el feto ya llevaba varios días muerto. No había ningún médico cerca, así que tuve que arreglármelas yo sola. Menos mal que, con mucho sudor y con la ayuda de la madre Naturaleza, todo salió bien.

Las cartas de Rachel debieron convencer a Karel de que había llegado el momento de viajar a España. Sabemos, por las fechas en que fueron escritas, que Rachel pasó la Navidad y el fin de año de 1937 en Onteniente. Es razonable pensar que Karel pudo tomar su decisión hacia enero o febrero de 1938.

Las explícitas invitaciones de Rachel, los discretos consejos de Clement, que quería ver a su hijo casado y en familia y, no menos importante, la caballeresca empresa de reclamar a su esposa y arrebatarla de los brazos, imaginarios o no, del sabelotodo de Spinoy, bastaron para que Karel se aventurara a un viaje tan arriesgado. España, y muy especialmente el levante español, era un sangriento campo de batalla.

Para el enardecido caballero Karel Holemans, sin embargo, no había obstáculos, sino alicientes. Un templario como él, debió decirse, no acorta el brazo cuando tiene que defender su honor y el de su amada, incluso si ha de alancear gigantes en tierra hostil. No habría

suficientes bombas para disuadir a Karel de tamaña aventura. Metió sus óleos y sus pinceles en un estuche de madera y eligió para pintar tableros de masonite39 del mismo tamaño que su caja de pinturas. De ese modo pudo envolver todo el conjunto en una tela y atarlo con cuerda, lo que achicaba considerablemente el equipaje. El pintor romántico que habitaba en Karel tampoco podía eludir la llamada del sur. El Mediterráneo y su luz habían atraído durante siglos a maestros europeos que exploraron ambas orillas capturando estampas de un primitivismo idealizado.

De Malinas a Bruselas, de allí a París y a plomo hacia el sur: Clermont-Ferrand, Beziers, Narbona y Perpignan, Le Perthus y La Junquera. La luz dorada del invierno catalán bañó por primera vez el azul claro de los ojos de Karel. En el andén, los milicianos de la República escudriñaron sus papeles. Las cartas de invitación del partido socialista belga debían despejar las sospechas que despertaba aquel extraño individuo de veintiocho años que, con aspecto de santón, se adentraba en la Cataluña republicana con el pretexto de pintar marinas en la costa española.

Karel llevaba también un papel firmado por el arzobispo de Malinas, en el que se certificaba su fe católica, así como cartas del Gran Maestre del Temple, Isaac Vandenberg. A pesar de las quemas de iglesias y la profanación de tumbas de religiosos, la mayoría perpetradas por comunistas y anarquistas, España era un país católico a ambos lados de la trinchera. Había templarios entre los altos oficiales del ejército de Franco, así que llegado el caso, Karel podía revelar su condición de caballero comendador y salir de cualquier entuerto en el bando nacionalista. Salvoconductos socialistas y credenciales templarias: no sería la única vez que Karel apreciaría las ventajas de tener amigos en ambos lados.

Cataluña se había convertido en la triple capital de la arrinconada República española. Los gobiernos español, vasco y catalán se hallaban refugiados en la ciudad de Barcelona, lo que la convertía en un objetivo aún más simbólico que militar.

En los últimos días de 1937, la aviación italiana bombardeó las ciudades catalanas y levantinas. Tras una breve pausa navideña, los ataques se reanudaron el 1 de enero y se prolongaron durante todo el mes. Barcelona comenzó 1938 con quinientos ochenta y dos muertos

civiles.

El escándalo internacional que provocaron estos crímenes, hasta entonces inconcebibles40, hizo que Franco emitiera un comunicado derramando lágrimas de cocodrilo sobre los muertos y prometiera al Foreign Office que detendría los bombardeos sobre civiles. Durante el mes de febrero, los nacionalistas moderaron sus ataques a las ciudades y solo se produjeron tres muertos en Cataluña.

En marzo, cuando la prensa europea se calmó, los italianos despegaron de Mallorca, el portaviones de Mussolini, y masacraron Barcelona durante tres días. Una bomba cayó sobre un camión de municiones frente al cine Coliseum y la explosión voló una manzana entera. En total murieron más de mil personas. El cocodrilo se abstuvo de llorar esta vez.

Quizás en esta estrecha ventana entre enero y marzo de 1938, Karel pudo cruzar Cataluña con relativa tranquilidad. No es posible precisarlo más. La única certeza que tengo es que nunca escuché a mi padre relatar incidentes bélicos. Desde luego ninguno que le hiciera sentirse en peligro en su periplo hacia el sur.

Lo que sí escuché de niño, en docenas de ocasiones, fue lo ocurrido en Valencia con unos agentes del Servicio de Inteligencia Militar de la República. Karel lo contaba siempre muy ufano, orgulloso de su intrepidez, aunque imagino que en realidad fue un trago bastante difícil y que debió pasar miedo.

Durante la guerra, mi tren paró en Valencia. La policía militar subió a pedir los papeles y me quisieron meter en la cárcel, porque me confundieron con un monje que se había escapado del convento.

Con largas barbas, gafas de concha, sombrero, vestido de traje y con abrigo y foulard, Karel tenía un aspecto taumatúrgico. Parecer un anacoreta o un místico era en efecto peligroso, ya que a los religiosos se les consideraba espías de Franco y no pocos de ellos acabaron fusilados.

Sin embargo, Karel aún no hablaba español y a los milicianos que le detuvieron les bastaron unos minutos para darse cuenta de que aquel estrafalario valleinclán nada tenía que ver con Franco. Sus papeles socialistas resultaron convincentes y es probable que no le retuvieran más tiempo de lo que les costara dar con un brigadista francés, neerlandés o alemán para entender qué decía aquel tipo y a dónde iba.

El destino de Karel era Onteniente, unas tres o cuatro horas en tren más hacia el sur. Esa misma noche él y Rachel durmieron juntos por primera vez en mucho tiempo.

Rachel llevaba trabajando en el hospital militar unos seis meses, pero habían vivido tanto, con tanta intensidad y en direcciones tan dispares que parecía que llevaran media vida separados. El pequeño Hugo había sido asesinado dos años antes. No habían sido capaces de elaborar un duelo como pareja y estuvieron separados por mucho más que los mil ochocientos kilómetros que hay entre Malinas y Onteniente. Es más, en todo este tiempo siguieron vinculados por fuerzas muy poderosas: el resentimiento y el reproche, mucho más difíciles de soslayar que el amor. Su reencuentro fue el primer intento genuino de superar el pasado y volver a intentarlo.

Karel se instaló para vivir con Rachel en El Pinatar, la residencia de las enfermeras belgas. Era —y aún es— una casa rodeada de pinos en las afueras de Onteniente, a una media hora andando desde el Belga, sobrenombre por el que se conocía al hospital militar. La fachada del edificio, un antiguo convento franciscano, estaba flanqueada por dos palmeras que hoy aún siguen allí. A ojos belgas, la luz valenciana y esas palmeras eran la evidencia de que el viaje les había llevado a un sur casi africano. Una impresión estética que quedaría grabada para siempre en los recuerdos de Karel y de Rachel.

Las primeras semanas de reconciliación debieron ser dulces y, a pesar de la guerra, hasta cierto punto tranquilas. Rachel escribiría:

Aprovechamos cada oportunidad para visitar los alrededores. Siempre hay algo nuevo y bonito por ver. La semana pasada dimos una vuelta como los árabes, con burro y carreta. Pasamos un día en las montañas, tres horas de ascenso y tres de descenso. Mi simpatía por la gente

española crece cada día.

Las noticias que llegaban a través de la BBC, la inteligencia militar y los testimonios de los refugiados eran mucho menos halagüeñas. Las tropas de Franco habían recuperado Teruel y había por lo menos sesenta mil víctimas, lo que inundó de heridos el hospital. En los primeros días de marzo, los nacionalistas rompieron el frente de Aragón y ocuparon Caspe. Barcelona recibía de la aviación de Mussolini una lluvia de bombas incendiarias. El 22 de marzo ya no quedaban posiciones republicanas en pie ni en Zaragoza ni en Huesca. La República agonizaba.

Para las enfermeras belgas, el riesgo más inmediato era que Franco consiguiera llegar al Mediterráneo y cortara así el único pasillo que les permitiría regresar a casa por tierra. Eran mujeres y eran rojas: entendían muy bien a qué se exponían si caían en manos de los soldados de Franco, por no hablar de los legionarios o los moros. Se celebró en el hospital una asamblea urgente. La mayoría de las enfermeras voluntarias, comunistas convencidas, decidieron quedarse pasara lo que pasase. Las enfermeras profesionales, Rachel entre ellas, comenzaron a hacer las maletas.

Cuándo y cómo Karel y Rachel dejaron Onteniente para regresar a Bélgica es delicado de precisar. A principios de abril de 1938, un grupo de enfermeras belgas salió hacia Francia por carretera, en una carrera por llegar a Cataluña antes de que las tropas del general Camilo Alonso Vega alcanzaran el Mediterráneo. El 15 de abril, los soldados franquistas de la IV División de Navarra saltaban en calzoncillos sobre las olas de la playa de Vinaroz. El ejército nacionalista había conseguido partir en dos la zona republicana: al norte, Cataluña; al sur, Valencia y Alicante. Sintiendo al diablo en los talones, las enfermeras cruzaron el límite de Castellón por los pelos y entraron en la provincia de Tarragona, aún republicana.

Es posible que Karel y Rachel viajaran en esa expedición y que llegaran a la frontera francesa poco después. Sin embargo, el hallazgo hace pocos años de una pintura de mi padre en una casa de subastas flamenca me creó dudas que no he sido capaz de aclarar.

El paisaje está pintado sobre una de las tablas de masonite con las que Karel viajó desde Bélgica. Recrea una cala mediterránea al pie de unos acantilados, con una robusta palmera en primer término. La pintura no pasa de ser un apunte poco trabajado, con una paleta engamada en unos extraños verdes y marrones, como si a Karel se le hubieran acabado los otros colores. Sin embargo, lo más interesante no es lo que se ve en la pintura, sino lo que está escrito en el reverso de la tabla.

Aparecen dos textos. En el primero, Rachel escribe en un correcto español:

Un rincón de la Costa Brava

(Lloret de Mar)

España

Karel y Rachel regresaban de una guerra perdida, escapaban de los combates y cruzaban una zona ya llena de refugiados, sometida a bombardeos desde el aire y desde el mar. Y, por imposible que parezca en esas circunstancias, mi padre se detuvo a pintar playas y amaneceres.

Otro dato desconcertante es que Rachel y Karel no llegaron a Bélgica hasta junio de ese año. Es decir, que su viaje de Onteniente a Bélgica duró más de dos meses, cuando por ferrocarril no debían tardar más de dos o tres días, en el peor de los casos.

Da la impresión de que viajaron despacio, como si no tuvieran nada de que preocuparse, como dos amantes reconciliados solazándose en la Costa Brava. Se diría que se comportaron como si la guerra ya no les pudiera alcanzar. Pero ¿qué pudo hacerles sentir tan intocables, tan ajenos a los peligros del mundo?

Podía ser la euforia del amor recuperado, claro, aunque seguramente también influía el hecho de que dispusieran de diferentes salvoconductos según viniera la mano. Rachel, por su condición de

enfermera de la Internacional Obrera Socialista, militante socialista y voluntaria en la retaguardia, no tendría problema alguno con la policía militar de la República. Karel podía jugar la carta de defensor de la fe católica, si el frente se caía aún más rápido de lo previsto y era a los sublevados a quienes había que dar explicaciones.

Que Karel viviera su viaje a España, en plena guerra civil, como un viaje de estudios o como una segunda luna de miel, es solo un interrogante menor al compararlo con el segundo texto escrito en el dorso de la tabla.

Está fechado en mayo de 1939, acabada ya la guerra de España. Con su inconfundible letra garrapateada, mi padre escribió en francés una dedicatoria a unos amigos belgas, a quienes quiso regalar el cuadro pintado en Lloret de Mar:

Recuerdo de mi viaje al país del sol.

En reconocimiento a la gran ayuda y amistad que nos habéis ofrecido a nuestro regreso.

Muy afectuosamente, a la familia Therion y AA.

Nunca sabré quiénes fueron los miembros de la familia Therion ni cuáles los favores que Karel quiso agradecer regalándoles el boceto. Tal vez no tenga demasiada importancia.

Lo que no puedo pasar por alto es el hecho, cuando menos llamativo, de que las iniciales AA. coincidan con las de Arcanum Arcanorum, una orden esotérica fundada por un ocultista británico cuyo alter ego era, precisamente, Maestro Therion. Sé que mi padre sintió a lo largo de su vida una gran inclinación hacia las logias y otras órdenes iniciáticas. De hecho, aunque fue fiel al Temple toda su vida, perteneció a más de una de estas órdenes dedicadas a la búsqueda del conocimiento secreto universal.

Este es solo uno más de los muchos misterios que mi padre me dejó.

8

PARDO TERROSO

Desde la apresurada salida de Onteniente hasta que se recupera el rastro de Karel y Rachel en Bélgica transcurren uno o dos meses. El viaje, que se antoja placentero y venturoso, pudo detenerse algunos días en París. Karel solía contar que en esta ciudad había pasado algunos de los días más felices de su vida y que volvía a ella cuando quería darse a la dolce vita.

Fuera cual fuese el recorrido que Karel y Rachel siguieron para regresar a Bélgica, no volvieron a dejar huella escrita hasta el 21 de junio de 1938, cuando se empadronaron de vuelta en Averbode, en Westelschesteenweg 64, en la misma calle del hotel y probablemente en el edificio contiguo a este.

La vuelta a la vida cotidiana tras la aventura española no extirpó sus desavenencias, aunque la reconciliación y el viaje romántico debieron postergarlas hasta que el dolor se adormeció y pareció que cicatrizaban.

Un recibo hallado entre los papeles de mi abuelo Clement nos cuenta que Karel se encaprichó con una vieja mesa de billar del hotel y quiso convertirla en su mesa de trabajo. Clement anotó un pago de mil ciento cincuenta francos al carpintero por restaurarla y cubrir el tapiz con un tablero. Una mesa tan exagerada en precio y dimensiones sugiere que la siguiente mudanza de Karel y Rachel no iba a ser a una casa pequeña. Planeaban volver a Malinas y se habían fijado en una coqueta casa de ladrillo rojo que, con planta baja, primer piso y buhardilla, tenía espacio suficiente para vivir y para el estudio de Karel. La casa se encontraba en Battelesesteenweg 236, a un kilómetro de la Kazerne Dossin, un viejo cuartel de infantería junto a la vía del tren que pronto se convertiría en la penúltima parada a un infierno

inimaginable.

Karel y Rachel se reintegraron enseguida a la vida familiar y a sus efemérides. En octubre de 1938, los padres de Karel celebraron cuarenta años de casados y, aunque no se conservan fotos del evento, los recordatorios firmados por los seis hermanos Holemans confirman que asistieron con sus familias. El banquete de estas bodas de rubí se celebró en el hotel, como era costumbre, y tras leer los nietos sus amorosas redacciones, se departió alegremente sobre las elecciones a la alcaldía, que se celebraban la siguiente semana.

Clement tenía ya 64 años y Thérèse, 66. El viejo alcalde llevaba diez años al timón del municipio cuya fundación había capitaneado. Sin embargo, solo unos días después de la feliz reunión familiar, a Clement se le amargó la fiesta. El partido que él lideraba perdió las elecciones. El apellido Holemans y el municipio de Averbode dejaron de ser sinónimos.

De puertas afuera, Clement encajó la derrota con la dignidad y la templanza de un estadista. Sin embargo, algunos hechos posteriores indican que Clement vivió el resultado de las elecciones como una afrenta. Aunque siguió como concejal, la humillación de verse apeado de un cargo que consideraba vitalicio permaneció guardada en su pecho durante años, hasta tal punto que ese resentimiento le arrastraría un día a meterse en líos que complicarían mucho su vejez.

El agitado año 1938 terminaba con las nuevas-viejas noticias de que la República española se hundía. A finales de octubre, las Brigadas Internacionales desfilaban por la Diagonal de Barcelona en retirada hacia Francia. Una parada aérea con los despojos de la aviación roja sobrevoló la avenida, la Pasionaria pronunció un discurso lastimero y Robert Capa documentó el desastre. Gerda Taro ya había muerto aplastada por un tanque, lo que privó al mundo de una mirada de mujer capaz de humanizar el dolor de la derrota y el fin de un sueño.

Rachel estaba preocupada por la suerte de sus compañeras de Onteniente. Tenía pocas noticias y ninguna era tranquilizadora. A principios de 1939, entre enero y febrero, se produjo la macabra procesión de exiliados españoles. Despojados de todo lo material y de casi todo lo espiritual, medio millón de personas cruzaron los Pirineos hacia los campos de refugiados de las playas heladas del Rosellón. Las

cunetas de las carreteras aparecieron tapizadas de billetes de banco republicanos, ya sin valor, agitados por el viento como la hojarasca de un invierno inevitable. Solo Madrid y el sudeste español seguían resistiendo.

En el hospital de Onteniente la quinta columna paladeaba la victoria sin disimulo. La formaban los propios médicos locales, en su mayoría burgueses profranquistas, y los frailes franciscanos, desahuciados cuando el convento se transformó en hospital, que habían regresado disfrazados de sanitarios. La ocupación de Onteniente iba a organizarse con información salida del propio hospital. Las enfermeras que quedaban en Onteniente no podían fiarse de nadie. Pensar que los quintacolumnistas estaban alerta e informando a Franco no era una paranoia, sino la cruda realidad.

Una noche, sin avisar, las enfermeras extranjeras recibieron la orden de partir. Empaquetaron las escasas pertenencias que traían a su llegada y subieron a unos camiones que las sacaron de Onteniente a todo gas, hasta llegar al aeródromo de Chiva, cerca de Valencia. Esa noche despegaron numerosos aviones en dirección a Argel, entonces aún territorio francés. Con las enfermeras belgas viajaron también refugiados, militantes anarquistas, altos cargos republicanos y todo tipo de personas que no esperaban nada bueno de Franco.

En Argel, los franceses depuraron ipso facto a los recién llegados: encerraron a los anarquistas y enviaron a los militares republicanos a campos de prisioneros en el desierto. Aunque muchas enfermeras habían quemado sus pasaportes y sus papeles comunistas, se les permitió finalmente viajar a la Francia continental. No se conocen demasiados detalles sobre su periplo, salvo que a finales de 1939 las compañeras de Rachel cruzaron andando la frontera entre Francia y Bélgica.

Después de casi tres años, la aventura de las Mamás Belgas había terminado. O eso creían: solo tres meses después, Bélgica sería invadida por los alemanes por segunda vez en veinticinco años. Estas enfermeras de férrea fe comunista, que habían decidido no abandonar a la República hasta su última exhalación, eran judías en su mayoría, lo que no iba a hacer su vida fácil en los años venideros.

Los soldados republicanos que quedaron detenidos en Argel, tanto los

españoles como los brigadistas internacionales, fueron internados en pavorosos campos de concentración en el Sahara argelino. La diferencia de temperatura entre el día y la noche era de más de cincuenta grados y la dieta más nutritiva consistía, cuando había suerte, en lagartos espinosos o ratas saltimbanquis del desierto.41

Allí pasaron buena parte de la guerra mundial: desde marzo de 1939 hasta que Argelia fue liberada por los británicos en noviembre de 1942. Y aun entonces, muchos continuaron la lucha contra el fascismo alistándose en el ejército británico. Para estos españoles y para otros voluntarios internacionales de la República, la guerra duró desde 1936 hasta la liberación de Europa en 1945.

Karel Holemans dedicó la primera mitad de 1939 a trabajar en los bocetos que había traído de España. Emplazó la vieja mesa de billar en el centro de su nuevo estudio y, satisfecho por haber regresado a Bélgica y por la reconciliación con Rachel, se dispuso a expresar a través de sus pinceles una mirada mucho más colorista y luminosa, teñida ya sin remedio con la luz del Mediterráneo.

El 3 de junio de 1939, día de su veintinueve cumpleaños, Karel presentó su prolífica producción en la sala de exposiciones municipal de Lovaina. La intelectualidad oficial del nacionalismo flamenco se reunió allí para la ocasión. La laudatio inaugural fue pronunciada por el poeta René Verbeeck, un famoso literato que, como Karel, era conocido por sus posiciones políticas flamenquistas.

Quien compare la exposición de Karel Holemans con la que hace un par de años exhibió con éxito en la sala Akos de Amberes, se conmoverá de inmediato por el perfeccionamiento y la profundidad de su talento.

¿No están ahí los doce paisajes españoles con los que nos ha sorprendido a su vuelta de España? Destacan esas marinas mediterráneas tan bien ejecutadas, una faceta inesperada de sus capacidades.

En cada cuadro de Holemans uno siente la búsqueda de una composición armoniosa, en la que siempre se halla un pedazo de naturaleza que convive con un contenido espiritual: su pintura es la

manifestación de un estado del alma.

Aunque no se puede esperar menos vehemencia en una laudatio, es fácil entrever en las palabras del escritor René Verbeek la complicidad ideológica entre los dos artistas, militantes ambos del VNV.

Todo movimiento nacionalista necesita una utopía, un territorio fantástico, una tierra prometida en la que guarecerse de los enemigos que acechan y persiguen su eliminación como pueblo. Para los nacionalistas flamencos este territorio era Dietsland y el enemigo era Bélgica y, más específicamente, los valones francófonos.42

Joseph Goebbels supo verlo muy pronto. Varios años antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, los alemanes comenzaron a subvencionar al VNV y a ciertos independentistas flamencos, previendo que algún día pudieran ser útiles. Este apadrinamiento de nacionalistas no era más que una continuación de la Flamenpolitik que los alemanes ya practicaron en la Gran Guerra. La idea era sencilla: tengamos a los flamencos de nuestro lado, como nuestros pequeños hermanos germánicos, y ellos mismos nos entregaran Bélgica, a la que odian porque siempre les ha tratado con desdén. La regla divide et impera43 era tan antigua como eficaz.

Los alemanes visitaban con frecuencia a sus correligionarios flamencos. Recién bajados de sus Mercedes-Benz, vestidos con los imponentes uniformes creados por Hugo Boss, los alemanes eran la representación de la gloria germánica que muchos flamencos idealizaban. La segunda mujer de mi padre (es decir, mi madre) solía describirme la primera impresión que Karel se llevó de aquellos alemanes de los años previos a la guerra, cuando los nazis eran aún un gobierno legal y sin crímenes demasiado escandalosos.

Según Karel contó a mi madre, aquellos primeros alemanes eran verdaderos caballeros, muchos de ellos militares de academia, de familias cultas, políglotas, admiradores de la cultura flamenca, por su pintura y por su esplendorosa historia. Él mismo frecuentaba con sus amigos de la intelligentsia de Malinas las noches de poesía germano-flamencas y las veladas wagnerianas que De Vlag organizaba. Varios documentos de la policía belga, que vigilaba a los flamencos más

radicales, dan fe de que Karel asistió a estos eventos culturales, con frecuencia acompañado por su amigo Filip de Pillecyn, otro escritor muy conocido por su flamenquismo.

De Vlag nació como una organización cultural que celebraba la hermandad entre las naciones flamenca y alemana. Bajo esta elegante apariencia intelectual, acabó convirtiéndose en un partido financiado directamente por las SS, que abrazó sin rubor la ideología nacionalsocialista y el antisemitismo. La simbología que presidía los actos de De Vlag se prestaba poco a la ambigüedad. Una esvástica gigantesca cubría el fondo del escenario y un escudo compartido a medias por la bandera nazi y el león flamenco adornaba la tribuna de oradores.

En la Alemania de 1939 ya se internaba en campos de concentración a los elementos antisociales44 y se perseguía a los ciudadanos judíos. Pero para los nacionalistas flamencos, enfrascados en debatir sobre su pequeño rincón en el mundo, los pecados de los nazis eran aún veniales. La bandera roja con la esvástica negra sobre un círculo blanco era, sencillamente, la nueva bandera de Alemania. Aún no había adquirido el olor diabólico de la carne quemada. Del holocausto y de la maldad absoluta que hoy representa ese escudo, apenas asomaba la punta de los cuernos.

Para mi padre, para sus diletantes amistades y para todos los flamencos que se embobaron con la retórica pangermánica, los crímenes que estaban por venir eran, sencillamente, inconcebibles.

El VNV no nació como una organización fascista, aunque tardó poco en parecerlo. Se trataba, sin ninguna timidez, de un partido de extrema derecha nacionalista cuyo credo era la independencia de Flandes (y, por tanto, la desintegración de Bélgica), el anticomunismo, la religión católica y la preponderancia del flamenco sobre el francés. En las elecciones de 1939 alcanzó el hito de diecisiete escaños en el parlamento belga. No tengo ninguna duda de que en esas urnas debieron caer muchos votos de mi familia.

Sin embargo, fue precisamente el resultado de esas elecciones lo que hizo ver a Staf de Clercq, el líder del VNV, que nunca conseguiría llegar al gobierno. Diecisiete diputados le habían llevado a su mejor resultado histórico, pero le relegaban a la irrelevancia de ser la cuarta

fuerza política.

Fue entonces cuando el VNV cruzó la línea roja. Entraron en contacto con el servicio secreto alemán para comunicarles que buena parte de los soldados flamencos del ejército belga estaban de su lado y que, llegada una invasión alemana, ellos se encargarían de que no hubiera gran resistencia. Un movimiento simétrico al de otros partidos nacionalistas en otras esquinas de Europa.45

Varios líderes del VNV fueron detenidos por traición de inmediato, pero el partido, por pura codicia política, ya se había arrojado en brazos de los alemanes. La invasión de Bélgica tardaría apenas unos meses en producirse y ya no habría más elecciones en muchos años. La intuición de Joseph Goebbels y su maniobra hacia los flamencos habían demostrado ser certeras.

Me he preguntado en infinidad de ocasiones si mi padre pudo contarse entre aquellos militantes del VNV que recibieron dinero de los alemanes. Me consta la preocupación de Karel por asegurarse ingresos para mantener el tren de vida licencioso que practicaba.46 Sin embargo, tengo la impresión de que, aunque la prensa flamenca alabara su trabajo como artista, para los alemanes era solo un artista de provincias, un libertino calavera que no serviría de mucho para hacer proselitismo u obtener información. ¿O me equivoco? Por mucho que me retuerza preguntándomelo, ninguna prueba o indicio me ofrece una respuesta. Ni lo sé yo, ni nadie vivo lo sabe, ni nadie muerto lo dejó escrito.

Durante 1939 y 1940 se vivió una efervescencia del flamenquismo. Los cuadros de Karel se vendían bien, no solo por su temática, un folclorismo idealizado de la vida campesina, sino también porque él mismo era el epítome del artista flamenco de los nuevos tiempos. El personaje que mi padre se había construido encajaba a la perfección en la utopía de un Flandes renacido en el Nuevo Orden. Karel Holemans tenía todas las hechuras para ser considerado un artista más ario que los propios teutones.

Existe un documento muy peculiar, guardado en un archivo histórico47 en Amberes, que lo prueba. Se trata de un álbum elaborado con recortes de prensa y fotografías, pegados con cola y rotulado a mano. Este curioso libro artesanal, del que solo existe un

ejemplar, tiene el aspecto inocente de un trabajo de fin de curso.48

En él se compilan los artistas considerados flamencos genuinos. Es decir, los artistas que encarnaban el genio de Flandes con una pureza sin mácula. Encontrar el nombre de mi padre en el álbum, junto a fotos de sus cuadros recortadas de los periódicos, me permitió entender que, desde antes de la ocupación alemana, Karel fue uno de los artistas oficiales del flamenquismo. Los ojos y la nariz me picaban mientras crujían las páginas que iba pasando. Igual era el polvo.

Karel, muy ufano de verse como una figura pública, no debió advertir la perversidad de esas listas de artistas bendecidos por la ultraderecha más recalcitrante. Para mi padre, la fama era más que el alimento de su vanidad artística: la fama era lucrativa. Comprar un holemans era adquirir la visión de un Flandes sacralizado, con lo que el comprador no solo demostraba su buen gusto, sino que exhibía en las paredes de su casa cuáles eran sus ideas.

En el otoño de 1939, la guerra ya se daba por inevitable. El ejército llamó a filas a uno de cada dos hombres en edad militar. Uno de ellos fue mi tío Albert Holemans, el hermano menor de Karel, de solo veintidós años.

En la madrugada del 10 de mayo, con su hijo movilizado, mis abuelos Clement y Thérèse no dormían demasiado tranquilos. A escasos ochenta kilómetros de allí, once planeadores alemanes aterrizaron en la oscuridad, en completo silencio, sobre la que se consideraba una de las fortificaciones más modernas de la época: Fort Eben-Emael, donde las fronteras de Bélgica, Holanda y Alemania se encuentran.

Los paracaidistas alemanes volaron las fortificaciones con explosivos y sus lanzallamas achicharraron la adormilada resistencia de los soldados belgas. Tomados los puentes que cruzan el río Mosa y el contiguo Canal Albert, se inició el mayor movimiento de tropas y vehículos de la historia. Para los alemanes, Bélgica era una mera aproximación para abatir la pieza mayor: Francia. Su idea era esencialmente la misma que en la invasión anterior: pasar por encima de Bélgica lo más rápido posible para conquistar Francia de un golpe. Sin embargo, en esta segunda ocasión no estaban dispuestos a que el impertinente ejército de los belgas, que tanto presumían de neutralidad y pacifismo, les pusiera palos en las ruedas. En la primera

guerra, el retraso provocado por esos galos insignificantes les costó no entrar en París. No volvería ocurrir.

Cuarenta mil vehículos cargados de tropas y mil doscientos veintidós blindados se precipitaron hacia el interior de Bélgica. Había comenzado el blitzkrieg, la guerra relámpago. Su general, el prusiano Heinz Guderian, arengó a las tropas: «Os pido que no durmáis durante tres días y tres noches si fuera necesario».

Alrededor de sesenta mil soldados alemanes se tomaron las píldoras que esa noche les habían repartido. A los veinte minutos tenían el cerebro encharcado de dopamina y sus glándulas suprarrenales bombeaban adrenalina frenéticamente, provocándoles un estado de alerta desconocido. Dentro de sus uniformes tenían sensaciones contradictorias: un ardor interior intenso junto con una sensación de frío en cada poro de su piel. Justo antes de desatarse la guerra de fuego, una guerra química había estallado en su cerebro.

Sus neuronas intoxicadas creaban sentimientos de omnipotencia, ideas eufóricas y una disparatada actividad mental y física, aunque con una vivencia de control absoluto muy placentera. Su presión arterial subió un 25% y el corazón les percutía como una maza contra las costillas. Respiraban como si hubieran corrido una maratón, aunque sin sentir el dolor de la fatiga en ningún momento. Sentían un poder ilimitado, lo más cercano a la consciencia de ser Dios Todopoderoso que un hombre podía experimentar. Sin embargo, no se trataba de un hombre, sino de sesenta mil. Totalmente colocados, armados hasta los dientes y manejando la máquina de guerra más letal jamás creada.

Al amanecer se produjo el primer ataque a una posición belga. Eran unos búnkeres en el pueblito fronterizo de Martelange, que desde un alto dominaban una extensa llanura abierta y despejada. Un ataque frontal de los alemanes habría sido un suicidio, pues los belgas, resguardados en sus fortificaciones, podían abatirlos como a patos cojos casi sin apuntar. Sin embargo, eso es precisamente lo que hizo la infantería alemana: lanzarse al ataque, poseída por las drogas, corriendo, aullando y disparando con todo cuanto tenían, que no era poco. Los belgas, estupefactos y espantados ante aquella horda desbocada, se retiraron de la posición a todo correr. La lógica militar habría dicho que los alemanes ocuparían, satisfechos, aquellos búnkeres recién desocupados.

No fue así: los alemanes dejaron atrás los búnkeres y continuaron persiguiendo y disparando a los pávidos belgas, que huyeron de aquellos energúmenos que corrían desgarrándose las cuerdas vocales con sus alaridos, con los ojos fuera de sus órbitas y disparando a matar a todo lo que no vistiera el gris de su uniforme.

Simultáneamente, los pilotos de la Luftwaffe, hasta las trancas de metanfetamina, lanzaban bombas desde sus Stukas sobre la población de Sedán. Las trompetas de Jericó de los cazabombarderos aullaban, al igual que hacían los pilotos dentro de sus carlingas con la mente encendida de sinapsis asesinas. Los estupefacientes ingeridos una hora antes les hacían sentir —sentir, no, saber— que eran ángeles negros que caían del cielo para arrojar el fuego del juicio final, enviados por el Altísimo, que tenía por nombre Adolf. El rugido de la sirena del avión, los silbidos y los zumbidos entre los que descendían, las explosiones, las llamas y el humo por el que ascendían eran sensaciones que el piloto no era capaz de determinar si ocurrían fuera de su cabina o dentro de su cerebro.

Los soldados alemanes experimentaban la conciencia plena de que nada podía salir mal. El convencimiento químico de su invulnerabilidad daba a sus acciones una velocidad que un minuto de reflexión serena habría desaconsejado. Sin embargo, el colocón de agresividad y la ausencia de necesidades como comer o dormir, tan impropias de los superhombres en los que se habían convertido, les permitieron tomar decisiones de una osadía insensata. Así fue el blitz en Bélgica. Tres días después, los alemanes llegaron a la frontera francesa. Habían cumplido a rajatabla la instrucción de Guderian: no habían dormido en tres días y tres noches.

No solo el ejército belga huyó en desbandada. La población civil entró en pánico y, aún reciente el recuerdo de las atrocidades cometidas por los alemanes en la anterior guerra, cargó con lo que podía llevarse y se echó a las carreteras, en dirección al oeste, para escapar de los bárbaros. Con un ejército en retirada y con dos millones de belgas, holandeses y luxemburgueses aterrorizados, el atasco en la anticuada red viaria belga fue apoteósico.

Mi tía Madeleine Holemans y su marido Robert Pepermans, como muchos otros vecinos de Mortsel, discutieron qué hacer en aquella situación agónica. Tenían ya tres hijos y un cuarto estaba por llegar,

pero, pese al embarazo de Madeleine, el miedo se impuso y decidieron sumarse al éxodo. Cargaron lo esencial en un cochecito de bebé y, antes de partir, Madeleine le pidió a Robert que fuera a la vaquería del vecino a comprar leche para los niños. Madeleine hizo una última inspección de la casa que estaban a punto de abandonar, para asegurarse de no olvidar algo imprescindible. Se detuvo en el descansillo de la escalera y se recogió un último instante ante a la imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que desde su hornacina velaba por toda la familia. Con el corazón en un puño, Madeleine le pidió a la virgen protección. De repente, sintió que esta le hablaba.

Regresando de la vaquería a paso ligero, Robert se encontró a mi tía demudada; con una expresión de serena determinación, Madeleine le dijo: «Nos quedamos».

La virgen había disuadido a Madeleine de marcharse porque, según le reveló, la huida iba a poner sus vidas y las de sus hijos en peligro. En lo que Robert tardó en comprar una jarra de leche, el destino de la familia Pepermans-Holemans cambió de rumbo.

Fuera por intercesión mariana o por una brillante intuición, la decisión de Madeleine resultó acertada. Las columnas de refugiados que caminaban penosamente por las carreteras sufrieron bombardeos y ametrallamientos aéreos. Pasaron todo tipo de penalidades antes de alcanzar Francia y allí les aguardaban meses de exilio precario y nuevas huidas ante el avance alemán.

Otros vecinos de Mortsel, que tomaron la decisión acertada de permanecer en sus casas, aplicaron toda su inventiva para convivir con la invasión. Para esquivar el toque de queda decretado por los alemanes, abrieron boquetes en las paredes de los sótanos. Así podían comunicarse y pasar de una casa a otra sin salir a la calle, como si vivieran en un improvisado edificio horizontal de apartamentos.

El aguante del ejército belga duró solo dieciocho días. Barridos por el vendaval alemán, los ejércitos inglés, francés y belga fueron empujados hacia el mar. En la costa de Dunkerque se apiñaron quinientos mil soldados aliados, 1,5 millones de refugiados y ochocientos mil residentes locales. Los belgas actuaron como dique para contener a los alemanes y ganaron tiempo para que los aliados

organizaran la evacuación masiva. Se hicieron fuertes en el río Lyn y presentaron batalla. En cinco días perdieron la vida cuarenta mil belgas, la mitad de las bajas de toda la guerra, y fueron capturados doscientos veinticinco mil soldados belgas, que fueron transportados a campos de prisioneros en Alemania. Entre ellos, el joven soldado raso Albert Holemans, mi tío.

Los nacionalistas flamencos habían deseado sin disimulo la victoria de Alemania. El propio VNV machacaba con propaganda proalemana y llamaba a los soldados flamencos a rendirse. Cuando el 20º y el 14º regimientos de la guarnición de Gante se entregaron sin disparar un tiro, los nacionalistas alabaron a los alemanes por saber inspirar terror a los soldados del detestado estado belga.

La existencia de un movimiento flamenco que simpatizaba con los nazis tuvo sus contrapartidas. Hitler ordenó preservar las históricas ciudades de Gante, Brujas y la reconstruida Ypres para recompensar a los nacionalistas flamencos e instruyó a sus generales para que evitaran los combates en sus calles, que de este modo se salvaron de la destrucción.

Esta división entre flamencos y valones, azuzada por los alemanes y por sus aliados del VNV, alarmó profundamente al rey de los belgas, Leopoldo III. Temió que, si los flamencos se entregaban a los alemanes y los valones seguían resistiendo del lado de los aliados, la fractura de Bélgica sería inevitable. Para evitarlo, capituló. Este acto, por un lado dirigido a preservar la integridad del país y, por otro, a evitar una masacre aún mayor, enervó a los aliados, que de inmediato acusaron a Leopoldo III de traidor. La capitulación belga los había expuesto al ataque directo de las tropas alemanas antes de haber podido evacuar Dunkerque.

Con su rendición, Leopoldo III se entregaba a Hitler como prisionero de guerra, y fue unánimemente señalado como la cabeza de turco a quien culpar de la humillante derrota. Los aliados lo estigmatizaron como colaboracionista y, a sensu contrario, los independentistas flamencos encontraron en su rendición una prueba definitiva de su verdad: Bélgica era un constructo aberrante y sin sentido, y la superioridad germánica (que incluía a Flandes), un hecho indiscutible.

Podría suponerse que Karel Holemans, como militante del VNV,

también debía detestar al rey. Sin embargo, mi padre solía referirse con devoción a Leopoldo III como el salvador de cientos de miles de vidas belgas, un héroe que se inmoló para salvar al país. ¿Por qué un independentista flamenco como él se proclamaba fiel admirador del monarca que simbolizaba la unidad de Bélgica? ¿A qué se debía esta aparente contradicción?49

La respuesta está en la Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén, y para entenderlo mejor hay que detenerse frente al cuadro50 que representa al primer gobierno provisional del estado belga, recién creado en 1830. De los nueve caballeros retratados, por lo menos dos pertenecían a la Orden del Temple: Josef van der Linden, primer secretario del Tesoro, y Alexander Gendebien, ministro de Justicia. Otro templario, Isidore Plaisant, fue nombrado director del Staatsveiligheid, es decir, del servicio secreto belga.

Como si aún fueran pocos los templarios en el nuevo estado, al año siguiente, en 1831, una comitiva aguardaba en el puerto flamenco de De Panne la arribada desde Inglaterra de quien había sido elegido para ocupar el trono: el príncipe Leopold Saxe-Coburg, que iba a convertirse en Leopoldo I de Bélgica. Entre los notables que le rindieron honores se encontraba el Gran Prior de los templarios, Albert-François de Casteleer, a quien Leopoldo nombró Grand Écuyer y ayudante de campo.

El propio Leopoldo I aparece citado con frecuencia como masón, aunque por su devoción católica y por sus conexiones con los templarios, su masonería pudo ser en realidad templarismo.51 La relación de la realeza belga con la Orden del Temple fue desde luego muy estrecha, de ahí que los templarios de 1940 sintieran tanta devoción por Leopoldo III, el bisnieto de aquel primer monarca que se rodeó de caballeros templarios en los pasillos del poder del estado belga, recién constituido.

De todas las militancias de Karel Holemans, que no fueron pocas, prevaleció, por encima de todas, su fidelidad al Temple. Eso lo define como un patriota belga y un monárquico, dos fes que puedo atestiguar que profesó, pues así lo escuché de su boca frecuentemente. Cómo pudo conciliar este patriotismo con la deriva independentista y antibelga de los flamenquistas es una más de las contradicciones de mi padre.

Mi tío Albert Holemans, un joven deportista apuesto y de sonrisa franca, aparece muy flaco y desmejorado en la fotografía de su ingreso en el Stalag XI B, en Fallingbostel, al sur de Hamburgo. Con los ojos hundidos y los pómulos huesudos, sostenía un cartel con el número de prisionero 66679, y aun en esas circunstancias trató de sonreír. Los prisioneros fueron asignados de inmediato a las fábricas que alimentaban la economía de guerra para ocupar el puesto de los jóvenes alemanes enviados al frente. Mi tío Albert también formó parte de esa fuerza laboral.

En aquellos confusos meses del verano de 1940, nadie en la familia Holemans sabía qué había sido de Albert. Tanto su padre como sus hermanos removieron cielo y tierra para averiguar dónde estaba y en qué condiciones se encontraba. Karel utilizó sus contactos en el VNV para conseguir información de los alemanes, y Clement puso el hotel a disposición de los invasores y les imploró para que trajeran a su hijo de vuelta a casa de una pieza.

Finalmente averiguaron que Albert estaba vivo en algún lugar de Alemania, pero su futuro era una angustiosa incógnita. Como tantos miles de belgas en circunstancias similares, los Holemans decidieron que una buena relación con los ocupantes alemanes sería decisiva para salvar la vida de Albert.

9

Amarillo Judas

En mayo de 1940, mis abuelos Clement y Trees vieron cómo, de un día para otro, unos huéspedes del hotel salían por piernas y, con la misma prisa, otros llegaban para ocupar sus camas, aún tibias. Lo único que esos clientes tenían en común era que ninguno pensaba pagar la cuenta.

En las semanas previas a la guerra, el hotel de Nuestra Señora hospedó a soldados belgas que iban al frente para detener la inminente invasión. El maremoto alemán les pasó por encima y los que no murieron o fueron apresados huyeron a la carrera. A continuación, por segunda guerra consecutiva, los alemanes eligieron el hotel de los Holemans para instalar a sus oficiales y lo utilizaron durante toda la ocupación. En él se alojaron, disfrutaron la comida que Trees les cocinaba e incluso habilitaron una habitación del piso superior como calabozo para detenidos y prisioneros de guerra.

Clement se pasó la guerra reclamando al Estado las pernoctaciones de aquellos cincuenta y dos soldados belgas, hospedados en las semanas previas a la invasión, y las de los noventa y seis alemanes que llenaron sus habitaciones en cuanto quedaron vacantes. Que Clement exigiera al estado belga el pago del gasto realizado por soldados de ambos bandos se explica por cómo los alemanes decidieron administrar el país ocupado.

A diferencia de Holanda, donde los alemanes impusieron un gobierno de civiles pronazis, en Bélgica instauraron un gobierno militar bajo las órdenes del general Von Falkenhausen. La huida del gobierno a Londres había dejado en Bélgica una estructura de poder formada por viceministros y funcionarios de segundo orden, que se pusieron a las órdenes de los militares alemanes. Algunos lo hicieron de buen grado,

con la esperanza de contribuir a una ocupación pacífica y de evitar violencias y males mayores; otros lo hicieron a regañadientes.

Aquellos funcionarios que mostraron más remilgos a la hora de obedecer fueron encerrados y se llamó a militantes del VNV para ocupar sus puestos. Así, de la noche a la mañana, toda la administración civil de Bélgica, desde el gobierno hasta los ayuntamientos, quedó entreverada de militantes del partido proalemán, que dio un golpe de estado sin tener que disparar un tiro.

Resultaba claro que era el VNV quien salía ganando con la invasión, así que Clement Holemans hizo sus cálculos personales y políticos. Aunque era el concejal líder de la oposición en el consistorio, deseaba con todas sus fuerzas volver a ser alcalde. Además, su hijo Albert seguía internado en un campo de prisioneros en Alemania y solo pensaba en traerle de vuelta a casa. La decisión se tomaba sola. En septiembre de 1940, Clement Holemans se afilió al VNV y encabezó el movimiento pronazi en Averbode; algo que acabaría saliéndole muy caro.

Uno de sus vecinos, un niño durante la guerra, que aún vivía cuando estuve investigando los pasos de mi familia, recordaba así a mi abuelo Clement:

Clement era un hombre muy respetado en el pueblo, no en vano la independencia municipal se había logrado gracias a su empeño personal. Nadie hablaba nunca mal de Holemans en Averbode. Era considerado un hombre prominente, además de un piadoso católico que acudía todos los días a la misa de la abadía con su mujer.

Sin embargo, en un movimiento en el que se mezclaban la angustia de un padre y la ambición de un político, Clement mandó imprimir un panfleto que convocaba a sus vecinos a un mitin en su propia casa:

El Nuevo Orden se abre paso y también ha llegado a nuestro municipio.

La mayoría de nuestro Consejo Municipal, encabezada por el señor Clement Holemans, primer alcalde de Averbode, ha decidido unirse al Vlaamsch Nationaal Verbond.

Se convoca una asamblea popular el domingo 22 de septiembre en el salón del camarada Clement Holemans, donde el Nuevo orden será explicado por las personas competentes, las preguntas serán contestadas y las dudas resueltas, y se espera que todos nuestros vecinos se unan al movimiento popular.

En estos tiempos de disputas y división política, ha llegado la hora de la solidaridad popular. Una nueva era de lucha, pero también de concordia.

Y firmaba el panfleto:

El líder local provisional, Clement Holemans.

Encabezaba el diseño de la octavilla un triángulo encerrado en un círculo, el símbolo esotérico que identificaba al VNV. Muchos de los vecinos de Averbode siguieron el llamamiento y se afiliaron, y lo mismo hicieron miles de flamencos en otros pueblos y ciudades.

El equilibrismo político estaba bien arraigado en los genes de los Holemans. Sin embargo, a partir de la publicación de ese volante, a Clement ya no le serían posibles las medias tintas. Había cruzado su rubicón y, como a César, sus enemigos le esperarían un día para ajustar cuentas. Uno de estos brutus sería Arthur Sieben, el alcalde electo de Averbode, que leyó a las claras el movimiento de su rival político y supo esperar durante años para cobrarse la revancha.

Lo irónico es que Clement nunca logró recuperar la silla consistorial. Si se afilió al VNV para conseguirla, la jugada no le funcionó. Tres meses después, el partido le expulsó por motivos poco claros; quizá su oportunismo fue demasiado transparente o su color político era de un tornasol sospechoso.

Las opiniones sobre Clement eran dispares. Para los vecinos abiertamente fascistas y los que pertenecían a la Zwarte Brigade52, Clement era un tibio anglófilo que nadaba entre dos aguas. Para sus amigos y vecinos flamenquistas, Clement era un patriota y un hombre de honor que luchaba por recuperar a su hijo. El resto del pueblo, que veía el hotel lleno de alemanes alojados a pan y cuchillo, pensaba que mi abuelo era un colaboracionista de tomo y lomo y un mezquino arribista que sacaba tajada de la invasión de su país.

Para engrasar la simpatía de los flamencos, los alemanes hicieron de la colaboración un buen negocio, tanto en términos de dinero como de protección. A los opositores se les eliminaba sin piedad. Sin embargo, a quien cooperaba se le mimaba en abundancia. Los alemanes pagaban con lo robado en el país ocupado, por lo que asegurarse fidelidades y cubrir su retaguardia les resultaba muy barato.

Los templarios recibieron la invasión con un temor muy justificado. Hitler había escrito en Mein Kampf que los masones eran cómplices de los judíos y, en 1937, los declaró enemigos del estado. Masón y templario no eran exactamente la misma cosa, pero los nazis no se detenían en sutilezas. Para los templarios belgas, la situación era aún más peliaguda porque su Gran Maestre, Emile Isaac, pertenecía a un antiguo linaje sefardita.

La familia Isaac llegó a Flandes con los judíos expulsados de España en el Renacimiento y llevaba siglos en Bélgica. En su vida pública, el gran maestre del Temple era dueño de un negocio de carpintería que fabricaba sillas en Lovaina, y había prosperado surtiendo a las iglesias de sillería y de bancos para las misas.

Emile Isaac estaba casado con una mujer flamenca apellidada Vandeberg y, como era costumbre en Bélgica, añadía este apellido al suyo propio. Con la invasión alemana soslayó el Isaac y usó Emile Vandeberg, a secas, lo que sonaba rotundamente ario. Sin embargo, ya por templario o ya por judío, los problemas para el Príncipe Regente de la Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén apenas habían empezado.

En aquel verano de 1940, las ciudades de Bélgica se llenaron de uniformes grises, de banderas rojas con la esvástica y de banderas negras con las runas de la doble S. Grupos de soldados alemanes se

repantigaban en las terrazas de los cafés y se sentían como en casa. Flandes era su balcón con vistas al Canal y a Inglaterra.

Los militares alemanes impusieron su lógica prusiana, si tal oxímoron es posible. Obligaron a la gente a circular en un sentido por un lado de la calle, y por la acera contraria en sentido opuesto. Estas reglas arbitrarias pillaron desprevenidos a los belgas, quienes, con su despreocupación y relajada laxitud, hacían chistes en privado y se reían con la nariz manchada de espuma de cerveza.

Los hoteles, los cafés y las pistas de baile se convirtieron en coto privado de alemanes elegantemente uniformados, seguros de la fascinación y del miedo que provocaban.

Celebraban con champán francés y cerveza belga que eran los nuevos amos del país, coqueteaban con las chicas flamencas y ponían el ojo —y la mano— en las que tuvieran las piernas más largas. Cualquier flamenco que se atreviera a plantarles cara era acogotado con la chulería barriobajera del donnadie que se sabe impune. Y cuando los donnadies eran SS, la intimidación solía dar paso al apaleamiento. La mayoría de los belgas encajaron la situación adaptándose a la nueva realidad: los alemanes eran los dueños de Europa y pronto lo serían del mundo entero. No había mucho que se pudiera hacer.

En octubre, los alemanes comenzaron a listar a todos los judíos mayores de quince años; se les prohibió ejercer como médicos, maestros o abogados, y se les obligó a marcar sus cafés, tiendas y negocios con estrellas de David. Se acababa de crear una tercera categoría de ciudadanos: había belgas, había no belgas y había judíos.

Muchas familias israelitas —así se las llamaba— corrieron a registrarse voluntariamente, creyendo que si acataban las órdenes se les permitiría seguir haciendo su vida. Las noticias de arrestos y deportaciones en Alemania y otros países ocupados corrían como la pólvora, pero los judíos belgas necesitaban creer que en su país podía ser distinto.

Los alemanes contaron con la colaboración de los funcionarios belgas, quienes siguieron a rajatabla las órdenes de segregación. Ya fuera por miedo o por desidia, cumplieron como buenos burócratas. La policía belga señalaba a los alemanes dónde vivían los judíos, y la Gestapo y

la GFP53 los sacaban a patadas de sus casas en medio de la noche, los subían a unos camiones a puñetazo limpio y los deportaban en un tren hacia Limburgo. Desde allí partían hacia un lugar que no se conocía porque nadie regresaba para describirlo.

Los arrestos se producían con una brutalidad que incluso aplicada a reses en el desolladero habría resultado repulsiva. Los nazis bestializaron a los judíos, degradándoles a untermenschen, parásitos que infectaban a una sociedad benévola que los toleraba desde hacía demasiado tiempo.

Algunos policías se jugaron el cuello y pusieron trabas a las razias, porque eran amigos y vecinos de esos judíos desde hacía décadas. Pese a estas valientes excepciones, la mayoría de los flamencos aceptaron la inevitabilidad de lo que ocurría. El Nuevo Orden había llegado para quedarse. Un nuevo mundo había nacido y, aunque tuviera una cara muy fea, no había otro.

Este fatalismo hizo despertar el antisemitismo que latía silencioso en la sociedad belga. La mayoría de los judíos que huían de las camisas pardas nazis eran pobres y habían llegado con lo puesto. A nadie le importaba demasiado lo que les ocurriera. Con los judíos ricos la cosa era diferente. Aquellos que se habían enriquecido con los diamantes o con los negocios fueron el blanco de codiciosos sin escrúpulos. Su eliminación permitía hacerse con sus riquezas y propiedades, en un robo legalizado por las autoridades alemanas. Para quien debía dinero a un judío no existía liquidación del crédito más barata que hacer desaparecer al acreedor: pura lógica prusiana.

Los cines dejaron de proyectar películas de Hollywood y las sustituyeron por películas alemanas, cuyos guiones también eran fantasía, pero mucho más siniestra. En las primeras, los judíos habían sido los productores. En las segundas, las alimañas a extinguir. Antes de las películas, algún pronazi enardecido subía al escenario y presentaba la trama: los judíos son ratas que hay que exterminar y los flamencos, con la ayuda de los amigos alemanes, acabaremos con ellas.

La noche del 14 de abril de 1941, lunes de Pascua, se proyectó en Amberes la película El eterno judío. A la salida, una turbamulta gritaba juden raus e incitaba a continuar la diversión. Los Algemeene

SS-Vlaanderen y a la brigada negra del VNV dirigían la fiesta. El plato fuerte de la noche consistía en apedrear los escaparates de las tiendas judías, saquearlos y apalear a sus propietarios y a los habitantes del barrio judío. Se arrasó una sinagoga, a otra se le pegó fuego y se atacó la casa del rabino. La policía belga guardó el orden y se aseguró de que los agresores pudieran concentrase en su tarea sin que ningún judío airado les importunara.

El alcalde de Amberes cumplió con especial rigor las leyes antisemitas. Se prohibió a los judíos acudir a los parques públicos y a los cines, y aunque llevaran generaciones viviendo en Bélgica se les comenzó a llamar «extranjeros». Sus casas y negocios fueron pintados con grafitis insultantes. Las milicias antijudías, formadas por fascistas flamencos, se manifestaban libremente pidiendo su expulsión.

¿Y por qué tendrán las narices tan grandes?

Tarín, tarán, narices, narices, tarín, tarirán.

¿De dónde saldrán?54

Canciones satíricas como esta se hicieron populares entre los antisemitas que, como en una ópera diabólica, las cantaban mientras sacaban a bastonazos a las familias judías de sus casas.

Cada vez que una familia judía era desalojada llegaba un camión de mudanzas. En Amberes, estos camiones fueron una estampa corriente y actuaban protegidos por la policía belga. El mobiliario, las cocinas y los enseres de cierto valor se llevaban a enormes almacenes destinados al mercado negro, lo que enriqueció a muchos sinvergüenzas. El oro, los diamantes y las divisas eran requisados y, aunque debían enviarse a Alemania, una gran parte acabó en manos de los invasores y de sus colaboradores belgas. La corrupción fue tan astronómica que los alemanes hubieron de perseguir a los que se aprovechaban de la situación, que, especialmente en Malinas, no fueron pocos.

Pero no todos los belgas aprobaban este saqueo. Tras el pogromo de Amberes, algunos flamencos comenzaron a preguntarse si habían

elegido el bando correcto. Los historiadores estiman que solo un 1% de la población fue completamente pronazi y que solo un 1% luchó en la Resistencia. Entre ambas posturas estaba la gran mayoría de los belgas. Sus sentimientos abarcaban una amplia paleta de grises, que iban desde la indiferencia hacia los judíos hasta los nudillos blancos de indignación por tanta brutalidad.

En la casa de Karel y Rachel también hubo grises. Las amigas y excompañeras judías de Rachel sabían que allí podían sentirse seguras. También los amigos izquierdistas de la pareja, artistas e intelectuales, encontraban hospitalidad en chez Holemans. En la primavera de 1941, Rachel comenzó a trabajar para el Front de l'Indépendance55 y en la casa se celebraban reuniones clandestinas, se guardaba propaganda antinazi y algunos perseguidos se ocultaban temporalmente.

En paralelo, el idilio de Karel con los alemanes vivía días de vino y rosas. Su alemán era perfecto y alternaba tanto con los oficiales alemanes como con flamencos orgullosos de la gran hermandad germanoflamenca. Había toque de queda a las 22:00 y era necesario un permiso especial de los alemanes para saltárselo. Karel se las arregló para tener ese permiso.

Gracias a este pase era un habitual de la noche clandestina de Malinas y podía disfrutar de todos sus placeres. Las chicas coqueteaban con él no solo por su apostura, labia y simpatía, sino también porque era amigo de los alemanes. Llegado el caso, eso era promesa de seguridad e incluso de algunos lujos del mercado negro.

Cuando Karel se encontraba con alemanes que habían combatido junto a Franco, sabía llevar la conversación hacia los tiempos gloriosos de la guerra española. Karel era un consumadocharmeur.Sabía encontrar el chascarrillo adecuado, la anécdota que mejor cayera a quien le escuchaba, una historia desternillante, una reflexión erudita o el comentario más refinado, si su interlocutor se las daba de diletante.

Los beneficios de la confraternización de Karel con los alemanes y su constelación de colaboradores no se hicieron esperar. Las exposiciones se hicieron más frecuentes y su éxito quedó recogido en la prensa de la época. En noviembre del cuarenta, en la sala de exposiciones de Malinas; en febrero del cuarenta y uno, en la sala De Keerse, también en Malinas; en diciembre del cuarenta y dos presentó su obra en otro

foro ultranacionalista: el Vlaamse Club de Bruselas.

Durante esos años, los periódicos flamencos dieron cuenta de hasta doce exposiciones o actos culturales a los que Karel acudió y en los que presentó su trabajo. De puertas afuera vivía días de gloria. Otra cosa era lo que habitaba su cabeza cuando apagaba la luz por la noche y se quedaba a solas con sus miedos.

Era difícil dormir tranquilo siendo varias personas a la vez: un artista amigo de los alemanes, para unos; un intelectual que simpatizaba con los aliados, para otros, y secretamente, un templario camuflado. El insomnio debía acentuarse al llegar a casa y encontrar a Rachel guardando panfletos clandestinos o a un comunista en la cocina ocultándose de la Gestapo. No debió ser fácil para Karel conciliar el sueño en esos días.

El 9 de abril de 1941, la amistad de los Holemans con los alemanes permitió celebrar la mejor de las noticias. Albert Holemans fue liberado del campo de prisioneros de Fallingbostel, donde había estado internado casi un año. Tras tres días en tren, vía Hannover y Dortmund, mi tío Albert volvió a casa. Entregó en la comisaría de Diest su uniforme del desmembrado ejército belga y se dispuso a iniciar una vida tranquila como funcionario en el ayuntamiento de Averbode. Las gestiones de Clement y de Karel ante las autoridades habían dado sus frutos. Tal vez un día deberían responder por haberse amistado con los alemanes, pero el clan de los Holemans lo habría repetido mil veces. Albert había vuelto más flaco, pero de una pieza.

En junio de 1941, Hitler lanzó su blitz contra la Unión Soviética, dispuesto a aplastar a sus antiguos aliados, los subhombres eslavos. El verano flamenco, tímido y amable, invitaba a pensar que la guerra podía acabar pronto y que la vida volvería a ser floreciente; bajo un Reich alemán universal, sí, pero próspera y pacificada.

Karel y Rachel se dispusieron a su quinta mudanza en ocho años. Las cosas no marchaban mal económicamente. Karel pintaba y vendía bastante, mientras que Rachel mantenía su empleo como enfermera. Se instalaron en una preciosa casa en la esquina de Louizastraat con Lange Nieuwstraat, frente a la plazoleta donde se levanta la iglesia gótica de Nuestra Señora, muy cerca del río Dijle.56

Es un edificio esquinero de piedra blanca y ladrillo rojo que aún hoy destaca entre las casas de la calle. Tiene tres plantas y cuatro fachadas rematadas por frontones triangulares, ocho grandes ventanas y un balcón sobre Louizastraat, un portón de entrada para coches y un discreto jardín trasero. Desde las habitaciones se ve la torre de la iglesia y se escuchan las cuarenta y nueve campanas de su carillón. Karel y Rachel habían ascendido bien alto en la escala social.57

El 6 de junio de ese año, sin embargo, amenazaba tormenta. Henrich Heydrich, jefe de la oficina de seguridad del Reich, firmó la orden de perseguir a todas las órdenes iniciáticas, masones y templarios incluidos, de detener a sus miembros y de incautar todos sus bienes y propiedades. Aun siendo una muy mala noticia, la orden de Heydrich no cogió a los templarios del todo desprevenidos. El invierno anterior ya hubo una exposición antimasónica que recorrió las ciudades belgas alertando sobre estos insidiosos enemigos del estado, a los que solo los judíos podían igualar en ponzoña.58

Karel estaba, por primera vez, en peligro real. Ya no se trataba solo de cubrir las espaldas del Gran Maestre Emile Isaac, sino que su vida y la de doscientos treinta y ocho caballeros templarios flamencos y valones estaban en juego. Si sus nombres salían a la luz, la Gestapo caería sobre ellos y los arrojaría a la trituradora de indeseables que el III Reich había construido. Ahora que había llegado adonde había ambicionado, Karel Holemans tenía mucho que perder, incluso la vida.

La Gestapo estaba muy activa en esos meses de 1941. Se perseguía a los judíos, a los comunistas, a miembros de la Resistencia y a cualquiera que no levantara el brazo y gritara Heil Hitler con la suficiente convicción.

François Collaer, un viejo amigo de Karel, fue uno de los perseguidos. Collaer vivía en Malinas desde los años treinta y desde muy joven militaba en el partido comunista belga. En 1933 conoció a Karel, cuando él y Rachel acababan de llegar a la ciudad. Aunque Collaer ya era entonces un espía de la Komintern, no parecía un comunista. Vestía de modo atildado y era atractivo y de modales elegantes, como un aristócrata. Estas maneras, algo afectadas, le daban entrada en círculos sociales vedados a sus camaradas proletarios. Cuando Karel era aún un pintor desconocido, que porfiaba por ser aceptado en la

escena artística de Malinas, Collaer le presentó y le abrió las puertas de esos cenáculos.

Desde los primeros días de la invasión, Collaer se implicó hasta el cuello en la resistencia contra los alemanes. A principios de mayo de 1941, fue uno de los fundadores del grupo de resistencia Onafhankelijkheidsfront, que se dedicaba a ocultar a judíos y a civiles belgas que huían de los trabajos forzados en las fábricas alemanas.

El 27 de agosto de 1941, mientras Karel y Rachel aún deshacían las maletas en Louizastraat 13, la Gestapo llevó a cabo una redada a pocas calles de allí. Arrestaron a varios compañeros de Collaer y los encerraron en el campo de prisioneros de Breendonck, cerca de Amberes. Collaer también estaba en la lista de sujetos a detener, pero cuando la Gestapo llegó a su casa ya había recibido el soplo y había salido corriendo. Anduvo dos semanas ocultándose aquí y allá, y encontró refugio temporal en casa de su amigo Gustaaf Hoogers, en Hanswyckstraat 13, junto al río.

Sabía que los hombres del abrigo de cuero negro acabarían por encontrarle: su amigo Hoogers también era sospechoso. Collaer tuvo una idea: los Holemans vivían a solo cuatrocientos metros y su casa sería idónea para esconderse. Los alemanes confiaban en Karel. A nadie se le ocurriría buscarle allí. Karel y Rachel ya le habían ocultado otras veces y era gente en quien se podía confiar. La noche del 11 de septiembre, Collaer se las arregló para avisarles de que al día siguiente correría a esconderse en su casa.

Al recibir el mensaje, Karel tuvo miedo. Conocía bien cómo las gastaba la Gestapo y sabía qué les ocurriría si descubrían a Collaer en su casa; por no hablar de los panfletos clandestinos que Rachel guardaba. Karel cogió el teléfono y llamó a su amigo Egide Joostens. Este era un flamenco que trabajaba como agente de la Abwehr, el servicio secreto militar alemán. Karel le conocía desde hacía cinco o seis años, tanto a él como a su bella mujer Suzanne, que tenía la mala fama de intimar más de la cuenta con oficiales alemanes.

Karel le dijo a Joostens que había un asunto que le preocupaba y que quería pedirle opinión, pero que no quería hablarlo por teléfono. Entendiendo que la cosa podía ser grave, Joostens se ofreció a ir a casa de Karel para verle de inmediato.

Joostens —o el agente Dumas— trabajaba para la sección III F de la Abwehr y se dedicaba a la contrainteligencia, es decir, a perseguir a los adversarios de los alemanes. Su labor específica era administrar los bienes decomisados a los judíos. Administrar significaba robar tanto como se pudiera y evitar que llegara a Alemania ni un gramo de oro más de lo necesario. Karel pensó que nadie conocía la Gestapo mejor que Dumas y decidió pedirle consejo sobre Collaer.

Así describió Joostens ante un juez, después de la guerra, lo que ocurrió en su conversación con Karel aquel 11 de septiembre de 1941:

Holemans, de quien era amigo, me señaló que un tal Collaer, un comunista supuestamente perseguido por los alemanes, iba a esconderse en su casa. Temía tener problemas, pero no sabía cómo decirle a Collaer que no fuera a su casa. Holemans me hizo esta confidencia por ser camarada suyo, pero también me pidió que investigara si Collaer realmente estaba perseguido y si él, Holemans, corría algún riesgo al esconderlo.

Joostens quiso ayudar a Karel e hizo algunas llamadas. Al día siguiente se citó con una agente apellidada Koning en un café del barrio bruselense de Schaarbeek. Koning, si es que este era su verdadero nombre, se hacía pasar por una inofensiva dactilógrafa, aunque podía tomar decisiones en nombre de la Abwehr. Joostens describió así el encuentro:

Le expuse la situación, pero le pedí no arrestar a Collaer. Le sugerí simular un registro en casa de Holemans con el fin de que Collaer, al ver que su escondite había sido descubierto, buscara otro sitio donde esconderse. La mujer no quiso saber nada de mi plan y me dijo que Collaer tenía que ser arrestado.

Koning, la supuesta dactilógrafa, citó a Joostens ese mismo día por la tarde para informarle de cómo iba a desenvolverse la detención de

Collaer. En esta segunda entrevista, Koning acudió con su jefe, un tal Delgrange, alias Berger, uno de los sujetos más venenosos con los que mi padre tuvo la desgracia de cruzarse.

Pocas horas después, ya de noche en Malinas, François Collaer cruzó como un fantasma las tres esquinas que separaban su escondite de la casa de los Holemans. Dobló en Oude Brusselsestraat y tomó Lange Nieuwstraat. En poco más de trescientos pasos llamaba a la puerta de sus amigos. Eran las diez y cuarto de la noche.

Karel aún no sabía nada de Joostens. Habían pasado veinticuatro horas desde su conversación y, sin noticias, estaba muerto de ansiedad.

Collaer contó así lo que se encontró:

En el momento en el que me presenté, el matrimonio se iba a dormir. Sin embargo, Karel Holemans dijo de repente que se había olvidado de algo y que tenía que salir a hacer un recado. Su mujer le respondió que cómo no lo había pensado antes, si ya estaban a punto de meterse en la cama.

Karel se vistió y salió a la calle a las diez y media. Regresó una hora después y no dio más explicaciones. Acomodaron a Collaer en un sofá y se dispusieron a dormir. Lo más probable es que Karel tratara durante esa hora de hablar con Joostens y de averiguar si los alemanes realmente perseguían a Collaer, pero no es posible saberlo. De lo que no hay duda es de que esa noche nadie durmió bien en Louizastraat 13.

A la mañana siguiente, Rachel se fue a trabajar y Karel permaneció en la casa con Collaer. Este notó que su amigo se comportaba de un modo inesperadamente huraño. Sintió que algo no iba bien, pero tampoco tenía dónde ir.

Hacia el mediodía, Karel le dijo a Collaer que esperaba la visita de una

mujer a las dos de la tarde y le pidió que le dejara a solas con ella. Collaer le preguntó dónde podía esconderse y Karel le indicó que subiera a una habitación del primer piso que daba a Louizastraat. Como la ventana no tenía ni persianas ni cortinas, a Collaer no le pareció el mejor escondrijo, pero no rechistó. Cada vez entendía menos el comportamiento de Karel, que le resultaba, según dijo, «inexplicable».

Al rato, Karel entró en la habitación y permanecieron juntos hasta la hora de la cita. Más o menos a las dos, Karel se asomó a la ventana, impaciente por la llegada de su visita. Pasados unos minutos, una mujer se aproximó por Louizastraat. Karel dijo que era la mujer que esperaba. Sin embargo, esta pasó por debajo de la ventana sin siquiera mirar hacia la casa. Karel simuló enfadarse: «Mecagondiós, la muy cerda pasa de largo».

Collaer no tuvo dudas: la visita era un cuento y Karel le ocultaba algo. Quizá Karel se inventó el pretexto de la mujer para enviar a Collaer a la habitación de arriba y poder llamar, entre tanto, a Joostens para preguntarle qué iba a pasar y cómo tenía que actuar. Es posible, pero es solo una conjetura.

Al principio de la tarde, Karel le dijo a Collaer que tenía que salir y que ya le vería por la noche. Collaer se quedó en la casa solo, confundido y receloso. A las cinco y media respiró con alivio cuando Rachel regresó del trabajo. Se quedaron charlando en el sofá de la misma habitación, justo debajo de la ventana. Hablaron mucho rato de la guerra, de las crueldades de los alemanes y, sobre todo, del desabastecimiento del país, pues ya escaseaban muchos artículos de necesidad.

Karel no regresó. A las nueve y media, Collaer, muy escamado, decidió que lo mejor era irse. Se despidió de Rachel, subió a su bicicleta y pedaleó en dirección al río. Al llegar a Onze-Lieve-Vrouw Kerkhof, la calle de la iglesia, pasó junto a un coche negro aparcado en la esquina. Sin hacerle caso, continuó su camino. De súbito, el coche arrancó el motor, encendió las luces, se fue detrás de la bicicleta y se le echó encima. Collaer cayó de mala manera sobre la acera de Louizastraat. Tres hombres de paisano salieron del coche con los revólveres en la mano. Uno de ellos le puso una linterna frente a la cara y dijo: «C'est lui!».

A bofetadas y empujones le hicieron subir al coche y se lo llevaron. Uno de los tres matones siguió al coche montando la bicicleta de Collaer. En la calle no quedó rastro alguno del incidente.

Nos bajamos en la Kreiskommandantur. Me subieron al piso de arriba y me vaciaron los bolsillos. Uno de los tipos que me había arrestado dijo que había escuchado a través de la ventana de los Holemans una conversación entre la señora Holemans y yo. Pronunció literalmente una frase que yo había dicho allí. Sospeché al instante que los Holemans me habían delatado.

Una tarde de verano, exactamente setenta y cuatro años después de estos hechos, reconstruí sobre el terreno la desventura de François Collaer. Con mi hijo Nicolás de una mano y con la declaración de Collaer en la otra, anduve el camino entre la antigua casa del abuelo Karel y el punto del atropello y la detención. Los documentos que describían lo ocurrido indicaban el nombre del agente secreto que dirigió el operativo: Louis Delgrange, alias Berger, el mayor traidor belga de toda la Segunda Guerra Mundial.

Joostens, en su declaración ante el juez, lo detalló así, palabra por palabra:

Acompañé a los miembros de la GFP a Malinas para indicarles dónde vivía Holemans. Para que este, que estaba al margen del asunto, no fuera sospechoso de ser el denunciador, le había pedido a Delgrange (alias Berger) que el arresto no se llevara a cabo en el domicilio de Holemans. Les aseguro que Holemans nunca me pidió que denunciara a Collaer, sino que lo hice por iniciativa propia.

Resulta insólita la delicadeza que Delgrange y sus mamporreros mostraron hacia Karel. Aunque se negó a simular un registro para ahuyentar a Collaer —con la Abwehr no se negociaba—, sí aceptó arrestarle solo cuando hubiera salido de la casa, para no comprometer

a Karel. Claramente, les servía más un amigo encubierto que descubierto.

A Karel no le sirvió de nada tanta mano izquierda. Collaer se lo olió todo desde que puso los pies en la Kommandantur. Al día siguiente le trasladaron a la prisión de Saint-Gilles, en Bruselas, donde le interrogaron durante varios días con pocas contemplaciones.

Collaer estaba seguro de que su denunciante solo podía ser Karel Holemans, aunque evitó compartir estos pensamientos con sus captores. Estaba bien entrenado para no revelar información. Muy al contrario, Collaer elogió ante su interrogador la nobleza y la generosidad de los Holemans por acogerle en su casa y destacó el riesgo que habían corrido al esconder a un fugitivo. El alemán que le interrogaba dio un respingo y dijo: «¿Así que ese es… tu amigo?».

Este comentario fue para Collaer la confirmación de que quien le había delatado había sido Karel Holemans. Aun en tan difíciles circunstancias, Collaer fue inteligente y valeroso, pues supo callar lo que pensaba para que fuera su interrogador quien espontáneamente le revelara información y no al revés.

A quien sí confió sus conclusiones fue a otro preso, Jean Thyssens, de Koekelberg, también miembro de la Resistencia. Su entrenamiento les mandaba señalar a Karel cuanto antes para evitar que pudiera denunciar a nadie más. En cuanto Thyssens salió de la cárcel hizo correr la voz y mi padre quedó señalado para siempre como un colaborador y un chivato de los alemanes.

Karel habría podido denunciar a todos los izquierdistas y resistentes que frecuentaron su casa durante años: empezando por el propio Collaer, que se escondió en ella varias veces. Pero no lo hizo. Karel tenía motivos para no querer a la Gestapo husmeando en su casa: él mismo corría el riesgo de ser enviado al campo de concentración, por templario y por encubrir al Gran Maestre. Rachel era además correo de la Resistencia y distribuía panfletos antialemanes. La casa no pasaría un registro policial exhaustivo.

Las declaraciones de los involucrados dejan claro que Karel reveló la ubicación de Collaer por miedo y no por odio. Pero la guerra no es un buen momento para los matices. La propia Rachel estuvo en el ajo y

aun así nadie en la Resistencia sospechó de ella. Sin embargo, Karel fue marcado como un soplón de modo irrevocable y este sambenito marcó para siempre su destino.59

La noche de fin de año de 1941, Collaer fue liberado de la prisión de Saint-Gilles. Había pasado encerrado ciento diez días en ese castillo siniestro. La buena noticia era que estaba fuera y que podía contarlo. Un mes después, Collaer recibió, estupefacto, una invitación insólita: los Holemans querían que cenara en su casa. Collaer pensó que la culpa debía pesarles demasiado y que querrían comprobar si sospechaba o no de ellos.

Decidió aceptar para ver su reacción y reconfirmar sus sospechas. Se presentó en la casa con su mujer y fue Rachel quien les abrió la puerta. Karel aún no había llegado. Cuando lo hizo y vio a Collaer, Karel fingió sorprenderse, como si hubiera olvidado que le habían invitado precisamente esa noche. Estaba visiblemente azorado y comenzó a hablar de banalidades. Rachel le cortó: «¡Karel, François está aquí, vamos a celebrarlo!».

En ese momento Collaer se levantó, se dirigió hacia mi padre y le saludó como suelen hacer los belgas: le dio un beso en la mejilla.

10

AZUL ULTRAMAR

Después de tu partida encontré las cartas cochinas que te enviaba la señora Thirionet y se las pasé de inmediato a mi abogado. No hay duda de que Paula era mucho más amiga tuya que mía. Entonces vino la señorita Engels, cuando hizo toda su confesión. Solo he visto a Engels una vez en mi vida y fue el día que vino a declarar. Ella también dejó claro que era muy amiga tuya.

Cuando pasaba por el parque de abajo y te veía coqueteando con la señorita Ohé, ella era también más amiga tuya que mía, ¿no?

Cuando regresé a casa sin avisar y me encontré con tu imagen y la de esa señorita en el sofá en una postura repugnante… Y cuando esa otra vez llegué a casa y tú y Suzanne60 salisteis corriendo del dormitorio medio desnudos. Cuando durante meses y meses desaparecías desde el sábado hasta el lunes por la mañana…, por no hablar de lo de la señora van Cauwelaert...

Esta carta, que Rachel escribió a Karel años después de la guerra, llegó a mis manos entre un manojo de papelotes viejos que mi primo Albert guardaba, atados con una goma, en un baúl en el sótano de su casa. Está escrita en unos términos tan inequívocos que muestra a la perfección en qué estado se encontraba la pareja en 1942.

La detención de François Collaer había puesto a Karel en el punto de mira de la Resistencia (y quizá no solo de un modo figurado). Está poco claro si Rachel participó o consintió en la denuncia de su amigo François. Aunque es indudable que era la primera interesada en sacudirse de encima el peligro de un registro de la GFP en su casa. Cualquier indicio de su trabajo clandestino hubiera significado la

horca.

Después del asunto Collaer, Karel se sintió expuesto y vigilado. Rachel también comenzó a desconfiar de él. Su comportamiento misterioso, sus salidas nocturnas ignorando el toque de queda, las infidelidades, apenas disimuladas, y el hecho de que Karel mirara ahora con aprensión a cualquier conocido que simpatizara con la Resistencia, hizo que la pareja viviera observándose el uno al otro. A esas alturas, la confianza entre ambos estaba rota. Rachel estaba muy al tanto de la vida disoluta de su marido, que ya venía de lejos, y a ello se sumaba ahora su actitud recelosa tras la detención de Collaer. Karel se sentía amenazado y era él mismo quien no se fiaba de Rachel.

La escalada de suspicacias llevó a Rachel a temer incluso que Karel pudiera denunciarla a la GFP. A la recíproca, Karel tuvo miedo de que Rachel, dispuesta a vengarse por su mal comportamiento marital, le preparara alguna encerrona con la Resistencia. Esta agonía de sospechas mutuas convirtió la vida de la pareja en un infierno, sobre todo porque no eran paranoias trufadas de celos, sino que el peligro era real.

El año 1942 había comenzado con el fracaso de la operación Barbarroja. Los ejércitos alemanes habían sido rechazados a las puertas de Moscú por la alianza entre el general Zhúkoz y el general Invierno, que heló hasta el anticongelante de los carros nazis. Por primera vez el todopoderoso ejército alemán huía, dejando atrás cuatrocientos mil cadáveres congelados como macabros muñecos de nieve.

La invulnerabilidad nazi se reveló una patraña y el Nuevo Orden daba señales de que no iba a durar los mil años que Hitler había prometido. La Resistencia se envalentonó y los proalemanes empezaron a hablar con la boca más pequeña y a temer, primero por la victoria, luego por su futuro y más tarde por su vida. Cualquier noche, un belga colaboracionista podía regresar a su casa con unas cervezas y un par de ginebras en el cuerpo, entretenerse más de la cuenta al sacar las llaves o no acertar con la cerradura: una bicicleta surge de la oscuridad, un revolver se amartilla, un disparo seco, pam, otro, pam, un bulto cae al suelo sordamente y el cascabeleo de una cadena de bicicleta funde a negro. Podía pasar cualquier noche.

A medida que la guerra se estancaba y llegaban noticias de las primeras derrotas alemanas hubo más asesinatos de colaboradores y, consiguientemente, más represalias. Si se mataba a un colaboracionista, dos o tres detenidos eran asesinados a golpes esa misma noche en una comisaría, una prisión o un campo. Siempre que fuera posible, la muerte se ejecutaba a la vista de los demás prisioneros, para que el mensaje circulara y llegara con claridad. Otra variante era que, por cada colaboracionista asesinado, diez prisioneros eran deportados a los campos y nunca más se volvía a saber de ellos.

En la calle arreciaban los problemas: vendettas, asesinatos sin resolver, ajustes de cuentas, denuncias criminales e interesadas, habladurías y, sobre todo, miedo. El miedo llenó el espacio de las conversaciones y empapó la vida diaria hasta convertirse en la sustancia de lo cotidiano. Karel y Rachel sentían que podían estar durmiendo, literalmente, con el enemigo.

Los periódicos de la derecha radical nacionalista publicaban listas de masones y templarios. La prensa flamenquista se había radicalizado en unos pocos años hasta convertirse abiertamente en pronazi y antisemita.61 Los templarios, unos católicos temerosos de Dios y amantes de la tradición y la cultura, se veían apestados por los mismos periódicos con cuyas opiniones comulgaban antes de la invasión. El nacionalismo flamenco se había arrojado en brazos de los nazis, y estos habían convertido a templarios, masones y a casi todo el mundo en enemigos del estado. Resulta fácil imaginar la sensación de orfandad, aislamiento y temor de aquellos espirituales caballeros, entre los que estaba mi padre.

Encontrar tu nombre en una de esas listas o que alguien lo filtrara a la Gestapo significaba colgar desnudo de una argolla, con las uñas arrancadas, huecos entre los dientes y la cara violeta. No era una buena perspectiva, porque además, si sospechaban que tenías algo que ver con la Resistencia, la fiesta terminaba en el extremo de una cuerda.

Los templarios también tenían una lista. Y quemaba como un demonio. El Gran Maestre Emile Isaac Vandenberg ya no podía resistir más la presión de ocultar la lista de los caballeros de la Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén. Era un cuaderno modesto, de tapas amarillentas y de hojas corrientes unidas por dos

grapas herrumbrosas. En ellas se podían leer, escritos a máquina con pulcritud de archivero, los nombres, las direcciones detalladas, la profesión, el grado y la antigüedad de cada templario. En la Gestapo se habrían estremecido de placer, dentro de sus abrigos de cuero, antes de comenzar a arrestarles por orden alfabético.

El listado se había abierto ocho años antes, en 1934, y estaba encabezado por «el primer caballero de Bélgica, Isaac, Emile-Clement Joseph». El apellido Isaac se encontraba subrayado, por si los nazis anduvieran despistados y les quedara alguna duda. En la portada, Emile había dibujado con un lápiz rojo la cruz de Lorena, símbolo milenario de los templarios, el mismo que utilizaba la resistencia antinazi francesa. En la esquina superior derecha, estampó un sello rojo con el nombre que los templarios daban (y dan) a este singular documento: Kvmris, con una flor de lis y un trébol flanqueando la palabra, dentro de un rectángulo.

Lo que hacía que esas crujientes hojas de papel mecanografiado resultaran radioactivas para su poseedor era que tenían, por un lado, el poder de preservar la memoria de la orden y evitar su desmembramiento cuando la guerra terminara; por el otro, constituían una segura sentencia de muerte para las doscientas treinta y ocho personas que figuraban en ellas, si caían en manos nazis. En algún momento de 1942, los templarios tomaron la decisión de sacar de Bélgica los papeles y ponerlos a salvo en un país neutral. La persona que aceptó esta misión, que solo podía conducir a la muerte o al exilio, fue Karel Holemans.

Bélgica se había tornado un callejón sin salida para él: sospechoso para la Resistencia, con una Rachel cuyo despecho hacía bien en temer; expuesto, además, a que sus amigos alemanes descubrieran, por accidente o por delación, que secretamente era templario y que encubría a su líder.

Emile (Issac) Vandenberg había decidido que, para salvar la orden, abdicaría y transmitiría la regencia al prior de los templarios de Portugal, el conde Fray Antonio Campello Pinto Pereira de Sousa Fontes, quien se convertiría en el 51º Gran Maestre, Príncipe Regente y Custodio de la Orden. Solo faltaba que alguien fuera lo bastante temerario como para presentarse voluntario y lo bastante listo como para llegar a Portugal con los documentos y salir vivo.

Espiar, infiltrarse, influir, guardar o desvelar secretos eran habilidades seculares de los hermanos templarios. Uno de ellos debería camelarse a los servicios secretos alemanes. La militancia en el VNV de Karel y su reputación como artista ario habrían de facilitarle la tarea.62

Karel se puso en contacto, otra vez, con su viejo amigo de Malinas, el espía Egide Joostens, alias Dumas, agente de contrainteligencia en la sección III F, cuya tapadera era un empleo en la Sociedad Fiduciaria de Bruselas, conocida por su escandaloso nivel de corrupción. Gracias a ello, Joostens se enriquecía a manos llenas. Él mismo estaba planeando largarse de Bélgica y desaparecer con la pequeña fortuna que estaba amasando. Así que, cuando Karel le preguntó por la mejor manera de salir del país, tenía clara la respuesta. Karel debía ingresar como agente en el servicio secreto alemán y dejar Bélgica en misión oficial.

Irónicamente, Joostens no consiguió sacar adelante sus propios planes de huida. Tal vez la avaricia rompió el saco y no supo parar de esquilmar a los judíos a tiempo. Quién sabe. Lo cierto es que se quedó en Bélgica hasta que ya era demasiado tarde para escapar. Fue capturado por los aliados y después de la guerra pudo ser interrogado por la policía belga:

En algún momento de 1942, Holemans vino a quejarse de que sus negocios no iban bien. Había oído decir que algunos pintores belgas habían conseguido exponer en Alemania y que quien lo organizaba era un alemán que trataba asuntos relacionados con la pintura y que tenía su despacho en la rue de la Loi. Atendiendo la petición de Holemans fui a ver a ese alemán, quien me pidió fotos de los cuadros. Le llevé las fotos, pero unos días después me hizo saber por escrito que los cuadros no eran de su agrado. Allí se quedó el asunto.

Un tiempo después, Holemans vino a verme de nuevo y me dijo que le gustaría trasladarse a España para vivir de su oficio. Le dije que, para conseguirlo, había solo una manera: tratar de entrar a formar parte del servicio secreto alemán.

Karel no podía confesar a un agente alemán, por muy amigo que

fuera, que quería salvar una lista con los nombres y las direcciones de cientos de perseguidos. Por fortuna, su profesión de pintor era una coartada perfecta para justificar su deseo de marchar a España. La realidad era otra: Karel necesitaba que lo enviaran a España para poder llegar a Portugal, y hacerlo con una misión secreta de los alemanes le proporcionaría los salvoconductos necesarios para salir de Bélgica, atravesar la Francia ocupada y cruzar los Pirineos sin que nadie hiciera demasiadas preguntas.

Pero, una vez en España, ¿cómo iba a cruzar la frontera portuguesa? ¿Cómo llegaría a Oporto para entregar los archivos al nuevo Gran Maestre sin que los alemanes se enteraran? Es muy posible que en ese momento de febrero o marzo de 1942, Karel aún no tuviera las respuestas. Lo primero era entrar en el servicio secreto.

Joostens describió así los inicios de sus gestiones para conseguirlo:

Poco tiempo después, tuve una conversación con el Sonderführer Otto Weil y le comenté las intenciones de Holemans de marcharse a España. Weil me pidió su nombre y su dirección.

Cuando le hablé a Otto Weil de Holemans, mi intención principal no era que Holemans empezara a trabajar para Weil, sino simplemente ayudarle a encontrar la forma de marcharse a España.

Según mi punto de vista, Holemans no era proalemán. Creo que incluso luchó en el ejército republicano español. Holemans nunca me habló de estar en contacto con miembros de la Resistencia.

En las palabras de Joostens se entrevé el juego de espejos que Karel practicaba con sus interlocutores. Pintor republicano para unos, nacionalista flamenco para otros, templario solo para los más íntimos. Karel jugaba a un ajedrez muy peligroso, con blancas o con negras según donde más conviniera enrocarse.

Otto Weil era un alemán de Múnich, alto y un poco calvo, que pertenecía al partido nazi desde 1935. Weil había vivido en el Reino Unido, supuestamente trabajando como agente turístico. En realidad,

se dedicaba a ayudar a los nacientes grupúsculos nazis ingleses. La inteligencia británica le detectó pronto y le retiró la Green Card. Weil regresó al continente y, ya en Francia, trabajó en contraespionaje durante los meses anteriores a la invasión. Los franceses le descubrieron y le condenaron a muerte. Escapó del pelotón gracias al blitzkrieg. Las prisas de los alemanes por ocupar París le salvaron. Fue liberado de la cárcel justo antes de la ejecución.

Weil permaneció en la Francia ocupada y anduvo reclutando agentes para África en Burdeos. Allí fue donde conoció a Joostens y donde ambos simpatizaron y se convirtieron en amigos. Weil hablaba perfectamente alemán, francés e inglés, y llegó a defenderse bastante bien en neerlandés. Era experto en criptografía y en intercepción de mensajes de radio. Con este intachable pedigrí nazi, la Abwehr le eligió para coordinar los servicios de contrainteligencia alemanes en Bruselas.

Pocas semanas antes de conocer a Karel en persona, Weil estaba de muy buen humor, pues acababa de anotarse un gran éxito. Los alemanes habían capturado a un agente inglés que se había lanzado en paracaídas sobre Bélgica para montar una organización de resistencia clandestina en *Mons*. Ese operador, cuyo nombre en clave era Champion, fue interrogado con la habitual amabilidad de la Abwehr. El pobre desgraciado acabó revelando los códigos cifrados que transportaba y, a punta de pistola, comenzó a decodificar mensajes de los aliados y a radiar desinformación para confundir a sus compañeros británicos.

Gracias a la información arrancada al vapuleado Champion, en marzo de 1942 los alemanes consiguieron interceptar, en la remota zona valona de Fouleng, un lanzamiento en paracaídas de material para sabotajes y grandes cantidades de dinero para la Resistencia. Champion también reveló la hora y el lugar de lanzamiento de otros tres radiooperadores. Hombres de Weil y unidades de infantería rodearon el lugar del aterrizaje de los paracaidistas, el Bois de Lessines. Su propósito era capturarles para obligarles a radiar para ellos. Sin embargo, tan pronto como tocaron el suelo se produjo un tiroteo y los tres fueron acribillados. Otto Weil debió hinchar el pecho como un gallo cuando desde Berlín le llegaron las felicitaciones.

El infierno del capturado agente Champion acabó en agosto de 1943,

cuando el servicio secreto inglés localizó la prisión desde la que transmitía y la RAF la bombardeó, matando a Champion, que por fin pudo descansar de sus remordimientos.

Otto Weil era, en efecto, un tipo temible. Entre los agentes a su cargo se encontraban Egide Joostens y la esposa de este, Suzanne de Becker, de modo que a la pareja no le resultó difícil organizarle a su amigo Karel una reunión con su jefe. El encuentro tuvo lugar hacia marzo o abril de 1942. Joostens hizo las presentaciones en el Gran Hotel Vieux Scheers, en el 132 del bulevar Adolphe Max de Bruselas, muy cerca de la Estación del Norte.

Las conversaciones entre espías no suelen dejar un rastro escrito, aunque en este caso sí tenemos lo que Otto Weil declaró cuando fue capturado después de la guerra:

Me comentó Holemans que deseaba marcharse a España, donde había estado durante la guerra civil, y me pidió conseguirle una misión en ese país con el fin de facilitarle el viaje.

Me puse entonces en contacto con el Mayor Mohring63, jefe de la sección III F, quien en principio estuvo de acuerdo. Más tarde supe que Holemans no se marchó con una misión de nuestra sección, sino que lo hizo bajo las órdenes del sonderführer Kotte, de la sección I L.

Weil era un hombre muy poderoso, pero solo estaba a cargo de la sección III F, cuyo cometido era el contraespionaje interno; es decir, combatir a los espías de las potencias enemigas que pudieran actuar dentro de Bélgica. Así que era poco probable que la misión que Weil pudiera encomendarle a Karel para salir al extranjero.

Por eso Karel se dirigió en primer lugar a Karl Kotte, el responsable de la sección I Luft, que espiaba para la fuerza aérea alemana, la Luftwaffe. Entre los documentos que tuve la fortuna de consultar, los alemanes detallan explícitamente el cometido de esta sección del espionaje aéreo:

I Luft. Espionaje a los ejércitos del aire de las potencias extranjeras. Formación y envío al extranjero de espías para ocuparse de todo lo concerniente a los ejércitos del aire o a los equipamientos para la aviación.

La expresión «envío al extranjero» era clave para los objetivos de Karel, así que, aunque consiguió ingresar en la Abwehr como agente de la sección III F, la misión que finalmente le llevó a España se la asignó la Luftwaffe. Es siempre difícil conjeturar por qué las cosas ocurrieron en un orden y no en otro, aunque tuve la suerte de encontrar algunas pistas, en unos olvidados legajos que convivían con los ratones, en un archivo histórico de Bélgica.

Llovía en Bruselas cuando aparqué mi coche en la calle de Anderlecht en la que se encuentra el edificio art déco que alberga los archivos del Centro de Investigación y Documentación Histórica sobre la Guerra y la Sociedad Contemporánea, el Cegesoma. Los historiadores que me atendieron —inesperadamente jóvenes— recibieron la lista de los documentos que quería consultar con una sonrisa compasiva. Entendí el porqué cuando vi acercarse a mi mesa un carrito cubierto por una montaña de tomos que ocultaba al ujier que la empujaba.

Desanudé el primer cartapacio y comencé a hojear cientos —miles— de papeles mecanografiados, en muchos casos segundas o terceras copias hechas con papel carbón en las que las palabras se habían desenfocado y resultaban difíciles de descifrar. Estaban escritas en francés, idioma que más o menos me atrevo a leer, o en flamenco, lengua de la que no conozco más de cincuenta palabras. Me iba a llevar tiempo encontrar mi apellido escrito en ese océano de documentos, secretos durante tantos años.

Pasé muchos días encerrado —o enterrado— en aquel mausoleo de palabras pronunciadas por hombres muertos. Invasores, patriotas, advenedizos, burócratas, espías, resistentes, traidores, ambiguos, fanáticos, vencidos o vencedores, pero todos muertos.

No recuerdo ni qué día fue ni a qué hora ocurrió. Abrí una más de las docenas de carpetas que contenían grandes hojas de papel amarilleado, plegadas cuidadosamente, como origamis de burócrata.

Ya había desdoblado antes cientos como aquella, pero al abrir esa supe al instante que no era una más.

Planté las palmas de mis manos sobre el papel, temiendo que pudiera salir volando y escapárseme. Era el organigrama completo de la estructura del servicio secreto alemán en Bélgica. Abajo a la derecha, en una esquina de la enorme tarántula de nombres y líneas de reporte, leí, con el corazón encogido: «Holemans, Jean Charles, dit Karel, alias Alex».

Había encontrado a mi padre en una lista de agentes secretos que detallaba sus nombres reales y los alias con los que trabajaban. Me encorvé sobre el documento, abrazándolo, con el estómago en un nudo, respirando su olor a polvo antiguo, atrapando las moléculas de mi padre que aún pudiera guardar.

El documento, organizado en veintinueve páginas y trípticos, había sido elaborado por la Seguridad del Estado belga al acabar la guerra, basándose en los interrogatorios a los agentes capturados. Según este, Karel entró como agente de la contrainteligencia junto su amigo Egide Joostens, su esposa y otras cuatro personas, a las órdenes de Otto Weil, en la sección III F.64

El primer paso, entrar en el servicio secreto, ya lo había dado. Una vez dentro debía conseguir que lo enviaran al extranjero. Por último, tenía que llegar a Portugal y poner a salvo los archivos. Lo que pudiera venir después ya sería el resto de su vida.

Karel tuvo que pasar por un periodo de capacitación como agente. En Bruselas, tal vez en las dependencias de la Abwehr en la Rue de la Loi, o en otro lugar que no conocemos, Karel recibió clases de morse, de codificación y decodificación de mensajes65, de radio transmisión y de escritura invisible y de micropuntos, la ultramoderna innovación que los alemanes habían introducido en el espionaje: una foto microscópica de un documento que podía camuflarse como un punto o una tilde en cualquier texto anodino.

Este proceso de infiltración en la Abwehr acentuó el secretismo con que Karel disimulaba sus actividades diarias e, inevitablemente, agudizó las suspicacias entre él y Rachel. Años más tarde, ella lo recordaría así:

Durante el año 1942, me di cuenta de que mi marido volvía a casa después de la hora tolerada por las autoridades alemanas. Se lo comenté y me contestó que no era asunto mío. A la vez, me fui dando cuenta de que casi nunca estaba en casa. Tan solo me cruzaba con él en muy escasas ocasiones. Por otra parte, noté que recibía cada vez más visitas y que parecía desconfiar de mí.

En ese momento tenía la sensación de que mi marido tenía una actividad sospechosa, ya que siempre parecía preocupado. Tenía un comportamiento muy extraño, un día alababa a los ingleses y, al día siguiente, parecía proalemán.

Karel sabía que su destino dependía del silencio de su mujer y que la mejor manera de asegurarse de que no hablara era que no supiera. Sin embargo, nadie podía intuir los secretos y los planes de Karel mejor que Rachel. Así que Karel, en algún momento, llegó a asustarla con estas palabras: «Tú ya sabes lo que estoy haciendo, pero si le dices una palabra a alguien, nos va a costar la vida».

El ejemplo de Joostens y su mujer, Suzanne, ambos agentes alemanes, pudo llevar a Karel a querer introducir también a Rachel en el servicio. Al fin y al cabo, serían dos buenos sueldos entrando en la casa y, aunque nadie sabía qué camino tomaría la guerra, todo iría mejor con más dinero escondido en la lata de galletas. Uno nunca sabía cómo habría que gastarlo, a quién habría que sobornar, qué lenguas habría que comprar o hacia dónde habría que huir para alejarse de aquel infierno.

Un día, mi marido me preguntó si quería aprender el morse. Cuando me lo preguntó, lo hizo con un tono muy autoritario. Me dijo que se trataba de una simple tarea a efectuar para los alemanes en Bruselas. Me negué de forma categórica y no insistió. No le pedí más explicaciones acerca de ese trabajo.

Si Rachel tomó o no esas clases de morse es algo que nunca sabremos y que en cualquier caso tendría poca importancia. Sin embargo, pronto veremos cómo Rachel acabó recibiendo del servicio secreto alemán un sobre con varios miles de francos belgas, todos los meses y hasta el final de la guerra.

Otto Weil quería que sus agentes se infiltraran en las filas de la Resistencia y que detectaran a espías aliados encubiertos. Karel conocía un poco esos círculos, pero desde luego no iba a poner en riesgo a su mujer ni a sus amigos, entre otras razones porque sería señalarse a sí mismo. Así que decidió infiltrase en la Resistencia por otra puerta, trasladando el juego ambiguo que tan bien sabía manejar a su territorio favorito: las sábanas.

Se las arregló para encontrarse en un café con Stéphanie Engels, una mecanógrafa que trabajaba para el Front de l'Indépendance, el más importante grupo de la resistencia belga.66 Más pronto que tarde, Karel y Stéphanie acabaron en la cama e iniciaron una relación de varios meses en la que se intercambiaron tantos fluidos corporales como información.

La señorita Engels, a la que Rachel menciona con resentimiento en el texto de la carta que abre este capítulo, declaró:

Conocí al pintor Holemans, también conocido como Karl, durante el año 1942 en un café de Malinas. Al poco tiempo nos convertimos en amantes y un día me confesó que tenía intención de marcharse a Portugal para ejercer su arte.

Delante de mí, Holemans daba la sensación de ser anglófilo, y desconozco por completo si llegó a trabajar para los servicios secretos alemanes.

Stéphanie Engels, a su vez casada con un hombre apellidado Colle, trabajaba como mecanógrafa en la caja de ahorros de la calle Fossé aux Loups de Bruselas.67 En esa misma oficina bancaria trabajaba también un importante líder de la resistencia belga: Gérard Breulet, un viejo conocido de la Abwehr, que sin embargo había decidido no

arrestarle aún, tal vez a la espera de que les condujera a piezas de caza aún mayores.

Stéphanie conocía perfectamente las actividades de Breulet, puesto que ella misma le ayudaba en su trabajo para el Front de l'Indépendance.

No recuerdo los detalles sobre cómo puse a Holemans en contacto con Breulet. No podría decirles si fue Holemans quien me pidió que le presentara a Breulet, o si fue al revés. Sé que se vieron en varias ocasiones antes de que Holemans se marchara, pero no estoy al tanto del contenido de estos encuentros.

Karel estaba tejiéndolo todo para su marcha. Sus avances con la única sección que podía enviarle en una misión al extranjero, la I Luft, parece que dieron sus frutos según avanzaba el verano, como se infiere de las declaraciones que Breulet hizo al acabar la guerra:

Un día, durante el año 1942, Stéphanie Engels, que era amante del pintor Holemans, me dijo que le había comentado mis actividades patrióticas y que él deseaba encontrarse conmigo.

Concerté una cita con Holemans, quien me indicó que muy pronto tendría que marcharse a Portugal, pero que se ponía a mi disposición por si de alguna manera podía serle útil a la Resistencia.

Hice una pequeña investigación en Malinas acerca del comportamiento de Holemans, pero la investigación no arrojó ningún elemento que me hiciera desconfiar.

Breulet continuó su declaración en estos términos:

Poco tiempo después, Holemans me dijo que estaba a punto de

marcharse. Me puse en contacto con mis jefes y con otras personas que querían mandar al extranjero alguna correspondencia de modo clandestino. Yo mismo le entregué cinco cartas a Holemans. No eran documentos de mucha importancia desde el punto de vista político, ya que no teníamos total confianza en Holemans, conocido por su muy mala conducta personal.

Entre estos documentos había una carta de una señora judía, llamada Rosenberg o algo parecido, que entonces vivía en la avenida Milcamps, en Schaarbeek. En esta carta solicitaba a un banco de Argentina que le transfiriera fondos a Bélgica.

No puedo darles muchas indicaciones en cuanto a los otros documentos entregados a Holemans, ya que estos me fueron entregados por personas que formaban parte de la Resistencia y de las que yo solo conocía sus seudónimos.

Antes de marcharse, Holemans me puso en contacto con su mujer, recomendándomela para tareas patrióticas en la región de Malinas. Así fue como esta mujer colaboró conmigo durante todo el periodo de la ocupación, haciéndome grandes favores.

Según desvela Breulet, Karel se ofreció como correo de la Resistencia y, del mismo modo que había tratado de enrolar a Rachel en el servicio secreto alemán, intentó que trabajara también para el Front de l'Indépendance. Se diría que quería convertir a Rachel en agente doble, de manera análoga a lo que él estaba haciendo.

¿Estaba asegurándose su retorno a Bélgica cuando terminara la guerra, la ganara quien la ganara?

¿Qué necesidad tenía de ofrecerse como correo de la Resistencia? ¿No era eso añadir aún más riesgo a su aventura? ¿O, por el contrario, llevar cartas clandestinas era un salvavidas en caso de caer capturado por la resistencia francesa en su camino a España?

La lista de preguntas sobre mi padre sigue siendo más larga de lo que yo quisiera. Hay una pregunta, sin embargo, para la que sí he conseguido armar una respuesta. La pregunta se la hizo Stéphanie Engels a Karel entre las sábanas, y el hombre que un día sería mi

padre evitó responderla.

A pesar de habérselo preguntado en varias ocasiones, nunca me dijo qué había hecho para conseguir su pasaporte para Portugal; cada vez que le comentaba el asunto, eludía mis preguntas.

El codiciado pasaporte de tapas azul atlántico de la República de Portugal conducía a un oasis de neutralidad y no beligerancia, un mirador abierto al océano que permitía soñar con una nueva vida en América, Inglaterra o África, según el barco al que uno se subiera. Ese librito azul era lo que Karel necesitaba para evadir los archivos de la Orden del Temple a la Gestapo, para poner a salvo a todos sus miembros y, por encima de todo, para dejar atrás la guerra y el miedo a que unos u otros le mataran.

Me ha llevado años reconstruir cómo lo obtuvo, quién lo falsificó y por qué ese librito convulsionó la vida de mi padre más que ninguno de los muchos peligros a los que tan temerariamente se expuso.

11

AMARILLO AZUFRE

El 27 de mayo de 1942 la primavera belga se nubló. A partir de ese día, todos los judíos, hombres, mujeres y niños, debían llevar cosida a la ropa una estrella de David amarilla con una jota dentro. Obligaron a las madres judías a ir a tiendas arias a comprar las estrellas, que se vendían en tiras de tres; costaban un franco la tira. Solo una, si la pareja tenía un hijo; dos o tres tiras, si la familia era numerosa. Pagada la compra, debían firmar un recibo y el encargado de la tienda les sellaba las cartillas de identidad, que llevaban estampada la palabra «judío» en francés y flamenco.

Esta penúltima coacción escandalizó a buena parte de la población belga no judía, aunque pocos osaron hacer nada que pudiera ser interpretado como una rebelión. Muchos belgas, especialmente los flamencos, sintieron que se trataba de «ellos o nosotros», aunque «ellos» fueran también belgas de nacimiento.

La estrella amarilla trataba de señalarles como enfermos infecciosos de los que convenía apartarse. Sin embargo, las estrellas consiguieron mucho más: despertaron las plagas del racismo, de la cobardía y del sadismo, que muchos incubaban sin siquiera saberlo. Nada invita tanto a golpear al débil como el temor a verse arrastrado a su misma miseria. Nadie sabe que es un hijo de puta hasta que no se le ofrece una buena oportunidad para convertirse en uno.

La hipocresía de los que miraban para otro lado tampoco era gratuita. Cuando un trabajador judío era arrestado, su puesto de trabajo quedaba libre y entonces un flamenco de pura sangre podía postularse para ocuparlo. El empleador lo contrataba con celeridad para borrar cuanto antes el pecado de haber dado trabajo a un judío.

Pese a tanta ruindad, un mes después de declararse obligatoria la

estrella se produjeron disturbios en los diecinueve distritos de Bruselas. Muchos judíos belgas se negaron a llevarla y sus amigos les encubrieron u ocultaron. La reacción de los alemanes fue la esperada: detenciones masivas y deportaciones a los campos.

A unos veinte minutos a paso tranquilo desde la casa de Karel y Rachel en Malinas se encontraba la Kazerne Dossin, un viejo cuartel austríaco adonde llegaron más de veinticinco mil judíos capturados por toda Bélgica. La caserna fue seleccionada por encontrarse a medio camino entre Bruselas y Amberes, por tener un patio con una enorme explanada y por disponer de una vía de tren junto al edificio. No podía resultar más idónea. En el patio se alineaba a los judíos, se les desnudaba y se les arrebataban los objetos de valor que les habían pedido que salvaran de sus casas, haciéndoles creer que podrían necesitarlos allí donde iban. Los nazis arramplaron con piedras, oro, divisas y cualquier otra cosa que pudiera transformarse en dinero. Este expolio era, mucho más que una purificación de la raza, un robo de proporciones bíblicas.

El amigo de Karel, Egide Joostens, alias Dumas, y su jefe, Otto Weil, se enriquecieron a manos llenas robando de lo robado. Los judíos, una vez desplumados, eran empujados a los vagones de ganado que, desde la Kazerne Dossin de Malinas, partían directamente hacia Auschwitz-Birkenau.

En el círculo de Karel y Rachel unas cuantas personas sufrieron este destino. De las veintiocho enfermeras judías de Onteniente, trece fueron deportadas a los campos de concentración y solo sobrevivieron nueve. Si tenemos en cuenta que volvieron vivos uno de cada dieciocho judíos deportados desde la Kazerne Dossin, nueve de trece podría considerarse incluso un balance no excesivamente horrendo para las Mamás Belgas.

Julio, agosto y septiembre de 1942 fueron meses de redadas masivas de judíos en Bruselas y Amberes, así como de búsqueda incesante de judíos escapados u ocultos por toda Bélgica. Todos los capturados pasaron por este infausto cuartel. El primer convoy salió hacia Auschwitz en agosto de 1942 y los vagones de ganado humano seguirían haciéndolo hasta septiembre de 1944: dos años a plena producción.

El método alemán para apurar al máximo la capacidad de los trenes era de una lógica aplastante, siendo aplastante el adjetivo más pertinente. A medida que iban capturando judíos por todo el país, los estabulaban en la Kazerne Dossin. Cuando contaban que tenían mil, los apretujaban en los vagones de ganado y el tren partía hacia Auschwitz. Entonces, los transportes de detenidos se reanudaban para llenar de nuevo la explanada del cuartel, recién vaciada.

En Malinas, la gente no podía ignorar lo que estaba ocurriendo. 25.500 judíos y gitanos no se capturan, concentran y deportan a escondidas. Todo ocurría a plena luz del día y, desde la perspectiva alemana, de modo reglamentario y legal. No había, pues, nada que ocultar. Salvo, claro, el oro que con mayor o menor disimulo se escamoteaba y que nunca habría de llegar a Berlín.

Karel y Rachel lo sabían. Todo el mundo en Malinas lo sabía.

En algún momento en otoño de 1942, Karel decidió que el momento de partir había llegado. Quizá fuera en esos días cuando obtuvo la confirmación de su misión de espionaje en España. De lo que no hay duda es de que los preparativos del viaje solo pudieron empezar tras haber dado con un personaje esencial para su plan: un falsificador de pasaportes.

Porque una cosa era que la Abwehr le encomendara una misión que le llevara a España, pero algo muy distinto iba a ser cruzar la frontera hispanolusa sin dejar ningún rastro en un pasaporte oficial. Karel no podía permitirse que le estamparan un sello fronterizo portugués en un pasaporte expedido por las autoridades alemanas. Se habría visto obligado a dar unas explicaciones que, además de incómodas, podrían resultar peligrosas.

En octubre de 1942, Karel se dirigió a su viejo amigo Constantin Laeveren, que trabajaba como telegrafista —y como radio operador clandestino— en la estación de Zichem. Le preguntó si sabía de alguien que pudiera falsificar un pasaporte portugués y guardar silencio al mismo tiempo. Laeveren, también flamenquista de corazón, conocía a un hombre que era capaz de lo primero, aunque quizá no tanto de lo segundo.

Raphaël Appels era el hijo del guardabosques de Averbode,

descendiente a su vez de una familia de guardas de caza al servicio del príncipe de Merode, un apellido que secularmente había sido dueño de cientos de hectáreas de bosque en el Kempen.

Raphaël era un joven de veintiséis años que había hecho méritos de sobra para ganarse una unánime reputación de juerguista, borrachín, pendenciero y hombre temerario en todos los aspectos de su vida. Aunque casi todos los protagonistas de aquellos años han fallecido, sus descendientes aún hablan de un Appels famoso en Averbode por sus broncas en los bares y sus problemas con la policía local, incluyendo injurias, desacato y peleas a puñetazos.

En los archivos belgas de víctimas de guerra se citan hasta cuatro comparecencias suyas ante el juez por desórdenes públicos. Appels no fue un hombre de comportamiento ejemplar; sin embargo, tenía una habilidad única: era un fino falsificador de documentos.

Este hombre de temperamento caliente y mecha muy corta fue soldado los primeros días de la invasión. Derrotado el ejército belga, lo capturaron y enviaron en un tren de prisioneros a un campo alemán. En algún punto de Holanda saltó del tren en marcha y escapó. Desde ese momento, su obsesión fue combatir a los alemanes y llegar a Inglaterra para ayudar desde allí a la liberación de Bélgica. Camino de Londres trató de cruzar a España, pero fue capturado y pasó más de seis meses internado en los campos de concentración de Gurs y Puy l'Evêque, en Francia.

Un buen día, a principios de 1942, fue liberado sin demasiadas explicaciones68 y se le permitió regresar a casa. Desde su regreso a Averbode, Appels colaboró con la Resistencia, participó en acciones de sabotaje y falsificó papeles para que los judíos que podían pagarlo cruzaran la frontera de Bélgica y escaparan de la deportación. Es, pues, probable que el de Karel no fuera el primer pasaporte portugués que falsificaba.

En algún momento del otoño de 1942, Apples visitó a Karel en su casa de Louizastraat, en Malinas. Seguramente ese mismo día se formalizó el encargo, que Raphaël Apples no tardaría demasiado en entregar. Con seguridad, la entrega del pasaporte se produjo antes del 21 de octubre porque, a partir de ese día, la vida de Appels se torció de forma mortal.

El joven guardabosques Raphaël, a todas luces un hombre impulsivo, es recordado en el pueblo por el célebre día en que se vistió con un uniforme de las SS que había conseguido quién sabía dónde. Appels se paseó por las calles haciendo paradas en los bares habituales y levantando cómicamente el brazo para asombro de amigos y no tan amigos. Bravuconadas como esa, inevitablemente, estaban llamando al mal tiempo.

El día 21 de octubre de 1942, durante la feria de Averbode, Apples volvió a dejarse ver bastante achispado en una taberna del pueblo. Con la lengua muy suelta presumió, una vez más, de trabajar para la Resistencia. Ya bien cargado, se aproximó a la mesa de un parroquiano y puso sobre su mesa un revólver. Con voz alta y quebrada le preguntó si podía conseguirle diez armas como aquella y le retó a proporcionarle también un radiotransmisor.

Fatalmente, aquel hombre resultó ser un simpatizante de los alemanes y, según todos los testimonios orales recogidos, él mismo comunicó el hecho a Madame Berkvens, una holandesa pronazi que trabajaba como censora de las publicaciones de la abadía. La señora Berkvens denunció a Appels a los alemanes y aquella misma noche dos vecinos de Veerle, los hermanos Maurice y Gaston Hoes, se presentaron en la casa de la familia Apples para detener a Raphaël.

Uno de los dos hermanos —Maurice— vestía uniforme de las SS Vlanderen en el momento de echar abajo la puerta de los Appels. Golpearon al padre, pusieron la casa patas arriba y encontraron el revolver de Raphaël, que estaba durmiendo la mona. Este despertó de un salto para lanzarse por la ventana y correr hacia la oscuridad del bosque. Los hermanos Hoes, que vivían a poco más de tres kilómetros de la casa de Appels, eran unos nazis flamencos bien conocidos en la zona y le tenían ganas a Raphaël desde hacía tiempo. Huido este, se llevaron detenido a su padre, Evarist Appels, de sesenta y cinco años, que permaneció encarcelado diez días en la prisión de Saint Gilles.

Raphaël pasó la noche escondido en el bosque y, al amanecer, atravesó los campos que tan bien conocía como guardabosques hasta llegar a la estación de Zichem. Cuando el tren Aarschot-Leuven estaba a punto de partir subió al vagón. Para su desgracia, la GFP había previsto este movimiento y le estaban esperando. Madame Berkvens le señaló sin dudar y la policía militar alemana le esposó.

Ese 22 de octubre de 1942, Raphaël Appels inició un viacrucis espantoso, saltando de cárcel en cárcel y de campo en campo durante dos años y medio. Acabó muriendo en el inconcebible sanitätslager de Mauthausen el 24 de marzo de 1945, tan solo cinco semanas antes de la liberación del campo.69

Appels fue un tipo deslenguado, presuntuoso e irascible, que o no supo o no quiso esconder que trabajaba para la Resistencia; más bien al contrario, se jactaba de ello y lo proclamaba a los cuatro vientos. Seguramente fue también un patriota noble y valiente, que no se arredró nunca frente al invasor alemán, y en cuyo corazón latía un indomable espíritu de lucha. Puede que también fuera un contrabandista, un estraperlista, y que utilizara su talento de falsificador para ayudar a escapar a familias judías a cambio de dinero, diamantes, oro o joyas. Raphaël Appels fue todas esas cosas a la vez.

El día que Appels entregó el pasaporte a mi padre, ambos hombres se despidieron para no volverse a ver. Karel no podía ni imaginar que aquel falsificador, con quien había tenido un contacto tan fugaz como valioso, moriría poco después en Mauthausen y que, aun después de muerto, desviaría el curso de su vida de un modo tan dramático e irreversible.

Con el pasaporte portugués en su poder, los pasos que le faltaban para salir hacia España se sucedieron a toda marcha. El 20 de noviembre, los alemanes autorizaron la expedición de un pasaporte belga a nombre de Karel Holemans con el número 182. Esta baja numeración sugiere que pudiera tratarse de un pasaporte diplomático; desgraciadamente, el documento se perdió o fue destruido.

Dos días antes de la Navidad de 1942, Emile Isaac Vandenberg, Gran Maestre de la Orden del Temple, firmó el edicto por el que ordenaba el traslado de sus archivos históricos a Oporto para salvarlos de los nazis. La misión se encomendaba al hermano Karel Holemans, a quien otorgó la distinción de Caballero Comendador en reconocimiento a su heroísmo y por el gran servicio que iba a prestar a la Orden.70

Karel aún no había recibido de los alemanes las órdenes concretas de su misión, pero comenzó los preparativos. Hizo un gran acopio de ropa: trajes, camisas ligeras y zapatos adecuados para los círculos

elegantes en los que pensaba introducirse en España. Recordaba bien su viaje a Onteniente cinco años antes, así que en su compra previó también la primavera española, tan calurosa como el verano belga, y el achicharrante sol estival que iba a encontrarse en Madrid.

Rachel evocaba así el comportamiento agitado de Karel durante estas semanas finales:

Hacia finales de 1942, mi marido me habló de su intención de irse a Portugal. Un día me decía que se trataba de una misión para los alemanes; al día siguiente me daba a entender que se iba por la causa de los aliados. Siempre me dio la sensación, según sus palabras, de que apostaba en ambos bandos a la vez.

Cualquier belga con una radio oculta en casa sabía que los aliados habían bombardeado Colonia y que machacaban otras ciudades alemanas, que los reveses militares en África se sucedían y que era muy dudoso que los alemanes ganaran la guerra. Sin embargo, Alemania había demostrado un poderío militar sin precedentes en la historia y quién sabía qué sorpresas podían dar aún los nazis o qué armas secretas estarían preparando.

Karel quería dejarlo todo bien atado antes de su partida. Su misión era muy arriesgada, pero desde luego no pensaba morir en ella. En el fondo de su corazón esperaba poder regresar a Bélgica una vez acabada la guerra. Había que prepararse para que, ganara quien ganara, pudiera seguir viviendo en el lado soleado de los victoriosos.

Karel tenía planes para que Rachel estableciera contactos al más alto nivel con la Resistencia. De tenerlos con los alemanes ya se había encargado él.

Rachel lo describió así:

Antes de irse, me dijo: «Tengo un asunto casi acabado, y tendrás que terminarlo tú».

Me puso en contacto con el señor Gérard Breulet, con domicilio en la Rue des Tulipes, n.º 17, en Stockel, que formaba parte de la Resistencia. Tendría que recibir instrucciones de él, que llevaba temas de prensa clandestina. Así fue cómo, hasta el final de la ocupación, trabajé para Breulet elaborando diarios clandestinos. Antes de marcharse, mi marido me dijo que yo recibiría dinero cada mes. No indicó el monto.

La idea de Karel era que Rachel recibiera un salario de la Abwehr a cambio de información sobre las actividades de Breulet y del Front de l'Indépendance. Quería engatusar al servicio secreto alemán convenciéndoles de la utilidad de Rachel, aunque sin comprometer demasiado a Breulet para no matar a la gallina de los huevos de oro.

El momento de consumar la jugada le llegó en enero de 1943. Karel consiguió una cita con Louis Delgrange, alias Berger, un alto mando de la Abwehr que se camuflaba como un simple traductor de alemán. Ambos hombres se encontraron en la Brasserie de l'Étoile, en la Leuvensesteenweg de Malinas, e intercambiaron sobres con información.

No se sabe qué contenían, aunque es probable que Karel le pusiera en el sobre a Delgrange algún cebo en forma de información trivial sobre Breulet.

Karel consiguió convencer a Delgrange de que era una buena idea infiltrar a Rachel en la Resistencia y mantenerla cerca de Breulet. La posibilidad de conseguir información que condujera a la detención de los jefes de Breulet, los cabecillas de la Resistencia, excitó el hipotálamo de la Abwehr y les hizo tragarse el anzuelo.

Algunos días más tarde, Delgrange visitó a Karel en su casa y le entregó las órdenes y los salvoconductos para llegar a España. El destino: primero Madrid y después el sur; la misión: espiar para la fuerza aérea alemana en la costa malagueña y en la región del estrecho de Gibraltar. Ha sido imposible conocer más detalles de la información que contenía el sobre, que con toda seguridad fue destruida.

Ese día de enero o febrero de 1943, Delgrange vio por primera vez a

Rachel van der Elst. No sabemos qué pensó de ella, pero sí podemos decir sin temor a equivocarnos que ni le pasó desapercibida ni le resultó indiferente.

Lo que ocurrió después de ese encuentro, fue descrito así por la propia Rachel:

Algún tiempo después, Delgrange, alias Berger, a quien previamente había visto una vez en nuestra casa, vino para decirme que iba a cobrar un dinero de parte del servicio secreto alemán y que él mismo me lo pagaría.

Berger me dijo que podía confiar en él y me ayudó en mi tarea con Breulet.

A partir de esa fecha, cobré una suma mensual de cinco mil francos del servicio alemán. El mismo Berger venía a casa cada mes a entregarme ese dinero.

Después de la guerra, en sus interrogatorios ante la policía belga, el Sonderführer Otto Weil lo corroboró punto por punto con estas palabras:

Después de que Holemans se marchara, las secciones III F y I L se pusieron de acuerdo para entregar mensualmente una suma de cinco mil francos a su mujer. La sección III F intervino en este asunto, porque la mujer de Holemans tenía que continuar el trabajo de infiltración iniciado por Holemans en el Front de l'Indépendance.

La mujer de Holemans no debió entregar a Delgrange información valiosa que permitiera llevar a cabo arrestos, pues estos no se produjeron. Que yo sepa solo nos entregó copias de panfletos comunistas que ella tenía que reproducir por encargo de Gérard.

Karel había conseguido que Rachel quedara bien cubierta durante su ausencia y que la puerta de su regreso a Bélgica permaneciera entreabierta. De este modo, los puentes quedaban tendidos en ambas direcciones. Rachel ya cobraba como agente de la sección III F de la Abwehr y, al mismo tiempo, tenía hilo directo con la Resistencia. Ganara la guerra quien la ganara, nada podía salir mal.

Lo que Karel nunca pudo prever era que, en cuanto dejara Bélgica atrás, se desenmascararía en su propia casa el verdadero rostro de Louis Delgrange. Este tenía entonces cuarenta y nueve años y ya arrastraba una biografía pringosa y cargada de deslealtades.71

Karel lo desconocía todo del pasado de Delgrange y nunca desconfió de él. En ese momento, solo le preocupaba tener un mal encuentro durante el viaje a España. Un registro en profundidad de su equipaje habría sido un billete directo a las palizas y la horca. Con este pensamiento en su cabeza, se afanó por conseguir los documentos que pudieran salvarle de cualquier encuentro comprometido.

Anticipando los más que seguros controles alemanes, Karel llevaba el salvoconducto que Delgrange le había proporcionado, además de un pasaporte belga que, como hemos visto, pudo ser un pasaporte diplomático. Esto debería permitirle pasar como un cuchillo caliente en mantequilla francesa mientras atravesaba los mil kilómetros de Francia ocupada que le separaban de Hendaya.

En caso de que el encuentro fuera con la Resistencia francesa, llevaba la correspondencia que Gerard Breulet le había confiado, así como papeles del Front de l'Indépendance que le identificaban como un correo clandestino de la resistencia belga.

Si unos u otros llegaban a descubrir su doble —o triple— juego y tenía que salir por piernas, su as en la manga sería pedir refugio a las autoridades eclesiásticas. Para ello, había conseguido una carta de recomendación del cardenal Jozef van Roey, arzobispo de Malinas y primado de Bélgica. Van Roey era la máxima autoridad canónica de Bélgica y un clérigo muy influyente en Roma. Se oponía activamente a las deportaciones de judíos y se manifestaba sin pelos en la lengua contra Hitler y los movimientos nazis belgas. La carta del cardenal daba su bendición a Karel y certificaba su piadosa fe católica, que estaba más que comprobada siendo, como era, Comendador de la

Orden del Temple.

Los papeles que Karel llevaría más escondidos, tal vez cosidos en las entretelas del abrigo, serían los de la Orden Militar y Soberana de la Orden de Jerusalén, así como el pasaporte falsificado por Raphaël Appels, que habría de permitirle cruzar de incógnito a Portugal, si es que conseguía llegar vivo hasta la frontera.

Karel probablemente visitó a sus padres y hermanos en Averbode antes de partir, aunque eso es solo una suposición, pues tal visita, si se produjo, no dejó rastro. Lo que sí sabemos es que en febrero de 1943, Karel visitó a su querida hermana Madeleine y a su cuñado y amigo Robert Pepermans en su casa de Mortsel.

Robert y Madeleine tenían ya cinco hijos y, aunque puede que Madeleine no lo supiera todavía, estaba ya embarazada del sexto, al que bautizarían como Marc. El primogénito, Albert72, tenía solo ocho años y siempre conservó la imagen de la entrada majestuosa de su tío Karel, envuelto en un elegante abrigo, con melena y largas barbas de rasputín.

Aunque Karel juró que volvería pronto, cuando les besó para despedirse y salió de la casa, todos eran conscientes de que ese viaje iba a mantenerles separados por mucho tiempo, quizá para siempre.

Rachel se referiría así al momento exacto de la partida de Karel Holemans: «Mi marido recibió del servicio secreto alemán su pasaporte a fecha de 16 de febrero de 1943. Me dijo, cuando se marchaba, que no volvería nunca».

Era verdad. Rachel y Karel nunca más volvieron a verse.

12

OCRE ALBERO

Solo quince días después de que el mariscal Von Paulus rindiera el VI ejército alemán en Stalingrado, un tren salía chirriando de la Gare du Midi de Bruselas con destino a París. A su izquierda, el tren dejaba atrás un castillo de cuento de miedo, la prisión de Saint Gilles, donde se pudrían todo tipo de enemigos del estado. Viéndolo pasar desde la ventanilla, Karel debió pensar que, de haber dado un solo mal paso, él mismo podría encontrarse allí encerrado.

Unas horas más tarde, Karel llegó a París con su baúl, sus maletas, el caballete y sus pinturas. Viajaba camuflado como un pintor en viaje hacia el sur para practicar su arte, pues no hay disfraz más convincente que vestirse de uno mismo. Dado que no ha quedado rastro escrito de ningún contratiempo durante el viaje, es de suponer que no lo hubo. Sabemos, eso sí, que en París se sintió mal. Karel tuvo síntomas de gripe y un fuerte dolor en la espalda, que achacó al reúma.

Tal vez los virus que le atacaron no fueran los de la gripe, sino la angustia y la tensión, que a veces producen fiebre y contracturas.

En cualquier caso, Karel no fue importunado y llegó con toda su impedimenta a la estación de Hendaya, el mismo lugar donde dos años antes Franco se había ganado el desdén de Hitler. Sus papeles estaban en regla y no debió despertar sospechas, pues cruzó la frontera y pasó la aduana sin problemas. Menos de una hora después, Karel volvía a pisar tierra española en la estación de la bella San Sebastián.

Esta sucinta crónica de su periplo despacha en unas líneas el que fue el viaje más peligroso de Karel y, con seguridad, el más decisivo de su vida. Sin embargo, hay poco que se pueda añadir a lo escrito. Karel

cruzó Francia sin problemas. No se sabe más.

En San Sebastián pudo respirar tranquilo y pasó algunos días disfrutando de haber dejado atrás la guerra, el racionamiento, los apagones, el miedo a las represalias de unos u otros y, lo que no era poco, el sinvivir con Rachel.

Aunque la ciudad fue bombardeada desde el aire y desde el mar, la guerra civil en San Sebastián solo había durado cincuenta y cinco días, así que Karel la encontró casi intacta. Fue a la iglesia a rezar y a dar gracias al Señor, y buscó a un médico para que le diera un remedio contra su dolor de espalda. El vino español y la recia comida vasca se encargarían de lo demás.

Estuve unos días en San Sebastián para examinar el dolor; después, unos días en Bilbao, que es una ciudad antigua muy bonita y donde tuve la oportunidad de ver por primera vez una corrida de toros. No estuvo nada mal.

Este bautismo de sangre y arena tuvo lugar un domingo entre el 14 y el 28 de marzo de 1943, según el calendario de la plaza de Vista Alegre de Bilbao. Aunque no sepamos exactamente cuándo fue la novillada, las fechas nos indican que el ritmo del viaje se aplomó. Después de las angustias de Francia, Karel dejó de correr. Una vez en España, quería disfrutar del camino.

En los primeros días de abril llegó a Madrid. Le recibió una de esas primaveras luminosas con las que esta ciudad licencia al invierno de un día para otro. En su primera carta desde Madrid lo describió así:

Aquí el tiempo es maravilloso y tan cálido como en casa en pleno verano. Lamentaré que mis seis meses se acaben y encontrarme de nuevo en el frío glacial de nuestro clima gris. Ya estoy acostumbrado al sol y a asarme, y ya me he quemado. Mi salud es excelente y me estoy habituando a la comida española (aquí se hace todo con aceite), aunque al principio se me hacía raro.

En esta descripción de tarjeta postal, que podría haber sido escrita por un turista belga de cualquier época, Karel daba por hecho que la guerra acabaría en unos meses y que pronto regresaría a una Bélgica en paz. No podía prever que la relación con sus padres ya solo sería epistolar y que nunca volvería a verlos con vida. Fue mejor para él no saber qué le aguardaba en el futuro.

En el texto menciona que habían pasado ocho semanas exactas desde que salió de Malinas, lo que permite datar la carta con exactitud el 13 de abril de 1943, el martes anterior al Domingo de Ramos.

Seis días antes, Karel había leído en el ABC que más de dos mil personas habían muerto en Amberes en un terrible bombardeo aéreo. Muy preocupado por la suerte de su hermano mayor y su esposa, Karel siguió la noticia en la prensa durante varios días.

He pensado mucho en Jef y Marguerite con los últimos bombardeos en Amberes. A través de las últimas informaciones me enteré de que afortunadamente no han sido en la ciudad misma y eso me da tranquilidad. ¿Cuándo van a acabar de una vez estos horribles bombardeos?

Karel estaba mal informado y se equivocaba al subestimar el riesgo que corrió su familia. El bombardeo del 5 de abril fue una verdadera tragedia que se ensañó con Mortsel, la pequeña ciudad vecina de Amberes donde vivían su hermana Madeleine y su querido cuñado Robert Pepermans.

Ese lunes el cielo estaba claro y sin nubes, y aun así la aviación aliada cometió uno de los más sangrientos errores de la guerra. Ochenta y dos bombarderos americanos sobrevolaron Bélgica con la misión de borrar del mapa la fábrica de motores Erla, donde los alemanes reparaban sus temibles aviones Messerschmitt.

El miedo al fuego antiaéreo les hizo arrojar sus setecientas setenta y cuatro bombas desde demasiada altura y marraron el objetivo. Los

barrios residenciales de Mortsel fueron machacados: novecientas treinta y seis personas murieron. Eran las tres y media de la tarde. Los niños estaban aún en la escuela y ya recogían sus libros para volver a casa: murieron doscientos cincuenta y ocho.73 Golpeada por doscientas veintitrés toneladas de explosivos, Mortsel sufrió el bombardeo más letal de toda la guerra mundial en Bélgica. Solo dos bombas alcanzaron la fábrica de motores Erla, que pudo reanudar el trabajo dos semanas después.

Mortsel acababa de convertirse en la Guernica belga. Milagrosamente, la casa de los Pepermans Holemans no resultó alcanzada. Tras las dos oleadas asesinas, sonaron de nuevo las sirenas y Robert se echó a la calle con la misma cámara fotográfica que había usado en el mitin de Hitler en Berlín. Con tanta impericia como entonces, tomó unas fotos borrosas de las casas reventadas, de las calles empapadas por los bomberos, de las vías del tranvía retorcidas como horquillas, del humo y del horror. La agitación del momento no le ayudó a enfocar con nitidez.74

Había otra noticia funesta que Karel no conocía cuando escribió su primera carta desde Madrid. Dos días después del bombardeo de Mortsel, la Gestapo había detenido a Isaac Vandenberg, el Gran Maestre de la Orden del Temple. Le conminaron a cantarlo todo sobre los miembros de la orden: nombres, direcciones, empleos, cargos que ocupaban. Pero la lista con esa información ya no estaba en Bélgica, sino en Madrid, en poder de mi padre, e Isaac no iba a darles nada. Los doscientos treinta y ocho templarios belgas nunca serían descubiertos.

La Gestapo metió a Vandenberg en su coche, le condujeron hasta Mortsel, le pegaron dos tiros y arrojaron el coche con su cuerpo torturado al cráter de una bomba.75 Allí lo encontró la policía, que levantó el atestado de la muerte por accidente de tráfico. Los archivos de la orden y los templarios se habían salvado por muy poco.

Hacía dos meses que los papeles estaban a buen recaudo en algún escondite de Madrid. No sabemos dónde se alojó Karel, aunque por una referencia a un reverendo que menciona en su carta, pudo quedarse unos días en casa de este o en la de algún templario español que también estuviera en el secreto.

El Temple, sin embargo, no podía cantar victoria. Los papeles habían sido salvados, pero aún no habían llegado a Portugal. En ese momento la Orden del Temple se encontraba descabezada. Vandenberg había abdicado (y además estaba muerto, aunque eso no se sabía aún ni en Madrid ni en Oporto) y el nuevo Gran Maestre aún no había sido oficialmente investido. En este interregno, todo estaba en manos de Karel.

Karel tenía el pasaporte portugués para cruzar la frontera lusa sin que los alemanes lo detectaran, pero ¿y la aduana? Karel había sentido mucho miedo en Hendaya, donde cruzó indemne porque nadie se molestó en registrar a fondo su equipaje. Jugarse el cuello por segunda vez le parecía que era tentar demasiado al diablo.

Era necesario encontrar una manera de eludir el control de ambas policías, la española y la portuguesa. Karel había pasado lo peor, pero no quería acabar interrogado en una comisaría a uno u otro lado de la Raya. Mientras no solucionara cómo esquivar el control de aduanas, los papeles seguirían en su escondite.

Entre tanto, debía continuar con la misión por la que la Abwehr le había enviado a España. Los jefes del espionaje alemán en Bruselas pronto echarían de menos alguna comunicación de su agente en Madrid.

García Moreno es muy amable conmigo, viene cada día a visitarme de siete a nueve y damos una vuelta juntos por la ciudad.

El señor García Moreno era un falangista que había participado como capitán del ejército en el levantamiento militar de Granada. Su fidelidad a Franco le había ganado una posición de cierta comodidad en el Servicio Nacional de Radiodifusión del cuarto gobierno franquista. Lo que Karel deliberadamente silencia en su carta es adónde le llevaba a pasear el amable García Moreno, funcionario de telecomunicaciones, cada día de siete a nueve.

La embajada alemana en Madrid se ubicaba en un suntuoso palacio del Paseo de la Castellana número 6, junto a la plaza de Colón, cuya

entrada estaba flanqueada por dos águilas doradas con las alas extendidas. Allí se encontraban las sedes de la Gestapo y de la Abwehr, que tenía en España su delegación extranjera más numerosa: doscientos cincuenta empleados y más de dos mil informadores. En la última planta del edificio trabajaban treinta y cuatro operadores de radio masculinos y diez mujeres expertas en cifrar mensajes, que transmitían a Berlín y Bruselas.

Karel se presentó en las oficinas de la Abwehr para telegrafiar su llegada a Madrid y García Moreno fue el encargado de acompañarle. No es que las autoridades de Franco quisieran marcar de cerca a los espías enviados por la inteligencia alemana, sino justo lo contrario: su cometido era ponerse a su servicio y ayudarles en lo que precisaran. De ahí la amabilidad de García Moreno, que tan gratamente sorprendió a Karel: como funcionario franquista, ejercía de anfitrión y de cicerone.

A Madrid se la llamaba la pequeña Berlín. Coches oficiales con la esvástica pasaban ronroneando Castellana arriba, Castellana abajo. Orgullosas banderas nazis ondeaban en los edificios oficiales de la delegación alemana. La conspicua sede del partido nacionalsocialista se situaba justo enfrente de la embajada, al otro lado de la Castellana.76 Uniformados alemanes se paseaban por la ciudad y disfrutaban de unos placeres fáciles que, en una Alemania bajo las bombas, habrían estado fuera de su alcance.77

En la embajada trabajaban tres personas en el departamento de falsificación. Allí elaboraban sellos de goma para autentificar documentos, tenían un laboratorio y un estudio fotográfico y se entrenaba a los agentes en el uso de tintas invisibles. La secretaria de este departamento, Frau Kirschner, velaba por que a los agentes no les faltaran los productos químicos necesarios para su delicado trabajo.

La abundancia de personal femenino en la embajada era para Karel un caladero de estimulantes veladas con las que amenizar su nueva vida en Madrid. Sin embargo, de momento, el deber le llamaba.

Pienso quedarme aquí un par de semanas más y seguir viajando hacia Valencia, Málaga y Sevilla; parece ser que ahí es aún más bonito, con

mejor clima e incluso mejor comida.

La costa de Andalucía era un estanque surcado por toneladas y toneladas de barcos de todas las banderas, beligerantes, no beligerantes y falsos neutrales, que entraban y salían por el embudo de Gibraltar. Esa era la información que la Luftwaffe quería conocer y para lo que Karel había sido enviado a España.

No debe haber un mes mejor que mayo para visitar la Costa del Sol. Karel nunca había llegado tan al sur y el sol le resultaba cegador, aunque esto no era lo único deslumbrante del litoral malagueño.

En 1943 se había reunido allí una pintoresca galería de personajes que deambulaban como en una pintura de El Bosco: espías de los aliados, espías del Eje, caciques franquistas, analfabetos que engañaban al hambre con ingenio, falangistas encandilados con los nazis, vencidos sin esperanza, viudas prostituidas, mutilados sin medallas, guardias civiles con porte de torero, pícaros y buscavidas sin patria ni dios. Cada uno con su propio motivo para no mirar atrás.

Karel pasó en la Costa del Sol y en Andalucía alrededor de dos meses. Cuánto tiempo exactamente no se sabe; aunque sí sabemos qué disfraz usó para camuflarse en esa mezcla de jardín de las delicias y de la Casablanca de Bogart.

Karel Holemans, alias Maler, fue enviado a España por órdenes del Hauptman Karl Kotte, de la I Luft, servicio del que yo también era agente. Desde allí llegó a Portugal. Dijo que iba pintar un retrato del obispo de Gibraltar.

Estas declaraciones de Johannes Ferdinand Hagemann, un agente de la I Luft capturado tras la guerra, no solo nos descubre otro alias de Karel (Maler: pintor, en alemán), sino que también señala qué pretexto inventó para andar merodeando por el Campo de Gibraltar.

Lo del retrato era otra engañifa. No solo resulta inverosímil que el

irlandés Richard J. Fitzgerald, obispo de Gibraltar, encargara su retrato a un flamenco estrafalario y desconocido, recién llegado de la Bélgica ocupada, sino que hay una razón concluyente para no creérselo: mi padre era paisajista y nunca retrató a nadie. Tenía otros talentos, pero no ese. El de retratista de obispos era un personaje que Karel se había inventado. Gracias a él, pudo moverse por Andalucía sin que nadie sospechara más de la cuenta. El pintor había vuelto a disfrazarse de pintor.

No ha quedado rastro de cómo Karel recogía información para contentar a sus jefes de la inteligencia alemana, aunque los servicios secretos británicos sí conservan numerosos documentos sobre el modus operandi de sus espías.78 Básicamente, cada agente se buscaba la vida como podía y la astucia individual de cada uno separaba a los valiosos de los mediocres.

Rumores recogidos en los bares de los pueblos de la costa, indiscreciones de confidentes achispados por el Tío Pepe, sobornos a guardias civiles o la observación directa desde tierra era con frecuencia todo lo que se necesitaba para nutrir de información a los siempre hambrientos cuarteles generales de los servicios secretos.

Karel podía sentarse a pintar en plein air en un muelle, una playa o un acantilado, como John C. T. Willis, el acuarelista inglés que quiso llevarle a Londres cuando era un niño. Entrecerraría los ojos para captar los reflejos del sol en las crestas de las olas, con unos prismáticos estudiaría el dibujo de la curva de la bahía, elegiría qué gaviota pintar y anotaría en una libreta los nombres, las matrículas y las banderas del cardumen de barcos que atravesaba Gibraltar.79

Entrado ya el verano de 1943, Karel regresó a Madrid y se instaló en el hotel Moderno, en la calle Arenal 2, en plena Puerta del Sol. El hotel sigue existiendo en el mismo lugar y, aunque por desgracia nadie ha conservado los libros de viajeros, la correspondencia de Karel nos da una idea bastante clara del gozo que sintió al radicarse en la ciudad de modo estable.

Lo que más me ha llamado la atención es la iluminación de la ciudad de noche. Está todo iluminado y, después de tres años deambulando

de noche con una linterna en la oscuridad, no puedes creer lo que ven tus ojos. Las tiendas están completamente llenas de artículos para los que en casa necesitaríamos cupones y más cupones. Realmente es un paraíso.

Me encuentro en la tierra prometida, lo único que siento es no poder mandaros nada de toda esta abundancia. He preguntado en todos lados, pero desde España no dejan enviar nada a Bélgica. Si aparece la oportunidad, os mandaré sardinas, café, aceite, etcétera.

Según mi padre, Madrid, en el verano de 1943, era un paraíso con las tiendas rebosantes de manjares e iluminado por las noches como una gran metrópoli. Esta afirmación resulta inaudita cuando la confrontamos con lo que relataban corresponsales de medios internacionales y diplomáticos de ambos bandos.80

Los madrileños de la posguerra sufrían un hambre dantesca. Miles de ellos malvivían en chozas improvisadas, e incluso en cuevas en la calle José Abascal. Sus ropas eran puros andrajos y no tenían ni agua ni jabón para lavarse. La policía española los alejaba a lugares apartados donde fueran menos visibles, pero los pedigüeños, inválidos, mancos o cojos, reaparecían en los barrios pudientes de Madrid, para exhibir los muñones de sus miembros, amputados por la guerra o por la miseria.

Madres con sus bebés malnutridos y envueltos en mantas pedían limosna en las bocas de metro de la ciudad, donde el aire caliente de los túneles aliviaba algo su penuria.

El hambre era tan intensa que lo que hoy llamaríamos basura orgánica, es decir, algo repugnante, pero físicamente digerible, sencillamente había desaparecido.

El corresponsal de The New York Times veía cada mañana seres fantasmagóricos, cubiertos de roña y vestidos peor que espantapájaros, revolviendo en la basura de su casa en busca de cáscaras de naranja o algo masticable. El agregado comercial británico contaba cómo, a medida que su chófer le acercaba a la embajada, más y más personas rebuscaban en los baldes de desperdicios cualquier inmundicia que un estómago humano pudiera admitir.

La situación de los madrileños es desoladora. Muchos no son más que esqueletos andantes con caras demacradas, piel flácida y arrugada y postemas glandulares a ambos lados del cuello.

Así lo explicó el doctor Otto Wendel, fundador del Hospital Alemán. El doctor recibía vitaminas de Alemania y las llevaba siempre consigo para repartirlas entre la gente necesitada. Sin embargo, aquellos que ya habían contraído alguna enfermedad, dado que no iban a recibir atención de nadie, habrían de morir en la calle.

El corresponsal de The New York Times continuaba así su relato:

Los ricos son cada vez más ricos y los pobres pasan cada vez más hambre. En pocos países del mundo impera una miseria tan absoluta y desmoralizadora, a la vez que se ofrecen tantos lujos a los favorecidos por la fortuna. Mientras los pobres soportan largas colas para hacerse con un pan incomestible, en las Mantequerías Leonesas, tienda gourmet para los que se lo pueden permitir, no tienen cabida ni la escasez ni el racionamiento.

En el Ritz, en el Grill del Palace o en el Roncesvalles, los acaudalados podían deleitar sus paladares como si estuvieran en la quinta avenida de Nueva York. Quizás incluso mejor, por la abundancia de vino español, jereces y brandis de excelente calidad a precios irrisorios.

No parece que Karel Holemans, en sus cartas, estuviera exagerando los lujos de la ciudad solo para tranquilizar a su madre. Su vida en Madrid transcurría por la acera soleada de los vencedores. Las gruesas moquetas del Palace, transitadas por espías y jerarcas del Eje, y la opulencia del Ritz y de Embassy, donde campaban los espías aliados, atrajeron a mi padre como un panal de rica miel.

Karel se percató enseguida de la oportunidad que le brindaba la España de Franco. Quizás Alemania ganaría la guerra y podría

permitirse vivir así todos los días de su vida. A lo mejor regresar rápidamente a Bélgica no era tan buena idea. Decidió que le daría una oportunidad a su vida en España y que más adelante ya se vería.

El verano de 1943 resultó más caluroso de lo habitual. Al termómetro le costó bajar de los 35 grados, lo que invitaba a aprovechar la noche para salir. En esta segunda estancia en Madrid, Karel fue bien recibido entre los templarios, con quienes trenzó amistades y complicidad. Un buen número de los caballeros templarios españoles eran militares del ejército de Franco, que nombraba ministros y embajadores a los templarios, a la vez que encarcelaba y enviaba a trabajos forzados a los masones.81

El asunto del traslado de los papeles del Temple a Oporto pudo ventilarse en la Gran Peña, un club privado de caballeros compuesto mayoritariamente por militares de alta graduación. Estaba —y sigue estando— en la Gran Vía, a dos calles del Cuartel General del Ejército. En este club de antigua solera, que había frecuentado el propio Franco en los años veinte, se reunían los oficiales para solazarse entre camaradas. Jugaban al billar y a las cartas, rememoraban viejas batallas en sus tertulias y se tomaban los whiskies que les servían sus viejos edecanes de África y de la guerra de España, unos marroquíes recolocados como camareros.

En los salones de la Gran Peña, restringidos estrictamente a sus socios y a ocasionales invitados, solían ser muy celebrados chascarrillos de este pelo: «Aquí a veces entra alguna mujer, pero nunca una señora».

La presencia de caballeros templarios era muy corriente en este añejo club de militares. Uno de ellos, el coronel Enrique Thomas de Carranza y Luque, se encargaría de abrirle a Karel Holemans las puertas de la frontera portuguesa.

Karel se había puesto en contacto telefónico con Dom Antonio Campello Pinto de Sousa Fontes, que esperaba en vilo desde Oporto el acta de su nombramiento como Gran Maestre que mi padre transportaba. Karel le pidió que moviera sus hilos entre los templarios españoles para franquearle el paso hacia Portugal. Dom Antonio pidió ayuda al coronel Thomás de Carranza, Gran Prior de la Orden en España.

El peso de los templarios en los pasillos del poder de la España de Franco era considerable. Thomás de Carranza acababa de ser nombrado director de Radio Nacional de España, de modo que el espacio radioeléctrico español estaba en manos de notables miembros de la Orden del Temple, empezando por este coronel, que sintió que era una obligación sagrada ayudar a mi padre.82 Thomás de Carranza utilizó su influencia dentro del régimen y toda su autoridad militar para asegurarse de que a Karel Holemans le concedieran el visado y de que nadie le buscara las cosquillas al cruzar la frontera.

Karel viajó a Oporto desde Madrid en tren, pero no utilizó el recién inaugurado Lusitania Express, que acortaba el trayecto Madrid-Lisboa a solo catorce horas. Karel se dirigió a Vigo, pues el paso expedito que el coronel le había preparado se encontraba en Tui, en Galicia.83 El tren cruzó el puente sobre el Miño hasta llegar a Valença do Minho. Karel mostró el pasaporte portugués falsificado por Raphaël Appels —quien ya se encontraba en un campo de concentración nazi— y cruzó por fin a territorio portugués.

Las gestiones del poderoso coronel Thomás de Carranza no eran algo que se pudiera tomar a broma. Nadie puso ninguna traba. Los guardias fronterizos de ambas orillas dejaron pasar a Karel sin meter sus narices en los documentos que llevaba y que suponían la salvación de doscientos treinta y ocho caballeros templarios francobelgas: desde Jules le Roy, funcionario de correos de Bruselas y primero de la lista, hasta Marcel de Beer, artista dramático, con el número 238.

Karel se apeó en Oporto y anduvo la larga curva del andén hasta entrar en el vestíbulo de la estación, una de las más bellas de Europa. Contempló con asombro su esplendor de códice medieval, con los azulejos que la cubren desde el suelo hasta el techo artesonado. Portugal daba la bienvenida al artista aventurero que, tras cruzar una Europa en llamas, había llegado sano y salvo con los papeles que a Isaac Vandenberg le habían costado la vida.

Una pequeña y afectuosa comitiva le estaba esperando. Karel fue conducido a una villa en Ermesinde, a catorce kilómetros de Oporto, donde vivía Dom Antonio Campello. El designado nuevo Gran Maestre era un aristócrata portugués que descendía por línea bastarda de una concubina del primer rey de Portugal, Alfonso I de Borgoña. En la villa tenía también su sede el consulado de Ecuador, pues Dom

Antonio era cónsul honorario de ese país.

Tras darse el triple abrazo templario, la conversación se celebró en francés. Karel pronunció unas sentidas palabras y, con una inclinación de cabeza, hizo entrega solemne de los documentos por los que se había jugado la piel. Dom Antonio recibió de manos de mi padre el libro llamado Kvmris, con la lista completa de los caballeros templarios belgas y franceses; el decreto magistral, firmado por Isaac Vandenberg, que nombraba a Dom Antonio nuevo Gran Maestre; una fotografía de Isaac Vandenberg con su esposa, con una cariñosa dedicatoria escrita a pluma; el libro rojo con los estatutos antiguos de la Orden y, por último, el libro de actas de la Orden.

Dom Antonio Campello depositó los documentos en una caja de caudales de color granate, tan alta como él. Cerró en silencio la pesada puerta, que ajustó con un sordo sonido metálico. Con una larga llave de acero dio tres vueltas a la cerradura y descompuso la combinación rotando sus cuatro ruedecillas numeradas. Guardó la larga llave en un plumier de madera y lo llevó a la habitación contigua. Allí abrió un archivador metálico gris y escondió el plumier detrás de las carpetas. Lo cerró con llave y se sentó tras su escritorio de caoba. Abrió el cajón de este y puso dentro la llave del archivador metálico. Y, finalmente, cerró el cajón con un llavín que llevaba atado a su cinturón con una cadenita de plata. Los papeles ya nunca más saldrían de Portugal. La Gestapo jamás conseguiría poner sus ojos en ellos. La identidad de los doscientos treinta y ocho caballeros belgas y franceses seguiría siendo secreta. La OSMTH se había salvado.

Desde luego, yo no estuve presente ese día de 1943. Pero todos estos pasos, aunque en orden inverso, los dio el hijo de Dom Antonio, Dom Fernando, cuando abrió la caja de caudales que había heredado de su padre el día que le visité en su casa de Oporto. Setenta y dos años después de que Karel llevara allí los documentos, los tenía en una mesa frente a mí.

Este momento emocionante me confirmó que la aventura de los archivos del Temple no había sido una invención. Esos papeles eran la razón por la que mi padre dejó Bélgica y, eventualmente, el motivo de que yo naciera en España. A simple vista eran unas sencillas carpetas. Para mí eran el origen de mi propia existencia.

Abrí con sumo respeto un cartapacio de tapas negras titulado Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani, y subtitulado Registre des Dignataires. Era la lista de caballeros templarios que Dom Antonio había abierto al inicio de su regencia.

«Señores, este hombre es mi padre». Solo supe decir estas seis palabras cuando señalé la fotografía del caballero con el número tres en la lista. Era un retrato de mi padre que nunca había visto. Se lo había hecho en Madrid justo antes de viajar a Portugal. De todos los príncipes, duques, marqueses, militares, diplomáticos y empresarios de la renacida Orden del Temple, Dom Antonio asignó a mi padre el número tres. Agradecido en el alma por su hazaña, le nombró además Caballero Gran Cruz, la más alta distinción que el Temple otorga a un caballero.

La gesta de los papeles convirtió a Karel en un héroe para los templarios y le abrió las puertas del Madrid de los vencedores. Salvar la Orden le reportó un honor que aún perdura y un reconocimiento personal que, durante las dos décadas de influencia de los templarios en el franquismo, le fue de constante ayuda.

Quizá Karel obtuvo una recompensa económica por el riesgo corrido, o tener amigos poderosos le ayudó a vender mejor sus pinturas, o su trabajo para la Abwehr le reportó mucho dinero. No se sabe cómo lo hizo, pero, en otoño de 1943, Karel se permitió el lujo más suntuoso de toda su vida. Se instaló a vivir en el hotel Palace de Madrid.

El 5 de octubre se registró en el hotel con su nombre real y con el pasaporte belga número 182, el mismo que la Abwehr le había proporcionado en Malinas y con el que había cruzado Francia. Se alojó en la habitación 609 y, en esa primera estadía, durmió en ella treinta y seis noches.

Cuando, setenta años más tarde, pude pasar la noche (que no dormir) en esa habitación del sexto piso, me asomé a la ventana como debió hacer Karel. A la izquierda, el palacio de las Cortes, con los leones de bronce africano guardando sus puertas; a mis pies, la Carrera de San Jerónimo; a la derecha, la fuente de Neptuno y, más allá, el hotel Ritz, cuartel general de los espías aliados. Una vista imponente del corazón de Madrid en la cumbre de la sociedad española.

Hoy esa habitación forma parte de la suite presidencial y lleva el número 603. La ventana puede reconocerse desde la calle por los dos ángeles de mampostería que la sostienen en lo alto de la fachada. Las historias del Palace, vistas desde mi infancia tarraconense, me parecían una película de ficción. Mi padre las describía con tanto detalle que me fascinaban, aunque según crecía las iba considerando más y más fantasiosas.

La tarde que me acomodaron en un elegante recibidor del hotel y pusieron frente a mí los libros de viajeros de los años de la guerra, me sumergí en ellos dispuesto a encontrar el rastro de mi padre. No sabía si se había registrado con su nombre real o con un alias, si lo había hecho con su pasaporte belga, con el portugués o con qué otra falsa identidad. Había miles de nombres de pasajeros del Eje, alemanes, italianos y japoneses, así como un sinfín de españoles. ¿Cómo iba a saber cuál de ellos podía ser él, si es que algún día había llegado a alojarse allí?

Llevaba horas espulgando listas de nombres manuscritos, tenía los ojos irritados por el polvo y, con todas estas dudas saltando en mi cabeza, temía desconcentrarme y pasar su nombre sin verlo. Y de repente ahí estaba, arriba, a la izquierda, al principio de la página, en la segunda línea:

Holemans, Carlos. Belga. 33 años. Casado. Artista. Procedente de Madrid. Pasaporte B 182. 5 de octubre de 1943.

Me puse de pie, grité y me cubrí la boca con ambas manos, como una niña. Hasta ese día, no sabía que se podía gritar de júbilo.

Mi padre me había contado la verdad.

13

VERDE INDIO

El 5 de octubre de 1943, Karel Holemans depositó su pasaporte belga sobre el mostrador de mármol verde indio de la recepción del hotel Palace de Madrid. No sospechaba que en ese momento el espía se convertía en espiado. El mismo servicio secreto alemán para el que trabajaba acababa de fijar sus ojos sobre él.

El recepcionista dijo que guardaría el pasaporte84 en la caja fuerte y que se lo devolvería al día siguiente, una vez lo hubieran presentado a la policía, como mandaban las ordenanzas.

—Buenas noches, señor Holemans, que descanse.

A la mañana siguiente, la recepcionista más joven del Palace se encargó de recoger los pasaportes de los viajeros que habían llegado el día anterior y, siguiendo las ordenanzas, se dirigió hacia la comisaría de la Puerta del Sol para que la policía nacional anotara nombres y numeraciones.

Sin embargo —y eso no estaba en las ordenanzas—, la joven recepcionista no recorrió la carrera de San Jerónimo en línea recta para ir directamente a la comisaría de Sol, sino que se desvió por la calle Cedaceros y se dirigió a la Gran Vía. Caminó con su delicado cargamento hasta el estudio fotográfico de Juan Gyenes85, un húngaro nacionalizado español, bien conocido por sus retratos de la farándula y de los prebostes franquistas. Un ayudante recibió los pasaportes y los fotografió uno a uno. Terminado el trabajo, la chica los recogió de nuevo y continuó su camino, esta vez sí, hacia la policía, como mandaban las ordenanzas.

Una vez registrados por el agente de turno, los pasaportes regresaban al hotel y se devolvían a sus propietarios, mientras que las copias

hechas por el fotógrafo se enviaban a Kurt von Rohrscheidt, jefe de los servicios de contrainteligencia alemanes en Madrid.

Gracias a esta rutina, que se llevaba a cabo con la connivencia de la policía secreta de Franco, los alemanes sabían en todo momento quién llegaba y quién salía del Palace. La persona clave de este operativo tenía un nombre: se llamaba Gumersindo86 y era el jefe de camareros del hotel. Tenía conchabados a la secretaria del director, un camarero del bar, un camarero del servicio de habitaciones, un botones, la joven recepcionista y tres camareras de habitación. Todos a sueldo de la contrainteligencia alemana.

A través de esta red, Gumersindo recogía información sobre los movimientos y las conversaciones de los clientes del Palace, y elaboraba informes que, traducidos al alemán por agentes del KO87, eran entregados a von Rohrscheidt.

El pasaporte de Karel Holemans también pasó por el estudio del fotógrafo húngaro. Gracias a Gumersindo, los alemanes conocían con bastante precisión dónde estaba y qué hacía su agente en cada momento. Cada copa que le servían los camareros del hotel era un micrófono abierto a los servicios de contrainteligencia alemanes, siempre alerta a cualquier atisbo de desafección.88

El mismo día que Karel llegó al Palace se registró también una delegación de alemanes, encabezados por el SS-Oberfürher Ernst Hildebrandt, quien iba a convertirse en el jefe de las SS del norte de Italia. Hildebrandt, de cincuenta y un años, se instaló acompañado por su secretaria Jina, de veinticuatro, aunque tuvo la discreción de pedir dos habitaciones separadas.

También llegaron ese día Eugène Erhardt, el propietario de la naviera y siderúrgica bilbaína del mismo nombre; el popular marionetista Franz Johan, quien amistó con Karel Holemans en las primeras noches de su estancia; pocos días después llegaría el torero retirado Juan Belmonte, quien también se tomó algunos vinos con Karel, según él mismo me relató años después, sin que yo llegara a creerle del todo.

No tardaría el propio Karel en recibir una visita importante. A las pocas semanas de su llegada al Palace, le visitó el Hauptmann Karl Kotte, supervisor de la misión que la Abwehr le había encomendado.

Los libros del hotel no lo registraron, aunque sí lo hicieron los interrogatorios a otros agentes que fueron capturados tras la guerra.

Así lo describió Otto Weil a los aliados:

Sé que Karl Kotte fue a visitarle a España. A su regreso, él mismo me contó que Holemans estaba muy a gusto en ese país, que había hecho una muy buena entrada en la sociedad de Madrid y que tenía mucho éxito con las mujeres.

No hizo ninguna crítica sobre la manera en que Holemans desempeñaba la misión, por lo que deduje que estaba contento con sus servicios.

Karl Kotte traía nuevas órdenes para Karel. El día 17 de noviembre, solo unos días después de su visita, mi padre salió del hotel en dirección a Málaga. Cuál pudo ser el objetivo de esta misión es un misterio más. Solo sabemos que el 12 de diciembre, tras un mes de periplo andaluz, Karel estaba de vuelta en el Palace. Alguien escribió en el libro de viajeros que llegaba procedente de Granada; a qué se dedicó en Andalucía durante un mes es imposible de averiguar.

Sin embargo, en el curso de esta segunda misión por las costas del estrecho, brotó en su cabeza una de esas ideas que, solo por el hecho de haberlas pensado, tienen el poder de cambiar una vida para siempre.

Los seis meses que Karel había previsto quedarse en España ya se habían cumplido. Había pasado muchas noches junto al Mediterráneo y en algún recodo del camino sintió el pellizco. Pudo ser aquella luz reventona, que pedía a gritos ser pintada; pudo ser la forma de vivir española, alegre pese a la adversidad; pudo ser la noche madrileña o pudo ser el respeto con el que se sentía tratado. Las aciagas noticias de la guerra que llegaban de Bélgica también debieron ayudar a la epifanía.

Karel decidió que no tendría prisa por regresar: se quedaría en Madrid indefinidamente y al diablo con la Abwehr y con la guerra.

Unos días antes de que acabara 1943, Karel se presentó en la comisaría del Congreso, justo enfrente del hotel, y gestionó su permiso de residencia. En su solicitud escribió «Hotel Palace» como dirección permanente y, de hecho, allí permaneció alojado hasta el final de la guerra. En esta segunda estancia ocupó la habitación 647, en la misma planta y a pocos pasos de la anterior. Era un poco menos cara, lo que ayudaba a una estadía larga, y también más luminosa, con un sol alegre que le despertaba por las mañanas.

Karel se instaló con su caballete y sus pinturas y, aunque dormía con olor a aguarrás y tabaco, sintió el júbilo de quien ha encontrado su lugar en el mundo y se puso a pintar. Iba a sellar su arraigo en Madrid con una gran exposición con la que aspiraba a consagrarse como el pintor más internacional de la ciudad.

La vida de los agentes secretos solía transcurrir de un modo discreto; vivían en pisos francos, muchas veces compartidos, y tenían ocupaciones poco llamativas para encubrir su trabajo como espías. Nada que ver con la vida lujosa que Karel llevaba en el Palace, frecuentando juergas y saraos, alternando con los personajes que recalaban en el hotel y acumulando muescas en el cabecero de su cama. Deslenguarse con Gumersindo y sus camareros soplones, derrochar simpatía con desconocidos y brindar con copas de ginebra a palo seco bajo la cúpula del Palace no era la mejor manera de mantener su identidad secreta. Karel abandonó toda prudencia, si es que alguna vez la tuvo. Había decidido mandarlo todo al carajo, pedirse otro Tío Pepe y fumarse un habano hasta que la guerra terminara.

Como el espía que aún era, Karel recibía información fresca y sabía que la guerra estaba perdida. Berlín estaba siendo bombardeada casi a diario. Los aliados preparaban ya la invasión de Italia, las orugas de los tanques soviéticos hacían papilla nazi y el Día D se esperaba de un momento a otro. Si la guerra acababa mal para los alemanes, ningún lugar iba a ser mejor que Madrid. Y si por lo que fuera acababan ganando, ya habría tiempo de revisar sus planes. De momento, la mullida alfombra del Palace era mucho más halagüeña que las oscuras calles de Malinas.

Otto Weil lo corroboró cuando fue interrogado: «Karl Kotte fue a España al menos una segunda vez y a su vuelta me dijo que la

identidad de Holemans había sido descubierta y que su agente estaba quemado».

La Abwehr había cumplido su función. Le había proporcionado el billete a España para alcanzar Portugal y salvar los documentos de la orden del Temple. Le pagaba con la esplendidez necesaria para vivir a todo trapo en el Palace y encima también pagaba muy bien a Rachel, lo que dejaba la puerta abierta a un cómodo regreso a Bélgica. Aunque lo de volver con Rachel no era más que un plan alternativo. Las caderas de las españolas ahuyentaban cualquier nostalgia del lecho matrimonial.

Lo que Karel no imaginaba era que Rachel no esperaba el regreso de su marido calando encaje flamenco tras los visillos. Antes de marchar, Karel acordó con la Abwehr que el servicio secreto le pagaría a Rachel cinco mil francos belgas al mes mientras él estuviera fuera. Louis Delgrange, el torcido Sonderführer del espionaje nazi en Bruselas, se aseguró de ser él mismo quien entregara el dinero a Rachel en mano.

Rachel y Delgrange se convirtieron en amantes en la primavera de 1943, pocas semanas después de la marcha de Karel. Quizás a Rachel le atrajo el poder y la impunidad de Delgrange. Al fin y al cabo, era una mujer sola que vivía en una ambigüedad peligrosa: ayudaba a la Resistencia, estaba casada con un tipo señalado por colaboracionista y, encima, recibía un sueldo del espionaje alemán.

Delgrange se había fijado en ella hacía tiempo y solo tuvo que esperar a que el campo se despejara. En cuanto Rachel se encontró sola y dependiente del dinero que él le entregaba, Delgrange se decidió a atacar. La atracción entre ambos pudo ser genuina o tal vez solo una simbiosis de vulnerabilidades. Delgrange no ignoraba que tener a Rachel como amante podía beneficiarle mucho más que en lo libidinoso. El astuto Sonderführer no había dado en toda su vida una puntada sin dedal.

Es imposible saber qué información obtuvo la Abwehr a cambio de esos cinco mil francos, qué o a quién arrestó Delgrange gracias a las confidencias obtenidas de Rachel entre las sábanas, y, a la recíproca, qué avisos sobre registros y redadas pasó Rachel a sus amigos de la Resistencia.

Lo que es seguro es que Delgrange tenía noticias diarias sobre la catastrófica situación militar de los alemanes. En los primeros meses de 1944, cuando llevaba un año como amante de Rachel, sabía perfectamente que la guerra estaba perdida. Delgrange entendió entonces que había llegado la hora de cambiar de bando. Varios meses calentando la cama matrimonial de los Holemans le habían dado tiempo para afinar su plan.

Aunque nació belga, Delgrange se había nacionalizado alemán. Era miembro del partido nazi, un destacado jefe de la Abwehr y era temido por la brutalidad que empleaba con los partisanos que interrogaba. Cuando los nazis capitularan era bastante probable que algún belga le pegara un tiro por torturador o que le fusilaran por espía. Si sobrevivía, sería deportado a Alemania, donde sus connacionales le colgarían por nazi y criminal de guerra. Era el momento de entregarse a la Resistencia e inventarse, por centésima vez en su vida, un relato convincente.

En la primavera de 1944, con el crédito de ser el amante enamorado de Rachel, Delgrange contactó con el grupo Zéro de la resistencia belga y confesó su irrevocable arrepentimiento. Según contó, gracias a su amor por Rachel se había dado cuenta del gran error que había cometido. Necesitaba expiar su traición a Bélgica, purgar todo el mal que había causado y sacudirse los remordimientos que le amargaban el sueño.

Los partisanos belgas entendieron a la primera que lo que de verdad impedía dormir a Delgrange era el miedo al fogonazo de un revólver en una calle oscura o al balanceo de una cuerda en Alemania. Pese a ello compraron la patraña, pues tenían mucho que ganar. Durante varios meses, Delgrange avisó a los partisanos de todas las razias y operaciones de castigo de la Gestapo para que pudieran esquivarlas.

Sin embargo, también entre la Resistencia había traidores. En junio de 1944, un delator de la Ligne Zéro denunció a sus compañeros a la GFP. Hubo muchos arrestos y cayó la propia Rachel, que fue capturada, encarcelada y maltratada en la prisión de Saint Gilles.89

Las confesiones de los resistentes detenidos revelaron a los nazis que Delgrange hacía meses que era un soplón, y fueron a por él. En uno más de los sarcasmos de la guerra, la Resistencia tuvo que proteger a

Delgrange para evitar que sus excompañeros nazis le mataran, ocultándole en un piso franco de Bruselas.

La Resistencia tenía un sinfín de razones para no fiarse del extorturador, así que le retuvieron todo el verano del cuarenta y cuatro. Durante los interrogatorios, Delgrange abrió en canal y diseccionó por completo la estructura del servicio secreto alemán. Bajo su piel de cordero de inofensivo traductor, Delgrange conocía cada hilo que movía la Abwehrstelle.

Escribió listas de colaboradores, de miembros de la Resistencia que cobraban de los alemanes, de los agentes que componían la estructura de la Ast Belgien, de su modus operandi y de sus redes de información. Y, por razones que solo a él incumbían, se aseguró de escribir el nombre de Karel Holemans bien arriba en la lista de los agentes secretos más peligrosos.

Tan valiosa fue la información que Delgrange entregó a la Resistencia que las transcripciones de sus interrogatorios fueron microfilmadas y enviadas a Londres, donde se encontraba el gobierno belga en el exilio. En palabras de Victor Liekendael, director de la Seguridad del Estado: «La confesión de Delgrange ha sido el mayor éxito de la Resistencia en materia de inteligencia de toda la ocupación alemana».

Delgrange sabía perfectamente que para los patriotas belgas él era una pieza de caza mayor y entendía el inmenso valor de la información que les estaba dando. La Resistencia le cambió varias veces de escondrijo durante julio de 1944, utilizando incluso una ambulancia que simulaba trasladar un herido. Entonces, sabiéndose un bien muy preciado, Delgrange puso dos condiciones para continuar confesando.

Así las detalla un informe de la seguridad del estado, dirigido al ministro de justicia Albert Lilar:

Delgrange se había enamorado de una joven de Malinas casada con un pintor llamado Holemans, que estaba al servicio de los alemanes en España.

El marido debía ser ejecutado por los partisanos belgas para permitir a Delgrange casarse con su amante. También exigió la promesa de un

permiso de residencia en Bélgica.90

Delgrange sabía que casarse con Rachel era el camino más corto para recuperar su nacionalidad belga y librarse de la cuerda que le esperaba en Alemania. Rachel seguía casada con Karel, pero el astuto Delgrange pensó que los papeleos del divorcio se abreviarían considerablemente si Holemans era liquidado por la Resistencia.91

La Resistencia no le hizo demasiado caso. La vida de Delgrange estaba en sus manos y este tampoco tenía mucho con qué negociar. Con respecto a Karel, nadie sabía dónde estaba exactamente; solo que había marchado a España para no regresar.92

Es posible que algunos partisanos belgas pudieran ver con buenos ojos la eliminación de Karel, un sujeto de conocidas inclinaciones nacionalistas. Sin embargo, el hecho de que fuera el marido de Rachel, ahora detenida por trabajar para la Resistencia, y de que su muerte pudiera beneficiar en algo a un nazi despreciable, despertaba muchas dudas.

Karel nunca supo que su vida estuvo sobre una mesa como moneda de cambio para salvar al tipo que se estaba acostando con su mujer. Así mismo, es muy probable que Rachel, encarcelada, tampoco sospechara lo que su amante planeaba sus espaldas. Aún tardaría en descubrirlo.

Ajeno al regateo sobre su muerte, Karel ultimaba en Madrid los detalles de la exposición más importante de su carrera. Tenía listos treinta y nueve cuadros y quería bautizarlos con recios nombres castellanos para que el efecto fuera aún más evocador. Para encontrar la palabra perfecta en un idioma que no dominaba, pidió ayuda a sus amigos españoles, gente pomposa sin duda.

Apoteosis. Cadencia indecisa. Alborear. Augurios. Fragor de espumas. Oro vespertino. Ardiente castidad. Beatitud. La postrer caricia.93 Lontananza. Congoja…94

Aun absorto en estos preparativos, Karel no perdía de vista las visitas de los peces gordos que recalaban en el Palace. Una de las apariciones que más revuelo causó fue la de Arno Kleyenstuber, el jefe supremo de la I Luft, que durmió en el hotel, con todo su séquito, durante tres noches de febrero de 1944.

La I Luft era el servicio secreto de la Luftwaffe, precisamente quienes habían enviado a Karel a España. Kleyenstuber era, en última instancia, quien pagaba su suculento sueldo y su estancia en Madrid, facturas del Palace incluidas. No sabemos si Karel fue llamado a reportar en alguna ocasión, pero tener al jefe supremo del espionaje aéreo durmiendo cinco pisos más abajo debió mantenerle en vilo y con el temor de tener que responder preguntas incómodas.

La inteligencia británica describía a Kleyenstuber como un nazi fervoroso, mujeriego, bebedor y ambicioso. Medía 1,75 metros, era fuerte y atlético, de pelo negro ondulado y ojos azules. Llevaba un bigotito negro, vestía impecablemente y hablaba con un ligero acento berlinés. Fumaba cigarrillos Virginia uno tras otro. Se movía por el hotel con seis asistentes uniformados que eran sus perros de presa.

Había servido en la legión Cóndor en Málaga y Pollensa, así que hablaba español bastante bien, y por todo ello había sido elegido por Himmler para hacerse cargo de la dirección de la Abwehr en Madrid. Para alivio de Karel, después de tres noches en el Palace, Kleyenstuber se marchó hacia Barcelona, llevándose consigo todo el miedo que a mi padre le despertaba.

Los preparativos de la exposición aún se alargaron dos meses. Karel envió cartas a los críticos de arte de Madrid para asegurarse buenas reseñas en la prensa. Por su parte, los amigos de Karel le abrieron las puertas del Todo Madrid. Al vernissage acudieron falangistas, militares, artistas, aristócratas, capitostes franquistas, madrileños bien relacionados con el régimen y aliadófilos de incógnito.

La mañana del 26 de abril, Karel se levantó dentro de esa nebulosa eufórica que dejan las grandes noches. La resaca, el sueño corto, la vanidad colmada y el puro gozo de vivir le habían dejado la cabeza algodonosa y los pies ligeros. Lleno de agitación, se sentó ante un café doble, un cigarrillo y el diario ABC:

Ayer tarde se celebró la apertura de la exposición de pintura flamenca moderna del paisajista belga Karel Holemans.

Asistió al acto el director general de Bellas Artes, marqués de Lozoya; S.A.R. el infante Don Fernando de Baviera, la marquesa de O'Reilly, el conde de Melgar, artistas, críticos y diversas personalidades. La obra del notable artista fue muy admirada.

Karel devoró las veinte páginas del periódico buscando más parabienes, pero la sección Arte y Artistas no decía más. También leyó que la estación de Lovaina había sido bombardeada, así como varios aeródromos belgas y franceses próximos al canal de la Mancha. El ABC calificaba a esos bombardeos de terroristas; de haber sabido que en realidad eran los preparativos del Día D, tal vez se habrían comedido en el adjetivo.

Karel había dejado de ser un indiscreto espía de fortuna para convertirse en un personaje público de la escena cultural de Madrid. La exposición fue uno de los acontecimientos artísticos de la ciudad y fue prorrogada hasta el 18 de mayo. En poco más de tres semanas, Karel vendió todos sus cuadros y los críticos se desbordaron en alabanzas.

Su viejo amigo, el templario Enrique Thomas de Carranza, falangista, coronel del ejército, director de Radio Nacional de España y futuro gobernador civil de Toledo, escribió e hizo radiar una encendida laudatio de Karel:

La pintura de Karel Holemans, caballero de la Orden del Temple, tiene inquietud literaria, un ritmo lleno de claridades, de emociones líricas. La España que se refleja en estos lienzos tiene una grandeza sinfónica y constituye una aportación notabilísima a la interpretación fiel de nuestro país.

En los treinta y nueve cuadros que el pintor Holemans exhibe en la sala de exposiciones del Hotel Palace, junto con algunos motivos

belgas, se reflejan los paisajes eternos que dormían en los ojos de aquellos hidalgos famosos que salvaron un día para Dios la tierra del pintor, la dulce y católica Brabante.

Karel había entrado en la sociedad madrileña por la puerta grande. Había alcanzado en España aún más reconocimiento y respeto que en Malinas y Amberes. Sin embargo, el cercano final de la guerra había bajado las maletas del altillo y se las dejaba abiertas sobre la cama.

Tres semanas después de que las copas de champán rodaran por la alfombra del Palace, los portones de las lanchas aliadas se abatían sobre la arena de Omaha Beach. El desembarco aliado, tanto tiempo esperado, por fin se producía en Normandía. Lejos quedaban los años en que Franco se ofrecía a Hitler para entrar en la guerra a cambio del Marruecos francés. La inteligencia británica ya no tendría que untar a más generales españoles con millones de dólares en bancos suizos para disuadir a Franco de sumarse a la guerra mundial.

Se decía que Franco tendría que entregarse a los aliados y que Juan de Borbón regresaría para ser coronado rey. Los servicios secretos franquistas ya habían detectado un plan de los marines británicos para remontar el río Tajo desde Portugal e iniciar la invasión. Por si acaso, Franco había retirado de su despacho los retratos de Hitler y Mussolini y había dejado solo el de Pío XII.

El nerviosismo entre los agentes alemanes de Madrid rebosaba los muros del Palace. Karel y sus colegas ahogaban las penas con croquetas de jamón y el vino de Casa Manolo, la mejor taberna de la calle Jovellanos. El teléfono de fichas que había —y hay— junto a la barra debía ser el único lugar de Madrid donde los espías de Hitler decían la verdad sobre la guerra. Utilizaban ese teléfono para llamar a casa, porque era mucho más barato que el del Palace y estaban a salvo de escuchas indiscretas.

Su derrotismo no podía ser chismeado en voz muy alta, pues apenas un tabique separaba Casa Manolo del restaurante alemán Edelweiss, centro de reunión en Madrid de los agentes de la SD. Los espías de las SS encontraban allí codillo y chucrut de verdad, y podían liquidar en la caja del restaurante sus gastos corrientes, recibiendo a cambio

pesetas o marcos alemanes. En unos pocos meses ni siquiera los SD querrían aceptar más billetes del Deutsche Reichsbank.

Durante el verano de 1944, Karel se preguntó muchas veces qué haría cuando la guerra terminara. Estaba claro que el futuro no pertenecía a los perdedores. Sin embargo, Karel no se sentía culpable de nada. Se veía a sí mismo como un flamenco de una pieza, que no había hecho otra cosa que permanecer leal a su patria y a su rey. Que eso le hubiera llevado a apostar por la victoria de Hitler era poco más que un error táctico que no debía empañar la nobleza de su causa. Que Leopoldo III hubiera rendido el país a los alemanes, y que para muchos se convirtiera en el símbolo de la colaboración con el invasor, solo podía ser un malentendido que tarde o temprano iba a dilucidarse en favor del católico monarca. El obvio desajuste entre cómo Karel Holemans se veía a sí mismo y cómo le verían los belgas después de la guerra acabaría trayéndole un sinfín de amarguras y largos años de melancolía.

En julio de 1944, Hitler cumplió lo que llevaba años prometiendo a los flamencos, esas pobres ovejas descarriadas de la Gran Alemania. Firmó una disparatada ley por la que Alemania se anexionaba el territorio de Flandes al mismo tiempo que se retiraba de él. Con este inútil movimiento geopolítico, Hitler culminaba la deletérea relación que los flamenquistas y los nazis mantuvieron durante demasiados años.

Deseada o no, a los flamencos aquella sobrevenida nacionalidad alemana les duró siete semanas. El 3 de septiembre, la Guardia Galesa liberó Bruselas y vació la prisión de Saint-Gilles. Entre los numerosos enemigos del estado que pusieron en libertad se encontraba Rachel van der Elst, varios meses encarcelada como miembro de la Resistencia.

Al día siguiente, el segundo ejército británico liberó Malinas y Amberes y capturó intacto su estratégico puerto. El 8 de septiembre, el legítimo gobierno belga fue repuesto en el poder, y el VNV, el partido al que pertenecieron Karel, los varones de la familia Holemans y muchos miles de flamencos, fue declarado ilegal.95

Aunque la guerra no había terminado y aún habían de caer muchas bombas volantes V1 y V2 sobre ciudades belgas, los alemanes se

retiraban en tropel. El servicio secreto alemán en Bélgica estaba siendo desmantelado a gran velocidad, en buena parte gracias a las informaciones proporcionadas por Delgrange y otros arrepentidos, y Karel se encontró frente a una encrucijada endiablada.

La guerra en casa había terminado. El servicio secreto alemán que le había enviado a España ya no existía. Su empleo y su sueldo se habían esfumado. La España de Franco se había vuelto aliadófila de la noche de la mañana y, aunque en pequeño número y a regañadientes, empezaba a manejar listas de alemanes y de colaboradores para entregar a los aliados.

Karel llevaba demasiado tiempo lejos de su familia y de su amado Kempen. Bélgica iba a comenzar su reconstrucción y Karel no quería quedar al margen de ella. Su país sabría reconocer a los buenos patriotas y a los buenos artistas como él. También recordó a Rachel en su idealizada casa de la Louizastraat de Malinas y la echó de menos. Con estos pensamientos danzando en su cabeza, Karel se dispuso a corregir el rumbo una vez más. Ni que decir tiene que no sería la última.

Un día de finales de los años sesenta o principios de los setenta, siendo yo muy pequeño, le pregunté a mi padre:

—¿Qué hiciste después la guerra?

—El día que terminó la guerra colgué mi uniforme en el armario del Palace y me largué.

—¿Qué graduación tenías?

—Yo era comandante.

Durante muchos años creí que mi padre vistió uniforme de comandante y traté de imaginármelo, muy elegante con todos sus galones. Con el tiempo sospeché que quizás había hablado en sentido figurado y que no necesariamente tuvo colgado en su armario un uniforme con hombreras plateadas y botones de metal.

Sin embargo, lo de comandante me intrigaba. Si no hubo uniforme, ¿de dónde salía esa graduación? Y si hubiera sido comandante de verdad, ¿lo habría sido del ejército alemán o del belga?

No encontré la respuesta hasta que tuve en mis manos los documentos de la Orden del Temple que reconocían a mi padre como su salvador. El título honorífico con el que le distinguían era Caballero Comendador. Chevalier Commandateur, en francés, la lengua de la diplomacia templaria. En su español de andar por casa, Karel lo había traducido por comandante.

No necesité más para entender que mi padre solo había permanecido leal a una causa durante toda su vida. Esa callada fidelidad a la Orden del Temple le acompañaría para siempre en secreto.

Una noche, setenta años después, dormí en la misma habitación que el comendador Holemans había ocupado en el Palace y, conteniendo la respiración, me aproximé al armario y lo abrí muy despacio.

No había ningún uniforme colgado. Solo había sido una forma de hablar.

14

ORO OSCURO

Apenas quedan testigos vivos de la noche de la liberación de Averbode, a principios de septiembre de 1944, y casi ninguno quiere recordar. Otros, por el contrario, sienten la necesidad de descargarse del peso de sus recuerdos. Entre estos se encuentra mi primo Paul van Gompel, de ochenta y cinco años, que tenía apenas nueve aquella noche y guarda en su memoria imágenes nítidas e indelebles de lo que vivió.96

Tras la huida de los alemanes, la euforia, alimentada por la rabia y el miedo sufridos durante años, reventó como una pústula inflamada. Desde las primeras horas de la liberación, mis tíos Jaak van Gompel y Martha Holemans se vieron acosados y señalados como amigos de los nazis. Asustados por una turba hambrienta de revancha, corrieron a refugiarse con sus hijos en el hotel de Nuestra Señora, la casa natal de Martha.

Paul lo recuerda así:

Nos escondimos en dos habitaciones del piso de arriba, mis cinco hermanos y yo, mamá y papá, Bompa y Bomma y el tío Omer. Podíamos escuchar los gritos del piso de abajo y cómo lo rompían todo. Rompieron las vajillas, la cristalería, las botellas y las ventanas. Saquearon la despensa y arramplaron con lo que quisieron. No dormimos en toda la noche. Estábamos aterrados por que pudieran encontrarnos y sacarnos a rastras. Tuvimos suerte de que no quemaran el hotel con nosotros dentro.

No se atrevieron a salir hasta la mañana siguiente. Paul se encontró con los restos del aquelarre. No quedaba nada entero ni en pie. El hotel estaba arrasado, los muebles rotos o robados, el piano hecho astillas. El suelo estaba cubierto por cristales rotos y puertas arrancadas, que Paul tuvo que saltar para llegar a la calle. Es fácil imaginar el estupor de ese niño de nueve años que veía cómo la casa de sus abuelos, escenario de sus juegos infantiles y donde se sentía amado y protegido, había sido saqueada entre gritos y risotadas. Sin embargo, no alcanzó a tener una noción completa del odio que los Holemans despertaban entre sus vecinos hasta que la familia salió al exterior.

Cruzamos la calle muy juntos, apretándonos entre nosotros; los niños íbamos en el centro. Yo era pequeño y no entendía nada. Solo pude ver cómo la gente de Averbode, nuestros vecinos, nos gritaban y nos insultaban. Nos daban empujones y nos escupían. Habían pintado una enorme esvástica en la fachada del hotel de los abuelos, pero no era la única. Nuestra panadería también tenía una, y también las casas de otros vecinos que decían que eran amigos de los alemanes.

Llegó un grupo de civiles armados a quienes Paul nunca había visto y se llevaron a Jaak, su padre, y a Clement Holemans, nuestro abuelo, en unos taxis que habían requisado en la cercana Diest. Se llevaron también a Martha Holemans y a su pequeña hija Amanda, un bebé todavía lactante. Paul y sus hermanos se quedaron solos en la calle y fueron recogidos por unos vecinos caritativos.

Pasaron varias semanas hasta que los padres de Paul y el abuelo Clement fueron puestos en libertad y pudieron regresar al pueblo. La familia de Paul, cuya casa también había sido destruida, tuvo que instalarse en el sótano de la panadería. Poco tiempo después abandonaron Averbode para no volver. Nadie quiso alquilarles una vivienda ni volvieron a vender una baguette.

Por el contrario, mi orgulloso abuelo Clement, en otras horas el respetado alcalde de Averbode y todavía concejal, sí regresó a casa, decidido a levantar de nuevo su hogar y su negocio.

Karel debió tardar semanas, si no meses, en recibir el eco de estos hechos en forma de rumores agigantados, versiones deformadas de lo ocurrido, sombras en el fondo de la caverna. Cuando yo era niño, mi padre me contaba cómo mi abuelo había sido maltratado el día de su detención. Clement tenía ya sesenta y ocho años, era asmático y fue obligado por sus captores a subir y bajar hasta la extenuación las escaleras del ayuntamiento que había contribuido a fundar. Le hicieron orinar en una copa de cerveza y, a golpes, le forzaron a beberse el líquido.

No olvidaré la expresión de dolor de mi padre cuando describía las sevicias a las que habían sometido a Clement. Sin embargo, era imposible que Karel supiera, desde España, qué había pasado realmente. Ese desconocimiento de los detalles fue aún más doloroso para mi padre, pues contribuyó a magnificar la angustia que sentía.97

Muchas veces me he preguntado qué pudo haber hecho Clement Holemans para que, tras haber sido un alcalde querido y respetado, sus vecinos estuvieran tan cerca de lincharlo el día de la liberación. Una posible respuesta puede encontrarse en una inocente fotografía del álbum familiar de los Holemans, que muestra la fachada del hotel, recién renovada. Las estrechas ventanas verticales de antaño habían sido reconvertidas en dos grandes ventanales horizontales. También la entrada del hotel era nueva, con una puerta de cristal y sin un incómodo escalón que llevaba allí toda la vida. El rótulo, más grande y vistoso que el anterior, aún decía Cl Holemans-Schodts, pero con un tipo de letra más moderno y estilizado; no por nada Clement había sido tipógrafo durante años.

Una anotación al pie de la foto me hizo estremecer. Decía: Hotel de Nuestra Señora, después de la reforma de 1943.

Mi abuelo había renovado la vieja fachada del hotel, que databa de 1910, en plena guerra mundial. Entendí que una mañana cualquiera de aquellos días de racionamiento y apagones, de atentados y deportaciones, Clement se había sentado tranquilamente a diseñar los ventanales, decidió eliminar el escalón de la puerta e hizo un boceto del nuevo rótulo, en el que puso su nombre aún más grande y más legible.

Mientras las ciudades de Europa se desmoronaban entre las llamas,

Clement tuvo la paz de espíritu necesaria para proyectar sus nuevas cristaleras y rediseñar la fachada. Renovar el hotel no solo hablaba de prosperidad material; también expresaba ausencia de miedo y fe en el futuro, bienes muy escasos en 1943.

La foto es una prueba de que a Clement y a la familia Holemans las cosas no les fueron mal durante la ocupación. Aunque los turistas habían desaparecido, el hotel seguía lleno: ahora, de oficiales alemanes. Estos instalaron una central de radio y habilitaron como calabozo una habitación del piso superior, justo frente al despacho de Clement. Un soldado ruso y un piloto británico estuvieron allí encerrados y custodiados por hombres de la GFP, que guardaban la puerta con subfusiles MP40 y sus medias lunas plateadas sobre el pecho. Mi tío Omer pudo corroborarlo tras la guerra, cuando le tocó limpiar los excrementos de las cañerías del patio, en las que los prisioneros vaciaban sus orinales.

Para los alemanes, el hotel fue comisaría, taberna, fonda y lugar de esparcimiento, y por todo ello acabó convertido en un símbolo de la colaboración con el invasor. Los Holemans no se hicieron ricos durante la ocupación, aunque sí se mantuvieron más alejados de las penurias de la guerra que sus vecinos. Esto explicaría la saña con la que el hotel fue saqueado el primer día de la Bélgica liberada.

A Clement, sin embargo, no le pasó por la cabeza que pudieran buscarle las cosquillas después de la guerra. Clement se consideraba un recto burgués, buen flamenco y mejor católico, y su única preocupación en medio de una guerra terrible había sido que a su familia no le faltara nada. Ni imaginaba ni temía la oleada de venganzas y ajustes de cuentas que se iba a desatar. Seguro que, de haberlo pensado, Clement no habría tenido un comportamiento tan temerario durante los últimos días de la ocupación.

En junio de 1944 era obvio que los alemanes iban a perder la guerra, pues ya hacían las maletas para huir de los aliados. Precisamente por esta evidencia, Clement temió que los alemanes se largaran sin pagar las muchas estancias que le adeudaban. En un gesto comprensible, aunque del todo imprudente, escribió al ministerio de Finanzas belga, que se encontraba aún bajo la autoridad alemana, para reclamar el pago de varias facturas pendientes. Se le debía el alojamiento de los cincuenta y dos soldados belgas que habían dormido en el hotel

mientras organizaban la defensa de Bélgica ante la invasión. En los juicios a los que Clement se enfrentó después de la guerra, la pretensión de cobrarles, justa o no, no fue considerada demasiado patriótica.

Dado que sus reclamaciones no recibían ninguna respuesta, Clement cometió una nueva torpeza, aún más grave que la anterior y que acabó costándole muy cara. A solo ocho semanas de la llegada de los aliados y de la deposición de la autoridad alemana, no tuvo mejor idea que amenazar al secretario general del ministro de Finanzas con escribir a una amiga de la familia, una baronesa de apellido von Gall, para que intercediera en su favor ante el general Alexander von Falkenhausen. Este aristocrático general era nada menos que el jefe del gobierno militar de ocupación: la primera autoridad de la Bélgica ocupada.

Escribir esa carta fanfarrrona fue un golpe en el pecho muy poco inteligente por parte de Clement Holemans. Durante los cuatro años de su gobierno, Von Falkenhausen había firmado diecisiete decretos raciales, deportado a veintiocho mil novecientos judíos a campos de concentración y a cuarenta y tres mil belgas no judíos a campos de trabajo, de los que trece mil no regresaron.

Después de la guerra, Clement adujo en el juicio que él no sabía nada de todo esto, pero haber mentado al primer nazi de Bélgica para cobrar unas facturas hablaba a las claras de qué tipo de amigos le habían ayudado a salir airoso de la guerra.

En los primeros días de la liberación cualquier denuncia por haber simpatizado con el VNV era razón suficiente para ser arrestado e interrogado. Clement aparecía en una lista elaborada por la Resistencia con los nombres de los militantes de ese partido flamenquista y pronazi. Y esto no iba a ser lo peor. Clement tenía un rival político en el pueblo que supo aprovechar los vientos que soplaban contra los Holemans: Arthur Siebens, durante años el principal opositor de Clement en la alcaldía.

En abril de 1940, exactamente un mes antes de la invasión, había habido elecciones en Averbode. Siebens fue el ganador y consiguió por fin ser alcalde. Fue entonces cuando Clement, que pasaba a la oposición, se postuló como líder del Nuevo Orden en Averbode. Pocas semanas después llegaron los alemanes, consideraron a Siebens poco

amistoso y le reemplazaron por un alcalde de ideas pronazis, miembro del VNV y amigo cercano de Clement Holemans, Jozef Bergen.

Tras la liberación, Arthur Siebens fue repuesto como el alcalde legítimo que era, y lo primero que hizo fue denunciar que Clement Holemans se había erigido en líder local del VNV en 1940, con el objetivo de arrebatarle el poder en el consistorio.

La denuncia era muy grave, pues el historial político de Siebens era intachable y su testimonio tuvo un peso extraordinario en los juicios a los que mi abuelo se tuvo que enfrentar. Como prueba fundamental, Siebens sacó a relucir la octavilla que llevaba años guardando, y en la que Clement Holemans convocaba a un mitin del VNV en el salón de su casa en septiembre de 1940.98

Clement fue encarcelado el 14 de noviembre de 1944 en la prisión de Lovaina y allí permaneció un mes como preso preventivo, mientras examinaban su caso. Mi abuelo escribió un diario carcelario que nos permite reconstruir con detalle el sufrimiento de su encierro:

14 noviembre.

Primera noche en una prisión, en la celda 32, muy pequeña.

La noche más espantosa de toda mi vida.

24 de noviembre.

Divino Corazón de Jesús, apiádate de nosotros. ¡Líbranos de la prisión y déjame volver con mi querida mujer, hijos y nietos!

27 de noviembre.

Según dicen, los ancianos, los enfermos y los padres de familias numerosas son los primeros en ser liberados. Así que tengo opciones de ser uno de ellos.

29 de noviembre.

Dos y media de la tarde: una bomba ha caído cerca de Lovaina.

Los cristales han temblado. A las cuatro, durante el paseo, de nuevo dos V-1 en Lovaina. Vemos ascender el humo.99

2 de diciembre.

Me han invitado a una rodaja de salchicha. Con diarrea y hemorroides, no he dado ningún paseo. Esta noche me he tenido que levantar tres veces a cagar. Hoy ya he ido ocho veces.

4 de diciembre.

Interrogado por tercera vez. Hoy, sobre el aparato de radio ese que los alemanes llevaron a mi casa y sobre si vinieron otros alemanes y se alojaron ahí. Bobadas. Sigo con hemorroides a causa de la diarrea.

10 de diciembre.

Creo que me van a interrogar, he llorado de felicidad. Después de la misa, primer rosario. Me he cambiado de ropa interior y he abrillantado los zapatos. Mamá, un poco más de sufrimiento y voy.

14 de diciembre.

La hora de la liberación se aproxima. Hoy hace un mes que me detuvieron. Querida mamá, tras el sufrimiento viene la alegría; después de la separación, el reencuentro.

El mismo día de esta última entrada en el diario, el jefe de la prisión de Lovaina llamó a Clement:

—¿Te gustaría ir a casa, «joven»?

—¡Por supuesto, jefe!

—Anda, pues, empaqueta tus cosas que te vas.

Clement bajó los treinta y seis escalones que separaban su celda de las oficinas de la prisión, recogió sus pertenencias y el dinero que traía el primer día, y a las seis y media de la tarde cruzó el gran portón de la prisión. Era libre de nuevo.

En la estación de Lovaina preguntó si salía algún tren para Zichem:

—Sí, señor, pero cuándo saldrá, eso no se sabe.

El tren se encontraba parado en el andén y estaba repleto de tropas británicas. Un soldado inglés, al ver la dificultad con que respiraba el anciano Clement, le ayudó a subir a la plataforma:

—*Asthma, grandpa?*

—*Yes, sir!*

Clement se hundió en el asiento de madera y permaneció en silencio hasta que el inglés le ofreció una taza de sopa caliente, pan con mantequilla y un trozo de carne. Clement llevaba días muerto de hambre y devoró la comida. La edad y el aspecto débil de Clement enternecieron al joven militar, que al rato volvió con un par de cigarrillos.

A las diez de la noche, el tren salió de Lovaina y una hora después llegó a la pequeña estación de Zichem. Clement bajó del tren con tanta dificultad como había subido y el tren partió. Nunca más volvió a saber nada de aquel soldado que había reconocido en los ojos de Clement la mirada de su abuelo inglés.

Desde que dejé la prisión le estuve rezando a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro para que me llevara a casa, y a las once bajamos del

tren en Zichem. Cruzando las vías me caí y me hice mucho daño en el pulgar izquierdo.

Dos chicas jóvenes, que también habían bajado del tren, se compadecieron de Clement y le acompañaron al apeadero del tranvía, donde le ayudaron a subir a un vagón y le sentaron junto a la estufa. Las noches de diciembre suelen poco piadosas en Bélgica. Allí permaneció casi tres horas, hasta que a las dos de la mañana el tranvía se decidió a arrancar.

A las dos y cuarto he llamado a la puerta y mamá se ha despertado. He caído en brazos de mamá, de Omer y de Jozef, que han bajado corriendo. ¡Mi ausencia de un mes ha quedado atrás!

La excarcelación de Clement llegó justo a tiempo para celebrar con su familia la Navidad de 1944 y, unos días después, en enero, su sesenta y nueve cumpleaños.

Arthur Siebens se retractó más tarde frente al juez y redujo las supuestas conspiraciones de Clement con los alemanes a meros rumores que habían circulado por el pueblo. Sin embargo, el daño estaba hecho y la investigación judicial ya se había puesto en marcha. Clement pasó los dos años siguientes defendiéndose en los tribunales para restaurar su honor y su respetabilidad como ciudadano, hasta que en la sentencia definitiva el juez le absolvió de colaboración con el enemigo por falta de pruebas.

Su militancia en el VNV, que Clement reconoció sin reservas, le costó veinte años de inhabilitación para ejercer cargos públicos, votar o ser votado. Le retiraron el acta de concejal y fue expulsado del consistorio por, como escribió literalmente el gobernador de Brabante, su comportamiento indigno durante la guerra. Clement gastó sus ahorros y los pocos años de vida que le quedaban pleiteando contra aquel adjetivo infamante. Llamarle indigno era, de todo cuanto le ocurrió, el peor de los castigos para su viejo corazón.100

Mientras Clement pasaba las navidades del cuarenta y cuatro con su familia, Hitler acababa con la vida de doscientas mil personas más en su intento de reconquistar Bélgica, a veinte grados bajo cero, en la que se denominó batalla de las Ardenas.

Entre tanto, Karel había desaparecido de Madrid.

No hay registros de viajeros en el Palace para saber qué día se fue, pues los libros de esas fechas han desaparecido. Tampoco está claro quién pagó la factura de su larga estancia, si es que alguien lo hizo. Ni siquiera se conoce bien el lugar hacia el que partió.

Mi padre me dejó caer, de un modo bastante críptico, que tras la guerra estuvo algún tiempo en Portugal. Tiene lógica pensar que pudo buscar allí la protección de los templarios portugueses, con los que seguía en contacto y quienes le consideraban un héroe. Pero Karel no fue el único que miró hacia Portugal. Con el final de la guerra fueron miles los que, cada uno por un poderoso motivo, se dirigieron hacia ese país neutral, aunque anglófilo, con la idea de poner un océano entre ellos y su pasado.

Ese viaje de mi padre a Portugal fue durante mucho tiempo un mito familiar que él nunca admitió ni desmintió. Mi madre creía que Karel había tratado de llegar a Londres desde Lisboa para unirse allí a los belgas en el exilio. Volver a Bélgica mezclado con el retorno de los que tuvieron que huir tras la ocupación hubiera sido una maniobra hábil, de haber llegado a ocurrir.

A dónde se dirigió Karel después de dejar el Palace fue un misterio durante años. La única pista que situaba a Karel en Portugal era un párrafo pronunciado por Rachel durante un interrogatorio en 1946:

No he vuelto a ver a mi marido, pero me escribió poco después de la liberación una carta con sello de Lisboa, aunque la dirección que mencionaba a la que tenía que responder era: Karel Holemans, Hotel Moderno, calle Arenal 2, Madrid.

Decía que iba a volver. No contesté.

Era corriente que los espías triangularan su correspondencia para evitar ser ubicados. Karel habría podido escribir esa carta en Madrid, meterla en un sobre y escribir en él la dirección de Rachel. Solo habría tenido que poner esa carta en otro sobre más grande y enviarla a un cómplice en Lisboa. Este amigo abriría el sobre grande, sacaría de él la carta dirigida a Rachel, la franquearía con sellos portugueses y la echaría en cualquier buzón de Lisboa con destino a Bélgica.

O quizá sí la envió él mismo desde Portugal, quién podía saberlo. Pasaron muchos años hasta que la confirmación definitiva del paso de Karel por Lisboa apareció. Con la redacción de este libro ya muy avanzada, el dato salió a la luz.

Salazar, como todos los dictadores, era un paranoico. No solo había ordenado registrar los movimientos de las personas que cruzaban las fronteras de Portugal, sino que también mandó consignar los viajes de los portugueses dentro del país.

Una anotación en los archivos nacionales de Portugal reveló que Karel salió de Lisboa el 26 de enero de 1945 con destino a España. Para ello, utilizó un pasaporte belga a nombre de Jean Charles Holemans y con una numeración que no he encontrado en ningún otro documento.101

Puede que mi madre estuviera en lo cierto. Quizá Karel se dirigió a la embajada británica en Lisboa con la idea de contar todo lo que sabía sobre la Abwehr y de pasarse al servicio secreto de Su Majestad. Así conseguiría regresar a Bélgica como un recién llegado del exilio.

Sin embargo, eso no era tan fácil. El servicio secreto británico estaba más que avisado de la defección de miles de agentes alemanes que trataban de cambiar de bando. Los exámenes a estos aspirantes a agentes volteados fueron muy estrictos. Los pocos que consiguieron despertar el interés de los agentes del MI-6 fueron enviados a un campo de prisioneros situado al sur de Londres, llamado campo 020. Allí fueron interrogados por agentes del MI-5 expertos en hallar contradicciones y quebrar falsedades. La mayoría de los detenidos fueron retenidos en el campo hasta el final de la guerra. Muy pocos alcanzaron el estatus de agentes dobles y solo estos formaron el elitista grupo XX de espías102 que se infiltró en la Abwehr para sembrarla de desinformación.

Cualquiera que fuera la historia que Karel les contara a los británicos en Lisboa, no consiguió convencerles. Nunca llegó al Reino Unido, aunque tampoco fue detenido.

No se puede saber cómo esperaba Karel negociar con los ingleses o cómo evaluaron estos sus verdaderas intenciones.

Aún hoy resuena en mi cabeza una frase con la que Karel salió de su ensimismamiento en la terraza de un bar de Tarragona un día soleado de principios de los años setenta: «Nunca te fíes de los ingleses, manneken. No tienen palabra».

No tener palabra puede ser una curiosa manera de definir las jugarretas de un agente de inteligencia, aunque da una idea del personal código de honor con que se manejaba mi padre, hecho a medias de fraternidad templaria y de ingenuidad de artista.

La dirección que proporcionó a Rachel, el hotel Moderno, en la calle Arenal, justo sobre la Puerta del Sol de Madrid, no era una pista falsa. Karel convirtió ese pequeño hotel en su base en Madrid. Allí recibió mucha correspondencia, incluso en los periodos en los que no estuvo alojado en él.

No estaba muy lejos del hotel Palace y era mucho más barato. En 1945, los servicios secretos alemanes en Madrid eran desmantelados y Karel comenzó a experimentar dos sensaciones angustiosas que le acompañarían durante buena parte del resto de su vida: se sentía perseguido y andaba corto de dinero. No estaban las cosas para volver al Palace.

Hitler se había suicidado el 30 de abril y Alemania capituló una semana después. El día 8 de mayo, la embajada alemana en Madrid cerró sus puertas. Los oficiales alemanes habían vendido los automóviles, las motocicletas, las cajas fuertes y las divisas, habían destruido los archivos y los documentos secretos y, germánicos hasta el final, pagaron seis meses de salario del personal. Karel debió cobrar también esta última liquidación y esa puede ser la razón por la que se quedó en Madrid hasta el verano del cuarenta y cinco.

Los alemanes se llevaron el oro restante, los diamantes y la heroína, sustancia que con frecuencia viajaba en la valija diplomática alemana, pues permitía transportar mucho valor económico ocupando muy

poco espacio. El antaño temible Arno Klebenstuyer, jefe de la Abwehr en España, fue detenido cuando estaba a punto de escapar a Paraguay con el oro que le quedaba al espionaje alemán en Madrid.

Se obligó a las autoridades de Franco a entregar la embajada a los aliados, junto con todas las propiedades alemanas en España. Sin embargo, se demoraron más de un mes en hacerlo. Cuando los americanos pudieron hacerse cargo del edificio de la embajada de la Castellana, este estaba arrasado. Se habían llevado hasta las tuberías de plomo y los radiadores.

Karel tenía una caries en una muela que no le dejaba vivir y buscó un dentista para repararla y ponerse una funda de oro. Uno nunca podía saber cuándo iba a necesitar convertir en dinero ese pequeño tesoro. Mantener la boca cerrada, además de ser siempre una medida muy prudente, podía ser también una caja fuerte portátil.

El dentista le intervino en su consulta de Madrid y a los pocos días Karel comenzó a sentir mareos y pérdida del equilibrio. Comenzó a andar encorvado y tuvo fuertes dolores de espalda durante días. El dolor empeoró y tuvo que ayudarse con un bastón para poder andar. Tenía treinta y cinco años y se sentía como si tuviera el doble.

Muy preocupado, Karel acudió a otro dentista, quien le retiró la funda y encontró la sustancia tóxica que le estaba matando: mercurio. Después de esta segunda intervención, los dolores desaparecieron.

Karel estaba convencido de que el primer dentista era un agente enemigo que había tratado de envenenarle. Si era enemigo de los aliados o de los alemanes, poco importaba; el hecho era que Karel fue intoxicado gravemente, ya fuera con intención de matar o por negligencia. En los años cuarenta, el mercurialismo era un accidente que ocurría ocasionalmente cuando se ponían coronas dentales sobre una amalgama que contuviera mercurio. Fuera cual fuere la causa, este grave incidente disparó la paranoia de persecución que Karel sentía, como cualquier agente alemán en el Madrid de mayo de 1945.

La experiencia de Lisboa le había enseñado que se encontraba en el lado de los perdedores y que las cosas se iban a poner aún más difíciles. Su acercamiento a los británicos le había señalado definitivamente como agente desertor de la Abwehr y no podía

sentirse seguro ni con los alemanes ni con los aliados. Solo los templarios, tanto españoles como portugueses, podían ofrecerle seguridad. Ser templario en la España de Franco abría muchas puertas.

En agosto de 1945, Vigo celebraba por todo lo alto la Feria del Mar. Con parada naval incluida, Franco desembarcó del yate Azor en el muelle de transatlánticos con su mujer y su hija, en lo que la prensa calificó de «jornada inolvidable». Entre los muchos actos que celebraban la visita del dictador, se renombró la principal calle de Vigo como Gran Vía del Generalísimo. Y, de paso, también se convocó un concurso de arte marinero.

Justo dos días después de la llegada de Franco, El Faro de Vigo publicaba un breve en su contraportada que decía:

El pintor Karel Holemans, en Vigo.

Se encuentra en esta ciudad el notable pintor flamenco Karel Holemans, magnífico intérprete de las grandes bellezas de la naturaleza. Se propone pasar en Vigo tres meses, con el objeto de trasladar al lienzo las innumerables bellezas de esta tierra tan pródiga en elementos de arte.

Karel apenas tuvo tiempo de instalarse y de pintar una marina para inscribirla in extremis en el concurso. El día 6 de septiembre el jurado anunció su veredicto: Karel había ganado el primer premio de honor con Anochecer, una marina que el ayuntamiento de Vigo adquirió para incorporarla a la colección del Museo Municipal Quiñones de León.

El importe del premio era extraordinario: cinco mil pesetas, algo así como un año y medio de sueldo de un obrero manual. Sin embargo, Karel no era ciudadano español y no tenía una cuenta bancaria donde recibir el dinero, por lo que pidió ayuda a sus resolutivos amigos vigueses.

Cruz de Comendador de la Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén.

El doctor Adrio Mateo, un prestigioso cardiólogo local, se prestó a cobrar el premio en su nombre y a entregarle el dinero en efectivo. Karel redactó una pomposa autorización a su amigo y la firmó con una caligrafía enérgica y triunfalista. Frente a su nombre dibujó, con tres orgullosos trazos, la cruz del Temple.

Ver esa cruz dibujada junto a la firma de Karel deja pocas dudas de a quién había que agradecer que su cuadro, presentado con la pintura aún tierna, recibiera el premio de honor por delante de artistas locales consagrados.

Estudié en la universidad que un signo es algo que está ahí porque significa algo para alguien.103

Esa cruz que mi padre dibujó con tres surcos profundos era un signo bien elocuente para los poderosos amigos que le ayudaron a triunfar en aquella exposición que, de hecho, inauguró la mejor etapa de su carrera artística en España.

15

GRIS WOLFRAMIO

Cada vez que Karel hablaba de Vigo lo hacía con gratitud en la mirada. Mi madre solía rememorar viejas conversaciones que ambos habían mantenido sobre su periodo vigués y evocaba recuerdos de segunda mano. El año de Vigo resonaba en nuestra familia como una leyenda antigua, un tiempo de plenitud tan jubiloso que soñábamos con revivirlo todos juntos algún día.

Cuando un artista, tan lejos de su casa, habla de plenitud, no habla solo de pulsión creativa y de éxito artístico; habla también de sentirse querido y aceptado, de encontrarse arraigado a un lugar. Cuando uno viaja solo por la vida, nada se ensueña más que tener un hogar.

Karel había declarado a El Faro de Vigo que pensaba quedarse en la ciudad tres meses. Sin embargo, las circunstancias, venturosas en esta ocasión, le indujeron a cambiar de planes una vez más. Karel decidió hacer suya la ciudad y se instaló en ella cerca de un año.

El otro diario local, El Pueblo Gallego, publicó a finales de 1945 este breve, que da alguna pista sobre cuáles pudieron ser los atractivos que Karel encontró en Vigo y qué le invitó a quedarse:

El sábado quedó abierta al público la exposición del notabilísimo paisajista belga Karel Holemans, que cuelga en los salones del casino de Vigo una colección de cuadros bellísimos.

Karel Holemans expuso al público doce de sus obras, ya vendidas, y un dato que revela el éxito que está alcanzando esta exposición es el hecho que desde el sábado hasta ayer habían sido vendidos seis cuadros más.

Dieciocho cuadros vendidos en ocho días. Esta inusitada demanda de pintura en los años del hambre es algo que se resiste a una explicación sencilla. Europa era un solar de ruinas humeantes, aunque en el casino de Vigo el único humo que salía era el de los puros habanos de la pequeña, aunque poderosa, colonia alemana. Aquellos doscientos nazis vigueses, íntimos de la burguesía local franquista, sabían que, más pronto que tarde, tendrían que salir por piernas.

Hitler se había suicidado unos meses antes, el 30 de abril. Sesenta y siete de sus generales y almirantes decidieron en mayo seguirle en su camino hacia el inframundo y otros cien mil nazis prefirieron quitarse la vida antes que caer en manos de los bolcheviques. Los aliados se repartieron Berlín barrio a barrio en el mes de julio, y de inmediato se pusieron a escribir nombres de nazis en listas de busca y captura. Evitar que consiguieran huir era clave tanto para desnazificar Europa como para impedir que un día el águila remontara el vuelo.

Fue justo en este fugaz momento de la historia cuando Karel llegó a Vigo. Era agosto de 1945, y entre los nazis de Galicia corría ya el rumor de que sus nombres y su pasado circulaban en unas listas bajo el título Obnoxious Germans.104

Entre aquellos alemanes derrotados, indecisos y arrinconados en el finisterre de Europa se encontraba el oficial Herbert Schwoerbel, alemán de Colonia y nazi hasta la médula. Había combatido en el frente ruso, a donde le habían enviado siendo ya un hombre maduro, con cincuenta años largos. Enardecido por su fidelidad a Hitler (y por su ambición política) azuzó a sus tropas contra las hordas de infrahombres eslavos que no merecían vivir. Uno de aquellos untermenschen —sin duda, poco informado sobre la impureza de su sangre— osó apuntarle y dejó a Herbert muy malherido.

Repatriado como héroe de guerra, fue ascendido a teniente coronel de la Gestapo y destinado a un puesto bastante más regalado que la estepa rusa. Fue nombrado cónsul honorario de Alemania en Vigo y se instaló a vivir en el hotel Continental. Su nuevo destino, aunque pareciera unas vacaciones, estaba muy lejos de serlo. La verdadera misión de Herbert Schwoerbel era dirigir el tráfico de wolframio español hacia Alemania.

El wolframio es el metal más duro del planeta, lo que lo hacía indispensable para endurecer el acero de blindajes y proyectiles anticarro. Alemania precisaba importarlo en cantidades ingentes para cebar sus insaciables fábricas de armamento. Las mayores minas del viejo mundo estaban en Asia, pero eran los rusos quienes las controlaban. El gran filón del wolframio europeo era el oriente de la península ibérica: el norte de Portugal, Galicia, el Bierzo y Extremadura.

España, como país oficialmente neutral, tenía vetado proveer de suministros a un país beligerante. Sin embargo, la realidad fue bien distinta de la legalidad. La gigantesca deuda que Franco había contraído con Hitler para pagar la ayuda militar a su cruzada iba a devolverse con toneladas de este mineral. Galicia vio nacer una fiebre del wolframio equivalente a la fiebre del oro del Far West americano, aunque en este caso se tratara del lejano oeste ibérico.

El mineral alcanzó precios que prometían trasformar una vida mísera en un cuento de hadas y atrajo a oleadas de desheredados de toda España. Se levantaron poblados para alojarlos, con cantina, ultramarinos, cuartel de la guardia civil y hórreos llenos de prostitutas. Se buscaron barracones para estabular a presos republicanos, forzados a arrancar el mineral a pico y pala. España se había convertido en el único proveedor de wolframio que le quedaba a Hitler para continuar la guerra.

Esta fiebre no se detuvo hasta que el presidente Roosevelt tomó cartas en el asunto: amenazó a Franco con invadirle si no acababa de una vez por todas con el tráfico de wolframio.105 Estas amenazas, sumadas a un duro embargo de petróleo americano que dejó a España sin gasolina durante meses, obligaron a Franco a cortar las exportaciones.

En su suite del hotel Continental, el cónsul Herbert Schwoerbel, responsable de este contrabando millonario, entendió que su cometido en Vigo dejaba de tener sentido. El mundo que había conocido llegaba a su fin. Era la hora de hacer las maletas.

Un memorándum de los servicios secretos aliados deja pocas dudas acerca de los planes de fuga del cónsul honorario:

Herbert Schwoerbel fue enviado a Vigo por el negocio del wolframio. Es un hombre muy competente. Parece tener urgencia por gastar dinero y recientemente, en Vigo, ha estado comprando pinturas muy caras.

Pinturas muy caras. El atractivo que Vigo tuvo para Karel Holemans en 1945 parece encontrar alguna explicación en este breve texto escrito por un espía aliado.

Cuando la guerra terminó, aquellos nazis enriquecidos vieron peligrar su patrimonio, además de sus pellejos. El previsible embargo de propiedades alemanas les urgió a vender todo lo inmobiliario para comprar bienes valiosos y transportables: oro, joyas, tallas, retablos, antigüedades y muebles valiosos que pudieran ser llevados en barco a Montevideo, Buenos Aires, Caracas, La Habana, o a cualquier lugar cerca de Lejos.

Entre los nazis con los que Schwoerbel compartía estas angustias, se encontraba Meino von Eitzen, un hamburgués de buena cuna que llevaba veinte años radicado en Vigo. Había llegado para dirigir una empresa que, en el interbellum, surtió de carbón a barcos de todas las banderas. Durante la guerra, Meino Von Eitzen supo cómo saltarse la vigilancia que los aliados ejercían sobre Franco para aprovisionar a barcos y submarinos alemanes que recalaban en Vigo.

Meino von Eitzen y el cónsul Herbert Schwoerbel fueron más que amigos. Tenían negocios en común. Ambos eran accionistas del Club Náutico de Vigo, compartían intereses en las concesionarias de carbón, en empresas navieras y tenían casas y terrenos junto a la ría.

Como tantos otros alemanes acorralados, corrieron a vender todo lo que no se podían llevar, antes de que fuera embargado. Con el dinero obtenido se apresuraron a comprar obras de arte, provocando una burbuja de precios enloquecidos que, en última instancia, fue lo que atrajo a Karel Holemans.

Von Eitzen era, además, el hombre de confianza del almirante Canaris en Galicia. Dado que Canaris era el jefe supremo de la Abwehr, Von Eitzen fue de facto el máximo responsable del servicio secreto alemán en Galicia.

Este hecho era bien conocido por Karel Holemans, puesto que él mismo había sido agente de la Abwehr. Es bastante probable, pues, que cuando mi padre llegó a Vigo en verano de 1945 supiera muy bien hacia dónde estaba dirigiendo sus pasos. A todas luces no eligió Galicia por casualidad.

Los espías aliados nunca perdieron el rastro del cónsul honorario Herbert Schwoerbel. Su diletantismo y su afición a coleccionar arte caro no pasaron desapercibidos a los Monuments Men, una misión militar estadounidense cuyo objetivo era recuperar las obras arrebatadas por los nazis a museos y a familias ricas, judías o no, de toda Europa. Schwoerbel estuvo en su punto de mira y, aunque Franco puso tantas trabas como pudo, fue finalmente apresado, y el 7 de marzo de 1946 le embarcaron en un buque británico para ser juzgado en Alemania.

Von Eitzen logró permanecer en España, aunque no sin dificultades económicas, pues los aliados respetaron su vida, pero no sus propiedades, que acabaron incautadas. Su hija Renata recuerda que de niña hubo en su casa algún cuadro pintado por un tal Holemans.

Unos meses más tarde, Vigo entraría en la rutina cenicienta de la posguerra y, pinchada la burbuja, Karel Holemans comenzaría a buscar nuevos horizontes en su periplo español.

Entre tanto, en Bélgica, los ajustes de cuentas se habían desatado tras la liberación. Bertha la Roja, la que había sido más que amiga de Karel, fue sacada a rastras de su casa, vejada, rapada en público y escarnecida por las calles de Diest en castigo por sus simpatías proalemanas. No se conoce, sin embargo, ningún delito concreto de Bertha; salvo pedalear a Bruselas durante la ocupación para contrabandear mantequilla y cambiarla por medias, jabón perfumado y otros lujos modestos. Lo único que ha quedado de aquello es un resentimiento en su familia, aletargado y amargo, que aún alimenta el voto al nacionalismo radical flamenco de nuestros días.

Los hermanos Maurice y Gaston Hoes, los dos SS flamencos que en 1943 intentaron apresar a Raphaël Appels,106 huyeron el mismo día de la liberación. El bazar que la familia Hoes tenía en Veerle fue asaltado por los vecinos del pueblo, saqueado e incendiado. Padres, hijos mayores e incluso niños pequeños participaron en el

pandemonio, que buscaba ajustar cuentas con los odiados hermanos nazis.

Gaston Hoes fue visto en las cercanías de Oosterlo y la gente del pueblo se reunió en la plaza para darle la bienvenida. La multitud se arrojó sobre él y le arrastró al templete del quiosco de música para darle su merecido. Le arrancaron el pelo de la cabeza a tirones y le apalizaron. Cubierto de sangre, Gaston fue interrogado por sus agresores para saber «quiénes eran los que habían colaborado con él en Veerle». Alguien gritó: «Matadle a palos».

La familia Hoes abandonó el pueblo para siempre. Maurice y Gaston recibieron largas condenas de inhabilitación y la pérdida de sus derechos civiles. Léon, el hermano más joven, había entrado en las Juventudes Hitlerianas con apenas dieciséis años, pero al no tener ningún otro delito recibió solo cargos menores.

En marzo de 1946, el guardabosques Evarist Appels, padre de Raphaël, recibió con indecible desgarro la noticia oficial de que su hijo había muerto en Mauthausen pocas semanas antes de la liberación. Es poco probable que llegara a conocer las horrendas condiciones del Sanitätslager donde Raphaël murió. Mejor para él.

Rachel, la esposa de Karel, había regresado a la casa de Malinas después de salir de la cárcel. Sin embargo, también allí el ambiente era irrespirable. Su detención y los interrogatorios a los que había sido sometida a causa de su relación con Delgrange habían despertado la desconfianza de sus antiguos camaradas de la Resistencia. Rachel sintió que tenía que cambiar de aires.

Decidió mudarse a Bruselas, donde le sería más fácil pasar desapercibida. Alquiló una casa en el barrio de Schaaerbeek y se instaló en ella con sus padres y con la madre de su amante Louis Delgrange. El plan era vivir allí todos juntos cuando él saliera de la cárcel, donde seguía siendo interrogado por la seguridad del estado belga.

Parece claro que Rachel había tomado una decisión trascendental: iba a empezar una nueva vida junto a Delgrange, pesara a quien pesase. Si el amor es siempre intrincado y difícil de explicar, hacer romanticismo forense es una quimera. Resulta, sin embargo, fácil de adivinar que

Rachel estaba muy enamorada del advenedizo y astuto espía.

Las pruebas son concluyentes: el 16 de agosto de 1945 Rachel pidió al juez poner fin a su matrimonio con Karel Holemans. Esta era una declaración de amor a Delgrange muy profunda, pues abría la puerta a que este recuperara, por la vía del matrimonio, la nacionalidad belga.107 Así se alejaría para siempre el miedo a una extradición a Alemania, donde la condena a muerte era muy posible. Divorciarse de Karel era la manera que Rachel tenía de salvarle la vida a su amante.

Sin embargo, el problema de base subsistía. Rachel y Karel seguían legalmente casados, y no era tan sencillo divorciarse unilateralmente. Solo una condena firme de Karel por los tribunales belgas podría conseguirlo y, por el momento, Bélgica no tenía ningún cargo contra Karel Holemans.

Sin embargo, el fallido intento de pasarse al servicio secreto aliado y su visita a los agentes británicos en Lisboa a finales de 1944 habían hecho saltar algunas alarmas. La seguridad del estado belga en Londres se había puesto en marcha y había abierto un expediente secreto, con el número B 9107 y las palabras «KAREL HOLEMANS» escritas con mayúsculas en la cartulina de la tapa.108

La investigación no encontró nada, y pese a los esfuerzos de Delgrange por señalar a Karel como un destacado agente alemán y conseguir así su condena o su eliminación, la corte marcial de Malinas ordenó en febrero del cuarenta y seis el cese de la investigación y el sobreseimiento del caso por falta de pruebas. Karel Holemans volvía a ser un ciudadano belga libre de sospecha.

Es imposible saber si Karel llegó en algún momento a saber que había una investigación abierta contra él, pero todo sugiere que vivía en España sin ocultarse y sin nada que ocultar. De hecho, en marzo de 1946, solicitó un certificado de inscripción en el consulado belga de Madrid, que le fue expedido sin obstáculo alguno.

Conseguir ese certificado era esencial para los planes de Karel, que habían tomado un nuevo giro. Tras casi un año de estancia en Vigo quería regresar a Bélgica, volver junto a su familia y hacer las paces con Rachel. Ni que decir tiene que Karel ignoraba por completo que su mujer quería casarse con Delgrange, quien de hecho se había

convertido en su peor enemigo. Desde la cárcel, seguía maquinando de qué modo podía deshacerse de Karel para casarse con Rachel y respirar por fin tranquilo.

Un telegrama que Karel envió desde Vigo a su familia por navidades permite entrever cuán ajeno vivía a las intrigas de su mujer:

Salud perfecta. Artístico bien. Sin noticias Rachel. Mejores deseos 1946. Besos a todos. Karel.

Tras los éxitos pictóricos de Vigo, Karel se fijó en Bilbao como la siguiente plaza a conquistar. Había llegado a sus oídos que la asociación Unión Arte había convocado un concurso de nuevos artistas en las escuelas Berástegui de Bilbao. Karel decidió presentarse al concurso, que se celebraría en agosto del cuarenta y seis. Ganara o perdiera, le apetecía pasar algún tiempo en aquella ciudad que tanto le había agradado a su llegada a España, tres años antes.

Bilbao ofrecía además un aliciente especial: el puerto. Karel pensaba pedir un pasaporte en el consulado belga de la ciudad y embarcarse en un buque con destino a Amberes. La guerra había terminado, la justicia belga no tenía nada contra él, sus papeles estaban en regla y podía regresar como un pintor laureado para proseguir sus éxitos en su amada tierra flamenca. Además, se había convertido en un mito entre los templarios europeos, que le debían la mismísima pervivencia de la Orden y que le ayudarían en lo que fuera preciso. Se trataba de un plan perfecto. ¿Qué podía fallar?

El 13 de julio de 1946, Delgrange fue interrogado una vez más. Llevaba casi dos años encerrado en celdas colectivas de la prisión de Saint-Gilles. El trato que recibía era duro y los interrogatorios se repetían una y otra vez para confundirle y desanudar mentiras y contradicciones. Delgrange tenía ya más de cincuenta años y su salud se había resentido por el largo encierro. Ya había contado todo cuanto sabía sobre la Abwehr y suplicó en sucesivas cartas que le fuera concedida la libertad provisional, lo que el juez le negó cada vez que lo pidió.

Sin embargo, parece que ese día el interrogado iba a sacar más información que el interrogador. Delgrange fue preguntado por el caso de un falsificador de pasaportes llamado Raphaël Appels, cuya desaparición y muerte en Mauthausen había denunciado su padre, un guardabosques de Averbode.

Delgrange respondió:

En mi servicio nunca oí hablar de ningún Raphaël Appels y no sé decir si este estaba en contacto con Karel Holemans. Por consiguiente, no sé nada sobre la detención de Appels por la GFP.

Delgrange acababa de descubrir algo que desconocía: cuando Karel salió de Bélgica no solo llevaba el pasaporte belga que él mismo le había entregado en mano, sino también un pasaporte portugués falsificado por ese Raphaël Appels.

Appels había sido asesinado en Mauthausen y eso abría estimulantes posibilidades de colgarle el muerto a Holemans. Los hechos se sucedieron con rapidez. Dos semanas después, el juez decidió repentinamente poner a Delgrange en libertad vigilada.109

De este modo consiguió reunirse con Rachel y con sus padres bajo el mismo techo. Después de casi dos años de prisión e incertidumbre necesitaba descansar. Sin embargo, sus problemas con la justicia belga aún no habían terminado, lo que requería no dormirse.

Escribió una carta al consulado belga en Madrid, en la que solicitaba averiguar el paradero del ciudadano Karel Holemans. Algunas semanas después recibió esta respuesta:

Como respuesta a su carta del 19 de agosto pasado, tengo el honor de comunicarle que el señor Karel Holemans vive actualmente en Bilbao, domiciliado en la calle Hurtado de Amézaga, número 8. Sigue trabajando como pintor artístico.

Parece inverosímil que un espía enemigo, recién salido de la cárcel en libertad con cargos y ciudadano alemán por más señas, pudiera escribir al consulado belga en Madrid para pedir la dirección de una persona y que la obtuviera sin más, a vuelta de correo. Hoy, tanto la pregunta como la respuesta resultarían inconcebibles y transgredirían cualquier política de protección de datos. Sin embargo, en 1946 estas cosas podían pasar, y pasaron.110

Delgrange había localizado a Karel Holemans. A partir de aquí todo era cuestión de astucia y malas artes, en las que el viejo espía era un virtuoso. De inmediato, escribió una carta al juez que llevaba el caso de la desaparición de Raphaël Appels para contarle su hallazgo:

A principios del pasado mes de julio, Su Señoría me escuchó declarar sobre el apellidado Holemans por un asunto de pasaportes portugueses en Averbode. Entonces le prometí comunicarle todas las informaciones complementarias que pudiera llegar a conseguir.

Acabo de recibir, como respuesta a una solicitud de información a la embajada de Bélgica en Madrid, la dirección de Karel Holemans en España.

Delgrange acababa de conseguir que la investigación sobre Karel Holemans se reabriera. El juez quería interrogarle acerca del affaire Appels y ordenó que fuera detenido y llevado a su presencia en cuanto cruzara la frontera belga.

Pero Delgrange quería remachar el clavo y abrió un segundo frente, y en esta ocasión contó con la ayuda directa de la propia Rachel. A través de amigos de esta, consiguieron localizar a François Collaer, el comunista cuyo arresto a la salida de la casa de los Holemans había dirigido Delgrange en 1941. Este se reunió con Collaer a solas para hacerle una revelación: la persona que le había denunciado había sido su mal amigo Karel Holemans.

Delgrange, el mismo tipo que había detenido, interrogado, golpeado y

maltratado a Collaer en comisaría cinco años antes, se sentaba ahora frente a él y se presentaba como un hombre atormentado por sus pecados y urgido a contar toda la verdad: todo había sido instigado por la pérfida denuncia de Karel Holemans. Delgrange solo cumplió órdenes.

La desfachatada maniobra tuvo éxito, y Collar se lo contaría así al juez un mes después, el 13 de octubre de 1946:

Tras la liberación, me enteré a través de la señora Holemans de que ella conocía a una persona que también había ayudado en mi detención y que había estado presente. Esta persona se llama Louis Delgrange y vive por el momento en casa de Rachel van Der Elst, en Bruselas. Esta persona, con la que hablé hace alrededor de un mes, me dio a conocer que Karel Holemans efectivamente me había delatado a los alemanes.

Por lo tanto, hago aquí denuncia formal contra Karel Holemans por delación al enemigo.

A Delgrange tan solo le quedaba ponerle el lazo a su obra. El 22 de noviembre escribió de nuevo al juez de Lovaina y en su carta no pudo ser más explícito:

El proceso de divorcio de mi futura esposa ha de ser sometido próximamente al Tribunal de Bruselas. Aunque hay motivos suficientes para esperar una sentencia favorable, y considerando que su juzgado tiene una causa abierta contra el apellidado Holemans, quisiera solicitarle un atestado oficial señalando que el sospechoso ha estado colaborando con el servicio secreto alemán y es objeto de un encausamiento que conllevará la pérdida de sus derechos civiles y políticos.

El único motivo por el que lo estoy solicitando es para asegurarme ganar el caso y evitar pérdidas de dinero que no puedo asumir.

Era difícil decirlo más claro. El tándem Delgrange-Rachel se había propuesto casarse (y salvarse) y harían cuanto fuera necesario para lograrlo. Incluso pedirle a un juez que anticipara por escrito una sentencia cuyo juicio aún no se había convocado.

Es asombroso el aplomo que tuvo Delgrange para escribir a cónsules y jueces, buscando sin circunloquios la condena de su rival. Más increíble aún es que tuviera éxito, pero así eran las cosas en Bélgica tras la guerra.

El 9 de diciembre de 1946, el juez de la Corte Marcial de Lovaina dictó una orden de busca y captura contra Karel Holemans. La persecución contra quien iba a ser mi padre se había recrudecido y el fiscal pedía «especial mano dura en este caso».

Mientras, en Bilbao, Karel ganaba el primer premio de pintura con diploma honorífico por un paisaje montañoso, típico del norte de España: Paisaje de Elorrio, se titulaba. El cuadro formó parte de una exposición individual con un buen número de obras, de la cual se conservan algunas fotografías de bastante calidad. Según parece, el cuadro ganador fue a parar a manos del cónsul de Bélgica en Bilbao, quien lo acabó donando al Museo de Bellas Artes de Bilbao, cuando se jubiló, años después.

La relación de Karel con este cónsul de Bélgica resultó de importancia vital para él (y vital es el adjetivo correcto). Tan decisiva fue esa amistad que se puede afirmar que, de no haberse dado, yo no estaría escribiendo estas líneas.

En diciembre de 1946, Karel quería volver a Bélgica por encima de todas las cosas. Soñaba con unas navidades en su casa de Averbode, con abrazar a su madre, a sus hermanos y al patriarca Clement, de quien sabía por sus cartas que había tenido problemas de salud tras salir de la cárcel. Tal vez soñara también con arreglar cuentas con Rachel y quién sabe si con reanudar su vida en común.

La señal no llegó del cielo, sino de una frase que, según mi padre me contó, pudo haber sido pronunciada así: «Karel, no es buena idea que vuelvas a Bélgica ahora. Quédate en España».

El cónsul acababa de salvarle la vida a mi padre. La seguridad del estado belga había estado husmeando en el entorno del consulado. La solicitud de pasaporte que Karel había tramitado había sido detectada, y una orden de captura se había emitido a todos los puestos fronterizos belgas, lo que incluía también al puerto de Amberes.

El viaje de Karel debía abortarse si no quería ser detenido nada más descender de la pasarela, para ser juzgado y sentenciado con dureza. El cónsul sintió que los hilos que se estaban moviendo eran poderosos y, aunque no podía estar seguro de qué o quién estaba detrás de ellos, advirtió a su amigo Holemans y le desaconsejó viajar.

Karel tenía amigos en la policía armada española y en la guardia civil. Estos le confirmaron los temores del cónsul. Cada día llegaban fugitivos de muchos países europeos que escapaban de acusaciones de colaboracionismo. Algunos eran criminales de guerra sanguinarios, otros eran sospechosos de simpatías nazis; unos tenían mucho que olvidar, otros se largaban por si acaso. Haber sido visto con el brazo extendido durante la guerra podía ser letal si uno tenía vecinos malencarados. No, no era buena idea cruzar la frontera española hasta que no se viera el cielo despejado.

Entre tanto, en Bélgica, Delgrange no perdía el tiempo. Supo seguir el rastro de Raphaël Appels en Averbode y dio con su padre, el anciano guardabosques. Evarist Appels llevaba más de dos años denunciando que los hermanos Hoes habían irrumpido en su casa para arrestar a su hijo y que la señora Berkvens lo señaló a la GFP al verlo en un tren. Estos hechos ocurrieron en 1943 y aún hoy quedan testigos vivos que los corroboran.

Sin embargo, el 28 de marzo de 1947 Evarist Appels tuvo una epifanía, susurrada al oído por Delgrange o inspirada por el espíritu santo. Cogió papel y pluma, y con mano insegura, más acostumbrada al hacha que a las letras, firmó estas trémulas palabras dirigidas al juez de Malinas:

En el caso de la delación de mi hijo Raphaël Appels, el cómplice fue el llamado Karel Holemans de Averbode, en estos momentos fugitivo y en paradero desconocido.

Pido respetuosamente al Señor Juez que tome medidas para que Karel Holemans reciba su merecida sentencia.

El destino de mi padre quedó decidido con esta carta.111 Evarist Appels, durante los dos años de proceso legal por la muerte de su hijo, no había mencionado ni una sola vez el nombre de Karel Holemans. De hecho, esta carta manuscrita es el único testimonio que le relaciona con su muerte.

Unos meses después, en un juicio celebrado in absentia y sin abogado que le defendiera, mi padre fue condenado a la pena capital por la delación y muerte de Raphaël Appels, por la delación de François Collaer y por colaboración con el enemigo. La ejecución se produciría por las armas en cuanto fuera capturado. Entre tanto, se le condenaba a la pérdida de sus derechos civiles y de su nacionalidad.

Karel Holemans acababa de convertirse en un apátrida condenado a morir fusilado. Irónicamente, él, que nada sabía de esta sentencia, seguía en España sintiéndose un patriota flamenco y un fiel seguidor de Leopoldo III, rey de los belgas.

16

VERDE AGUAMARINA

En una ocasión, Karel tuvo que enviar unas pinturas a un cliente. El comprador ya las había pagado y dijo que enviaría un mozo de cordel para que las llevara a su casa. El soguilla llegó donde Karel en un día muy frío del invierno de 1946. Este le hizo pasar al estudio y le invitó a calentarse, pues venía aterido. Karel salió un momento de la habitación para ir a buscar las pinturas, que tenía apartadas en otro cuarto. Cuando regresó al estudio con los cuadros, se encontró al recadero rebuscando detrás de una pintura grande que estaba apoyada en el suelo, contra la pared.

—¿Qué buscas?

—El fuego

La luz del cuadro había confundido al muchacho, que pensó que su intensa iluminación solo podía proceder de algún fuego que estuviera encendido detrás de la pintura, y no de los hábiles pinceles de Karel.

Esta anécdota, tan hiperbólica que quizá sea apócrifa, se relata en un reportaje biográfico que publicó la revista cultural Síntesis, de Madrid, en abril del cuarenta y siete.112

Aunque pasaron décadas antes de que un ejemplar de esa revista cayera en mis manos, conocía la historia desde pequeño. La aventi de mi padre se había conservado en la familia y las versiones diferían según quién la contara; variaban los detalles, la ciudad o el personaje del recadero, pero siempre se exageraba el talento pictórico de Karel y la impresión mágica que su dominio de las luces producía.

Durante años escuché el cuento con todo el escepticismo que merecen las leyendas; hasta que un día encontré la revista y leí, boquiabierto,

la versión original que mi padre contó al periodista en 1947. Poco importa si la anécdota tuvo mucho o poco de verdad, era una prueba de la habilidad de Karel para construir un buen relato y capturar la atención de quien le escuchara. Además de talento para la pintura, tenía alma de publicista, con tendencia a exagerar las cosas y hacerlas más cautivadoras de lo que fueron.

El fiasco de Bilbao devolvió a Karel a Madrid. Aunque todavía no sabía que una condena a muerte le iba a caer sobre los hombros, las noticias y, peor aún, los rumores que llegaban de Bélgica, no eran tranquilizadores. Había mucha gente encausada, con largas condenas de cárcel, e incluso con penas de muerte.113 Había una investigación abierta contra Karel, los cargos eran serios y la sentencia podía ser muy severa. Era imposible prever qué pasaría. Debía alargar su estancia en España por tiempo indefinido.

Durante 1947, Karel escribió varias cartas a sus padres, cuyas respuestas desafortunadamente se han perdido:

El tiempo vuela tan rápido, ya han pasado casi cinco años desde que nos despedimos. [...]

A menudo pienso en todos vosotros y en mi pueblo de nacimiento, en la calma y la paz de la casa de mis padres. Pero así lo ha querido Dios. [...]

Aquí, en la tierra del sol eterno, tengo mucho trabajo y me gano bien el pan.

Viajo mucho, de una región a otra, haciendo estudios sobre la luz. Me especialicé en efectos de luz y nubes con mucho éxito y me está yendo muy bien. Con mucho orgullo os puedo decir que ya he vendido cuatro cuadros a museos españoles: Madrid, Vigo, Reus y Bilbao. [...]114

Me puedo imaginar que algunas malas lenguas habrán venido a haceros dudar de la fe que siempre me habéis tenido. No importa, tengo la conciencia tranquila, aunque me revuelve el estómago que

hayan ido a afligir a mis queridos padres. Estas personas no quieren entender la vida del artista y ven en todo bajeza y cobardía. Han olvidado que los pintores flamencos tenemos que mantener alta la vieja gloria y la corona flamenca y hacerla triunfar lejos de nuestras pequeñas fronteras.

Estos eran mis ideales cuando dejé Bélgica y estoy orgulloso de haber alcanzado mi propósito.

En estos párrafos manuscritos aflora un Karel Holemans a quien cinco años en España habían acabado por aquijotar. En ellos resuena el patriota idealista y exaltado, el artista rimbombante y algo megalómano, el hijo amoroso y nostálgico, el exiliado solitario y el hombre herido, un paladín romántico, estoico con el dolor y desdeñoso de sus enemigos. Y, por si faltara algo, miembro del Temple, una orden de caballería: Don Quijote hubiera estado orgulloso de su reencarnación flamenca.

Durante 1947, Karel viajó mucho, pintó mucho y consiguió vivir de la pintura. Sin embargo, su situación económica quizá no fuera tan boyante como sus cartas daban a entender. Muy atrás quedaban los días del Palace.

«Pintando, di la vuelta a la península siete veces». Así solía hablar de su peregrinaje pictórico por los paisajes españoles. Ignoro cuántas vueltas dio en realidad, pero seguro que no fueron pocas.

Pese a la entereza con la que se representaba en sus cartas a casa, Karel andaba corto de certidumbres y, a veces, también de dinero. Iba a regresar a Bélgica, de eso estaba seguro, pero no sabía cuándo y, si su estancia en España se prolongaba, no podía depender solo de las ventas vagabundas de sus cuadros.

No sabemos en cuál de sus siete vueltas a Iberia recaló Karel en Barcelona. La única pista la da el Diccionario Ràfols de Artistas Contemporáneos, que señala que en 1947 se instaló allí de modo estable.

Karel alquiló una habitación en la calle Balmes a la señora Lluïsa, una catalana que vivía con Max, un alemán que, según los vecinos,

apareció un día sin más, poco antes de que los aliados tomaran Berlín.

Una ciudad como Barcelona, grande, próxima a la frontera francesa y con un puerto internacional, acogía a un número indeterminado de fugitivos. La posguerra había varado a muchos en España, donde aguardaban mimetizados el momento de encontrar un camino hacia tierras de olvido. En Barcelona, Karel alternó con turistas accidentales como él, permaneció atento a los rumores extraoficiales e inventó nuevas maneras de ganarse la vida.

Karel llevaba cinco años largos en España y, aunque las erres, las zetas y las jotas le habían dado mucha guerra, ya hablaba bien el idioma. Tenía amigos falangistas y funcionarios del régimen, y conocía sobradamente sus maneras y sus códigos de conducta. Políglota en seis idiomas, Karel se disponía a ejercer un segundo oficio que, mejor o peor, habría de mantenerle a flote a lo largo de su vida: ayudar a extranjeros de cualquier nacionalidad a abrirse paso por entre los corruptos tenderetes de los organismos franquistas.

En la segunda mitad de los cuarenta llegaron a Barcelona alemanes, belgas, holandeses, franceses, austriacos, daneses, noruegos… gentes de todos los países de Europa que Alemania había ocupado. Huían de las depuraciones llevadas a cabo contra criminales de guerra, nazis irredentos, colaboradores, simpatizantes y amigos de los nazis, y también contra personas que ni fu ni fa, pero que habían sido señaladas por un vecino rencoroso. El verbo «poner tierra de por medio» se conjugaba en muchos rincones de la costa que va desde Portbou a Barcelona.

Palamós era entonces un pueblito recoleto y encantador de la Costa Brava, y la gente del mar sabe que se encuentra en una de las bahías de más calado del Mediterráneo. Durante las dos guerras mundiales, buques y submarinos de diferentes banderas encontraron refugio, y no pocas veces tumba, en sus aguas profundas. Esta singularidad, y su proximidad a Marsella, hacían que su mínimo puerto de pescadores significara, para algunos, la diferencia entre la ruina y la libertad.

Un carguero podía salir de Marsella con veinte personas a bordo, atracar en Palamós para descargar y regresar al puerto de partida con, digamos, solo dieciocho tripulantes. En el muelle quedarían dos personas, con sendas maletas atrotinadas. La pareja de la guardia civil

se aproximaría a investigar, se darían un apretón de manos con un billete de quinientas pesetas entre los dedos y se haría la pregunta, pronunciada con fuerte acento extranjero:

—¿El señor Peters, por favor?

—Pregunte ahí, en el hotel Trias.

El hotel Trias ha sido durante más de un siglo el epicentro de la vida social de Palamós y sus habitaciones guardan historias de agentes secretos seducidos por mataharis que se remontan a la Primera Guerra Mundial.

Allí era donde los recién llegados encontraban al señor Peters, uno de los alias que mi padre usaba. En la terraza del hotel Trias pasaba buena parte de su jornada laboral, por llamarla de alguna manera: con un ejemplar de La Vanguardia abierto sobre la mesa y con una copa de Tío Pepe a mano, sonreía y saludaba a los parroquianos. Karel llevaba instalado en Palamós desde enero del cuarenta y ocho y se había convertido en uno más de los pintorescos extranjeros avecindados en el pueblo.

Desde los tiempos de la Gran Guerra vivía allí una nutrida colonia alemana, que se dedicaba a transformar el corcho de los alcornoques ampurdaneses en tapones de vino, champaña y otras bebidas.

Pocos meses antes de la llegada de Karel, el nazi Werner Schultz, reclamado por los alidos y refugiado en España, fue finalmente detenido para ser juzgado en Alemania. La familia Schultz había llegado a Palamós en los años veinte y tenía intereses en empresas corcheras de Palamós, Palafrugell y Sant Feliu. Werner Schultz fue un miembro temprano del partido nazi, llegó a convertirse en el hombre fuerte de la Abwehr en Marsella y controlaba el corcho que salía de la Costa Brava y entraba en Francia.

Schultz era la tapadera que Von Ribbentrop pensaba utilizar para ocultar su fortuna en España, en caso de derrota alemana. Ambos estaban casados con dos primas, que pertenecían a la familia Henkel, dedicada a producir vinos espumosos. Von Ribbentrop y Schultz ya hacían negocios juntos antes de la guerra mundial. Corcho y champán, matrimonio y nazismo: los vínculos entre el Schultz de Palamós y el ministro de exteriores del III Reich eran, permitámonos un chiste

malo, burbujeantes.

Para Karel, la colonia alemana que permaneció en Palamós al llegar la paz fue un rico filón de clientes para sus cuadros. La Costa Brava le ofrecía también un interminable álbum de paisajes que pedían ser pintados y vendidos, además de esporádicas arribadas de náufragos de la guerra a quienes podía prestar su ayuda a cambio de un dinero razonable.

Karel se instaló en el hotel Falet, en Sant Antoni de Calonge, a media hora andando del hotel Trias, y bastante más barato que este. Así lo escribía a sus padres:

Tengo un taller al borde del Mediterráneo y cuando abro la ventana por las mañanas disfruto del amanecer más bonito que el hombre pueda imaginar. Es realmente un sueño.

El edificio del hotel Falet se encontraba entonces en primera línea de playa y desde la habitación de Karel la panorámica sobre el mar debía ser magnífica. No es por casualidad que algunas de sus mejores marinas nocturnas procedan precisamente de Sant Antoni de Calonge.115

También había familias de Barcelona con casa en Sant Antoni. Entre ellas, la de José María Poblador, que se convertiría en un hombre clave en la vida de Karel. Fue, de hecho, la persona que más le ayudó en las numerosas contrariedades a las que se enfrentaría.

José María Poblador fue, por resumirlo en una frase, uno de los falangistas más prominentes de la historia de España.

Fue el fundador de las JONS y José Antonio Primo de Rivera le eligió como su mano derecha en Barcelona. La noche del golpe de estado capitaneó la columna de falangistas que salió del cuartel de Pedralbes de Barcelona. Cruzó a tiros la ciudad hasta llegar a la capitanía general y tomó el edificio con los sublevados. Cuando supieron que el golpe había fracasado, salió de estampida en una ambulancia repleta de armas y granadas, con dos ametralladoras instaladas en el furgón,

listas para disparar en cuanto este se abriera.

Con la ambulancia fantasma (así se la conoció) combatió a los guardias de asalto republicanos a tiros y bombazos, por toda Barcelona durante tres días, hasta que cayó herido frente la plaza de toros Monumental. Pudo huir de la ciudad, aunque regresó como quintacolumnista. Los espías republicanos le descubrieron, le condenaron a muerte y fue encerrado a la espera de su ejecución. Sufrió las torturas de la terrible checa de Vallmajor, de la que salió con las piernas llenas de forúnculos infectados, sin apenas poder caminar.

Cuando las tropas de Franco entraban en Cataluña por el sur, los republicanos sacaron a Poblador de la checa y, junto a otros derechistas tomados como rehenes, fue trasladado al santuario del Collell, en Gerona. Enterados de que Barcelona había caído, los milicianos decidieron eliminar a todos aquellos prisioneros fascistas antes de salir corriendo hacia Francia. Los forúnculos de Poblador le impidieron andar hasta el campo de la ejecución, así que le dieron una tunda y le dejaron atrás, tirado en el patio del santuario. Tuvo suerte: así se salvó del ametrallamiento masivo de prisioneros nacionalistas que se llevó a cabo en El Collell el 30 de enero de 1939, en los últimos días de la República.116

Tras la guerra fue nombrado lugarteniente de la guardia de Franco en Barcelona y jefe de la Falange del Mar, lo que le daba el control del puerto y la zona franca. Camisa vieja como ninguno, Poblador fue uno de los líderes falangistas que transportaron a pie el féretro de José Antonio Primo de Rivera desde la prisión de Alicante, donde había sido fusilado, hasta el monasterio del Escorial, en una macabra procesión de diez días y diez noches iluminadas con antorchas.

Durante la guerra mundial, Poblador colocó a su pareja, María Bordas, como telefonista del hotel Majestic de Barcelona para espiar las conversaciones de los huéspedes aliados. Años más tarde, Franco le concedió la Orden de Cisneros por contribuir al engrandecimiento de la patria, pero Poblador se la devolvió con una carta en la que decía: «Usted ha traicionado a la Falange y a José Antonio».

Este hombre, de ideas tan poco ambiguas, se encariñó con mi padre y con nuestra familia, y le (nos) sacó de un buen número de entuertos a

lo largo de su vida. El poder que José María Poblador tuvo en la Barcelona franquista y, muy especialmente, la autoridad que ejercía sobre el puerto fueron claves para los fugitivos que llegaban hasta Palamós. La Falange mantuvo una extensa red de pisos francos por toda Barcelona para esconder a quienes huían de las depuraciones de nazis.117

La propia casa de los Poblador, situada en una ladera del barrio de Vallcarca, al norte de Barcelona, sirvió para este propósito. Su hija mayor, Montse Poblador, lo describía así:

Un día llegó un belga que se llamaba Jacques. Hizo un hoyo en el jardín y enterró una bolsa con las joyas que llevaba. Estaba siempre en el piso de abajo y no salía nunca. Pasó con nosotros un año y le quisimos mucho: le llamábamos tito Jacques. Hasta que un día llegó su mujer, que también había conseguido pasar, desenterraron la bolsa del jardín y se fueron con mi padre. Nunca les volvimos a ver.

A pesar de que existen imágenes del tito Jacques fotografiado en ese jardín el día del reencuentro con su mujer, no ha sido posible identificar a este belga, que pasó un año escondido en la casa de Vallcarca y que debió subir a un barco en el puerto de Barcelona con destino a quién sabe dónde.

El tito Jacques fue uno de los muchos que tuvieron que agradecer los servicios de Poblador y de los falangistas catalanes para escapar de sus cuentas pendientes. En palabras de María José, la otra hija de Poblador: «Todos los franceses de Vichy pasaron por allí».

Por todas estas razones, el señor Peters aguardaba sentado a los aparecidos que lograban desembarcar en Palamós. En aquellos días de finales de los cuarenta, el segundo trabajo de mi padre era conducir a los recién llegados a la estación del tren o meterles en un taxi con destino a Barcelona, a una dirección que le indicaban por teléfono los hombres de Poblador.

Sin embargo, el trabajo que verdaderamente llenaba su corazón, aunque quizá no tanto su bolsillo, seguía siendo la pintura. Karel

trabajó incesantemente en aquellos paisajes de calas apacibles y de pinos esbeltos, a los que dotaba de una atmósfera como de biombo japonés. El 28 octubre del cuarenta y ocho, entre los actos de celebración de San Narciso, patrón de Gerona, el diario falangista Los Sitios anunció:

A las 19 horas, inauguración de una exposición de pinturas originales de Karel Holemans, Gran Cruz de la Orden del Templo de Jerusalén, de Bélgica.

Poco después de las navidades, ya en enero del cuarenta y nueve, Karel presentó otra exposición en las Galerías Fortunet de Figueras «la cual ha merecido muchos elogios y es muy visitada», según el mismo diario.

Sin embargo, entre ambos éxitos pictóricos, mi padre recibió un sobre, matasellado en Bélgica, que contenía la que debe ser la peor carta que un hombre puede llegar a leer en toda su vida.

Su padre, Clement, le escribía para comunicarle que su caso ya había sido juzgado en un consejo de guerra en Amberes: Karel había sido condenado a muerte y se ordenaba su busca y captura para fusilarle. Entre tanto esto no ocurriera, ya no era belga, sino apátrida.

La carta decía también que Rachel había obtenido el divorcio, y que en aquel momento estaba reclamando a los padres de Karel la devolución del dinero que ella le había prestado para la dote de la boda. Clement era el avalista de aquellos préstamos funestos, pero como había sido inhabilitado por colaboracionista, no tenía cómo devolver el dinero que Karel adeudaba a Rachel.

Albert, uno de los sobrinos de Karel, aún recordaba a sus setenta años que, cuando de niño subía al tranvía para ir a la escuela, vio cómo pegaban en las paredes del ayuntamiento de Mortsel pasquines con la sentencia de muerte de su tío Karel.

Es fácil imaginar la conmoción que esta carta debió causarle. Quedarse en España había sido una decisión prudente y acertada, no

había duda. Sin embargo, le había impedido personarse en el proceso y buscar un abogado para defenderse del complot maquinado por Delgrange. Especialmente, del cargo más grave y más espurio: la delación de Raphaël Appels.

Quizá maldijo mil veces haberse quedado, o quizá celebró haberlo hecho y seguir vivo. Lo que es seguro es que debió sentirse muy desamparado y muy solo, en el más devastador sentido de la palabra.

Karel volcó su angustia en cartas a sus padres, a sus hermanos y a la propia Rachel, quien le respondió con agrios reproches y un adiós para siempre. Y aunque Karel escribió mucho, tuvo buen cuidado en ocultar su dirección. Las cartas se remitían desde las oficinas de un conocido industrial de Palamós, llamado Félix Gubert, y también allí recibía las respuestas.118

Gubert solía viajar por Europa para surtir de corcho a las fábricas de bebidas que renacían tras la guerra mundial. En más de una ocasión, Félix Gubert llevó mensajes y regalos de Karel a su familia en Bélgica, lo que le convertía, más que en un amigo, en una especie de familiar vicario. Gubert fue para Karel un cordón umbilical con su familia; muy endeble, sí, pero el único que le quedaba.

Tuve el honor de conocer a su viuda, Jannine, una anciana elegante que conservaba una belleza serena, como de actriz de cine clásico, y a su hija, una espléndida exmodelo pelirroja, en un almuerzo en el hotel Trias. Las primeras palabras que me dirigió Jannine Gubert me atravesaron: «Eres igual que tu padre. Te veo a ti y le estoy viendo a él».

Los Gubert me invitaron a su domicilio, una de las pocas casas señoriales que aún perviven en el paseo marítimo de Palamós. Allí, enseñoreándose del salón, una inconfundible marina nocturna de mi padre: el regalo que Karel hizo a sus amigos Félix y Jannine el día de su boda, el último día del año 1949.

Jannine me abrió sus álbumes de fotos familiares y me invitó a viajar en el tiempo. Allí, en una vieja imagen en blanco y negro, estaba el pintor Holemans, el señor Peters, mi padre, en la terraza del hotel Trias, rodeado de amigos, engominado, con camisa blanca y chaleco negro, sin chaqueta, cigarrillo en mano y, sobre la mesa, vermús y

platos de aceitunas. Tenía casi cuarenta años, supuestamente una edad para la madurez y la estabilidad. No podía imaginar cuántos enredos le aguardaban aún.

Entre las muchas cartas que Karel escribió a sus padres en 1949, existe una realmente insólita:

Ahora mismo estoy en Italia, en Génova. De aquí me dirigiré a Milán, Florencia y Roma. Ya ves pues que el lema «viajamos para vivir, vivimos para viajar» se ha vuelto del todo cierto [...]

Karel afirmaba escribir desde Génova, lo que suena poco verosímil, pues viajar al extranjero era muy difícil para él. No tenía pasaporte, dado que era apátrida. Además, si lo descubrían podían deportarle a Bélgica, donde le esperaba el pelotón. Si ya abortó su viaje de Bilbao a Amberes porque había una investigación abierta en su contra, ¿cómo ahora, que ya estaba condenado a muerte, iba a viajar a Italia?

Espero, además, que en las elecciones del pasado domingo haya triunfado clamorosamente la fuerza católica y que nuestro querido rey suba de nuevo al trono de Bélgica y así reine la paz y el orden en nuestra patria eterna. Dios bendiga a nuestro glorioso Rey Leopoldo III.

La redacción de la carta tiene un aroma sospechoso. Su tono político suena muy poco natural. No parece escrita para transmitir afecto a unos padres lejanos. ¿Ensalzar la figura del rey, desear su reposición en el trono, apoyar la unidad de Bélgica y distanciarse del independentismo… en un texto dirigido a su padre, un colaboracionista represaliado? Da la impresión de que la carta se escribió previendo que fuera leída por alguien ajeno a la familia. Alguien a quien conviniera hacer creer que sus ideas políticas habían dejado de ser subversivas.

¿La policía, la seguridad del estado belga? No sería imposible, dado que Karel era un prófugo de la justicia y su correspondencia podía estar vigilada.

La respuesta a estas preguntas me la sugirió Jannine Gubert, su vieja amiga de Palamós:

Félix viajaba mucho por el tema de los tapones de corcho. A Francia, por el vino y el champagne; a Bruselas, por la cerveza; a Italia, por Martini y Cinzano. Y ya que lo preguntas: sí, iba a Génova con frecuencia.

Muy astuto. Si la hipótesis es correcta, Karel escribió la carta en Palamós, se la entregó a su amigo Félix Gubert y este, ya en Italia, la franqueó con sellos de la Poste Italiane. La carta llegaría a Bélgica con matasellos de Génova y despistaría a quien quisiera conocer su paradero.

Este exceso de precauciones no era del todo infundado. Un día cualquiera, la policía secreta belga podía entrar en España por carretera, llegar a Palamós, capturarle, meterle bajo el asiento del automóvil y cruzar la frontera francesa, que se encuentra a solo cien kilómetros. No sería el primero en ser detenido sin pedir permiso a la policía franquista.

Por fortuna, nunca fueron a por él. Seguramente, Karel no era tan valioso para la seguridad del estado. Pero el ardid de Génova da testimonio de cómo Karel vivió durante años como un fugitivo, sintiéndose seguido y sabiéndose indefenso.119

Como apátrida, Karel no estaba protegido por las leyes de ningún país. Ni siquiera las de España, donde era un huésped anónimo. Legalmente, Karel no existía. Podía ser secuestrado, eliminado in situ o desaparecer sin que ninguna autoridad tratara de impedirlo o de protegerle. Salvo sus amigos de la Falange, nadie movería un dedo por él.

Poblador, en su despacho de abogados de la Vía Layetana de

Barcelona, le expuso la situación: había dos soluciones. La primera era conseguir llegar a Suiza, donde muchos estaban siendo recibidos como refugiados. No solo el rey de los belgas, Leopoldo III, se había exiliado allí; Karel tenía además familia directa que podría recibirle. Un primo suyo, Léon Holemans, con algún que otro motivo para no quedarse en Bélgica, vivía en una casita junto al lago Leman, no lejos de Ginebra.

Esta solución era óptima, pero entrañaba un gran peligro: había que cruzar Francia y entrar en Suiza. Sin pasaporte y con la amenaza de la pena de muerte, Karel y Poblador la consideraron demasiado arriesgada. La otra opción era conseguir la nacionalidad española. Era un proceso más largo, que podía demorarse años, aunque no faltarían amigos dispuestos a ayudar. La ventaja primordial era que, una vez Karel tuviera su pasaporte español en el bolsillo, el riesgo de ser extraditado se esfumaba.

A principios de 1950, Poblador inició los farragosos trámites para conseguirle a su amigo la nacionalidad española, lo que no iba a resultar nada sencillo.

Mientras todos estos dilemas se desenvolvían en Barcelona, Delgrange se frotaba las manos en Bruselas. Había conseguido lo que se había propuesto: quitarse a Karel de en medio. Su rival ya no regresaría nunca, y si lo hacía, le matarían. Además, Rachel ya se había divorciado y era libre. Tenía, pues, el camino expedito para casarse con ella, o lo que era lo mismo, para recuperar la nacionalidad belga, empezar una vida nueva y darle plantón a la horca. La boda, sin embargo, no se llegó a celebrar. Rachel nunca se casó con Delgrange.

Las razones pudieron ser diversas, aunque hubo una con un peso determinante.

Poco antes de la Liberación, los alemanes habían descubierto que Delgrange les traicionaba y que, junto con Rachel habían estado pasando información a la Resistencia. Delgrange huyó; sin embargo, Rachel fue encerrada durante un mes en Saint Gilles e interrogada por la Gestapo.

Esas cuatro semanas de cautiverio alemán, que acabaron cuando fue liberada por las tropas aliadas, bastaron para considerar a Rachel una heroína de la patria y para limpiar su gelatinoso pasado.

En septiembre de 1950, tras cinco años de estudiar su expediente, Rachel van der Elst fue reconocida por el estado belga como víctima de guerra y se le concedió una pensión vitalicia. Eso abría un dilema nuevo: haberse convertido en una paladina de la Resistencia no encajaba demasiado bien con tener de novio al peor espía nazi de Bélgica.

En cuanto a Delgrange, el estado belga le denegó por centésima vez la residencia, el permiso de trabajo y, por supuesto, la nacionalidad, como castigo por sus graves traiciones a la nación. Esto colocaba a una en el ático y al otro en el sótano de la sociedad belga.

No sabemos cuánto hubo de interés, cuánto de supervivencia y cuánto de pasión en la relación que Rachel y Delgrange iniciaron en cuanto Karel marchó a España en 1943. Lo cierto es que una fractura irreconciliable les separaba en 1950. El amor entre una heroína de guerra y un traidor a la patria era un imposible ontológico.

Tal vez cuando el amor ciego recuperó la vista, Rachel pudo verle los dientes al lobo Delgrange, el hombre que quiso a Karel muerto. Quizá comprendió por fin la calaña de la que estaba hecho. Quizá fue ella la que dejó de necesitarle. O lo que ocurrió fue una combinación de todo lo anterior.

El 9 de julio del cincuenta y dos, la casa de Avenue Rogier 28, donde habían vivido desde que Delgrange salió de la cárcel, quedó vacía y ambos examantes partieron en direcciones contrarias.

Apátrida, sin permiso de residencia ni de trabajo, sin dinero ni manera de ganarlo legalmente, Delgrange desapareció de la luz del día.

Dos años después, en agosto del cincuenta y cuatro, el hospital de beneficencia Sint-Raphaël de Lovaina informó a la policía de extranjería de que había ingresado de caridad un enfermo grave, sin papeles y pobre de solemnidad que decía apellidarse Delgrange.

Su muerte no se anotó en ningún sitio.

17

ROJO CARMÍN

Sabíamos que la tieta Carola tenía un amigo extranjero en Palamós. Mis hermanos y yo íbamos a veces a la playa a espiarles. Nos escondíamos detrás de las rocas para mirar cómo se bañaban. A la tieta le gustaba mucho tomar el sol, pero él era de piel muy blanca y estaba como un tomate.

La tieta Carola se llamaba Carolina Pi y su amigo piel roja era Karel Holemans. Quien se dedicaba a fisgar mientras se soleaban en la playa era Eduard Farran Pi, el sobrino de Carolina, que tenía entonces siete años y la curiosidad de una musaraña.

La familia Pi solía veranear en un apartamento alquilado en Sant Antoni de Calonge. Sin embargo, la tieta Carola prefería alojarse, sola, en el hotel Falet. Carolina Pi era una mujer con una vida independiente, algo no muy común en los años cincuenta. Trabajaba como secretaria de dirección —o algo así era lo que decía— en una empresa química de Barcelona llamada Unicolor, Colorantes y Explosivos.

Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de porte elegante, además de coqueta; llevaba el cabello, que empezaba a grisear, corto y bien peinado. En las fotografías aparece discretamente maquillada, con los labios pintados y, en las ocasiones, con tocados de fiesta y guantes largos como Gilda, sosteniendo un clutch a juego.

Llevaba ropa conjuntada con buen gusto: en una vieja fotografía aparece en el aeropuerto de Barcelona con vestido de chaqueta de tweed, bolso y zapatos color nude, bajando espléndida de un avión de Iberia. Se adornaba con pendientes y collares de perlas de diferentes

longitudes. Bronceada y atractiva, lucía una sonrisa abierta como una bienvenida, un pequeño reloj cuadrado de oro, anillos de fantasía y pulseras también de oro.

«Tenía idiomas», «Era cariñosa con nosotras, pero hacía vida por su cuenta», «Se relacionaba con los “ingleses”120 de Palamós». Así describían a Carolina Pi sus sobrinas, tan deslumbradas como intrigadas por la figura de su tía, una mujer de mundo, bien diferente a las tietas de sus amigas de Barcelona. Carolina las consentía prestándoles la ropa bonita y de marca que abundaba en su armario y, cuando iban a salir, les dejaba ponerse unas gotas de aquel Chanel 5 que le traían de fuera.

No, Carolina Pi no era una española corriente de los años cincuenta.

Tenía cinco años más que Karel y todo indica que se conocieron en el hotel Falet, donde ambos se alojaban. El romance entre mi padre y Carolina Pi se inició en 1950 en Palamós y probablemente duró hasta 1954 o 1955, ya en Barcelona.

En sus paisajes, Karel capturó el sosiego de las calas desiertas al atardecer, pero nunca pintó en ellos a persona alguna. Encuadraba la playa tal como la veían sus ojos unos pasos antes de pisar la arena, como llevando a Carolina de la mano. Esas calas sin hollar eran lienzos inacabados que solo estarían completos con sus cuerpos tendidos al sol. La playa era la única realidad que contaba; el mundo fuera del cuadro les resultaba innecesario.

Sin embargo, más allá de su paisaje privado, las luces y las sombras de la vida no eran tan armónicas. Unicolor, Colorantes y Explosivos, la empresa de Barcelona en la que Carolina Pi ocupaba un cargo de confianza, era una filial del gigante químico alemán IG Farben. Durante la guerra mundial había pertenecido a Sofindus, el conglomerado de empresas de capital alemán que había canalizado buena parte de la ayuda económica de Hitler a Franco y que se utilizó, en la práctica, como una red de agencias del espionaje alemán en España.

Los archivos nacionales del Reino Unido, así como documentos desclasificados por la CIA, sitúan Unicolor como una de las empresas que controlaba Johann Bernhardt, el alemán más poderoso de España

durante la guerra. Amigo personal de Franco, él fue quien encabezó la misión que, una semana después del golpe del 18 de julio, visitó a Hitler en el balneario de Bayreuth y le persuadió para que ayudara a aquellos militares africanistas que habían empezado una guerra en España que no sabían cómo ganar.

Cuando los alemanes fueron derrotados, el consejo de administración de Unicolor se reestructuró. Para evitar que los aliados embargaran la empresa como reparación de guerra, situaron a dos españoles como presidente y vicepresidente de Unicolor. Mientras, su cerebro alemán, Ferdinand Birk-Crecelius, mantenía una discreta secretaría. De este modo, Unicolor figuraba como una empresa española y era, por tanto, inembargable. El consejo, sin embargo, mantuvo una mayoría de alemanes con sus nombres de pila españolizados; entre ellos, el jefe de personal y miembro del partido nazi Ernesto Asselmann.121

Carolina Pi, gracias a su conocimiento de idiomas y a su pulcra discreción, se había convertido en la secretaria de los directivos de Unicolor. La elegancia con la que vestía y sus frecuentes viajes al extranjero dieron pie a envidiosas maledicencias que sugerían que, además de secretaria, podía ser amante de un directivo alemán. Este rumor aún hoy no está descartado del todo por algunos parientes de la enigmática Carolina.

A finales de 1950, Karel decidió abandonar Palamós y se trasladó, al menos formalmente, a Barcelona. Pidió a su familia que le escribieran al domicilio de Carolina Pi en la calle Belén, en el barrio de Gracia. En sus cartas, Karel describía a Carolina como su secretaria y como la persona que llevaba sus papeles y sus documentos. Considerando su trayectoria, que Karel se emparejara con una mujer rodeada de pigmentos, de colorantes, de nazis y de medias verdades no carece de lógica poética.

Antes de partir, Karel se despidió de sus amigos y, en un gesto rumboso que repetiría más veces, regaló todos los cuadros que tenía pintados. Tal vez no quería abandonar Palamós del todo y esos cuadros que dejaba atrás eran su esperanza de no ser olvidado. Si ese fue su propósito, lo logró. Aquellos que aún hoy conservan pinturas de Karel en Palamós siguen evocando a aquel belga disfrutón, ceremonioso y cordial que no conseguía disimular por completo la oscura procesión que le corría por dentro.

Karel recibió cartas en la casa de Carolina Pi durante al menos cinco años, aunque por prudencia pidió que no escribieran su nombre en los sobres, sino solo la dirección. Llegué a dar por hecho que Karel y Carolina vivieron juntos en el piso segundo segunda de la calle Belén 36 de Barcelona. Sin embargo, la familia me confirmó que Carolina vivía allí solo con su madre y con su hermana Montse; además, sus sobrinos la visitaban con frecuencia y nunca vieron a ningún extranjero de piel escarlata.

Cómo se desenvolvió y cuánto duró la relación entre mi padre y Carolina Pi es una incógnita. No sé dónde se alojaba realmente mi padre en Barcelona, ni en qué lugares se encontraba con Carolina, ni cuánto tiempo duró su relación, si es que en algún momento llegó a ser algo más que la coincidencia de dos soledades tangentes.

Un buen día, con este libro en plena fase de documentación, recibí una llamada en mi despacho de Madrid:

—¿Carlos Holemans?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Santiago van Oosterzee. Mi padre y el tuyo trabajaron juntos como espías y fueron buenos amigos. De hecho, Karel Holemans fue mi padrino de bautismo.

Quedé estupefacto por el regalo que acababan de hacerme, tan lleno de simetrías. Santi van Oosterzee era hijo de un flamenco y de una catalana de origen francés; había nacido en España, así que su español era nativo, con un ligero acento barcelonés, como el mío. Me envió unas fotografías de su bautizo, celebrado en agosto del cuarenta y tres en la catedral de Barcelona.

Ahí estaba Karel, con un traje de raya diplomática, sosteniendo en brazos al pequeño Santi frente a la pila bautismal; a su lado, Carolina Pi sujetaba un cirio encendido, muy elegante con su vestido negro, collar de perlas y mantilla española.

En el dorso de una de las fotos de Karel y Carolina, Karel van Oosterzee, padre de Santi y colega del mío en el servicio secreto, había escrito: «Olé, olé, pareja».

Esa anotación me indicó que las vidas de Karel Holemans y Carolina Pi sí llegaron en algún momento a caminar juntas. La palabra pareja fue escrita tres años después de que se conocieran en Palamós, aunque Karel van Oosterzee la escribió a lápiz, presagiando tal vez que el vínculo no iba a ser indeleble.

Karel van Oosterzee era un hombre muy alto, de pelo rubio ondulado y encanecido, y llevaba gafas oscuras incluso cuando el cura regó la coronilla de su hijo. En el banquete, celebrado en el Salón Rosa del Paseo de Gracia, aparece con las gafas ahumadas sobre la frente, fumando cigarrillos con una boquilla de nácar, comiendo canapés a dos carrillos, brindando con vino tinto y departiendo sonriente con mi padre, a quien sacaba media cabeza.

Durante la guerra había sido espía de la sección I/Wi de la Abwehr y su misión fue obtener inteligencia económica sobre empresas del enemigo en países extranjeros. Trabajando en Francia fue descubierto y encarcelado en 1938. Cuando los alemanes ocuparon Francia en el cuarenta fue liberado de la prisión y pudo regresar a Bélgica. En el cuarenta y uno trató de ingresar en las SS, pero no fue aceptado.

Al aproximarse la hora de la liberación decidió cambiar de aires, consiguió un visado alemán para viajar a España y se estableció en Bilbao, y más tarde en Barcelona. En 1946 un tribunal belga le condenó a muerte y, viéndolas venir, consiguió renovar su pasaporte a toda prisa antes de que se lo quitaran. Con ese pasaporte, que fue falsificando a medida que caducaba, van Oosterzee fue libre de viajar por Europa, aunque lógicamente siempre evitó entrar en Bélgica.

Van Oosterzee no solo era políglota: también era polígamo. Estaba casado con la madre de Santi, que vivía en Barcelona, pero nunca se divorció de su primera mujer, una belga con la que solía encontrarse en Suiza, donde tenía una cuenta bancaria bajo un nombre falso. Y, como si todo esto aún le supiera a poco, mantenía además una relación con una tercera mujer en Madrid.122

Karel Holemans estaba muy celoso de la libertad de movimientos de su tocayo, con sus frecuentes viajes a Suiza, nada menos que a Suiza: esa tierra prometida donde no habría ni ocultación ni miedo. Mi padre deseaba con toda su alma poder pasearse por Europa tan libre como su amigo. Sin embargo, Karel no podía salir de España porque carecía

de dos cosas: una, el pasaporte; la otra, la altanería fanatizada del nazi de pura cepa, indispensable para cruzar fronteras ignorando a ese pelotoncillo de fusilamiento belga y a los barrigas de la Interpol.123

Karel van Oosterzee le compró a mi padre por lo menos dos cuadros, que aún permanecen en poder de la familia en su casa de Badalona. Pese a que ambos Karel se conocían desde sus años de juventud y militancia nacionalista en Bélgica, acabaron enemistados por alguna olvidada disputa económica. Karel van Oosterzee murió en Barcelona en los años sesenta sin haber vuelto a hablar con su viejo amigo Holemans.

La primera mitad de los cincuenta fue una época de malas noticias para mi padre. La primera fue la muerte a los treinta y cuatro años de su enfermizo hermano Omer:

Hoy, 2 de noviembre, he ido a la iglesia a rezar por todos los familiares fallecidos. Es realmente una pena que durante estas fiestas esté tan lejos de todos vosotros. ¿Cuándo amanecerá el feliz día en que nos veamos de nuevo?

Los padres de Karel Holemans, con amigos y parientes, en los primeros años de la posguerra.

Solo unos meses después llegó un golpe aún más duro de encajar: la muerte de su padre, mi abuelo Clement Holemans. La represión sin miramientos ejercida sobre los colaboracionistas belgas había logrado su propósito: causar sufrimiento a quienes simpatizaron con la invasión, se beneficiaron de ella o sencillamente no supieron ser héroes cuando los alemanes les pasaron por encima.

Clement pasó los últimos años de su vida luchando por limpiar su nombre, el hotel nunca volvió a llenarse, gastó en abogados todo el dinero que le quedaba y enfermó, consumiéndose hasta la decrepitud. Tenía setenta y cinco años cuando murió. Aparentaba noventa.

Ayer, a mi vuelta a Barcelona, recibí la horrible noticia de que Pa

murió el 5 de enero. Dios ha querido que no pudiera ver a mi padre por última vez, hágase Su Sagrada Voluntad. No podéis ni imaginar la amargura y la tristeza que siento al encontrarme tan lejos de vosotros. Y sobre todo porque, en este momento funesto, Ma se encuentra sola en nuestra casa vacía y no puedo reconfortarla con mi abrazo y mi presencia.

De la herencia de Clement apenas le llegaron a Karel unas migajas: un par de miles de francos y puede que también el reloj de bolsillo de su padre, aunque eso no es seguro.

Al haber perdido sus derechos civiles, Karel no podía heredar, y probablemente sus hermanos tampoco quisieron meterse en muchos líos para hacerle llegar su parte, a buen seguro escasa. Sin embargo, como a menudo los símbolos tienen más valor que lo heredado, Karel se sintió abandonado y, aún peor, traicionado.

Madre, me duele decirlo así, pero he visto que mis hermanos y hermanas se han repartido lo poco que nuestro difunto padre pudo dejarnos, sin tenerme en cuenta para nada y sin reconocerme ni como hermano ni como sangre de su sangre. Espero que tú, como madre, pensarás diferente y me enviarás la ayuda necesaria.

Karel vivió esta agria disputa entre hermanos como la más vil de las traiciones. Pero la realidad era que la herencia de Clement era muy exigua y que su familia no le había dado la espalda.

Encerrado en la caverna del exilio, Karel no podía entender cómo en Bélgica los días pasaban y la guerra iba quedando atrás, que la vida continuaba y que lo que para Karel había sido ayer, en Bélgica era un pasado doloroso sobre el que nadie quería volver la vista. Irremediablemente, comenzó a desarrollar la desconfianza propia de quienes viven con el reloj parado, pendientes de un amor en la distancia.

Para mi gran asombro, hasta ahora no he recibido ninguna noticia vuestra. Realmente no sé qué pensar sobre este triste silencio.

¿Me habríais tratado con la misma indiferencia y despectiva animadversión si Alemania hubiera ganado la guerra?

En el verano del cincuenta y dos, la hermana de Karel, Madeleine, junto con sus hijos, su esposo Robert y su madre Thérèse Holemans, planearon unas pías vacaciones cerca del santuario de Lourdes. La proximidad a la frontera española no era ninguna casualidad. Habían elegido esa peregrinación como la excusa propicia para reencontrarse con Karel y hacer las paces antes de que la brecha familiar se convirtiera en insalvable.

Cuando Karel supo que su madre iba a estar a tan pocos kilómetros de España se aprestó a hacer la maleta y correr a abrazarla. Llevaba casi diez años sin verla. Prudentemente, Karel hizo unas consultas a ciertos amigos que tenía en la policía española antes de cruzar la frontera.

«Ni se te ocurra pasar, Carlitos. Si te cogen, no podríamos traerte de vuelta». Su madre tan cerca y no poder poner un pie fuera de España. La agonía mortal de esos días permaneció en su memoria para siempre. La imperfecta solución que acabó por encontrar se convirtió en otro mito de nuestra saga familiar. De algún modo, acordó con la guardia civil de Puigcerdà que dejarían entrar en España a su cuñado Robert sin hacer preguntas. Allí los viejos amigos se encontrarían y quizás este se las arreglaría para viajar con su madre, lo que habría sido la mayor de las dichas.

Karel no podía saber que su madre había comenzado a decaer mentalmente tras la muerte de su marido y que, en muy poco tiempo, iba a demenciar por completo. Thérèse no iba a poder viajar y Madeleine tampoco, pues alguien tenía que cuidar de los niños y de la abuela.

Robert sería quien tomaría un tren en Lourdes y llegaría, tras muchas horas de viaje nocturno, a la estación de Puigcerdà.

El 25 de julio de 1952, Karel escribió la última carta antes del encuentro:

Llegarás a la aduana hacia las 05:30, donde te esperaré tal y como hemos quedado. He llegado a un acuerdo con las autoridades de aquí. El comisario de aduanas de España dará permiso a su colega en Bourg-Madame para que puedas pasar un par de días en Puigcerdá, en mi hotel, sin tener que rellenar más papeles.

Pregunta a la policía española por el señor Peters. Me llamaré así durante un par de días. A los gendarmes franceses cuéntales que tienes que visitar a un familiar que se llama Albert Peters en la aduana española. Así nos podemos ver seguro. El cambio de nombre lo hago por consejo de las autoridades españolas, para que ambos tengamos más seguridad.

El 29 de julio se produjo el abrazo de ambos hombres en la estación internacional de Puigcerdà. Karel había reservado una habitación con dos camas en un hotel que no hemos logrado identificar. Karel llevaba cartas y regalos para la familia, algunos cuadros y unas piezas de cerámica española. Robert le traía los encargos que le había hecho: «Necesito tubos de óleo de la marca Blockx: esmeralda, azul de Prusia, azul ultramarino, azul cobalto y rojo bermellón».

No durmieron en toda la noche. Permanecieron fumando en sus camas, hablando durante horas y tratando de recuperar todas las palabras que durante diez años no habían podido decirse. Desde aquella noche lejana de enero de 1943, cuando Karel salió de la casa de Robert y Madeleine con destino a España, habían pasado tantas cosas que no era posible parar de hablar ni para respirar el humo denso de la habitación.

Cuando un par de días después se despidieron en el andén de la línea Puigcerdà-Francia, ninguno de los dos podía prever que pasaría otra década antes de abrazarse de nuevo. Karel había esperado en vano ver a su madre bajar del tren con Robert. Thérèse, recién enviudada, se estaba apagando y no iba a vivir mucho más. Nunca volvió a verla.

La situación de Karel en España se había vuelto muy precaria. Su última exposición de éxito había tenido lugar dos años antes en Terrasa, y aunque siguió pintando y trató de exponer de nuevo, su

pintura se vendía cada vez con más dificultad.

Le expliqué a Robert cómo va todo por aquí y espero que te haya explicado mi desagradable situación. La pobreza reina por todas partes. Mi arte no puede dar todos sus frutos aquí porque no hay posibilidades económicas.

Hasta hoy he cargado solo con la lucha y le he aplastado la cabeza a la pobreza, pero ha llegado al momento en el que no puedo más.

Había llegado el arte abstracto. Los burgueses acomodados que podían permitirse comprar arte comenzaban a ver el romanticismo de Karel y sus paisajes clasicistas como reliquias de un tiempo pasado. La España de los cincuenta, que salía de la autarquía y del aislamiento internacional, se asomaba a la modernidad. La aparición de corrientes artísticas como el grupo El Paso y la incipiente popularidad de pintores abstractos como Chillida, Tàpies, Chirino o Saura iban a arrumbar a los paisajistas tradicionales y a reducir su obra a la desdeñosa categoría de pintura decorativa.

Karel, sin embargo, se mantuvo en sus trece y, pese a aceptar pequeños encargos de agencias de publicidad o dar clases de francés en una escuela de señoritas, renunció a buscar un trabajo estable, algo que consideraba poco menos que una traición a la misión para la que se sentía elegido.

Dios se compadecerá de mí. Porque es cierto que Él no se olvida de los suyos. Me ha conducido al exilio para desarrollar en papel o lienzo la magnitud de la belleza natural, y así glorificar y alabar aún más la omnipotencia de Su creación.

Así que acepto con toda humildad esta pobreza que Dios me envía.

Un infortunado día de 1951, Karel fue a tomar un tren en la estación

de Francia de Barcelona con destino a la Costa Brava. Iba a trabajar en sus paisajes, así que llevaba en su equipaje sus utensilios de pintura, además de sus documentos personales. Le acompañaba un perro de raza teckel que había adoptado. Ató la correa del perro a sus maletas con la idea de que este las custodiaría. Se colocó entre las dos barandillas de latón que ordenaban la cola frente a la taquilla, compró el billete y, cuando se dio la vuelta, todo había desaparecido: el perro, el maletín con sus documentos y las maletas con las pinturas y la ropa. Los perros salchicha serían muy cariñosos, pero nunca destacaron como fieros guardianes.

Karel se quedó desnudo: sin pinturas, sin pinceles, sin los papeles caducados que le proporcionaban la ficción de tener una identidad legal, una nacionalidad, un lugar al que pertenecer. Todo había volado: su permiso de residencia, su partida de nacimiento, la fe de bautismo y un pasaporte belga que ya no era válido a nombre de un ciudadano que ya no existía.

Mi padre contaba esta triste anécdota con el fatalismo de quien ha tocado fondo. Habían pasado diez años desde que partió de Bélgica, la guerra ya era Historia, el sueño de la independencia de Flandes se había esfumado, el éxito artístico menguaba, los belgas le habían condenado a muerte, era pobre, su relación con Carolina, escrita a lápiz, se había desvanecido, y su única compañía, el teckel, acababa de ser raptado. Además, los cumpleaños se sucedían y caminaba ya hacia la cincuentena.

En la primera mitad de los cincuenta, Karel vivió a salto de mata en Barcelona. Su fuente principal de ingresos era una galería de arte de las Ramblas llamada Montfalcón. Situada en un lugar muy transitado, los turistas que visitaban Barcelona paraban a comprar paisajes típicos como recuerdo. Karel se refería a la galería Montfalcón como «su banco», pues la propietaria, Mercè Samsà, le pagaba las pinturas por adelantado, pues estaba segura de que las vendería rápido. Montfalcón no era el olimpo artístico, pero al menos llenaba el plato y sufragaba algunos devaneos nocturnos.

En algún momento de 1955 o 1956, en algún antro de la zona de las Ramblas o del Paralelo, Karel conoció a un hombre llamado Josep Mestres y se hizo cierto que una nueva vida empieza solo cuando la anterior se ha cerrado.

Josep Mestres era un industrial acomodado que había hecho fortuna con la producción de cava, o champán, como se le llamaba entonces. Hijo de una familia de pasteleros de la calle d'En Serra de Barcelona, había nacido en Sant Sadurní d'Anoia en un ambiente burgués venido a menos. A los diecinueve años se había embarcado con su hermano en un buque hacia América, en parte por la sed de aventura, en parte para evitar la leva obligatoria de mozos que enviaban a las matanzas de la guerra del Rif. Su familia no tenía tantos posibles como para pagar la exención del servicio militar de ambos hijos.

Recorrió la cuenca del Amazonas, y en Lima, de algún modo poco explicado, participó en la fundación del Casal Català, situado en la plaza de Armas de la capital peruana. Tras cuatro años de aventuras, que le dieron para toda una vida de contar leyendas junto al fuego, regresó a Sant Sadurni d'Anoia para casarse con la heredera de una familia de ricos terratenientes: los Mestres.

Josep Mestres y su esposa Eulalia Sagués eran primos segundos y su matrimonio había sido arreglado cuando aún eran unos niños para resolver un intrincado enredo de apellidos y de herencia. Intentaré explicar el embrollo del modo más simple posible.

Eulalia era la heredera de la fortuna de su abuelo, llamado Josep Mestres-Mas. Este hombre, un desconfiado payés enriquecido tras veinticinco generaciones de duro trabajo en las viñas, desaprobaba el matrimonio de su hija Carmen Mestres, la madre de Eulalia, con un teniente coronel de Estado Mayor del ejército español llamado Juan Sagués.

El patriarca Josep Mestres-Mas veía al teniente coronel Sagués como un advenedizo de medio pelo, más interesado en la política española que en el cultivo de la tierra y en el honrado comercio de la uva y el vino.124 Por ello tomó una decisión tan pragmática como desalmada. Desheredó a su hija Carmen y legó toda la heredad Mestres a su nieta adolescente: Eulalia Sagués. Al saltarse una generación, Eulalia se convirtió en la heredera125 en perjuicio de sus propios padres.126 De este modo, el patriarca evitó que el fruto del trabajo de siglos de los Mestres cayera en manos de un militar con un indeseable tufo españolista, que podía tener la tentación de pulírselo todo para hacer carrera en Madrid.

Solucionado el asunto de la propiedad, había una cuestión aún más difícil de resolver: el apellido. Eulalia Sagués Mestres no podía alumbrar a más Mestres. Sus hijos, cuando los tuviera, no llevarían la marca comercial de la familia.

La solución que se imponía era que Eulalia se casara con alguien que también se apellidara Mestres, pero cuya consanguinidad no fuera demasiado cercana, para que la Iglesia lo pudiera aprobar.

Y aquí fue cuando a Josep Mestres, el amigo y compañero de farras de Karel, le tocó la lotería. El matrimonio entre Josep y su prima segunda Eulalia fue arreglado por sus familias con décadas de antelación. Se casaron en 1928 y esa misma Navidad salió al mercado la primera botella de champán Mestres. Eulalia mantuvo intacta la propiedad de la tierra y Josep fue el dueño de la fábrica. De este modo pudo contar sus aventuras amazónicas a sus hijos y nietos junto a la chimenea, sentado sobre docenas de miles de valiosas botellas de vino espumoso.

Esta simbiosis entre Josep y Eulalia consiguió, en efecto, que la heredad no se disgregara y que su descendencia se apellidara Mestres, como Dios y el ya fallecido patriarca Josep Mestres-Mas habían mandado. Como contrapartida, su matrimonio poco o nada tuvo que ver con el amor y ambos cónyuges se detestaron sin disimulo.

Dormían en alcobas separadas y se juntaban solo para procrear. Josep era ingeniero industrial y un tipo de mundo, mientras que Eulalia era una joven sin demasiados estudios que se había despertado propietaria de un latifundio millonario de la noche a la mañana. Josep era amante de la vida alegre y Eulalia encontraba más consuelo rezando en la iglesia del pueblo que con el golfo de su marido.

Cada vez que podía escurrir el bulto, Josep le pedía a su chófer que metiera un par de cajas de champán Mestres en el maletero del coche y que le condujera al hotel Colón, en la plaza de Cataluña de Barcelona. Allí pasaba varios días alejado de la beata gruñona de su mujer para aplaudir los pícaros contoneos de la Bella Dorita en el Molino, en la desvergonzada avenida del Paralelo.

Gran aficionado al cabaret, bautizó uno de sus cavas como Coquet, en homenaje a las coquettes del Moulin Rouge, y contrató un formidable mosaico publicitario en el apeadero del Paseo de Gracia que exhibía a

una corista ligera de ropa sentada sobre una de sus botellas. Ese mosaico dio durante años la bienvenida, con los pezones fruncidos, a los viajeros que bajaban del tren en el centro de Barcelona.

Una noche cualquiera de 1955 o 1956, Josep invitó a brindar con su propio champán a un tipo simpático, un artista belga radicado en Barcelona a quien todos llamaban Carlos. Con todo lo comido y todo lo bebido, pronunció una frase que trastocaría el destino de Karel para siempre: «Carlitos, tendrías que venir a Sant Sadurní a hacer una exposición de esos cuadros tuyos, tan bonitos».127

18

ROSA PALO

A las 21:30. Exposición de pintura en la Casa de Cultura de la Caja de Pensiones del paisajista de la escuela flamenca KAREL HOLEMANS. Gran Cruz de la Orden Soberana del Templo de Jerusalén. Con la generosa ofrenda por parte del artista de un magnífico cuadro de la iglesia de nuestra villa.

Las fiestas de la vendimia de Sant Sadurní, conocidas como las Ferias, se inauguraron el 6 de septiembre de 1956. Al ver su nombre impreso en mayúsculas, como plato fuerte del programa, Karel supo que tenía una oportunidad celestial de salir de los barros en los que se había empantanado.

Esta fue la exposición más comercial de Karel y tal vez por ello la menos personal. En Sant Sadurní pensó más en el público que en sus propias inclinaciones creativas. Se había propuesto gustar, pero sobre todo vender. Sin saber aún por qué, intuía que Sant Sadurní podía cambiar su fortuna.

Las fotos de la inauguración muestran pinturas que se apartan de la habitual añoranza de sus paisajes flamencos. Karel pintó del natural, plantó su caballete en enclaves con las vistas más pintorescas del Penedés: la sierra de Montserrat, los meandros del río Anoia, las bodegas de la comarca, incluyendo las catedrales báquicas de Codorníu y Freixenet.

Karel sabía cómo ganarse la confianza de las gentes de un pueblo pequeño. Años atrás, en su Averbode natal, había sabido cosquillear la vanidad de sus vecinos con los pelos de sus pinceles. Pintar un cuadro de la iglesia de la villa y regalárselo al ayuntamiento fue un gesto que

ablandó cualquier suspicacia inicial y le hizo entrar con buen pie en aquella cerrada comunidad.

En Averbode había sido fácil, pues Karel era el hijo del alcalde. Aunque su valedor en Sant Sadurní era a su vez un hombre prominente: Josep Mestres era uno de los champañistas más respetados y también había sido alcalde. Para ayudar a Karel, Josep le prestó cuadros que él mismo le había comprado tiempo atrás para que pudiera exhibirlos con el punto rojo de «Adquirido» y animar así a los compradores.

A las 11. Champaña de Honor. En el salón de Actos del Ayuntamiento. Ofrecido como homenaje al artista señor KAREL HOLEMANS y como bienvenida a los señores GANADEROS concurrentes a la Feria, como todos los años.

Las capitulares en el nombre de Karel y en la palabra ganaderos hablaban por sí mismas. El ayuntamiento presumía de haber traído un artista internacional a la «feria de ganado caballar, mular, asnal, porcino y lanar». Karel tuvo la perspicacia de entender que ponerle en el centro de tal cabaña de cuadrúpedos no era un desaire, sino un verdadero honor que el ayuntamiento, a su manera, le dispensaba.

Para rematar la fiesta, Karel fue invitado a presenciar desde el balcón del ayuntamiento la «formidable tronada y fuego graneado de morteros, en la plaza del Generalísimo» y a regar la noche con copas de champaña a discreción. Karel ya sabía que la alegría se expresaba en España de modo más ruidoso que en Flandes. Aquí, una explosión de entusiasmo no era una metáfora.

Ya fuera por la prodigalidad de las fiestas, por la habilidad de sus pinceles o porque el público reconocía sus propios paisajes, Karel vendió todos los cuadros expuestos. Clausuradas las Ferias, la demanda no se agotó, sino que llegaron nuevos encargos de bodegueros y payeses aburguesados, deseosos de colgar en sus paredes sus propiedades pintadas al óleo.

Karel sintió que podía echar raíces en Sant Sadurní. Le apetecía la idea

de volver a vivir en un pueblo. En poco tiempo hizo amigos, se convirtió en una figura popular y le saludaban por la calle. Además, el clima del Penedès era un paraíso bíblico comparado con Averbode. Tenía cuarenta y seis años, llevaba trece años en España y quizá no regresaría nunca a Flandes. Había nacido en un pueblo; puede que estuviera escrito que solo sería feliz si volvía a vivir en uno.

Se instaló en un hostal muy céntrico en la calle San Antonio, la fonda Xic Maxina. La dueña, la señora Rosa, le alquiló una habitación con luz natural y con una pequeña terraza donde secaba al sol las telas aún frescas. La señora Rosa le trataba como a un hijo, le daba bien de comer y no refunfuñaba si algún mes el pago se retrasaba. Esa mujer sería lo más próximo a una madre que Karel podía tener, pues, aunque él aún no lo sabía, ya era huérfano. Thérèse Schodts acababa de morir en una residencia de Kortrijk, en Bélgica. Llevaba meses encogiendo y haciéndose transparente, diluyéndose entre los jirones de su memoria.

Sus hermanas le escribieron la triste noticia al último domicilio conocido: la casa de Carolina Pi, en Barcelona. Pero Karel ya no iba por allí, ni había dejado otra dirección. Su fijación con ocultar su paradero hizo que no supiera de la muerte de su madre hasta mucho después, sin que conozcamos qué día o en qué lugar le llegó el golpe.

Cerca ya de la cincuentena, Karel era un vagabundo diletante y bien educado, a veces con dinero, a veces sin él, errando por una tierra callosa en la que no echaba raíz. Karel descubrió en España que ser saludado por la calle y sentirse solo eran dos cosas dolorosamente compatibles.

A lo largo de su vida, Karel había tenido andanzas fuera de lo común, pero sus anhelos eran como los de cualquiera: tener un lugar al que llamar casa, querer a alguien y sentirse querido. La popularidad era agradable, pero era un disfraz que tendía a encoger. Karel deseaba con todas sus fuerzas tener una familia y, aunque la vida no tardaría en colmar su deseo, iba a hacerlo con el sarcasmo siniestro que reserva para sus elegidos.

En marzo de 1957, su amigo Josep Mestres celebraba que su hija mayor había regresado de un largo viaje de estudios a Londres, donde se había formado como comadrona. Este hecho no habría sido más que un grato eco de sociedad de no ser por la polvareda que levantó.

Teresa, la pubilla de los Mestres, había partido a Inglaterra joven y doncella, y tres años después regresaba con un bebé adorable, regordete y mofletudo. El querubín, sin embargo, no tenía padre conocido y, por si aún faltara algo para hacer salivar a las vecinas más ruines, tenía la piel de un precioso color achocolatado.

«El nieto de los Mestres es negro». Estas siete palabras fueron siete pedruscos arrojados en la lapidación pública que se produjo. Xavier, el niño concebido y alumbrado en Londres, y su madre, Teresa, fueron víctimas de un escarnio goyesco, un festín de desdentados, una crucifixión con la rea cabeza abajo. Este linchamiento dejó heridas que sus víctimas nunca llegaron a curar.

En Londres, Teresa había estudiado y practicado en varios hospitales, algunos de ellos psiquiátricos, y había amistado con enfermeras de origen indio y pakistaní. De algún modo que ella se llevará a la tumba, conoció a un garboso estudiante de economía, nacido en una región de Pakistán limítrofe con la India. Este hombre se llamaba Abdul Sarahb y era hijo de un propietario de campos de té, canela y otras especias. Allí, la hija del cultivador de uva y el hijo del cultivador de té se enamoraron a finales de 1953 o principios de 1954.

En una de sus noches de amor, Abdul fecundó un óvulo de Teresa Mestres. Teresa era comadrona y sabía perfectamente cómo podía proceder en un caso así, en Londres, a tantos kilómetros de la católica España. Sin embargo, asustada, vulnerable y sola, Teresa telefoneó a casa y se lo contó a su madre, Eulalia Sagués, la esposa de Josep Mestres.

Eulalia ordenó a Abelardo, su conductor, que la llevara al aeropuerto de El Prat y tomó el primer avión a Londres. A la muy cristiana Eulalia se le olvidó de repente el catecismo entero y conminó a su hija a abortar sin tardanza. Teresa, poco creyente, aunque sí muy enamorada de Abdul, se negó en redondo. Teresa tendría a su hijo y se casaría con el coautor de aquel embrión.

En la orilla de aquel rubicón, Eulalia trató de negociar con aquel sarraceno, aladino, pagano, o lo que fuera. Buscó casa en Londres para instalar a la pareja. Se ofreció a comprar un cottage con una buena extensión de jardín y les hizo una oferta irrechazable. Ella pagaría la casa y la boda con una condición: «Te casarás por la Iglesia y Abdul

tendrá que hacerse católico».

Los huesos orientados a la Meca de todos los Sarahb que alguna vez habían vivido se agitaron en sus tumbas. Abdul y su padre, el cultivador de té, miraron a Eulalia como a una inquisidora medieval de al-Ándalus. Eulalia, que pisaba Londres por primera vez, trataba de convertir a su futuro yerno al cristianismo e imponer una boda como Dios mandaba.128

A cambio de la conversión de Sarahb, Eulalia compraría la casa de Londres (cuya propiedad conservaría ella) para ocultar el fruto del pecado de su hija, y para que nunca regresara a España a manchar de oprobio a su legítima y muy católica familia.

Ni que decir tiene que Abdul rechazó de plano una propuesta que, aunque Eulalia fuera incapaz de entenderlo, era puro racismo e intransigencia religiosa.

Despechada, Eulalia cambió de estrategia. La familia Mestres tenía cierta amistad con Agustí Alcoverro, un político nacionalista catalán, alto funcionario del Parlament de la Cataluña republicana, que se había exiliado en Londres.

A través de Alcoverro, pues Eulalia no hablaba inglés,129 contrató un despacho de abogados y demandó a Abdul Sarahb en los tribunales de Londres por no querer hacerse cargo del hijo que Teresa había alumbrado.

Es fácil intuir el desasosiego y la turbulencia que Eulalia logró introducir en la pareja, que se enfrentaba ya a una situación tan difícil como tener un hijo siendo solteros, extranjeros y tan jóvenes.

La relación entre Teresa y Abdul voló por los aires. Se separaron, jamás volvieron a verse y se guardaron reproches mutuos para siempre. Para Eulalia quizás esto fuera una victoria, el único final feliz que podía imaginar para una historia tan desgraciada. Nunca sabremos qué pasó por la rígida mente de Eulalia. Lo que sí sabemos es qué hizo con su nieto.

Eulalia se encargó de bautizarlo en Londres, en la capilla de la iglesia católica Saint Peter in Chains, con el nombre de Javier. Sin embargo, en lugar de registrarlo con el apellido de su madre —Mestres— le

impuso el suyo propio: Sagués.130 Para borrar el pecado, a Eulalia le pareció una idea magistral arrebatarle el bebé a Teresa y ponerle sus apellidos. Así su hija no tendría un hijo ilegítimo del que avergonzarse. De acuerdo a las prioridades y los valores de Eulalia, el plan era impecable.

Teresa regresó a Sant Sadurní devastada y con el corazón roto. El fracaso sentimental, su maternidad, teñida de deshonra, y el señalamiento del que fue víctima trastornaron su existencia sin remedio. El dolor y la vergüenza de su vuelta a casa a los veintisiete años hirieron su alma y dañaron su mente para siempre. Aquellos hechos la señalaron como una mujer indigna de su cuna, una bruja lujuriosa o, en el mejor de los casos, una niña mimada sin dos dedos de frente. Señalada por la calle e incriminada por su propia familia, Teresa pasó de ser la pubilla de los Mestres a ser, en una palabra, una furcia.

Y, sin embargo, la megalomanía de Eulalia, acostumbrada desde niña a que todos agacharan la cabeza ante el más fútil de sus caprichos, aún no se había manifestado en todo su caligulismo.

Para desafiar al pueblo, pródigo en malas lenguas, ordenó a una criada que paseara a su nieto-hijo en un cochecito de bebé por todas las calles, plazas, esquinas y recodos de Sant Sadurní. Eulalia había decidido convertir la (negra) mancha familiar en un desplante. Había ido a Londres y había vuelto con un niño que llevaba sus apellidos. No había nada más que hablar. Que eso pudiera convertirse en un estigma para su nieto o para su hija le traía sin cuidado.

Como a cualquier vecino, estos episodios llegaron a oídos de Karel, quien los recibió como comadreos irrelevantes, poco más que chismes de parroquia. Karel, sin embargo, entendió pronto el sufrimiento que escondían, pues frecuentaba las mismas tertulias que el abuelo del pequeño Xavier. Josep Mestres era un hombre que elegía las palabras con prudencia, pero que era capaz de gestos cargados de significado.

Josep llevaba algún tiempo investigando cómo producir pequeños botellines de champán para servir copas a pares en los entreactos del Liceo. Tras resolver algunos problemas técnicos, las cavas Mestres lanzaron el primer botellín de champán del mercado.131 La sorpresa, para quienes quisieran verla, estaba, más que en su pequeño formato,

en la marca y en la etiqueta. Se llamaba Marajá y su imagen era la de un apuesto indio ataviado con brocados de seda y un turbante enjoyado, dignos de las mil y una noches.

Lanzar la marca Marajá fue un gesto de amor y de disidencia. De amor hacia su hermoso nieto, de ojos negros estupefactos y con dos turgentes mofletes de color bronce. Y de disidencia hacia los fariseos escandalizados por su nacimiento, comenzando por su propia mujer, Eulalia: la beata que rezaba a todas horas por la salvación de su alma olvidando que, aun poseyéndolo todo, alma era algo de lo que carecía.

Teresa había encontrado algún consuelo entre las doncellas y el personal de servicio de la casa Mestres, quienes la habían visto crecer y conocían bien las cóleras de su madre.

Una mañana soleada, desde una ventana del gran comedor de la casa familiar de los Mestres, en plena plaza del Ayuntamiento, Teresa observaba la calle tras los visillos. El canario flauta saludaba a los rayos de sol con gorjeos de contratenor. Ese día Karel cruzaba la plaza, vestido, como solía, con un traje elegante, una corbata llamativa, pañuelo a juego en el bolsillo de la chaqueta, zapatos a la moda de dos colores, sombrero y una flor en el ojal.

Teresa le dijo a Paquita, la costurera y su confidente más íntima: «Paquita, ¿ves a ese hombre? Pues ese va a ser mi marido».132

A esas alturas, cualquiera hubiera dicho que la capacidad de Teresa para meterse en líos había alcanzado su cénit. Pero no: aún le quedaba mucha cuerda con la que enredarse.

Había bailes de verano en el Centro Agrícola de Sant Sadurní y, una noche de julio de 1957, Karel se fijó por primera vez en Teresa Mestres. Con las maneras educadas que la ocasión imponía, Karel pidió permiso a Josep para sacar a bailar a su hija y este se lo concedió. Unos livianos pasos de baile bastaron para desbaratar el curso de sus vidas.

Karel y Teresa apenas pudieron olfatearse a una casta distancia, pero las feromonas de ambos se reconocieron al instante. El irresistible acento extranjero de Karel y sus aires de artista errante susurraban a Teresa promesas de una vida de aventuras, lejos de aquel pueblo odioso que la señalaba como una ramera.

Karel, que de persecuciones y apestados sabía bastante, simpatizó de inmediato con Teresa, que no era muy alta, usaba gafas y era morena, como Rachel. Era enfermera y matrona, como Rachel. Era, además, risueña y parlanchina, y parecía ingenua y ajena a toda mezquindad; justo lo contrario que Rachel. Encima se llamaba Teresa, como su madre recién fallecida.

Una Teresa se iba y una Teresa llegaba. Una enfermera le había dejado y una enfermera le encontraba. ¿Quién dijo que el amor era un misterio inexplicable?

Pocos días antes del baile, Karel le había escrito a su sobrino Albert:

¿Sabes algo de Rachel? Que se haya separado de mí sin consultarme me ha roto la vida. Ha usado las circunstancias políticas para rehacer su vida con otro hombre. Pero imaginemos por un momento que yo hubiera hecho una declaración al juez para descubrir su posición política durante la ocupación alemana. No creo que hubiera salido tan bien parada. Mi silencio la ha salvado.133

Tengo cuarenta y siete años y estoy completamente solo. Dios lo ha querido de esta manera. Espero algún día formar una familia y tener hijos.

El flechazo entre Karel y Teresa era imposible que pasara desapercibido. Ambos eran bien conspicuos y llamaban la atención allá donde se cogieran de la mano. La propietaria de la fonda Xic Maxina hizo la vista gorda y dejó que la habitación-estudio de Karel se convirtiera en su nido de amor. Pero, ay, Sant Sadurní era tan pequeño.

Vivo en un pueblo pequeño. Tiene solo cuatro mil habitantes, pero treinta fábricas de champán. Hay mucha producción de vino, muy barato y de la mayor calidad, que cuesta solo tres francos el litro. El agua es mucho más cara, a 4,25 francos el litro, y el champagne a doce francos la botella. Ya ves que el agua es prohibitiva y que no

podemos permitirnos beberla.

Karel y Teresa vivieron tardes clandestinas de pasión y champán, y ambos soñaron que su amor les llevaría a una playa con el mar en calma, con una sombra para dormir la siesta y una brisa tibia que oliera a tomillo. Un lugar donde mirarse a los ojos a salvo de cualquier persecución. Esa tierra iba a ser la misma que eligió el emperador Augusto dos mil años antes: Tarragona. Pero para llegar allí el camino sería largo y con más espinas que rosas.

—Teresa, no me gusta nada ese hombre.

—Mamá, no es a usted a quien tiene que gustarle.

Karel creía conocer los puntos débiles de Eulalia, así que pensó que podría ablandar su corazón con un certificado que probara su fe católica de modo indiscutible. El papeleo le serviría para acallar las suspicacias de su futura suegra y para conseguir por fin la nacionalidad española. O eso creía él.

Escribió a su sobrino Albert Pepermans, que llevaba varios años en un monasterio en Bélgica, y que se encaminaba hacia el Vaticano para convertirse en sacerdote.

Albert, aquí en España es necesario ser católico y estar bautizado para muchas cosas. Por fortuna, ese es mi caso. Te adjunto un texto que necesito que me traduzcas al latín. Fírmalo, por favor, y si puedes, que también lo firme el director del instituto. Me harías un favor enorme si se viera bien el sello del instituto.

El instituto en cuestión era el de la Congregación de los Sagrados Corazones de Tremelo, en Bélgica. Cuando el párroco de Sant Sadurní, mosén Vidal, recibió la carta escrita en latín y estampada con los sellos de la congregación católica a la que Albert pertenecía, debió, como poco, sentirse impresionado.

Yo, hermano Teótimo, infrainscrito con mi nombre terrenal Albert Pepermans, sobrino de Karel Holemans, declaro que mi tío guarda la fe católica y fue bautizado en la iglesia de San Juan en Averbode (Bélgica) el día 4 de junio de 1910.

Declaro también que Clement Holemans, padre de mi tío y alcalde del municipio de Averbode, fue siempre un defensor de la fe católica y cristiana, honrado en toda la provincia de Brabante y tenido por ciudadano eximio y noble, al igual que toda nuestra familia.

Escribo esto, Reverendo Párroco, para que mi tío, como católico, pueda tener derecho a ser ciudadano español.

Es poco probable que mosén Vidal o Eulalia supieran leer latín. Sin embargo, la traducción no dejó lugar a dudas: Karel Holemans contaba con excelentes referencias dentro de la iglesia católica, lo que cerró, aunque solo temporalmente, unas cuantas bocas.

Pese a este certificado, conseguir la nacionalidad española era una gestión que al abogado falangista José María Poblador se le resistía. España acababa de ingresar en la ONU y la comunidad internacional exigía a Franco una escrupulosa política de manos limpias que complicaba mucho las naturalizaciones de fugitivos del Eje. Karel siempre creyó que acabaría regresando a Bélgica, así que durante los años en los que Franco regalaba pasaportes españoles sin mirar a quién no se preocupó por conseguir uno. Ahora era demasiado tarde. Karel seguiría siendo apátrida.

Poblador, un tipo de pocos remilgos, encontró una solución sencilla y expeditiva: comprar la nacionalidad a través de una adopción pagada. Si Karel era adoptado por españoles, se convertiría en español automáticamente.

El 24 de octubre de 1957, la pareja formada por Domingo Segarra Ventura, vecino de Vilafranca del Penedés, ferroviario jubilado de sesenta y nueve años, y su mujer, María Cinta Papaseit, de edad desconocida y que firmó con una X y su huella dactilar, adoptó como hijo a un exótico belga de cuarenta y siete años. Karel Holemans

Schodts conseguía así un DNI español a nombre de Juan Carlos Segarra Ventura. Con esta adopción se alejaba para siempre el peligro de ser extraditado rumbo al pelotón en Bélgica y comenzaba el tercer y último tercio de su vida.

Tres meses después, en enero de 1958, el ciudadano español Juan Carlos Segarra, de probada fe cristiana e inmaculado expediente policial, hizo acopio de fuerzas para pedir la mano de su novia Teresa. Josep Mestres le aceptó en la familia y para celebrarlo abrió un coñac que él mismo había embotellado veinte años atrás. Eulalia, con su habitual magnanimidad, fijó que su hija y su prometido podrían verse los jueves y solo los jueves.

«Mamá, me pone usted los mismos horarios para festejar que a las criadas». Así era, y aún gracias. Eulalia detestaba a Karel. Y no hacía nada para que no se le notara.

Josep, por su parte, puntualizó solo una cosa: «Carlos, si quieres casarte con Teresa, adelante. Solo te pido que dejes la política».

Que dejes la política. Desde niño he sabido que esa frase se pronunció el día de la pedida de mano de mis padres. Sin embargo, ¿qué significaba dejar la política en 1958, cuando los partidos políticos eran ilegales en España?

Parte de la respuesta me la dio el secretario de Josep Mestres, un oblato lleno de bondad, a quien pude entrevistar muchos años después:

Tu padre pidió permiso al señor Mestres para que yo le condujera a la Capitanía General Militar de Barcelona, en el Moll de la Fusta. Cuando llegamos, tu padre bajó del coche y se dirigió a los soldados de la garita. No sé qué les dijo, pero varios militares se cuadraron a ambos lados de la entrada para hacerle los honores. Tu padre cruzó el patio y entró en el cuartel. Pasó allí casi una hora hasta que salió. Los soldados se cuadraron de nuevo. Entró en el coche y me pidió que le llevara a la Residencia de Oficiales en la Diagonal, frente al actual Corte Inglés.

Ocurrió lo mismo, se cuadraron, entró y cuando salió un rato después,

me dijo: ya está, volvemos a Sant Sadurní.

A qué iba Karel a las instalaciones militares de Barcelona es un misterio. No creo que lo averigüe nunca. Puede que tuviera que ver con gestiones militares o policiales en las que su conocimiento de idiomas fuera requerido. O con la Interpol, de la que oía hablar en casa y que me sonaba a película de sábado por la tarde. Quién sabe. Puede que eso fuera a lo que se refería Josep Mestres con «la política». Pero no lo sé.134

La situación irritaba sobremanera a Eulalia. Había habido intercambio de anillos, el compromiso era formal y, lo que era peor, veía a su hija decidida a casarse con Karel. Encima, si la boda se producía, Eulalia se encontraría en una situación humillante e indigna de su posición.

La mujer analfabeta que se había convertido en la madre adoptiva de Karel había trabajado como criada en la casa de los Mestres muchos años atrás. Eso significaba que, si Karel y Teresa se casaban, Eulalia se encontraría en el altar con su criada como consuegra. Nunca pasaría por semejante vergüenza.

En secreto, Eulalia preparó un viaje a Bélgica. Estaba segura de que algo turbio debía haber en el pasado de ese pintor haragán, algo que tal vez pudiera impedir el aberrante matrimonio. Ese tiparraco extravagante, compañero de su marido en farras y puteríos, le sacaba veinte años a su hija y solo buscaba casarse con ella para no tener que volver a doblar el lomo en su vida. Un cazadotes, eso es lo que era. Y Teresa, una imbécil por no darse cuenta.

Eulalia viajó a Bélgica y se entrevistó con una alta autoridad religiosa (se dice que fue el cardenal van Roey, aunque no hay pruebas de ello). Eulalia visitó también a mis tías Martha y Madeleine, quienes, alarmadas por la intrusión y por las sospechas, abogaron por su hermano y defendieron su rectitud moral y cristiana.

A Eulalia le traían al pairo las opiniones del cardenal o de las hermanas de Karel. Ella iba en busca de algún hecho nefando que obligara a suspender la boda. Contrató a un despacho de abogados de Bruselas que investigaron el rastro judicial que mi padre había dejado en Bélgica, condena a muerte incluida.

Y tan pronto como descubrió que Karel había estado casado con Rachel supo que la victoria era suya. Aunque el divorcio era legal en Bélgica, en España no lo era. Karel no podía casarse con Teresa porque, a ojos de la Iglesia y de la ley españolas, seguía casado con Rachel. El viaje y el gasto habían valido la pena.

Cuando Eulalia regresó a Sant Sadurní se preparó como para la decapitación de Holofernes. Karel entró en la casa para visitar a Teresa y a la familia Mestres, como solía. Y en lugar de buenos días se encontró con: «¡Este tío es un canalla! ¡Un nazi! Es teniente coronel de la Gestapo, un criminal de guerra, ¡asesino! ¡Y estás casado, malparit! ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera!».

Mi padre bajó las escaleras a empellones y no volvió a pisar la casa de los Mestres durante los años que a Eulalia le quedaron de vida, que no fueron pocos.

Los testigos de aquella escena de histerismo se quedaron aterrados y sin entender nada. Solo Josep Mestres, que sabía muy bien con quién se había casado, le dijo a su secretario, cuando se quedaron solos en su despacho: «No facis cas, Joan. Deixa-ho còrrer. L'Eulàlia és boja».135

19

PLATA

Poner a Karel en la calle selló aún más su vínculo con Teresa. Abrazados en la habitación de la fonda Xic Maxina, se conjuraron para seguir adelante y compartir su destino. Ambos sabían que echar a Karel de la casa escaleras abajo no iba a ser suficiente. La furia de Eulalia no se detendría ahí.

Se había propuesto borrar del mapa a Karel, y empezó por la señora Rosa y su marido, Salvador Parera, propietarios de la fonda, a quienes amenazó con denunciarles a la guardia civil por albergar una casa de citas. Esto era, desde luego, algo infundado. La única cita clandestina que allí se daba, y la única que a Eulalia le preocupaba, era la de su hija con aquel pintor cantamañanas y falsario, que, según ella, ocultaba un pasado criminal y que encima estaba casado.

Pero una acusación como aquella, viniendo de quien venía, podía ser la ruina del honrado negocio de hostelería de Rosa y Salvador. Karel tuvo que hacer las maletas y dejar atrás, no solo dos años de recuerdos, sino también una pintura grande, una vista de la ermita de Subirats que presidía el comedor y que en algún momento sirvió para pagar su estancia y manutención.136

Karel alquiló una habitación en el Casino de Vilafranca del Penedès, ni demasiado cerca ni demasiado lejos de su novia. Estaba a catorce kilómetros de Sant Sadurní y era esta una villa más grande, en la carretera de Tarragona a Barcelona, donde no llegaría la larga sombra de Eulalia. Una vez más, subestimó a su suegra.137

Teresa y Karel continuaron viéndose en la habitación del Casino y, entrechocando sus anillos de compromiso con un clinc, decidieron que se irían a otro lugar, lejos, en el que se casarían y comenzarían una vida en común, lejos del miedo y del poder de la tirana Eulalia: esa

playa con el mar en calma y tomillo en la brisa.

Sin embargo, Eulalia lo vio venir. Teresa, que vivía sus últimos días en la casa familiar de Sant Sadurní, recibió una orden de su madre: «Tienes que ir a Barcelona al notario a firmar estos papeles. Es por el bien de Xavier y para asegurar su herencia».

Karel leyó los papeles que Teresa le mostró antes de firmarlos.

—Ni se te ocurra firmar esto, Teresa, por nada del mundo.

En el texto de esos papeles, Teresa renunciaba a la patria potestad de Xavier y se la cedía a Eulalia. Xavier, pese a llevar los apellidos de Eulalia con los que fue bautizado, seguía apareciendo en el Registro como hijo de Teresa. Si ella firmaba esa renuncia, Xavier pasaría a ser adoptado por Eulalia y Teresa se convertiría, legalmente, en hermana de su propio hijo.

En otras palabras, el supuesto «bien de Xavier» significaba que Teresa entregaba a su hijo a cambio de que este se convirtiera en un heredero de pleno derecho de la fortuna de Eulalia. Esta repetía así el patrón familiar de desheredar a una generación para legárselo todo a la siguiente. Solo bajo esta condición permitiría que la barragana de su hija pudiera casarse, pelada como una rata, con quien le viniera en gana. La rebelión en casa de Eulalia se pagaba con la desheredación.

Teresa siguió el consejo de Karel y no firmó. En ese instante, Karel pasó de ser un antipático inconveniente a convertirse en la bestia negra de Eulalia. Nadie podía desafiarla y salir incólume. Cualquier esperanza de que los puentes siguieran en pie se desmoronó con este hecho.

Karel ya había tenido suficiente. Llamémoslo gallardía o llamémoslo cojones, hizo testamento en noviembre de 1959. En él reconocía a Xavier como su hijo natural y le nombraba heredero universal. Heredero universal de nada, pues nada tenía, pero sí le convertía legalmente en su hijo, nacido de Teresa Mestres. Xavier adquirió el apellido con el que Karel fue adoptado y pasó a llamarse Xavier Segarra Mestres138, y así lo especificaba el testamento que Karel firmó:

Xavier Segarra Mestres disfrutará de todos los derechos que la ley reconoce a los hijos naturales reconocidos por el ulterior matrimonio de sus padres, que está aprobado y consentido para que tenga lugar el día 8 de diciembre próximo.

Teresa y Karel creyeron que podrían dejar atrás a Eulalia y formar una familia. Habían planeado casarse y, cuando tuvieran una casa, querían llevarse a Xavier y vivir los tres juntos. Desafortunadamente, esa boda ya programada, «aprobada y consentida» nunca llegó a celebrarse.

A finales de 1959, Teresa encontró trabajo en la clínica psiquiátrica Villablanca, dirigida por el doctor Lartigau, en las afueras de Tarragona. Su experiencia en instituciones similares en Londres fue decisiva para que la contrataran de inmediato.

Tarragona era una pequeña capital de provincia de poco más de diez mil habitantes, pero en aquellos años era un planeta de una galaxia muy lejana, comparado con Sant Sadurní.

Eulalia ya había probado que nada estaba demasiado lejos si se trataba de imponer su santa voluntad. Tarragona era una archidiócesis milenaria, supuestamente fundada por San Pablo en el siglo I, de gran importancia en la jerarquía eclesiástica española. En otras palabras, Eulalia podía pelear en una arena que le era propicia.

Una mañana de finales de 1959, Eulalia ordenó al chófer que la condujera a la clínica Villablanca. Sin haber avisado de su llegada, Eulalia exigió ver a su hija:

—Mamá, estoy trabajando.

—Sube al coche, que nos espera el arzobispo.

Teresa pidió permiso al doctor Lartigau para salir antes de su hora, y en unos minutos se vio sentada frente al secretario del arzobispo Benjamín Arriba y Castro, en el Pla de Palau, junto al seminario de la vieja Tarraco.139 El arzobispo, a quien Pío XII ya había ordenado cardenal, no compareció. Delegó en su secretario el atender a la altiva señora Eulalia, que venía, enjoyada y emperifollada, dispuesta a conquistar el beneplácito de una alta autoridad de la iglesia. Pero, por

una vez, Eulalia había sobrestimado la longitud de su brazo flamígero.

Teresa fue conminada a renunciar a su pecaminosa convivencia con Karel, un sujeto por muchos motivos indeseable, y a volver al camino recto. Mi futura madre, sin embargo, supo responder a la altura de la circunstancia:

Reverendo, mi futuro marido y yo nos queremos. Él me quiere y me respeta, ha reconocido a mi hijo y le ha dado sus apellidos. Nos vamos a casar en unas semanas, si Dios quiere. A Dios no puede parecerle mal que nos casemos si hay amor y respeto.140

El secretario del arzobispo dio la reunión por terminada. A Eulalia, el tiro le había salido por la culata. No había caso. Aun así, no se dio por vencida. Denunció en el arzobispado que iba a celebrarse un matrimonio ilegítimo entre su hija y un hombre casado y con un pasado criminal. Puso sobre la mesa calumnias, infundios y donativos en suficiente cantidad como para convencer a la iglesia tarraconense de que la boda no debía celebrarse. El 8 de diciembre de 1959, día previsto para la ceremonia, mis padres no pudieron casarse. No obtuvieron la licencia de boda y ningún párroco se atrevió a casarles.

Karel y Teresa paseando por la Rambla de Tarragona. 1960.

Karel y Teresa se alojaban en la pensión Tarraco, en la calle Méndez Núñez 16, pero no tenían cómo pagarla. El dueño de la pensión, el señor Alejandro, probablemente no había leído lo de la huida a Egipto en el evangelio, pero, aun así, les dejó alojarse en una vieja masía que tenía cerca del cementerio. Solo pidió a cambio que cuidaran de la propiedad, adonde derivaba huéspedes cuando la pensión se le llenaba. Karel y Teresa tuvieron su primera casa en Tarragona en esa masía, hoy desaparecida.141

Un buen día, sin saber cómo ni por qué, el doctor Lartigau despidió a Teresa sin más explicaciones. Teresa se culpaba y se preguntaba cuál podía ser la razón de su imprevisto despido. Karel tan solo pronunció una frase: «Piensa mal y acertarás».

Teresa temía, con razón, que, sin trabajo ni dirección permanente, tendría que dejar a Xavi en casa de su madre más tiempo del previsto. Y lo que era peor, a Eulalia se le podía ocurrir alguna otra treta legal y acusarla de haber abandonado a su hijo. Así que, por prudencia, depositó en un notario una declaración jurada, tan explícita como estremecedora:

En vista de la incompatibilidad de carácter, antagonismo y falta de compasión de mi madre desde hace más de quince años, me veo obligada a abandonar mi hogar para dirigirme a Tarragona para trabajar y asegurar mi manutención y un poco de paz.

Mi madre me ha amenazado repetidas veces con quitarme a mi hijo Xavier por todos los medios a su alcance. Por ello, quiero declarar hoy que me es imposible llevarme a mi hijo conmigo por mi falta de trabajo.

Considero que mi hijo estará mejor cuidado en casa de mi padre, quien dispone de medios suficientes para darle buen trato y educación. Me duele infinitamente tener que separarme de mi hijo temporalmente. Que Dios me ayude y pueda encontrar pronto los medios para que mi pequeño Xavier pueda ser cuidado por mí y estar

conmigo el resto de su vida.

Karel pintaba para tratar de sostenerse, pero en Tarragona no había bodegueros con los bolsillos llenos y las paredes vacías. Tarragona era una ciudad de curas y militares que comenzaba a recibir a los primeros turistas que llenarían sus playas en los años sesenta.

Karel vendía poco y mal. A decir verdad, en este período sus paisajes no eran demasiado buenos. Se siente que están pintados con la urgencia de vender rápido y carecen de la meticulosidad y de la paz de espíritu necesarios. Muy consciente, a su pesar, del poder de la iglesia en la sociedad tarraconense se embarcó en una idea que bebía de sus raíces templarias. En aquella España que olía a botafumeiro y a correajes de cuero, la cercanía de la semana santa de 1960 le sugirió que una imagen de un Cristo portando su cruz podía tener buena salida comercial.

El Cristo que Karel pintó tenía una pierna amputada y se descolgaba de las nubes con un brazo aún clavado a ellas, para posar su único pie sobre el planeta Tierra. Cargaba la cruz bajo la axila, medio caída, apuntando al suelo. La cara de Cristo expresaba un profundo cansancio y el hastío de tanto calvario. Tras él, un diablo se burlaba de su humana debilidad. En la cruz, un papel clavado con el lema templario In Hoc Signo Vinces (En este signo Vencerás).142

No hay que ser Freud para entender qué quería expresar Karel con este Cristo de una sola pierna que, en lugar de subir a los cielos tras la crucifixión, se descolgaba a la tierra para deshacerse de la cruz. La crisis de fe y el hartazgo vital de Karel no pueden estar más claros que en esta pintura.

Karel exhibió el cuadro en el escaparate de una tienda de telas de la calle Mayor de Tarragona, muy cerca de la catedral. De inmediato, Karel recibió una carta del arzobispado exigiendo la retirada de aquella abominación, una blasfemia contra lo más sagrado. La carta no solo le amenazaba con el fuego del infierno, sino también con multa y acciones legales.

Karel corrió a llevarse el cuadro y lo colgó en un pasillo interior de la pensión, ocultándolo de la vista mientras pensaba si repintaba o tiraba

la tela. No tuvo que pensar mucho. Alguien decidió por él. Una mano anónima atacó la pintura con ácido, seguramente salfumán para limpiar inodoros. El cuadro se echó a perder, con churretones de óleo abrasado por el líquido cáustico.

Paradójicamente, esta historia tuvo un final feliz. Un amigo holandés que había aterrizado en Tarragona para construir apartamentos le compró el cuadro dañado a buen precio. Puso una sola condición: quería comprar también la carta que el arzobispo le había escrito. Iba a colgar juntos el cuadro y la carta, como un souvenir de aquella España cavernícola que tantas oportunidades de inversión ofrecía precisamente a causa de su atraso.

La anécdota acabó bien, pero la situación de Karel y Teresa se enquistó en la pobreza. Entre 1960 y 1962 tuvieron que mudarse nueve veces por falta de pago. No pasaron más de seis meses en ninguna de las pensiones, cuartos de hotel, pisos compartidos o apartamentos prestados por donde pasaron.

Aun así, su propósito de crear una familia se mantuvo firme. En marzo de 1962 se alojaron unas semanas en un hostal de carretera junto a la antigua Vía Augusta romana, a apenas cien metros de la playa.143 Una noche de esa primavera, con el rumor cercano de un mar en calma, Karel y Teresa concibieron a quien esto escribe.

Con su hijo en camino, Karel y Teresa trataron de dar estabilidad a su vida trashumante y a salto de mata. Alquilaron un piso, un principal pequeño y céntrico, en la calle Reding 16B de Tarragona, con un gran patio trasero donde ya imaginaban a su pequeño montando en triciclo. De algún modo, Karel consiguió que un banco le prestara el dinero144 para amueblarlo y dotarlo de un modesto ajuar.

Nunca vi pintar a mi padre. Siempre supe que había sido pintor, un buen pintor, que logró vivir de su arte, pero no guardo ni un solo recuerdo de Karel manejando los pinceles. Es una sensación extraña y siempre he necesitado encontrarle una explicación. Karel dejó de pintar cuando yo nací. La responsabilidad de mantener una familia, de llenar la nevera y de pagar el alquiler requería ingresos regulares que la pintura no le proporcionaba.

—¿De qué prescinde en sus cuadros?

—De todo lo superfluo. Yo solo busco efectos de luz y nubes. Quiero apartarme de los moldes esquizofrénicos de toda esta escuela de ismos desenfrenados que se alejan por completo del arte y carecen de belleza y armonía. Solo busco lirismo y poesía en mi obra. Quiero apartarme de los caminos fáciles.

En esta entrevista, publicada en el Diario Español de Tarragona, Karel deja claro su disgusto por el auge de la pintura abstracta, que tanto daño comercial le estaba haciendo. Su pintura académica y clasicista era, a principios de los sesenta, una reliquia pasada de moda. Karel tuvo además problemas de vista: no percibía bien los detalles y tuvo que usar una lupa para leer.

Pese a todo, mi nacimiento fue un manantial de luz. Para Karel, ser padre de un niño a sus cincuenta y dos años le llenó de orgullo varonil, aunque también trajo problemas nuevos, que describió así a su familia en Bélgica:

Después de un invierno entero muy difícil y malo estamos los dos trabajando de nuevo y podemos pagar así nuestras deudas. Mi suegra ha pasado de nuevo a su horrible acción, con declaraciones falsas y todo tipo de mentiras, de modo que, en lugar de hacer un arreglo con el nacimiento de Kareltje,145 ha enredado todo aún más.

Como no nos hemos podido casar, Kareltje ha sido inscrito en el registro civil con el apellido de Teresa, así que legalmente no tengo ningún hijo.

Kareltje, que tiene un aspecto maravilloso y buena salud, no puede ser bautizado ni llevar mi apellido (y ya tiene seis meses).

Sucede que mi legítimo divorcio no se considera legal en España. Ahora tendremos que apelar de nuevo cuando tengamos dinero.

Karel y Teresa trabajaban en lo que salía. Karel obtenía ingresos muy irregulares como intérprete de inversores franceses, belgas, holandeses y alemanes que buscaban en Tarragona terrenos para construir urbanizaciones y apartamentos. Teresa se las apañaba como guía turística en inglés, pero la realidad es que eran pobres. La luz se cortaba por falta de pago y no era infrecuente alumbrarnos con velas. El sobresalto de que quien llamaba al timbre pudiera ser un cobrador de facturas me hizo entender pronto que los adultos también se asustan.

Ser pobre es un estado mental devastador. Karel y Teresa vivían obsesionados por lo inmediato, por resolver el almuerzo o la cena de ese día, y si no la suya, sí por lo menos la de su hijo que, de un modo u otro, nunca faltó. Karel y Teresa vivieron en este chapapote emocional agotador durante mis primeros años y, aunque no guardo recuerdo de muchos detalles, sí recuerdo el miedo.

La pobreza no es solo tener poco: es el temor constante de que las cosas vayan aún peor. Ese miedo se pega a los huesos y te acompaña allí donde vas. Y aunque la situación un día mejore, un expobre es un como un exalcohólico. En un recóndito pliegue del alma, pegado al tuétano, hiberna el miedo a la recaída. Cuando has sido pobre de verdad, la pobreza siempre va contigo y es plomo en las alas: te hace creer que no mereces que nada bonito te ocurra, y si eso es lo que crees, eso es lo que acaba sucediendo.

Karel dejó de pintar. No disponía del tiempo necesario para ejecutar una pintura y esperar a que alguien se encaprichara de ella y se la pagara.146 Con un niño pequeño, la urgencia era cotidiana. Tenía que salir cada mañana a sablear a alguien para los gastos del día. Por su parte, Teresa no podía soñar con recuperar a su hijo Xavier. Sacarle de la opulencia de los Mestres y arrastrarle a aquella incertidumbre era un dilema cruel. Era dejarle sin madre, pero, a cambio, darle una vida segura, confortable y con los mejores colegios. Por el contrario, el lujo de besarle y arroparle cada noche significaba arrastrarle a la pobreza. Cualquier decisión que tomara iba a ser la peor decisión.

Eulalia no solo estaba al corriente de estas estrecheces económicas, sino que de facto era la única beneficiaria de la situación. Si llevaba al límite a Teresa, ahora aún más acuciada con un segundo bebé, acabaría obligándola a tirar la toalla, a dejar a Karel y a regresar con

la cola entre piernas al calor y la abundancia de los Mestres. Por el contrario, si ayudaba a su hija a salir adelante, no solo estaría beneficiando al odioso Karel Holemans, sino que algún día Teresa podía verse con fuerzas suficientes para reclamar a Xavier a su lado. La estrategia de Eulalia era tan vieja como eficaz: asediar y conquistar la plaza por hambre.

En enero de 1965, Xavier tenía nueve años y Eulalia organizó su primera comunión en la capilla de la espléndida casa Golferichs de la Gran Vía de Barcelona, la escuela de monjas donde Teresa había estudiado de niña. Este palacete modernista de la burguesía catalana de principios de siglo se llenó de Mestres para celebrar la comunión de Xavier S. Mestres.

Karel era el padre legal de Xavier, pero desde luego no fue invitado a la ceremonia. Es más, su apellido español, Segarra, fue borrado y sustituido por S. en los recordatorios de comunión. Así de indisimuladas eran las intenciones de Eulalia con respecto a la familia de Teresa y Karel. La comunión de Xavier no fue solo una ceremonia religiosa y un tránsito a la adolescencia: fue un acto de poder.

El abuelo Josep Mestres sí se preocupaba de que Xavier y su madre pudieran verse de vez en cuando. Periódicamente mandaba a su secretario a Tarragona con la furgoneta DKW gris, que llevaba el escudo de las cavas pintado en los laterales, para que Xavier pasara el día con nosotros.

Josep le daba a Joan mil pesetas para la gasolina y para que comiera el menú del día en algún restaurante de la ciudad. No era necesario que le devolviera el cambio, aclaraba Josep. Lo que en realidad ocurría es que Joan compraba un pollo asado, Teresa preparaba una ensalada en casa y todos comíamos aquel menú de domingo. Cuando Joan se levantaba para conducir a Xavier de vuelta a Sant Sadurní, dejaba sobre la mesa el dinero que había sobrado. Mil pesetas era una cantidad desorbitada para un día. Una familia podía comer dos semanas con ese dinero.

Con gestos como este, Josep Mestres aliviaba las estrecheces de su hija Teresa y de su amigo Karel. Presencié en alguna ocasión cómo Josep deslizaba billetes azules y verdes en las manos de Teresa cuando íbamos a visitarle a Sant Sadurní.

1966 fue un año clave para Karel Holemans y para cuantos orbitábamos a su alrededor.147 Ese año, en junio, acabó pasando lo que se veía venir desde hacía tiempo:

En el juicio de desahucio seguido contra D. Juan Carlos Segarra Ventura por falta de pago continuada, se dicta sentencia condenándolo a desalojar la vivienda que ocupa en el plazo de dos meses. Si transcurridos estos la vivienda no es desocupada, se procederá al lanzamiento.

Esta sentencia se ha comunicado a las partes, por lo que es firme.

Cuatro años había durado nuestra estancia en aquel principal de la calle Reding de Tarragona. Yo había entrado en ese piso dentro de la barriga de mi madre y ahora salía sin poder entender por qué Karel y Teresa estaban tan hundidos y derrotados que les resultaba imposible disimularlo. En septiembre, tras meses de sentencias y apelaciones, la familia Holemans Mestres se veía en la calle con sus muebles y enseres. Estábamos lanzados, como sarcásticamente decía la sentencia.

Karel consiguió un bote salvavidas. Trabajaba por aquellos días para un holandés llamado Loeff, para quien ejercía como mediador en la compra de apartamentos de inversión. Como la temporada turística estaba acabando, le prestó a Karel uno de los apartamentos vacíos del edificio Astari,148 frente al hotel del mismo nombre, muy cerca de la playa. La idea era pasar allí el invierno, hasta encontrar una solución más estable. Karel y Teresa encontraron cierto consuelo a tanta vergüenza y tanta angustia al ver cómo a mí me encantaba mirar el mar, la playa y los trenes que salían de la estación desde la ventana del apartamento. Es imposible que pueda hacerme una idea plena del dolor y la humillación que mis padres debieron vivir en esos días de otoño del sesenta y seis.

Y, sin embargo, precisamente entonces, en las horas más oscuras de la persecución de Eulalia, mis padres obtuvieron una victoria decisiva. Pese a los años de hostigamiento y dificultades, Karel y Teresa habían mantenido su idea de casarse y solo deseaban que su unión obtuviera legitimidad legal. Su relación era, sin embargo, un amancebamiento

en toda regla, un adulterio y, si llegaban a casarse, un delito de bigamia por parte de Karel.

Una vez más, fue José María Poblador quien supo qué tecla pulsar. Poblador, además de un falangista de camisa vieja, había sido también comandante de aviación durante la guerra civil. Como oficial del aire, y a la vez abogado, encontró un resquicio legal que supo jugar a favor de Karel.

Según el concordato entre la España del Generalísimo y la Santa Sede, Franco tenía la prerrogativa de dar el plácet a los nombramientos de los obispos y, lo que era aún más importante, de elegir al arzobispo general castrense, un religioso con estrellas de general, cuyo superior directo era Franco y no el Papa. De este modo, un capellán castrense no estaba sujeto a la autoridad del arzobispo de Tarragona o de Barcelona, sino a la del arzobispo general castrense, en Madrid, y en última instancia al mismísimo Franco.

Poblador sacó pecho como en sus viejos tiempos de activista de la Falange y buscó al capellán castrense que oficiaba en la iglesia de santa Tecla, en el barrio de Les Corts de Barcelona. Como comandante del ejército del aire, Poblador dio una orden a Mosén Bach y este se cuadró con un taconazo y la cumplió.

El 2 de diciembre de 1966, Karel y Teresa contrajeron, por fin, matrimonio eclesiástico ante Dios y ante Franco, por este orden, y eso ya no lo disolvía nadie.149 Yo tenía cuatro años y aún recuerdo el agua fría deslizándose por mi nuca cuando el mosén, que me sujetaba la cabeza con rigor cuartelero, me bautizó. Mi madrina de bautismo fue María Bordas, la mujer de Poblador, que de joven había ejercido el espionaje como telefonista en el hotel Majestic y estaba curada de espantos.

No hubo flores, ni música ni fotógrafos y el acta de la boda no recoge ningún testigo. Esta función oficiosa la ejercieron el amigo holandés que nos había prestado el apartamento, el señor Loeff y su mujer. Esta era modista y confeccionó el vestido de novia de Teresa con una lana blanca de buena calidad que Karel había comprado a un amigo de Tarrasa. El regalo de bodas de mis padres fue ese vestido y el traslado a Barcelona en el coche de matrícula holandesa que conducían los Loeff. Recuerdo el viaje en el amplio asiento trasero de su Mercedes-

Benz.

Eulalia tardó poco en enterarse de que la boda se había celebrado y de que ya no había vuelta atrás. Cuando lo supo, desató su cólera y ay de aquel que se puso por delante. Sus arrebatos de ira eran bien conocidos por la familia, por las criadas y por los obreros de la fábrica. Gritaba, aullaba, pegaba bofetones a cualquiera que pasara cerca, rompía platos, copas de la cocina o cualquier objeto que hiciera mucho ruido al ser destruido, y amenazaba al mundo con todas las maldiciones y las plagas de la Biblia.150

Fue entonces, a principios de 1967, cuando Eulalia cruzó la última frontera. Se encaminó al tribunal de la Curia, el tribunal eclesiástico de la calle Ribadeneira 6 de Barcelona, y denunció a Karel Holemans por bígamo, solicitando la anulación del matrimonio.

La bigamia era un delito muy grave durante el franquismo. Karel podía ser castigado con varios años de destierro o prisión. Teresa, que se casó con él a sabiendas de que su divorcio no era válido en España, arriesgaba hasta seis años internada con las monjas por adúltera. Y, con respecto a mí, que con cuatro años tendría a mis padres encerrados, la única salida era ser dado en adopción.

Hay abuelas entrañables y hay abuelas sin entrañas.

20

AMARILLO MIEL

La luna de miel de Karel y Teresa duró exactamente dos días: el 4 de diciembre, dos días después de la boda, era mi cuarto cumpleaños. Mis padres recién casados me llevaron a tomar un aperitivo a un bar de Tarragona. Era domingo. Recuerdo un agradable sol de invierno y una familia en paz, una barra de mármol blanco, una Coca-Cola con hielo, una bolsa de patatas, un plato de aceitunas, mi zapato sobre el apoyapié de latón, como un chico grande. De pronto mi cuerpo se desplomó como un saco.

El vaso de Coca-Cola se hizo añicos. Me van a regañar, fue lo primero que pensé. Las rodillas habían dejado de sostenerme y me dolían mucho. Acababa de sufrir el primer síntoma de unas fiebres reumáticas: una inflamación de las articulaciones y, en particular, de una válvula del corazón.

Karel me llevó a casa en brazos. Las piernas me colgaban y yo me abrazaba a su cuello. Olía a jabón y su mejilla pinchaba. Lo que vino después fueron días, semanas y meses envuelto en mantas, y dolorosas inyecciones de antibióticos que Teresa me pinchaba en el culo para eliminar la infección de estreptococos.

La humedad del apartamento de la playa no me hacía ningún bien. El doctor Zamora dijo que tenían que buscarme otro lugar para vivir. Karel y Teresa tardaron poco en hacer la mudanza. Tres meses después, en marzo de 1967, Karel, tal vez envalentonado porque sus negocios con los inversores holandeses marchaban bien, alquiló un piso céntrico, amplio, con tres habitaciones, en la calle Prat de la Riba 10B y pudo incluso amueblarlo con cierta decencia. Era la casa más bonita que habíamos tenido.

Lejos de las humedades y acribillado de antibióticos, me recuperé

bastante rápido y, aunque los médicos me vigilaron durante años, volví a caminar sin más consecuencias.151 Pasado el susto, esa nueva casa hubiera debido ser el principio de una vida familiar apacible. Desgraciadamente, lo que comenzó fue un año infernal.

La demanda de nulidad del matrimonio de Karel y Teresa, que Eulalia había promovido ante la Curia por bigamia, llegó aquel verano. Por segunda vez, Eulalia trataba de impedir que Teresa tuviera su propia familia. El período entre 1967 y 1968 fue un horror de gritos, peleas y reproches mutuos. Era la misma táctica deletérea que Teresa había sufrido años atrás, la misma ponzoña que hundió su relación con Abdul. En esta ocasión, sin embargo, las cosas eran diferentes. Karel, a diferencia de Abdul, no tenía retaguardia a la que retirarse; no tenía un país o una familia a la que volver. Karel sabía, a sus cincuenta y siete años, que estaba jugando el último cuarto del partido. No podía permitirse perder.

El divorcio de Karel y Rachel no era legal en España, así que mi padre se vio obligado a jugar bajo las reglas que la Curia le marcaba. Para no ser considerado bígamo, la Iglesia debía declarar nulo o disuelto su matrimonio belga y para ello hacían falta evidencias de adulterio, de fallecimiento o de la desaparición de Rachel. Obtener esas pruebas desde el exilio, por mucho que las exigiera el Papa de Roma, sería tan milagroso como caminar sobre las aguas. Sin embargo, hallarlas era la única esperanza que Karel tenía de no perder a su familia.

El 9 de septiembre, Karel escribió a Poblador:

Aquí van los datos que necesitas para poder continuar con tus gestiones relacionadas con el pleito.

Mi exesposa nació van der Elst el día 1 de septiembre de 1905 en la ciudad de Aalst (Bélgica). Según las últimas informaciones que he recibido vivía en Sterrebeeck desde 1962, pero ha sido imposible encontrarla. Ha desaparecido sin dejar rastro.

Poblador respondió poco después:

Conozco bien las hazañas de tu suegra, porque la propia señora las escampó por cuantos lugares ha podido. Creo que es cuestión política por un lado y de tu eliminación por otro.

No puede en modo alguno consentir vuestra unión bajo ningún concepto, y llega al punto de considerar que lo hicisteis por ambicionar los bienes de su herencia.

Yo sé que todo esto no es verdad y que tú siempre fuiste y eres un caballero. Mantener la calma y la serenidad ante un panorama tan desagradable será clave para tu éxito.

Es preciso que analicemos, una por una, las constantes acciones de tu suegra en tu contra. Es una persona dispuesta a todo y que tiene el amparo de la iglesia política o, mejor dicho, de sacerdotes de tipo separatista siempre inclinados a desacreditar a quienes no piensan como ellos.

Hablaremos de la persecución de dicha señora hacia ti, esposa e hijos, en Palamós152 y ahora en Tarragona, y veremos si existe base jurídica suficiente en el código penal para que termine de una vez esta persecución tremenda que padeces.

Una carta de Karel a su hermana expresa sus miedos de un modo mucho más personal y emotivo:

Aquí tenemos de nuevo muchas dificultades y muy duras con la BRUJA de mi horrible suegra. Está intentando anular por la Curia mi matrimonio, que tanto me costó el año pasado. Si lo consigue, entonces perderé a mi único y pequeño hijo Carlitos. ¿Qué te parece?

Carlitos lo es todo para mí. Estoy muy cansado de todo esto, pero Carlitos lo es todo para mí.

Carlitos era yo. Y aunque viva mil años no creo que vuelva a recibir una declaración de amor tan sincera y tan desesperada como esa carta.

Te pido, Madeleine, como hermana, por favor, que me envíes un escrito antes del próximo sábado que diga que no hay rastro de Rachel. Tenemos que declarar a la Curia que ella está desaparecida. He hecho todo lo posible por encontrarla. Bertha también lo ha hecho. Tres o cuatro declaraciones en este sentido pueden salvarnos. ¿Podrías encontrar algún detective que también declare lo mismo?

POR FAVOR, ¡tan solo unas líneas! Tengo que ganar esto por Carlitos.

La desolación en la que Karel y Teresa vivieron durante esos meses es difícil de abarcar con palabras. Yo era un testigo perplejo que aún no tenía cinco años, y sin embargo recuerdo mucho nerviosismo, mucha agitación, una profunda desesperanza, y miedo, sobre todo, miedo. Con demasiada frecuencia, la rabia y la impotencia reventaban y las broncas y los gritos de Karel a Teresa y de Teresa a Karel me asustaban y me hacían pensar que el mundo era un lugar horrible.

Las pruebas del adulterio de Rachel o de su desaparición nunca llegaron, por supuesto. Un día, sin embargo, todo acabó.

Poblador le ofreció a Eulalia una entrevista para negociar, aunque no sé si esta se celebró en su despacho de Via Laietana, en Sant Sadurní o en un lugar neutral. Lo que sí sé es qué se dijo en esa reunión:

Señora, esto ha llegado demasiado lejos. Tanto usted como yo sabemos que su demanda de nulidad no tiene base alguna. Si no cesa usted en su persecución a mi cliente y no retira esa demanda, voy a denunciarles a usted y a su marido por militar en un partido separatista. Y me encargaré personalmente de que pisen la cárcel.

Poblador había lanzado la bomba atómica. Solo Teresa podía saber que sus padres habían militado en la Lliga Regionalista antes de la guerra. Y esa fue la información que Poblador utilizó como último recurso.

Aunque este partido había simpatizado con el golpe de Primo de Rivera (el padre de Eulalia estuvo muy cerca del complot) y era un partido de burgueses de derechas, católico y monárquico, en la España de Franco no había partidos. Ni, menos aún, partidos catalanistas.

La bravata surtió efecto. Eulalia se arrugó. Por primera vez sintió que había mordido donde no podía masticar. La demanda fue retirada y Poblador se aseguró de que no quedara rastro de ella en ningún archivo judicial o eclesiástico.

Era la primavera del sesenta y ocho. La playa no estaba debajo de los adoquines, pero para Karel y Teresa fueron días de revolución: había llegado la libertad y el fin de la persecución. Irónicamente, quien se la había proporcionado era uno de los líderes más importantes del fascismo español, un tipo que consideraba que Franco era un blando y un traidor. La vida está llena de fintas inesperadas.

Habían transcurrido nueve años desde que Eulalia comenzara a embestir a Karel. Es difícil entender qué energía alimentó tanto encono durante casi una década. El carácter patológico de Eulalia podría ser parte de la explicación. Teresa, sin embargo, tiene una versión que, por aberrante que pueda parecer, aún sostiene a sus noventa y dos años:

Eulalia quería a Karel para ella. No creía que yo tuviera derecho a nada: ni a un hijo ni a un marido. Lo quería todo para ella: a Xavi y a Karel. A Xavi le tuvo, a Karel no. Y lo que no podía tener, lo quería destruir.

Todo lo que concernió a Eulalia desbordó los límites de lo racional, por no hablar de los límites de lo moral. La versión de Teresa, por

retorcida y execrable que parezca, sería compatible, como dicen los forenses, con el mecanismo de la paranoia: le deseo, y si no me ama es que me odia y quiere mi mal, por tanto, he de combatirlo por todos los medios a mi alcance. Abominable, sí, pero no para Eulalia, una psicópata indiferente al dolor de quienes despreciaba.153

Karel se sentía mortalmente cansado. Aquella lucha desigual de nueve años le había devastado, había mermado su salud y quemado sus proyectos y esperanzas. Estaba a punto de cumplir sesenta años; la guerra mundial había terminado hacía veinticinco. Karel sopesó regresar a Bélgica. Quizá todo se habría olvidado ya y podría regresar para establecerse allí con toda su familia y vivir sus últimos años en paz.

No iba a ser tan fácil. A principios de 1969, el gobierno belga promulgó una ley de amnistía que alcanzó a muchos de los condenados políticos que habían colaborado durante la ocupación. Su amiga Bertha la Roja, que nunca se había desentendido de él, consultó con un abogado en Bélgica y su dictamen fue claro: no había posibilidad para el regreso. Su condena a muerte seguía en pie.

En enero de 1969, también su sobrino Albert hizo algunas gestiones e incluso llegó al ministro flamenco Leo Tindemans154. Este tuvo la amabilidad de responder con una carta autógrafa en la que disipaba cualquier esperanza:

El señor Karel Holemans no aparece en la lista de personas que han sido recientemente indultadas. Sobre la posibilidad de un indulto posterior, se me ha comunicado que presentar la solicitud a una instancia superior no va a ser de utilidad en el caso del señor Holemans.

En ese momento quedaban en Bélgica solo tres personas en prisión condenadas por delitos que tuvieron que ver con la colaboración; fuera de Bélgica había otras quinientas que se encontraban fugitivas. Solo a dos de ellas no se les podía aplicar la prescripción de los delitos: Karel era una de las dos. La ley de amnistía especificaba que «están descartadas de las leyes de amnistía aquellas personas culpables

de la muerte de conciudadanos».

La condena de Karel recogía el cargo por la delación de Raphaël Appels, que había muerto en Mauthausen tras su detención. Esta acusación, como hemos visto en capítulos anteriores, había sido inventada por el viejo Sonderführer Louis Delgrange para librarse de Karel y poder casarse con Rachel, pero sus efectos aún seguían vigentes. Al haber sido juzgado in absentia, Karel no tuvo nunca un abogado que defendiera su caso y pudiera desmontar el bulo.

No fue hasta agosto de 1971 que la ley belga conmutó todas las penas de muerte por cadenas perpetuas. Aunque para Karel la perspectiva de regresar a Bélgica, ya sexagenario, y pasar sus últimos años en prisión era mucho peor que ser fusilado al amanecer.

Los problemas de Karel, pese a todo, estaban más cerca de Tarragona que de Bélgica. Una mala racha en los negocios con los inversores extranjeros, sumado a que Teresa aún no había conseguido obtener una plaza de enfermera de la seguridad social, devolvieron a la familia a una situación lastimosa. Por enésima vez no pudieron pagar el alquiler. Y, perdida la cuenta de cuántas veces habían ya pasado por aquello, la casera les pidió que abandonaran la casa. Habíamos vivido apenas dos años en aquel piso. Yo tenía seis años y, aunque había aprendido a leer y escribir en esa casa, ya tenía edad de ir a la escuela.

Había que impedir un nuevo desahucio por todos los medios. El colegio comenzaba aquel septiembre de 1969 y Teresa necesitaba unos meses para que saliera la oposición que, si aprobaba, garantizaría a la familia unos ingresos gfijos por primera vez. Mis padres acudieron a la casera a pedirle tiempo y clemencia.

La fortuna estuvo esta vez de su lado. La propietaria del piso de la calle Prat de la Riba conocía a la familia de Teresa y sabía que los alquileres pendientes eran migajas para sus padres. La casera, quizá más por defender sus intereses que por compasión, fue a Sant Sadurní a reclamar los pagos a Eulalia. No sabemos cómo, pero el caso es que la noticia se escampó. «La hija de Eulalia vive en la pobreza», «No pueden pagar la casa y les van a poner en la calle», «Tienen un nieto pequeño y los Mestres no hacen nada por ayudarles»...

No sabemos si Eulalia daba ya por perdido el caso de su hija con

Karel, o si temió que nuevos acreedores de su hija acabaran llamando a su puerta, o si Josep intervino en el asunto. Eulalia sacó la chequera y compró un ático recién construido, con una enorme terraza desde la que se veía el mar, en la calle Canyelles, entre la plaza del mercado y la Rambla, el lugar más céntrico de la ciudad.

Y así, de este modo tan inopinado, tener techo fue un problema que desapareció de la noche a la mañana. Teresa creyó ingenuamente que su madre se había arrepentido de todo el daño causado y que quiso expiarlo regalándole aquel ático. En realidad, el piso nunca fue suyo. Siempre fue propiedad de Eulalia, aunque, eso sí, consintió que viviéramos gratis en él. Solo cuando examiné los papeles familiares averigüé que durante todos los años que vivimos allí, nuestra casera había sido la vieja Eulalia. De este modo, ella tuvo siempre la sartén por el mango y se previno de que, en caso de que a Teresa le ocurriera algo, la propiedad fuera a parar a manos de mi padre, aquel zángano al que detestó hasta el último día de su vida.

Teresa aprobó las oposiciones y encontró trabajo como comadrona en el nuevo hospital Juan XXIII, a las afueras de Tarragona. La vida de la familia se sosegó y entró en una estabilidad que benefició a todos. Yo comencé a ir al colegio y a tener amigos a los que podía invitar a casa. Lo único que les parecía raro era que mi padre fuera un hombre tan mayor.

Karel no parecía mi padre, sino mi abuelo. La vida había sido inclemente con él. Y, a decir verdad, él tampoco había ayudado mucho. Estaba muy flaco, tosía mucho, andaba encorvado y arrastraba los pies. No había dejado de fumar ni un solo día durante medio siglo y seguía bebiendo como se suponía que bebían los hombres de su tiempo; un tiempo que ya era antiguo, pero que había sido el suyo.

Cualquiera podía ver que Karel no iba a vivir mucho más. Todo en su biografía parecía sacado de una ópera trágica; tal vez por eso la vida no quiso despedirse de él sin un gran finale.

21

ROJO SANGRE

A las nueve de la mañana del sábado 2 de marzo de 1974, dos verdugos, uno en Barcelona y otro en Tarragona, apretaron sincrónicamente, aunque con pericia desigual, el tornillo del garrote vil sobre el cuello de dos hombres jóvenes, llenos de vida y vacíos ya de esperanza.

En Barcelona mataron a Salvador Puig Antich, de veinticinco años de edad, un anarquista catalán partidario de la resistencia armada antifranquista.

En Tarragona mataron a Heinz Ches, un pobre diablo que le había disparado dos cartuchazos de postas al guardia civil Antonio Torralbo Moral. Por el agujero cupo el puño del forense y podía verse a plena luz el grueso músculo del corazón, desgarrado por la perdigonada.

Una de las pocas personas que asistieron a la ejecución de Ches fue su intérprete, Karel Holemans.

Heinz Ches era, oficialmente, un polaco que había pasado su infancia en hospicios y reformatorios comunistas, y que había sido encarcelado en prisiones soviéticas en las que recibió un trato feroz e inhumano, donde aprendió a tener pánico de la gente de uniforme.

Su verdadero nombre era Georg Welzel, nacido en Cottbus, en la República Democrática Alemana, muy cerca de Polonia. Construyó su falsa identidad de Heinz Ches con el nombre de pila de su padre y el apellido de soltera de su madre, que sí tenía origen polaco.

Desde muy joven, la obsesión de Georg fue escapar de la RDA y poder sacar a su madre de la pobreza. Fue encarcelado hasta cuatro veces por sucesivos intentos de pasar al otro lado. Cada nueva detención por

la Stasi y cada reingreso en sus herméticas prisiones acrecentaba su deseo de escapar.

EL CASO

Núm. 1.500 - Madrid, 9 marzo 1974 - Precio: 6 ptas.

Páginas centra

LA MAYOR
CATÁSTROF
AÉREA DE
LA HISTORI

SALVADOR PUIG ANTICH Y HEINZ C

EJECUTADOS

Salvador Puig Antich (a la izquierda) y Heinz Chez fueron ejecutados al pasado sábado día 2 de marzo, en cumplimiento de las sentencias dictadas por sendos Consejos de guerra celebrados en Barcelona y Tarragona, respectivamente, en los que los consideró culpables, el primero, de la muerte de un subinspector de Policía, y el otro, de un guardia civil. Todos los detalles sobre las últimas horas de los condenados, los antecedentes y los delitos que les llevaron al patíbulo, pueden leerlos ustedes en un amplio reportaje que encontrarán en las páginas interiores de este número

Noticia de la ejecución de Salvador Puig Antich y Heinz Ches.

Así pasó diez años. Del orfanato a la clandestinidad y de los interrogatorios de la Stasi al encierro en sus celdas. Monjas, funcionarios, policías, jueces, soldados, comisarios políticos y guardianes: la brutalidad siempre vestía de uniforme.

Georg mantuvo una obstinación casi suicida. Nunca se retractó de su propósito de abandonar el país y así lo repetía cada vez que le interrogaban. Un buen día, el Estado consideró que Georg Welzel era una miserable anomalía, un subhumano sin reformación posible. Para librarse de semejante detritus social, decidió deportarlo a la Alemania occidental en un intercambio de prisioneros. En un acto de burocracia surreal, el estado del que pretendía escapar le abrió de par en par las puertas de la libertad.

Su itinerario hacia España es confuso. Consiguió trabajo en Marsella, fue vendimiador en el sur de Francia, cruzó los Pirineos sin pasaporte a diez kilómetros del paso de Portbou, y un tiempo después apareció en Barcelona. En el puerto de esta ciudad se produjo un confuso incidente con un guardia civil que vigilaba el varadero por la noche.

Heinz Ches disparó una pistola de pequeño calibre a bocajarro en la cara del guardia Jesús Martínez Díaz. El disparo de Ches le arrancó un diente, le cortó la lengua en dos mitades, como a un ofidio, y le alojó una bala en las cervicales, a un centímetro de la yugular. El guardia, pese a todo, sobrevivió.

Ches puso tierra de por medio y siguió camino hacia el sur. Unos días más tarde, junto con unos compadres de vagabundeo, rompió un ventanuco del sótano de un chalet en una urbanización de Cambrils. Se instalaron en la casa durante unos días y de ella se llevó una escopeta de caza de calibre 12 con diecisiete cartuchos.

Caminando sin rumbo, campo a través y por caminos secundarios, reapareció veinticinco kilómetros aún más al sur. El camping Cala d'Oques se encuentra pegado al mar y a la playa, en un punto algo apartado de Hospitalet de l'Infant, en la costa de Tarragona.

Hacia allí se encaminó Ches, mientras un sol otoñal templaba la tarde

del 19 de diciembre de 1972. La camarera holandesa Netty van Hoorn, sentada en la terraza, le vio llegar caminando por la carretera, con su chaquetón y su escopeta al hombro. Llevaba al cuello un medallón, una onza de plata de Napoleón III, que espejeaba a lo lejos.

Ches se sentó junto a la camarera y le preguntó si podía tomar café. A Netty no le extrañó ver un hombre armado. Era temporada de caza, y aquel joven delgado, de labios gruesos y mentón cuadrado, más candoroso que atractivo, le dijo que venía de disparar a los tordos.

Heinz Ches mentía. De los diecisiete cartuchos que había robado, solo uno pudo haber sido disparado contra los pájaros. Otros dos acabarían en el pecho del guardia Antonio Torralbo y los restantes catorce los encontró la guardia civil en el lugar donde arrojó el arma, el chaquetón y el medallón, antes de escapar corriendo por el monte.

El propietario del camping, Gerard van der Meulen, le dijo a Netty: «La pintura de las puertas está aún fresca. Vigila como un guardia civil que nadie las toque».

Aunque ambos hablaron en holandés, Heinz Ches entendió las dos palabras más importantes: guardia civil. Gerard se despidió y condujo su coche en dirección al pueblo. El falso polaco y falso cazador le vio marcharse, sin estar seguro de cuánto debía desconfiar. Netty van Hoorn invitó a Ches a pasar al bar. Este se sentó en un taburete y dejó el arma sobre la barra. Netty pasó detrás de esta para prepararle el café.

Desde fuera llegó el crujido sobre la gravilla de una moto que paró frente a la puerta. Netty llevaba solo diecisiete días en España trabajando en el camping. Y diecisiete tardes había pasado por allí el guardia Antonio Torralbo, más interesado en coquetear con Netty que en hacer la ronda.

Tenía un simpático deje andaluz y cada día pasaba un rato enseñándole su imposible pronunciación a la camarera holandesa, una atractiva rubia de ojos entre verdes y azules, con los mofletes sonrosados por el sol y poco más de veinte años. El guardia Torralbo, vestido de uniforme verde y tricornio, venía de recoger la correspondencia del cuartel de Hospitalet. Se sonreía pensando en el buen rato que pasaría con Netty haciéndole pronunciar: «El perro de

San Roque no tiene rabo porque Ramón Rodríguez se lo ha…».

Pam. Pam.

Heinz Ches, puesto en pie a tres metros de Antonio, le había vaciado en el pecho los dos cañones de su escopeta. Con los ojos muy abiertos, incrédulo, sin entender nada, el guardia cayó muerto cuando aún no había dado dos pasos en el bar.

Con Antonio no solo había entrado un uniforme de la guardia civil y un tricornio. Con él venían en legión todos los uniformados que habían abofeteado, insultado, encerrado, gritado y azotado al joven Georg Weizel durante años.

Heinz Ches recargó la escopeta con otros dos cartuchos, apuntó a Netty y le ordenó que saliera de la barra y le ayudara a arrastrar al muerto. Netty tiró del cuerpo, pero apenas podía con Antonio, que con los ojos abiertos ya no la miraba con la lujuria de antes. Había sangre por todas partes. Ches ordenó a Netty que la limpiara.

Ches vio el armario triangular bajo la escalera que conducía al piso superior. Levantó el cadáver por los correajes y trató de meterlo dentro. Solo cupo el torso, así que dejó las piernas fuera. Netty llenó un cubo y pasó la fregona sobre el reguero de sangre caliente donde había dejado sus propias huellas. Ches dejó con mucha calma la escopeta a un lado y cogió la pistola Star de la cartuchera del guardia.

La camarera salió a vaciar el cubo en el lavadero y no lo pensó dos veces. Arrancó a correr cuesta arriba hasta la carretera. Resollando, con el corazón enloquecido, paró un coche. No hablaba casi español, pero llevaba la ropa y las manos manchadas de sangre. El conductor no necesitó más explicaciones para llevarla al cuartel de la guardia civil.

Heinz Ches se tomó el café, que aún no se había enfriado, cogió dos mil trescientas pesetas de la caja y desapareció. Pasó la noche en el monte y cuando ya amanecía se sentó en la estación de l'Ametlla de Mar a esperar el primer tren a cualquier parte. Allí le encontró la guardia civil. Vestía un mono de trabajo y un casco de obrero que había robado y aún llevaba encima la pistola reglamentaria de Antonio Torralbo. No se resistió a la detención. Era el 20 de diciembre de 1972.

Karel Holemans tenía entonces sesenta y dos años. Era amigo del comandante Ángel de Aizpuru Moris, de la capitanía general de Tarragona. Aizpuru era el juez instructor de la causa contra Heinz Ches, asesino confeso de un guardia civil y sospechoso de herir gravemente a otro.

Karel había sido nombrado traductor oficial de la capitanía general de Tarragona, lo que le procuraba algunos ingresos muy bienvenidos en casa. Con ese nombramiento llegó también Heinz Ches, con todo su mal fario, a formar parte de nuestras vidas. La instrucción del consejo de guerra se inició recién acabadas las fiestas de Navidad de 1972. En enero, llegaron a casa las primeras citaciones a mi padre, entregadas en mano por un militar.

El día 8, Karel tradujo durante sesenta y cinco minutos en el juzgado de Tarragona al propietario del camping Cala d'Oques, el holandés Gerard van der Meulen, la primera persona que llegó a la escena del crimen. Al día siguiente tradujo del alemán al español la declaración que hizo Heinz Ches al juez en la cárcel de Tarragona. Y un día más tarde, el 10 de enero, le tradujo a Ches su auto de procesamiento y su ingreso en prisión incondicional.

Ocho meses después, el 6 de septiembre de 1973, se celebró por fin el consejo de guerra en el gobierno militar de Tarragona. Fue ese un día de mucho calor. Mi padre se puso un traje claro, corbata y unos zapatos de rejilla baratos que, como tenía los pies anchos, estaban ya bastante deformados.

Esos días Karel estaba más alterado que nunca y era en casa donde menos lo disimulaba. A mis casi once años, yo no entendía mucho de lo que le pasaba. Mi padre estaba muy irritable y para hacernos ver la gravedad de lo que estaba ocurriendo nos decía: «¿Y si estoy con el asesino en la cárcel y saca una pistola y me mata?».

A mí me parecía muy difícil que un hombre encarcelado pudiera tener un arma escondida en su celda, sacarla de repente y empezar a disparar. Pienso que mi padre exageraba para que entendiéramos su angustia. Aún escucho su voz agitada y le veo el pulgar y el índice extendidos en forma de pistola. Imitaba el retroceso de los disparos con tanta naturalidad que tenía la impresión de que esa sacudida en la palma de la mano no estaba copiada de las películas.

Tardé en comprender la conmoción que el juicio le provocaba a Karel. Si la policía belga le hubiera echado el guante en 1946, él mismo habría estado sentado frente a un consejo de guerra como aquel. Solo hubiera podido esperar la muerte o la cadena perpetua. Lo mismo que le aguardaba a Heinz Ches, cuyas palabras mi padre iba a traducir y poner a los pies de los jueces militares. Con el corazón encogido, Karel, que se había pasado la vida huyendo del pelotón, sintió que él y Ches eran las dos caras de una moneda lanzada al aire.

Fue en aquellos días del consejo de guerra cuando por primera vez vi a mis padres abrazados y besándose.

En la mañana del juicio, en el bar del gobierno militar, la testigo Jeanette van Hoorn se fijó en un hombre mayor con los pies grandes que bebía un carajillo tras otro. Ese hombre asustado era mi padre. En el interior de la sala del juicio, cinco militares con uniformes y sables de gala se sentaban tras la mesa del tribunal. A ambos lados, banderas de España y, sobre la mesa, un crucifijo y el código de justicia militar.

A los ojos de la joven holandesa, aquella puesta en escena era una ceremonia propia de reyezuelos africanos. Cuando Karel tradujo sus palabras, protestó en voz alta. Muy alterada, pensó que su traducción no se correspondía con lo que acababa de decir. El tribunal la mandó callar y la enviaron a sentarse entre el público sin más miramientos.

Karel intervino una vez más esa mañana. Tradujo las respuestas de Heinz Ches a las preguntas de su abogado. Aunque, como ya se había reconocido culpable en sus declaraciones previas, había poco que pudiera añadir. Tras la vista pública, el jurado militar se retiró a deliberar. Mandaron traer una paella de marisco y unas botellas de rioja del hotel Beá, que estaba justo enfrente del gobierno militar, en la Rambla Vella de Tarragona.

Ángel de Aizpuru, el juez instructor, daba por sentado que a Ches le iban a poner treinta años por las eximentes de enajenación mental transitoria y miedo insuperable. De hecho, ese fue su argumento para convencer al abogado civil Jordi Salvá de que asumiera la defensa de Ches. Se trataba de ofrecer a la opinión pública una imagen de juicio civilizado y con todas las garantías procesales.

«Serás una toga entre sables. No habrá condena de muerte. No

conviene ofrecer esa imagen a los observadores internacionales». Pero cuando los militares estaban sentados a la mesa, ya sin guerrera, en mangas de camisa, reconfortados por el arroz y el vino y sobrevolados por un sopor de siesta, justo en ese momento, entró la parca sigilosa.

El comandante de infantería Ángel de Aizpuru era el juez responsable de dictar las acciones legales, pero solo desde la detención de Ches hasta su condena. Quien debía construir y argumentar la sentencia era el comandante auditor Francisco Muro, técnico jurídico del consejo de guerra.

Tras tres horas y media de deliberación y sobremesa, el comandante Muro ordenó al soldado de reemplazo Francisco Pintado Simó: «Chaval, ponte a la máquina».

Sacó la sentencia que traía escrita desde Barcelona y se la dictó: pena de muerte.

Al día siguiente, Aizpuru se encontró con mis padres en el bar Xaloc para tomarse un Tío Pepe: «Esto es una barbaridad. Es totalmente desproporcionado. Quieren dar ejemplo, pero esto es una exageración. Treinta años eran suficiente castigo».

Aizpuru se tranquilizó a sí mismo diciéndose que la severidad de la sentencia era una astucia intencionada. Habían creado la ocasión para que el régimen de Franco pudiera mostrar a los medios internacionales la inmensidad de su clemencia. Llegaría un indulto in extremis para probarlo. Al fin y al cabo, era 6 de septiembre de 1973 y aún quedaban meses para que la magnanimidad del caudillo pudiera manifestarse.

Sin embargo, lo que acabó ocurriendo era imposible de prever.

El 20 de diciembre de 1973, tres granadas antitanques hicieron volar por los aires el Dodge Dart negro del almirante Carrero Blanco en la calle Claudio Coello de Madrid. Con Franco ya enfermo, el régimen y su continuidad quedaron decapitados, y el franquismo se aprestó a reequilibrar la balanza de la muerte. Dos semanas después, el 8 de enero de 1974, el joven anarquista Puig Antich fue juzgado en consejo de guerra en Barcelona y condenado a muerte. Salvador Puig Antich les dijo a sus hermanos: «ETA me ha matado».

Solo un día después, el Consejo Superior de Justicia Militar ratificó la pena de muerte de Heinz Ches a garrote vil. La condena de Puig Antich no podía presentarse sola. Era mejor que hubiera dos. De ahí que se presentaran juntas al consejo de ministros.

La condena a muerte de Puig Antich iba a ser un escándalo internacional. Convenía, pues, acompañarla de otra, la de un reo común que despolitizara ambas ejecuciones. En la España de Franco no se mataba por ideas políticas, solo por delitos de sangre. Si la medicina para curar el dolor del régimen era Puig Antich, Ches fue el excipiente.

Heinz Ches pasó aún dos meses más encerrado en la prisión de Tarragona. Allí no podía oír cómo los roñosos engranajes de la justicia comenzaban a gruñir lentamente. El verdugo oficial de la audiencia de Sevilla, de nombre Bernardo, había muerto hacía poco. Su cadáver fue encontrado en su casa, medio podrido y comido por las ratas.

De entre los aspirantes a sustituirle —había tres, tanta era la penuria que se vivía en Andalucía— recibió el encargo un hombre llamado Pepe Monero. Es innecesario decir que ni tenía vocación ni recibió nunca formación para tal oficio. En todo momento le ocultó a su familia haberse postulado para el empleo. Por ello, cuando llegó el día y el enviado de la audiencia de Sevilla llamó a su puerta para comunicarle que le había salido un trabajo, no le hizo subir. Bajaron a la calle de inmediato y Pepe se dejó conducir hasta el juzgado.

Le bajaron a los sótanos y allí vio el garrote por primera vez en su vida. Era un grueso tornillo, bien aceitado, con una cruceta que permitía asirlo con las dos manos. Cuando se le daba vueltas, atraía una argolla pensada para abrazar el cuello de una persona. El final dentado del tornillo, llamado alcachofa, debía apoyarse sobre una viga gruesa. Así, al apretarlo, el corbatín de hierro era atraído hacia la viga y reducía el grosor del cuello hasta encerrarlo en una estrecha rendija en la que apenas cabía un dedo. Esto provocaba la muerte por asfixia, el aplastamiento de la tráquea y la fractura de las vértebras. Si el verdugo era ducho, la muerte era inmediata. Si no, no lo era.

Pepe Monero puso sus manos por primera vez sobre el hierro y lo estudió, mientras un oficial judicial, que tampoco había utilizado nunca el artilugio, le impartía la clase teórica. Escuchadas las

explicaciones, Pepe metió el garrote en un saco de arpillera, lo ató con una cuerda y lo arrojó en el maletero del Seat 1500 ranchera de color gris al que dos miembros de la policía armada le condujeron.

El chófer arrancó y el coche con los policías y Pepe, el verdugo neófito, emprendió su camino a mediodía del 1 de marzo de 1974. Iba a recorrer mil diecisiete kilómetros sin paradas hasta el edificio de la prisión de Tarragona. A esas horas, el gobierno aún no había comunicado a la prensa la ratificación de la sentencia. Muy pocos estaban al corriente de estos letales preparativos.

Uno de esos pocos era Karel. Esa misma tarde le habían avisado de que debía acompañar al comandante Aizpuru a la cárcel poco antes de las nueve de la noche. La hora negra había llegado. Aizpuru, en uniforme de gala, mandó llamar a Heinz Ches, preso en la celda 44. Le acompañaban Francisco Pintado Simó, el soldado que actuaba como secretario, el capitán Carlos Berrueco, defensor militar, y mi padre, en calidad de intérprete. Dos funcionarios se incorporaron más tarde para firmar como testigos.

Karel tradujo palabra por palabra la solemne voz de Aizpuru, agrietada por la gravedad del trance. Durante veinte minutos leyó la extensa sentencia de muerte, con todos sus razonamientos jurídicos y, por fin, el anuncio de su ejecución doce horas después, a las nueve en punto de la mañana del día siguiente.

Karel le tradujo la última pregunta: «Würden Sie das unterschreiben? (¿Quiere usted firmar la sentencia?)».

Ches negó con la cabeza y los dos testigos firmaron que la sentencia había sido leída. Ya no regresó a la celda 44. Entró en capilla en una habitación contigua al locutorio de mujeres, lugar elegido para la ejecución, muy cerca del portón principal, que ya solo cruzaría dentro de una caja de pino.

«Hay un teléfono conectado con el Pardo que puede sonar en cualquier momento».

Mintieron a Ches, a la vez que se mentían a sí mismos. Esa misma mañana, en el consejo de ministros, Franco se había dado por enterado de las ejecuciones inminentes de Ches y de Puig Antic. Su silencioso plácet era el último requisito.

Heinz Ches pasó sus últimas horas jugando al parchís con dos funcionarios, con un cura católico y con un pastor evangelista, pues en algún momento había declarado que era más o menos protestante. Ambos religiosos le propusieron contrición y confesión. A ambos les respondió, con la mayor educación, que no estaba interesado. Le ofrecieron vino, cerveza, coñac, café y tabaco a discreción. Este fue también el menú de mi padre durante esas horas. El intérprete tampoco podía salir de la cárcel. Debía estar disponible en todo momento, por si el reo quería hacer una declaración in extremis. Karel pasó la noche en vela con los demás involucrados en la ejecución. Había poco ánimo para la conversación, así que llenaron la espera viendo el combate de boxeo entre Urtáin y King Román, que TVE programó inesperadamente para esa noche.

Pasadas las tres de la mañana llegó el verdugo a la prisión, con mil kilómetros a la espalda y sin dormir.

—¿Dónde está la silla?

—¿Silla? ¿Qué silla?

En veinticuatro años nunca se había ejecutado a nadie en la prisión de Tarragona. No había patíbulo, ni silla, ni cadalso, ni instalación apta para matar a un hombre, siquiera legalmente. Trajeron de un despacho una silla de oficinista, de madera, con reposabrazos y con ruedas.

—¿Y el palo?

—¿Qué palo?

El tornillo del garrote debía fijarse a un poste para que la argolla estrechara el cuello contra la madera y produjera la muerte. En Tarragona tampoco había poste. El verdugo no se alteró, pues en realidad no sabía bien cómo funcionaba el garrote ni qué debía hacer exactamente. Pidió tres hombres para poder ensayar y les llevaron discretamente al locutorio de mujeres, una habitación pequeña y desnudada para la ocasión.

Salió el sol. El teléfono no sonó. El canciller alemán Willy Brandt había conseguido que el papa Pablo VI, por mediación del abad de Montserrat, llamara a El Pardo para interceder por Ches y por Puig

Antich. Pero su excelencia estaba durmiendo y no se le podía despertar. Había dado orden de que no se le molestara.

A las nueve de la mañana, Ches se despidió de todos, dio las gracias a cada uno de los presentes, legó sus mínimas pertenencias a su compañero de celda portugués y fue conducido a la pequeña habitación contigua. El sacerdote católico Juan Badell le acompañó. Allí estaban la silla de oficina, el verdugo, el comandante Aizpuru, su secretario, el director de la cárcel, dos funcionarios, el capitán médico José María Pastor y Karel Holemans.

Nadie había previsto que había que cubrir la cabeza de Ches para evitar ver cómo los ojos se le salían de las órbitas, así que improvisaron una capucha con la funda de una almohada. Le sentaron en la silla y le ataron a ella de pies y manos.

Pepe, el verdugo, ajustó la argolla por encima de la capucha. De repente, Heinz Ches comenzó a revolverse en la silla y trató de pronunciar sus últimas palabras.

—El reo quiere hablar. ¡Intérprete!

Retiraron la argolla y mi padre, paralizado por el auto de fe que tan torpemente se desenvolvía ante sus ojos, escuchó y tradujo:

—Si no me ponen la argolla más abajo, me van a romper los dientes.

Cuando el verdugo trató de cerrar la argolla alrededor del cuello, tuvo que soltar el manubrio. Como el garrote no estaba fijado a ningún poste, el extremo del tornillo, más largo y más pesado, basculó hacia el suelo y levantó el collarín hasta ponerlo bajo la nariz del reo. La falta de maña y los nervios del debut hacían que el verdugo no pudiera ver dónde estaba ajustando la argolla. En lugar de hacerlo en el cuello, lo estaba haciendo sobre la boca de Ches. La tensión que se creó en la habitación fue solo el principio del aquelarre.

Pepe Monero ajustó, ahora sí, la argolla sobre el cuello y comenzó a darle vueltas al tornillo. Al no encontrar poste alguno y no poder morder en la madera, la alcachofa dentada buscó directamente la nuca de Ches. Sin embargo, precisamente por no haber madero, el espacio entre el collarín y la alcachofa era demasiado holgado para estrangularle. El verdugo, fuera de sí, gritó:

—¡Tiene el pescuezo demasiado delgado!

Uno de los dos funcionarios le arreó una soberana hostia con la mano bien abierta.

—¡Acaba ya, hijo de puta!

Las manos del verdugo temblaban al desmontar el garrote y ponerlo en el suelo. Cogió el mismo saco y la misma cuerda con los que había viajado el hierro y enrolló la tela alrededor de la argolla, para reducir así el espacio en el que el cuello de Heinz Ches hiperventilaba. Ató el apaño con la cuerda y volvió a comenzar.

En cuanto el reo sintió el frío de la punta de la alcachofa pinchando su nuca, se inclinó hacia delante y, como la silla tenía ruedas, cuanto más le ajustaban el garrote, más lejos se iba Ches con la silla, impulsándose con los pies. El verdugo tuvo literalmente que perseguirle por la habitación para agarrotarle. Aun atado a la silla, Ches intentó incorporarse para tratar de escapar de aquella muerte atroz, llevándose consigo el tornillo que le colgaba de la nuca, y tras él, al verdugo que lo sujetaba.

Aizpuru gritó a los dos funcionarios de prisiones que actuaban como testigos:

—¡Cójanle por los hombros!

—¡Yo no lo toco! —gritó uno de ellos.

Aizpuru y el otro funcionario agarraron al reo por los hombros y lo empotraron en el asiento de la silla de oficina. La punta del tornillo perforó por fin la nuca y quebró las cervicales de Ches con un crujido salido del mismo infierno. Ches lanzó un alarido desde el estómago, con la tráquea aplastada por la argolla envuelta en arpillera. El verdugo, fuera de sí y cagándose en dios y en la puta virgen, daba vuelta tras vuelta al tornillo, que trepanaba la nuca del reo. La sangre resbalaba sobre sus hombros y por su espalda. Así moría Ches, el hombre que creyó que, cruzando los Pirineos, conseguiría escapar de la brutalidad de la Stasi. El capitán médico salió a vomitar.

Mi padre estaba al borde del desmayo. Le mantenía en pie pensar que, pese a verse obligado a presenciar ese horror, debía considerarse

afortunado porque aquella nuca no había sido la suya.

Al cabo de quince minutos, la cabeza de Ches colgaba inmóvil sobre la argolla. El verdugo sujetaba la cruceta del garrote para evitar que el tronco se desplomara. Ahora que todo había terminado, estaba confundido, inmóvil y sin saber qué más hacer.

Desmontaron el garrote, desataron el cadáver y, chapoteando sobre la sangre, lo depositaron en el cajón de pino basto. El padre Badell le puso sobre el pecho el crucifijo de madera que su madre le había regalado cuando ofició su primera misa. Aizpuru salió hecho un basilisco de la habitación de la muerte. Agarró por la manga al lloroso funcionario que se había negado a sujetar a Ches, y le gritó a Mesquida, el director de la prisión:

—¡Este hombre queda arrestado! ¡Ni sabe comportarse como un hombre ni tiene cojones!

Un coche fúnebre se llevó el ataúd hacia la fosa común del cementerio. Todos tenían prisa por dejar atrás aquel lugar.

Mi padre renunció cortésmente a que le llevaran. Eligió caminar hacia casa. Levantó la vista al cielo y celebró que sus azules y sus blancos seguían allí. La luz de la mañana le devolvió por un instante los gozosos momentos de olvido que obtenía al pintarla.

Pero la ejecución le había devastado. La adrenalina aún combustionaba dentro de su cuerpo. Caminaba con pasos rápidos, huyendo del horror. Casi corría, hiperactivo y mentalmente acelerado. Había estado encerrado en el corredor de la muerte y le habían indultado al amanecer. Él sí había recibido la llamada de clemencia. Estaba condenado a muerte desde los treinta y ocho años y llevaba veintiséis escapando de la ejecución y viviendo perseguido. Hoy la muerte había buscado una nuca, pero no había elegido la suya.

El sol subía y deslumbraba sus ojos claros. Los hechos de esa noche nefanda iban desvaneciéndose para convertirse en fantasmas. A medida que sus pasos le alejaban de la cárcel y le acercaban al mundo de los vivos, un agotamiento profundo le encorvaba. Sentía la cabeza acorchada por el tabaco, los cafés y el licor de la larga vela.

Mi padre no pudo dormir en dos semanas. Le contó muchos detalles a

mi madre, pero tuvo la delicadeza de no contarme ni una palabra a mí, que acababa de cumplir once años. Solo un par de años después, poco antes de morir, me hablaría del episodio de la ejecución.

Nunca pensé que los huesos de un hombre pudieran hacer ese ruido. Es como cuando un perro mastica huesos de pollo, pero mucho más fuerte.

En ese fatídico 2 de marzo de 1974 acabó la vida adulta de mi padre y dio comienzo su vejez. Esa mañana Karel creía caminar hacia casa, aunque en realidad huía de la muerte, que le pisaba los talones.

La parca y Karel ya estaban presentados. Encantada de encontrarte por fin; volveremos a vernos pronto.

22

NEGRO HUESO

Como un rayo caído del cielo, un infarto derribó a Eulalia Sagués un atardecer de octubre de 1976. Se encontraba tomando el té con una vecina en su casa de Salardú, en el Vall d'Aran. Cayó fulminada y la luz se le apagó sin avisar. Nada se pudo hacer por ella. Tenía sesenta y nueve años.

Josep Mestres, su viudo, invitó a Karel al entierro y este correspondió a la cortesía y acudió. Dieciocho años después de que Eulalia le hubiera echado a patadas de su casa, Karel subió de nuevo la señorial escalera de la mansión de los Mestres. El encuentro de ambos hombres en el salón principal, su apretón de manos y el intercambio susurrado de palabras de condolencia estuvieron rodeados por el silencio marmóreo de los familiares presentes.

Yo tenía casi catorce años y la escena se fijó en mi memoria como una de esas pinturas monumentales del Romanticismo que dan testimonio de una reconciliación histórica, con dos figuras centrales y un coro de testigos atónitos. Aun teniendo a Eulalia de cuerpo presente, en aquel instante memorable hubo más de reparación que de duelo y luto. Karel y Josep se habían entendido mejor el uno con el otro que cualquiera de ellos con la difunta y, en esa casa llena de muerte, el sentimiento de afinidad se manifestaba clamorosamente vivo.

Era la primera vez que yo veía a mi padre pisar la casa y saludar con amabilidad a los parientes de Teresa; es decir, a mi familia materna. Desde que fue expulsado, Karel no había vuelto a cruzar el umbral. En las raras ocasiones en que nos acompañaba a Teresa y a mí a Sant Sadurní, él nos esperaba fuera de la casa, sentado en la terraza del bar de la plaza. Tardé en comprender por qué mi padre era un apestado que no era bienvenido, que no podía ser mencionado, y a quien nadie

podía hablar o saludar.

El único que se atrevía a romper ese tabú era su amigo Josep Mestres, que siempre salía a la calle para saludarle y departir con él, provocando la ira de Eulalia cada vez. Su muerte cerraba dos décadas de odio empecinado que retorcieron y amargaron la existencia de Karel y de Teresa sin necesidad ni provecho para nadie.

Karel se había avejentado tras tantos años de estrechez e incertidumbre. Todos sus hermanos, salvo Madeleine, habían muerto. Robert, su cuñado íntimo, se había ido años atrás, y en septiembre de 1977 murió su otro cuñado, amigo y correligionario, Jaak van Gompel. La Bélgica que Karel había conocido se moría, pero la España que le había acogido también se extinguía.

En junio de 1977 se celebraron las primeras elecciones de la democracia española. Franco había muerto dos años antes y España galopaba hacia un lugar en el que, como dijo un vicepresidente de su gobierno, no la iba a reconocer ni la madre que la parió.

Una prueba de cómo habían cambiado los tiempos la encontramos en un curioso documento. Karel dejó una nota escrita a mano en el dorso de una octavilla electoral que anunciaba un mitin de la coalición de partidos catalanistas Pacte per Catalunya. Hablarían Jordi Pujol y Ramon Trias Fargas para pedir el voto en aquellas primeras elecciones de 1977. En el dorso del panfleto, Karel escribió a su primo Jozef para invitarle a visitarle y a invertir en España, dado que el cambio del franco belga era muy favorable.

El mundo se transformaba, familiares, amigos y enemigos fallecían, pero el corazón de Karel seguía anclado en Bélgica; el alma de los exiliados nunca aprende a volar.

Su sobrino Paul van Gompel155, hijo de Jaak y de Martha Holemans, visitó a Karel en Tarragona en agosto de 1977. Era su primer viaje fuera de Bélgica y nunca había conocido en persona al legendario tío Karel, de quien tanto se hablaba en la familia. Karel estaba ya enfermo y muy flaco, y su aspecto era débil y poco saludable. Aunque tenía solo sesenta y siete años, a Paul le dio la impresión de que estaba cerca del final de su vida.

El tío Karel estaba siempre sentado en un taburete del bar de debajo de su casa156, con una copita de vino en la mano.

Me pidió llevarle en mi coche a visitar a unas personas que le debían dinero por sus trabajos como traductor. Lo hice y me pareció que le pagaron.

Karel quería agasajar a su sobrino y le resultaba embarazoso no poder hacerlo. Así que le pidió que le llevara a ver a varios conocidos para, con el pretexto de presentarles a sus parientes, pedirles dinero «prestado» para poder invitarles. El superviviente que Karel había aprendido a ser supo inventarse deudas ficticias para disfrazar lo que no eran más que sablazos. Por suerte, había sabido cultivarse buenos amigos.

En las visitas de sus sobrinos, Karel nunca habló de la guerra ni de lo ocurrido antes o después. Evitaba mencionar cualquier hecho relacionado con decisiones que había tomado y que el tiempo demostró equivocadas. Como tantos otros flamencos, después de la guerra Karel eligió el silencio.

Karel se comportaba con sus familiares como si su estancia en España fuera un retiro voluntario, una dorada jubilación junto al Mediterráneo que cualquier ciudadano belga envidiaría; como si todo fuera provisional y en cualquier momento pudiera decidir que ya estaba bien de vacaciones y que regresaba a Bélgica.

Un día se animó a hablar de los viejos tiempos y entonces se remontó muy atrás. Karel presumió ante su sobrino Paul de que, cuando era joven y vivía en Averbode, había sido amigo del príncipe Carlos, conde de Flandes. Este príncipe era también pintor y firmaba sus cuadros como Karel van Vlaanderen. Ambos Karel solían ser compañeros de farra y juntos frecuentaban los prostíbulos de la región del Kempen. Este príncipe era el hermano menor de Leopoldo III y fue regente de Bélgica hasta que este pudo regresar del exilio suizo.157

Para Paul debió resultar raro, si no increíble, que aquel tío suyo que vivía exiliado en España, vestido con ropa pasada de moda, lavada mil veces y agujereada por chispas de cigarrillo, envejecido, flaco como un quijote, manteado por la vida, con extremidades larguiluchas y

enclenques, envuelto en una nube de humo de tabaco negro barato y que claramente había vivido tiempos mejores, presumiera de haberse codeado e ido de putiferio con el príncipe regente de Bélgica, hermano del rey Leopoldo III.

Aunque, tratándose de Karel, esa historia de príncipes y putas pudo muy bien haber sido cierta.

A finales de diciembre de 1977, la revista Interviú publicó un reportaje sobre la ejecución de Heinz Ches, de la que ya habían pasado cuatro años. Solo cuatro años, pero como la ejecución había ocurrido antes la muerte de Franco, se la mencionaba como algo prehistórico, antediluviano. En uno de sus párrafos, el artículo decía:

El consejo de guerra fue a primeros de septiembre de 1973. Como intérprete de Ches actuó —lo que son las cosas— un tal Holemans, un alemán del que todos dicen que fue miembro de las SS.

Karel ni era alemán ni había sido SS. Sin embargo, al verse así descrito, se asustó. Me envió a recoger un ejemplar de ese Interviú a casa de un amigo suyo, que era quien había leído el artículo. Para mí, con solo quince años, lo realmente turbador de la revista era el gran número de desnudos y de pezones femeninos que contenía. Sin embargo, para Karel ese libelo era una gota más en una vida perseguida por la infamia. Por fortuna, la cosa acabó en nada, pues las revistas españolas vivían momentos muy amarillos y retozaban continuamente en lo escandaloso.

Dos días antes de la navidad de 1978 llegó el penúltimo aviso. Estábamos en casa y Karel se disponía a salir a la calle. De pronto, se oyó un golpe enorme en el recibidor. Teresa y yo corrimos hacia allí y encontramos a Karel caído en el suelo. La mitad derecha de su cuerpo temblaba y hacía por incorporarse; la otra mitad estaba rígida, paralizada. Había sufrido una hemiplejia.

Karel pasó aquella Navidad en el hospital y, a pesar de que el ictus había sido severo, tal vez por ser el primero, sus consecuencias no fueron permanentes. Tras una semana en el hospital volvió a casa a

tiempo de celebrar el fin de año, para alivio de todos. Karel brindó con nosotros con cava Mestres, que puntualmente enviaba su amigo y suegro Josep.158 Ninguno de nosotros podía saberlo, pero esas doce uvas eran las últimas que tomábamos juntos.

Con dieciséis años recién cumplidos, yo ya era capaz de entender que mi padre estaba muy viejo, mucho más viejo de lo que yo habría necesitado. Que Karel pertenecía a un mundo antiguo, a una época remota cuyos protagonistas estaban casi todos muertos, me lo confirmó la emisión por televisión de la serie Holocausto, en junio de 1979.

Su protagonista, un pintor judío a quien los nazis torturaban y fracturaban las manos, acababa internado en Auschwitz. Estaba casado con una alemana aria159 a quien amaba y que le correspondía. Los padres del pintor eran un médico judío y su mujer, también judía.

En Auschwitz, su madre era enviada a morir a la cámara de gas. Su padre, el médico judío, descubría con horror que su mujer había muerto, al no encontrarla en el barracón. El pintor, que trabajaba esclavo en las cámaras de gas, recogía las ropas que su propia madre llevaba antes de entrar en las duchas.

Más tarde, el padre era también gaseado, y el pintor moría como consecuencia de los abusos y de los malos tratos de los nazis. Literalmente caía muerto sobre un boceto a carboncillo que trataba de reflejar la realidad de los judíos en el campo.

Todo esto fue demasiado para Karel: la muerte de la madre, la fractura de las manos del pintor, la represalia sobre el padre, la persecución, los nazis, la muerte del arte; demasiadas resonancias de su vida personal. Vimos juntos la serie: la angustia le cerraba la garganta con un nudo, los ojos se le humedecían y finalmente se levantó, musitando unas palabras en flamenco ahogadas por las lágrimas. Daría cualquier cosa por haber podido entenderlas.

La conmoción de Karel debía ser parecida a la de miles de foute Vlamingen160, que creyeron que la mejor forma de ser patriota era abrazar el Nuevo Orden llegado de la Alemania nazi. La mayor parte de ellos vivieron el resto de sus vidas amargados y arrepentidos por la enormidad de su error, y eligieron el silencio para escapar de la

ignominia y acallar sus conciencias. Solo los verdaderos nazis, los antisemitas y los supremacistas, los criminales y sus cómplices, se mantuvieron en sus trece y arrostraron con lo dicho y con lo hecho, desafiando al mundo y a las evidencias.

A finales del verano de 1979, Teresa notó que Karel se encerraba en su habitación y pasaba allí largos ratos. Teresa entró tras él y le encontró sentado en el borde de la cama, encogido, con los brazos cruzados sobre el vientre.

—No me encuentro bien.

—¿Qué te duele?

—Todo el cuerpo.

Una ambulancia se llevó a Karel a la clínica Santa Tecla. Apenas podía andar por el dolor, que hacía pensar en algún tipo de tumor interno. La doctora que le atendió le ingresó de inmediato.

Karel tenía mucha dificultad para respirar. El enfisema, el maldito tabaco, estaba ganando la batalla final de la guerra que llevaba años librándose en sus pulmones. La bombona de oxígeno a la que le conectaron pareció aliviarle durante algunos días.

Teresa se instaló en una butaca a su lado y allí permaneció un mes, hasta el final. Yo le iba a ver todos los días por la tarde y por momentos pareció que también iba a salir de esa.

El sacerdote del hospital visitaba a Karel todos los días, como hacía con todos los enfermos graves. Sin embargo, el viejo caballero templario, el devoto católico que Karel había sido, llevaba mucho tiempo fuera de este mundo. El acoso que había sufrido por la Iglesia en España, o al menos el fanatismo y la persecución realizada en nombre de la Cruz, habían hecho de él un completo descreído. Bromeando sobre las visitas del mosén, Karel decía:

—Este tío cree que me voy a morir, pero no pienso darle el gusto.

El sentido del humor le ayudaba a disimular el miedo a la muerte que sin duda presentía. El reloj de Karel corría hacia la nada y nadie lo sabía mejor que él.

El último día de la vida de Karel coincidió con el santo de su mujer: 15 de octubre, Santa Teresa. Esa mañana se encontraba algo mejor y se animó a hacer planes:

—Teresa, el año que viene vamos a celebrar tu santo en Suiza.

Suiza, la tierra prometida, Suiza hasta el último día.

A última hora fui a visitarle. Karel se había puesto peor y respiraba con gran dificultad. Quería hablarme, pero ya no le entendía. Llevaba puesta una mascarilla de oxígeno y aun así se ahogaba. Sentí su necesidad de decirme algo. Aunque los labios no le respondían, había urgencia en su mirada. Me cogió la mano y, al fin, alcanzó a pronunciar con mucho esfuerzo:

—Alasá…. Alasá…161

Subrayaba cada palabra con una debilísima presión de sus dedos sobre mi mano. Noté el roce de sus uñas largas sobre mi piel, como cuando me acariciaba en mi niñez. Le miré por última vez, sin saber qué decir. Y él me miró a mí con los ojos azules, húmedos y asustados. La muerte ya esperaba sentada en una esquina de esa habitación.

—Hasta mañana, jefe.

No hubo mañana. Esa noche Karel se sintió muy cansado. Le pidió a Teresa que se tumbara junto a él y le abrazara. Teresa le dijo que no podía ser, que estaban en un hospital y que la cama quedaba estrecha para los dos. Sentada en su butaca junto a la cama, Teresa apoyó la cabeza en su almohada, le tomó de la mano y ambos se durmieron juntos por última vez. Poco después de la medianoche, ya en la primera hora del 16 de octubre, Teresa sintió que Karel le apretaba muy fuerte la mano.

—Carlos… Carlos…

Pronunció su nombre varias veces, pero Karel ya no contestó. Acababa de cruzar la puerta de hueso que conduce hacia lo negro.

La condena a muerte por las armas quedaba definitivamente suspendida. Karel logró morir por sus propios medios: un corte de mangas a los verdugos que siempre anduvieron rondándole.

Atrás quedó su fiel compañera pobreza, la angustia del perseguido, las amenazas reales y las imaginadas, el dolor de la soledad, la búsqueda incesante —y no pocas veces humillante— de medios de supervivencia, la pérdida de todas las fes, el ego herido que arrastra los pies, la añoranza de una patria cada vez más idealizada, cada día más inexistente, la pesada digestión del éxito y la melancolía del fracaso.

Atrás quedó también un idealismo romántico llegado de otro siglo, la búsqueda de la luz —la de los paisajes y la del conocimiento secreto—, la elegancia de un dandi anticuado con las mangas deshilachadas, las convicciones, los principios y una dignidad que nunca llegaron a morir.

También el amor de su mujer, la familia que quiso construir a toda costa. Y la deuda eterna que su hijo, quien esto ha escrito, contrajo con él: por el buen trato, por el amor recibido, por las palabras cariñosas, por las caricias, por sentirse orgulloso de mí, por imaginar que un día yo sería alguien, por la creatividad heredada, por enseñarme respeto hacia mí mismo, por inculcarme la esencial importancia de la belleza y, sobre todo, por el generoso regalo de hacerme saber qué significa ser importante para alguien.

Karel perdió la guerra. Perdió ver un Flandes independiente. Perdió a su pequeño hijo Hugo y perdió a su mujer, Rachel. Perdió a su familia, su casa, su patria y su nacionalidad. Perdió la necesidad de pintar. Perdió su reputación y perdió su oficio. Perdió la fe en la Iglesia, la fe en Dios y la fe en sí mismo. Perdió la esperanza y perdió la salud. Finalmente perdió la vida, mucho antes de lo que le tocaba.

Karel fue perseguido por la Gestapo y por la Resistencia. Por sus vecinos y por sus compatriotas. Perseguido por su mujer y por el amante de su mujer. Por la justicia y por el pelotón de fusilamiento. Perseguido por su suegra. Perseguido por los acreedores y por los desahucios. Perseguido por la vergüenza de verse pobre, por la enfermedad, por la decadencia física.

Solo una cosa le dio paz: la pequeña familia que fuimos. Y, de todos sus amores, el que me entregó a mí fue el que más le alargó la vida. Cuando comencé a investigar su biografía tenía la fantasía de hallarle vivo en algún recodo del camino, quien sabe si escondido en algún

lugar secreto. Tan abismal fue el vacío que dejó que necesité comprobar que alguna vez había existido. Tanto secreto en Bélgica y tanto silencio en España le habían convertido en un fantasma. Mi deseo infantil fue encontrarle en algún archivo, en algún callejón de Bélgica o pintando en alguna buhardilla de Madrid; quería correr hacia él, abrazarle y volver a hacerme pequeño y redondito en sus brazos, como cuando era niño.

Ni que decir tiene que he fracasado por completo.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, Teresa Mestres, por incontables conversaciones y sobremesas, y por los testimonios y recuerdos de su vida con mi padre. Muy especialmente, por la dolorosa evocación de sus años más difíciles y por revivir episodios trágicos que cualquier otra persona hubiera preferido olvidar. Teresa fue mi principal fuente de información para reconstruir los malos trances que vivieron mis padres en los años anteriores a mi nacimiento y en mi primera infancia. Pudo haber tenido otra vida, infinitamente más cómoda. Sin embargo, renunció a ella y permaneció junto a Karel hasta su último aliento por no desistir ni de su familia ni de sus ideales. A mi madre, agradecimiento, admiración y amor eternos. Sin ella, yo no sería nada parecido a lo que soy.

A mi hijo Nicolás, el único nieto de Karel Holemans. Su nacimiento trajo una luz infinita y cerró el círculo imposible entre España y Bélgica. Todo hacía presagiar que el exilio amargo de un apátrida a la deriva acabaría varado y desballestado en una playa mediterránea. Nicolás tendió un puente indestructible entre Bélgica y la arena de esa playa. Gracias por caminar a mi lado durante tu infancia y tu adolescencia, siguiendo por toda Europa las huellas de tu abuelo, y por buscar, como en un juego infantil, el rastro evanescente y las pistas equívocas que Karel dejó por donde anduvo.

A Annemie Pepermans, hija de mi primo Albert Pepermans, y madre de mi hijo. Por estar pendiente durante años de que ningún papel que pudiera contener la más mínima alusión a su tío abuelo Karel pasara desapercibido o se perdiera. Tras la muerte de Albert, Annemie continuó la labor incansable de su padre de rastrear y conservar los recuerdos del enigmático tío Karel.

A Xavier Segarra Mestres, involuntario actor en esta obra, por aceptar con generosidad de hermano que citara pasajes de su intimidad y de su infancia que todos hubiéramos preferido diferentes. Moltes gràcies, germà. T'estimo.

A mis primos Jef, Luc y Marc Pepermans por compartir mi entusiasmo por el estudio de nuestras raíces familiares. Y muy especialmente a Jef, por ser, in pectore, el archivero mayor de la familia. Durante años guardó y clasificó documentos y viejos papeles que en muchas otras familias habrían acabado en la basura y que me permitieron reconstruir muchos de los pasos de nuestros antepasados. A mi primo Luc Pepermans, por su afecto desbordante, y por su amor al arte, que ambos compartimos sin poder evitarlo. I love you, Luc.

A mi primo Paul van Gompel, por el inmenso valor de su testimonio sobre lo ocurrido en la casa de nuestros abuelos durante los días que se sucedieron tras la liberación de Bélgica. Y a su hija Kathleen por su labor como historiadora, mediadora e intérprete.

A Glenn Geraerts, historiador y persona amable y culta que hizo suyos mis anhelos y me ayudó a descubrir detalles ancestrales de la vida de mi familia en Averbode. Gracias por su ilimitada generosidad, su docta conversación y el trueque de vino español por cerveza flamenca.

A Sven Tuytens, periodista, excorresponsal de la VRT (la televisión pública flamenca) en Madrid, historiador e hispanista de corazón, por su amistad y por su vasto conocimiento sobre la España republicana, los brigadistas internacionales belgas y, muy en concreto, sobre el hospital militar internacional de Onteniente. Cualquier mención a las Mamás Belgas en este libro se la debo a él.

A Stijn Knuts, a Aline Sax y a todo el equipo de Geheugen Collectif (Colectivo por la Memoria) por muchos años de riguroso trabajo de investigación en incontables archivos de varios países, así como por entrevistar a los testigos que aún vivían. También por ayudarme a entender un país y un tiempo histórico que nunca pude conocer personalmente, pero que determinaron mi vida por completo.

A Vincent Scheltiens-Ortigosa, doctor en Historia por la universidad de Amberes, por su ayuda durante mi investigación en el Cegesoma (Centro de Investigación y Documentación Histórica sobre la Guerra y la Sociedad Contemporánea) de Bruselas. Mi agradecimiento por su empatía, por las conversaciones y por su interés en los orígenes de mi familia. Él, desde sus raíces españolas, supo entender mejor que nadie las razones de mi deseo.

A Fernand Keuleneer, abogado, por recibirme varias veces en su despacho de Bruselas y abrirme paso por los intrincados vericuetos de la justicia belga para encontrar el expediente judicial de Karel Holemans. Renunciar a cobrar sus honorarios fue solo una pequeña muestra de la empatía y la generosidad que me regaló.

A Frank Seberechts, doctor en Historia por la Universidad de Gante, investigador del ADVN (Archivo de los Movimientos Nacionalistas) de Amberes, y especialista en nacionalismo flamenco. Por su paciencia y por sus doctas explicaciones cuando yo aún caminaba en las nieblas de mi ignorancia sobre el flamenquismo y el VNV.

Al Memorial Mauthausen, y en especial a Laura Dressel, responsable del Centro de Investigación y conservadora de la Habitación de los Nombres, por su extraordinaria amabilidad al invitarme a conocer el campo y el horrendo lugar exacto donde murió Raphaël Appels.

A René L'Hoest, Prior de la OSMTH de Bélgica, y a su hijo Marnix, de la Logia de Bruselas, por su inmenso cariño a la memoria de mi padre, venerada en la distancia durante décadas. Por las tardes lluviosas en las que tan generosamente nos ofrecieron, a mi hijo a y a mí, conversación, té, repostería flamenca y la lectura de viejos y valiosos documentos en su casa de Tienen.

A Eduardo Martín de Pozuelo, director de investigación de La Vanguardia y especialista en espionaje y en espías españoles durante la segunda guerra mundial. Un hombre Justo entre los Justos que iluminó los primeros pasos de mi búsqueda.

A Víctor Cordero, autor de Historia Real de la Orden del Temple, y Canciller de la Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén (OSMTH), por abrirme las puertas de su casa para ofrecerme todo cuanto sabe sobre la historia del Temple. Y, muy especialmente, por hacer posible nuestro viaje a Oporto y la visita al Gran Maestre de la OSMTH, Dom Fernando Pinto de Sousa Fontes, Gran Maestre y Príncipe Regente de la Orden. Las buenas artes de Víctor Cordero hicieron posible que pudiera poner mis ojos y mis manos sobre los archivos originales que mi padre consiguió salvar de la Gestapo. Nunca tendré suficientes palabras de gratitud por tanto cariño recibido.

A los templarios españoles, por análogas razones. Muy especialmente, a Doña Cruz Celdrán, Gran Priora de la OSMTH de España.

A Claudia Schaefer, a Mila Dávila-Freire y a Marisa de Madariaga por su fraternidad y sus pesquisas, que llevaron al hallazgo de una pintura perdida de Karel Holemans entre los fondos del MNACRS (Museo Nacional de Arte Contemporáneo Reina Sofía), donde se encuentra conservada y catalogada.

A Paloma García, directora de prensa y relaciones públicas del hotel Westin Palace de Madrid, por abrirme las puertas de un lugar clave en esta historia. Gracias por permitirme ojear los libros de viajeros y caminar sobre las huellas que mi padre dejó en el hotel. Dormir en las mismas habitaciones que Karel Holemans ocupó en el Palace en los años cuarenta fue una experiencia reparadora que nunca podré olvidar.

A Peter Besas, autor de Nazis en Madrid —entre otros muchos títulos—, por recibirme en su casa y por su meticulosa descripción de cómo era pertenecer a uno u otro bando de la guerra mundial en una España depauperada.

Al Museu d'Història de Reus, por abrirme sus almacenes y mostrarme el cuadro de mi padre que con tanto cuidado y profesionalidad conservan en sus fondos.

A Pepe Ballesta, director del Museo Municipal de Vigo, que descendió a los almacenes del museo y desenterró la pintura con la que Karel ganó el premio de la Feria del Mar en 1945.

A Santiago Romero, amigo generoso y brillante director creativo, por prestarse a ser el lazarillo que guio mis pasos a ciegas en Vigo.

A Antonio Giráldez, historiador y autor de Vigo y su colonia alemana en la Segunda Guerra Mundial, por su erudición, su amabilidad y sus desvelos.

A Ceferino de Blas, periodista, exdirector de El Faro de Vigo y cronista oficial de la ciudad, por su interés en la figura de Karel Holemans.

A Sergio Rodríguez, alma de la Historia de la Publicidad, quien desde Palma de Mallorca no ha dejado de levantarme las liebres de cualquier

pintura o publicación sobre mi padre que aparecía en las subastas que frecuenta.

A Reyes Pascual, mi amiga, compañera de instituto e hija del teniente coronel Pascual, por aportarme tan valiosos datos sobre la habitación que mi padre alquiló justo frente a su casa de la calle Balmes de Barcelona.

A Anne Buntrock por ayudarme a situar en el mapa de Berlín los puntos exactos donde mi padre tomó unas fotografías en 1937 y por permitirme reconstruir su itinerario y caminar por donde él lo hizo.

A Janine Gubert, madre, y a Janine Gubert, hija, por su cariño y por su cálido recibimiento en Palamós, por abrirme su casa, su memoria y su pinacoteca, y por invitarme a viajar en el tiempo a través de sus álbumes de fotos familiares.

A Eduard Farran Pi, sobrino de Carolina Pi, que fue pareja de mi padre en la primera mitad de los cincuenta, y a toda su familia, por recibirme en su casa de Sarrià y dedicarme tantas horas a compartir sus recuerdos y sus álbumes de fotos.

A Santiago van Oosterzee y familia, por descubrirme la amistad que mi padre mantuvo con el suyo, por las pistas sobre la vida casi oculta de Karel Holemans en la Barcelona de la primera mitad de los cincuenta y por las fotos de su bautizo.

A Mercè Domènech, mi tía, por su erudición histórica y por la refinada sensibilidad con que supo entender el valor que sus recuerdos tenían para mí. Una señora, de los pies a la cabeza. A valorar, muy especialmente, su cabeza.

Y al padre de mi tía Mercè, don Pere Domènech, por legarme a su muerte el paisaje que le compró a mi padre en la exposición de Sadurní d'Anoia de septiembre de 1956. Mencionarlo en sus últimas voluntades fue un postrer gesto de cariño hacia mi padre que valoraré siempre con infinita gratitud.

A Carles Querol, historiador y exalcalde de Sant Sadurní d'Anoia, buen conocedor de la historia escrita y no escrita de la población y de sus familias. Por muchas horas de mantel y conversación y por darme tanto contexto sobre el momento y el lugar donde Karel aterrizó en los

años cincuenta.

A Joan Domènech, secretario personal de Josep Mestres, por su infinita amabilidad y por su bondad natural. Nunca supo hablar mal de nadie.

A Montse Poblador, por sus recuerdos, por las incontables horas que me dedicó y por tratarme como parte de su familia. A su hermana María José y a Óscar Káiser por razones análogas.

A Víctor Moreno, del Puerto de Santa María, por contarme los detalles de su relación con mi padre en la Tarragona de los años sesenta y por conservar uno de sus cuadros con tanto cariño y reverencia.

A Fabrizio Nuzzo y Sandro Amara, de la Trattoria Piccolo Diavolo de Madrid, por alimentarme durante años de escritura y dejar que tantas veces fuera el último cliente en cerrar el ordenador e irse de una vez a su casa.

A Joaquim Palau, cofundador de Arpa Editores, por aguantarme, durante tantas cenas, hablando de mucho más que de un libro, y por ayudarme a convertir mi obsesión en un texto legible. Y a todo el equipo de Arpa por su meticulosidad y entrega.

Y, por último, a Emilio Beltrán y a Judith Asensio, por ser mi verdadera familia en Tarragona, además de padrinos in pectore de mi hijo Nicolás. Gracias porque su casa es el lugar al que siempre vuelvo. Mi padre estaría feliz de saber que el primer manuscrito de este libro fue leído por ellos a tan solo unos cientos de metros de la playa donde solía llevarme a jugar.

NOTAS

1Teresa, la de Clement.

2En dialecto brabanzón antiguo significaría algo así como lagunas sobre arenas movedizas .

3Esta antigua fortificación fue construida en 1837 para defender la recién nacida Bélgica de los holandeses, que reclamaban la porción de territorio que las grandes potencias les habían arrebatado para fundar el nuevo país.

4Señor.

5Jefe de taller.

6Antiguamente, en los matrimonios belgas el marido solía tomar como segundo apellido el de su mujer.

7Ernest Claes escribió, entre otras muchas obras, la famosa novela juvenil De Witte , reeditada en más de cien ocasiones. Esta obra dio lugar en 1934 a una película homónima que fue el primer largometraje hablado en flamenco.

8Esos planos han llegado hasta mí gracias al celo documentalista de otro nieto de Clement y Thérèse: mi primo Jef Pepermans.

9En el tratado de Londres de 1830, Gran Bretaña, Francia, Austria, Prusia y Rusia se conjuraron para crear un país neutral en la bisagra donde friccionaban las belicosas potencias europeas. Bélgica sería un rompeolas entre la Europa germánica y la Europa latina. Inventar Bélgica fue una idea pionera, una iniciativa coordinada entre las potencias para pacificar un continente que llevaba siglos encadenando una guerra con otra. Bélgica iba a ser el menisco de la articulación de Europa. Un amortiguador pensado para traer la paz que, irónicamente, sería invadido cada vez que esta enloqueciera.

10 Los flamenquistas nacionalistas se dividían en dos grandes grupos: los lealistas, que no veían incompatibilidad entre ser flamenco y defender la unidad de Bélgica, y los flamingants , partidarios de la independencia flamenca y seguidores en esos días de la Flamenpolitik alemana. En los años de la Gran Guerra, los flamingants eran una minoría muy activa y sonora, frente a la gran mayoría, menos estentórea, de flamenquistas unionistas. Solo unos años después, durante el interbellum , estas proporciones se invertirían.

11 No sería la última vez. Mi propia familia se vería enfangada en esa misma tentación algunas décadas después.

12 Los historiadores modernos consideran que este mito del nacionalismo flamenco, repetido como un mantra, fue solo propaganda independentista. En efecto, los soldados conscriptos en las filas belgas eran flamencos en su mayoría, pero, aunque pudieron existir casos de incomprensión de las órdenes, es muy dudoso que se produjeran matanzas por esa causa.

13 Los viajeros más pudientes se alojaban con su ajuar y su propio personal de servicio en el hotel de los Holemans. Mi abuela Trees conservó durante años una cucharilla de plata, con las iniciales DB grabadas, que una familia de huéspedes dejó olvidada. Se trataba de una rama de la familia de Basilewsky, propietarios del palacio homónimo de París. El palacio fue rebautizado como Palacio de Castilla, por haber sido la residencia en el exilio de la reina Isabel II de España. Tras la muerte de esta, el palacio se convirtió en el hotel Majestic, nombre que aún conserva.

14 Bachillerato de Humanidades, o de Letras. Aún se estudia hoy en Bélgica.

15 Robert Pepermans y Madeleine Holemans tuvieron ocho hijos. El mayor de ellos, mi primo Albert, tuvo a su vez tres hijas y un hijo. La menor de las hijas, Annemie, en un freudiano giro del destino, se convirtió en mi pareja y tuvimos un hijo, Nicolás. Así fue cómo Robert Pepermans se convirtió en su bisabuelo materno y mi padre, Karel, en su abuelo paterno.

16 El cineasta de origen polaco Billy Wilder, nacido en 1906, dijo: « The pessimists went to Hollywood, the optimists to Auschwitz ». La

madre de Wilder murió en Auschwitz.

17 Karel presumía de no haber recibido nunca clases de arte y de ser completamente autodidacta. También señalaba que su familia se opuso a su carrera artística, que tuvo que abrirse camino por sus propios medios y que se formó en los museos, estudiando a los maestros flamencos y el arte japonés. Esto último pudo hacerlo gracias a la gran colección de arte oriental que se reunió en el Musée Royal d'Art et d'Histoire tras la exposición universal de Bruselas de 1910.

18 El boletín oficial del estado belga.

19 Así me lo señaló Marnix L'Hoest, hijo de René, un hombre tan amable como su padre y que pertenece a la Logia masónica de Bruselas. Ambos, padre e hijo, templario y masón respectivamente, me regalaron mucho tiempo y todo su conocimiento sobre asuntos templarios para que yo pudiera entender cómo y por qué Karel se convirtió en caballero de la Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén.

20 Reconstruir este retazo de la biografía temprana de Karel y Rachel fue posible gracias a un recorte de la Gaceta de Malinas, en apariencia banal, que en 1934 informaba de una partida de whist , un juego de cartas popular en Flandes, que se había jugado en el café de Karel Holemans. No en un café al que Karel soliera acudir, sino en el café de Karel Holemans. Como si el café fuera de su propiedad.

Esa preposición «de» me obsesionó durante años. Que yo supiera, mi padre nunca había tenido un café. Los registros de la ciudad y una postal antigua me dieron la respuesta. Por un lado, Rachel aparecía en el padrón municipal como «inn-keeper». Por otro, la postal mostraba el edificio en el que Karel y Rachel habían vivido. En los bajos de este, el Café des Voyagers. Tirar del hilo y conocer los detalles ya fue solo cuestión de perseverancia y un poco de suerte.

21 Karel expuso por segundo año consecutivo en la Real Cofradía de San Lucas. En esta ocasión su obra tuvo mejor acogida. La prensa publicó que Karel Holemans había presentado su obra en una terna con otros dos miembros de los círculos artísticos de Malinas: el escultor Jef Jacobs y el caricaturista Frans Pelckmans.

22 Vlaams Nationaal Verbond (Unión Nacional Flamenca). Partido

nacionalista flamenco, fundado en 1933. Perseguía la independencia de Flandes y su integración dentro del Dietsland, territorio de lengua neerlandesa que los nacionalistas aspiraban a crear uniendo Flandes con Holanda.

23 Desde el principio, el VNV no dudó en presentarse como antivalón. En 1936, uno de sus diputados, el abogado Jeroom Meuridan, gritó en el parlamento que los valones eran «alienados de la raza» y los franceses «enemigos del pueblo flamenco». Su colega Thomas Debacker, originario del Kempen y que sin duda debía conocer a Clement Holemans, le había precedido: «los valones son los enemigos de los flamencos».

24 El periodista e historiador Sven Tuytens, seguramente con mejor criterio y conocimiento que yo, opina con firmeza que los militantes del VNV fueron en todo momento conscientes de la deriva nazi y antisemita que fue tomando su partido.

25 Su cuadro Avondschemering (Crepúsculo), una vista vespertina de la catedral de Malinas, fue adquirido por el municipio por mil francos belgas y pasó a exhibirse en el museo de la ciudad, el Stedelijk Museum, donde aún se encuentra.

26 Mecagondiós.

27 Hoy, a este sentimiento se le llamaría FOMO (fear of missing out). Entonces no tenía nombre: era como se esperaba que fuera la vida de un artista.

28 Esas suspicacias han llegado a mí gracias a mi madre, que supo de ellas directamente de boca de mi padre.

29 Karel presentó alrededor de veinte obras en la exposición de la galería Akos. Las pinturas fueron fotografiadas en placas de cristal, probablemente para elaborar el catálogo. Milagrosamente, las placas originales han llegado a mis manos. En ellas se ven los cuadros terminados en el caballete de su estudio de Malinas, a punto de salir para la exposición. Estas fotos tienen un valor incalculable para mí. No solo me dejan ver el interior del estudio de mi padre en 1936, sino que me permiten, durante un instante fugaz, habitar en su casa.

30 Ese mes de abril, exactamente el día 26, mientras el primer convoy

de enfermeras cruzaba Francia, la Legión Cóndor machacaba un pequeño pueblo de Vizcaya llamado Guernica. La aviación alemana acababa de inaugurar una nueva era de terror con el bombardeo indiscriminado de civiles. Hitler había empezado su ensayo general.

31 Así lo recoge mi amigo Sven Tuytens en su libro Las mamás belgas . Sven es historiador, escritor y corresponsal en España de la radiotelevisión pública flamenca. Sven tiene un profundo conocimiento de la guerra civil española y del papel que tuvieron en ella las Brigadas Internacionales. Sin él, mucho de lo que descubrí acerca de la vida de mi padre en Malinas me habría resultado incomprensible.

32 Tante Bertha solía hablarme con palabras amorosas en neerlandés que yo no entendía. Aun así, las sentía afectuosas y familiares y me daban confianza. En ocasiones me traía de Bélgica revistas de historietas. No podía entender los textos, aunque me cautivaba la línea clara del cómic belga, tan diferente de los tebeos españoles.

33 La nota llegó a mis manos en 2016, gracias a la investigación sobre el hospital militar que llevaba a cabo Sven Tuytens en los archivos de la Komintern en Moscú. Según él cuenta: «en 1938, cuando las Brigadas Internacionales fueron disueltas, los rusos transportaron los archivos en camiones de Albacete a Barcelona y desde allí por barco hasta Rusia. Desde entonces los archivos se encuentran en Moscú».

34 Por la fecha, seguramente se trataría de la exposición de Akos, en Amberes, donde el año anterior Karel sí había ganado el primer premio.

35 Rachel se refiere al bombardeo de Valencia del 15 de diciembre de 1937. Este y los otros ataques que menciona formaban parte de la campaña de bombardeos que las tropas franquistas lanzaron desde aviones y barcos sobre el Levante español, con la intención de llevar el terror a la población civil. El objetivo de Franco era partir en dos la zona republicana y alcanzar el Mediterráneo, lo que ocurrió el 15 de abril del año siguiente, en Vinaroz.

36 Rachel expresaba su perplejidad porque el bando supuestamente católico bombardeara a población civil de su misma fe. Católica ella misma, le escandalizaba una guerra bendecida por la Iglesia.

37 Los heridos que llegaban al Hospital Militar de Onteniente procedían en su mayoría del frente de Teruel. El intenso frío dificultó mucho las operaciones militares en esta batalla, que se inició a principios de diciembre de 1937.

38 Mi abuela Thérèse Schodts, conocida como Trees.

39 El masonite es viruta de madera prensada y ocupa mucho menos volumen que las telas convencionales.

40 Los primeros bombardeos aéreos sobre población civil de la historia se produjeron en Madrid (noviembre de 1936), Durango y Guernica (marzo y abril de 1937).

41 Así lo describe extensamente Sven Tuytens en su libro La larga guerra del sastre de Amberes .

42 Este modelo se repite en otros lugares de Europa, sin demasiadas variaciones. Por ejemplo, para los independentistas catalanes, su territorio utópico, supuestamente monolingüe, son los Països Catalans, y el enemigo es España, esa jaula que ahoga e impide la sublimación de las glorias catalanas.

43 Los nazis practicaron esta política de apadrinamiento de nacionalistas locales desde mucho antes de la guerra mundial. Primero, financiando partidos ultranacionalistas (en Bélgica, Holanda, Austria, Hungría, Italia, Finlandia y Dinamarca) y, durante la ocupación, estableciendo gobiernos títeres basados en esos partidos.

44 El campo de Mauthausen se inauguró en 1938 con este fin.

45 En España están bien documentados los contactos del PNV y de los independentistas catalanes con los alemanes. Ya al principio de la guerra civil, ambos ofrecieron su colaboración, en caso de invasión nazi de la península ibérica, a cambio de una eventual independencia del País Vasco y de Cataluña.

En 1936, el agente de la Gestapo encargado de organizar los centros nazis en España comunicó a Berlín que era conveniente trasladar el cuartel general del partido a Barcelona «porque dada la actitud de los separatistas catalanes, estos no pondrán obstáculos a la labor nazi contra Madrid».

Desde el bando aliado, una nota secreta de enero de 1945, escrita por el servicio de inteligencia americano, decía: «Hemos recibido un informe relativo a que los alemanes en Barcelona no colaboran con la policía española en contra de los partidos separatistas españoles. Esta es la primera evidencia de la veracidad de los numerosos rumores obtenidos a ambos lados de la frontera de que partidos catalanes de izquierda y partidos separatistas están colaborando con los servicios de inteligencia alemanes».

46 En una carta llena de reproches, escrita años más tarde, Rachel menciona con amargura la constante preocupación de mi padre por conseguir dinero.

47 El ADVN (Archief voor Nationale Bewegingen) es el archivo que recoge los documentos que explican el nacionalismo flamenco desde su origen hasta hoy. Allí encontré el rastro de varios pasos que mi padre dio como artista, aunque ninguno que indicara actividad política de partido.

48 El álbum fue elaborado por el Ijzerbedevaart, un grupo de nostálgicos de ultraderecha que agrupaba a los nacionalistas más radicales y que, desde 1920, honraba la memoria de los flamencos caídos en la Primera Guerra Mundial. Hoy siguen homenajeando a los caídos por Flandes en ambas guerras, en un acto anual que congrega a la ultraderecha independentista más radical.

49 Sin duda, Karel tomó partido en la llamada Cuestión Real, un grave conflicto político surgido al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, que terminó con la abdicación del rey Leopoldo III en 1951.

Pocos días después de la invasión alemana se produjo un tenso enfrentamiento entre el rey y el gobierno. Ambos hacían lecturas diametralmente opuestas de la Constitución belga. Mientras el rey consideraba una prerrogativa personal dar las órdenes al ejército, el gobierno exigía refrendar sus decisiones como comandante en jefe. El gobierno quería luchar contra los alemanes a toda costa, pero Leopoldo III ya había decidido capitular y Bélgica acabó rindiéndose.

Karel siguió las ideas del semanario nacionalista flamenco ’t Pallieterke, que hizo una dura campaña contra los «refugiados cobardes». Así tildaban a los políticos belgas que escaparon a Londres

durante la ocupación, mientras el Rey permanecía «junto a su pueblo».

50 El cuadro con el retrato de los nueve miembros del Gobierno provisional se conserva en el Real Museo de Bellas Artes de Bruselas. Fue pintado por Charles Picqué.

51 En Bélgica, masones y templarios estaban muy cercanos. La principal diferencia entre ellos era que los templarios debían ser católicos, mientras que los masones podían no serlo. En España fue muy diferente. Debido a la animadversión de Franco hacia los masones, estos fueron perseguidos y represaliados. Por contra, los templarios, devotos católicos, fueron promovidos a los más altos cargos del ejército, la policía y la política.

52 La violenta milicia nazi del VNV, que usaba el negro como color distintivo para sus uniformes.

53 Geheime Fledpolizei, la policía militar del ejército alemán.

54 Así lo cuenta Jeroen Olyslaegers en su libro Voluntad (Wil , en su edición original neerlandesa).

55 Un importante grupo de la resistencia belga, de raíz comunista.

56 Rastrear los distintos domicilios de mi padre en Malinas me permitió seguir su ascenso social: el pequeño apartamento de la estación donde llegaron recién casados, la casita de las afueras donde murió el pequeño Hugo, la casa modernista sobre el canal, la crisis matrimonial —que llevó a uno a España y al otro de vuelta a la casa de los padres—, la casa donde cupo una mesa de billar y, ahora, la espléndida casona de Louizastraat 13.

57 Me he atormentado preguntándome de dónde salía el dinero para pagar el alquiler de esa casa. He temido encontrar pruebas de que Karel estuviera a sueldo de los alemanes, que pagaban unos dos mil francos belgas mensuales a sus informadores, algo así como el doble del salario de un policía. Sin embargo, no he encontrado tales pruebas.

Algunos testigos declararon que mi padre era partidario de los aliados, que tenía contactos con la Resistencia y que pondrían la mano en el fuego por él. Otros juraron sobre la Biblia que era un palmario colaboracionista y el germanófilo que todo nacionalista flamenco

llevaba dentro. Solo algunos afirman no estar seguros y declaran que a veces parecía una cosa y, otras veces, la contraria.

58 La OSMTH solo fue una sociedad secreta durante la persecución nazi. Con anterioridad se trató más bien de una sociedad discreta, pues no podía ser secreta una orden inscrita en el registro de asociaciones y cuyo nacimiento se publicó en el boletín oficial del estado belga.

Concitaba a artistas, arquitectos, comerciantes cosmopolitas, catedráticos de universidad, policías, confidentes y periodistas (no había mucha diferencia entre estos últimos), empresarios, burgueses diletantes, militares con hambre de conquistas, cazadores y aventureros africanos, esclavistas leopoldistas, humanistas ilustrados y, por supuesto, cristianos devotos.

Aún no se había inventado la palabra lobby, pero la idea era tan vieja como la existencia de las élites.

59 En junio de 1977 se celebraron las primeras elecciones democráticas en España tras la muerte de Franco. Karel acababa de cumplir sesenta y siete años y yo tenía catorce. El partido comunista de España se había legalizado hacía pocos meses y los nuevos partidos se afanaban en empapelar las paredes de nuestra ciudad con carteles de propaganda. En ese ambiente llegó a mis manos un casete con canciones de protesta, la mayoría originarias de la guerra civil española. Movido por mi curiosidad adolescente, llegué a casa y puse la cinta a todo volumen. La primera canción era La Internacional .

Mi padre se precipitó hacia mi habitación con la respiración acelerada, los ojos muy grandes y totalmente descompuesto: «¡Apaga eso! ¿Estás loco? ¿Quieres que nos metan en la cárcel?».

Lo apagué, pensando que mi padre había perdido el contacto con la realidad. Mi madre trató de tranquilizarle: «Carlos, ya no es así. Ya no pasa nada».

Hoy por fin entiendo qué paso por su cabeza aquel día de 1977, treinta y seis veranos después del arresto de François Collaer.

60 ¿Es esta Suzanne, a quien las malas lenguas atribuían una vida disipada, la misma que menciona Rachel en su carta, cuando enumera

las infidelidades de Karel? De ser así, Karel pudo haber coqueteado también con la esposa de su amigo Joostens. Nunca lo sabremos y, en cualquier caso, en nada cambiaría la historia.

61 Los periódicos flamencos llevaban años alimentando la nostalgia por las glorias del pasado, atizando el resentimiento hacia los valones y glorificando la raíz germánica de los flamencos. La alfombra roja estaba tendida a los pies de los nazis.

62 Karel no podía saberlo, pero el día que decidió sacar de Bélgica los archivos, estaba decidiendo también que su linaje ya no sería belga. Él, que amaba Flandes por encima de todas las cosas, ofrendaba al Temple el sacrificio más doloroso: su hijo, el día que lo tuviera, no sería flamenco y su idioma y su cultura le serían ajenos. Este pensamiento le reconcomería hasta la muerte.

A mí me acompañaría siempre la pregunta: ¿por qué no soy belga? Este libro es un intento de escribir la respuesta.

63 El Mayor Mohring (un grado equivalente al de comandante) era el jefe operativo de la sección IIIF. Otto Weil era Sonderführer (líder especial, en alemán) y ese grado le había sido otorgado por ser un experto en espionaje y en coordinación de agentes. Era un cargo técnico y no militar, a diferencia del Mayor Mohring.

64 Ingresar en la Abwehr permitía a Karel percibir el sustancioso sueldo de los espías: dos mil quinientos francos belgas al mes, y hasta cinco mil en caso de cumplir con éxito una misión arriesgada. Casi el triple de un sueldo de policía. En algunos casos, los agentes llegaban a ganar diez mil francos mensuales entre sueldo y dietas.

65 Cada día se trasmitían cientos de mensajes de inteligencia camuflados como simples cables comerciales. Este podría ser un ejemplo de cómo lo hacían:

Apio 481 marcos, 54 pfennigs

Melones 362 marcos, 17 pfennigs

Naranjas 627 marcos, 24 pfennigs

Pomelos 313 marcos, 88 pfennigs

De aquí se extraían las series siguientes:

48154

36217

62724

31388

A cada una de estas series se le restaba la fecha de día de recepción del mensaje. Por ejemplo, 20 de febrero de 1943 se convertía en 20243. El resultado de la resta era:

48154 – 20243 = 27911

36217 – 20243 = 15974

62724 – 20243 = 42481

31388 – 20243 = 11145

Entonces se utilizaba un libro corriente como libro de claves; por ejemplo, un diccionario.

Las dos primeras cifras indicaban el número de la página, el número central indicaba si había que buscar en la página derecha, si era par, o en la izquierda, si era impar.

La cuarta cifra indicaba la línea y la quinta, la palabra que había que

contar de izquierda a derecha, en el sentido de la lectura.

Así, palabra a palabra, tras un buen rato de trabajo minucioso, se componía el texto del mensaje.

Habilidades como esta fueron algunas de las cosas que Karel Holemans aprendió con la Abwehr y que le convirtieron en agente secreto.

66 Uno de los fundadores del Front de l'Indepéndance, el doctor Albert Marteaux, había sido director del Hospital Militar de Onteniente. Marteaux conocía bien a Rachel, la mujer de Karel. Y gracias a ella, Karel podía establecer contactos dentro del FI con facilidad.

67 Hoy, el céntrico Wolf Foodmarket de Bruselas.

68 Como consecuencia de su Flamenpolitik , los alemanes podían ser más benevolentes con los soldados flamencos capturados.

69 Appels llegó transferido el 26 de febrero de 1945 desde el campo de Sachsenhausen, cerca de Berlín. Estaba ya muy enfermo, tras meses de trabajo esclavo en la fábrica de aviones Henkel de Oranienburg.

A su llegada a Mauthausen fue trasladado de inmediato al Sanitätslager, dado su precario estado de salud.

El campo sanitario era cualquier cosa menos un hospital. Los enfermos que aún podían ser útiles recibían una atención médica precaria en la enfermería del interior del campo. Sin embargo, el Sanitätslager se encontraba fuera de este, era simplemente un moridero de agonizantes. No recibían ningún tipo de cuidado y las condiciones higiénicas eran dantescas. Allí aguantó Appels poco más de un mes. El 24 de marzo murió, según el parte médico, de «insuficiencia circulatoria y debilidad corporal generalizada», una descripción ambigua que no tuvo por qué ser la verdadera razón de su muerte.

70 Después de la guerra, circularon entre los templarios —y aún circulan hoy— historias que mitificaban a mi padre y acrecentaban su leyenda como el héroe que arriesgó su vida para salvar la de sus correligionarios.

Una de estas historias dice que cruzó en varias ocasiones la frontera belgofrancesa solo para resultar familiar a los guardias fronterizos. Supuestamente lo hizo así para que no sospecharan de él cuando por fin cruzara la línea con los archivos ocultos. Aunque la historia pueda sonar plausible, no hay ni una sola prueba, ni un solo indicio, que permita sujetar semejante idea.

71 Louis Delgrange nació en Tournai, en Valonia. Con diecinueve años ingresó en el ejército belga y consiguió ascender a cabo, aunque pronto fue degradado a soldado raso por indisciplina. Delgrange fue enviado al frente y ante el fuego enemigo descubrió que era cobarde, pero no estúpido, así que fingió diferentes enfermedades hasta ser declarado no apto para el servicio.

En 1915 comenzó a trabajar para el servicio secreto alemán en Bélgica. Este fue el primer contacto de Delgrange con el espionaje, carrera en la que haría fortuna.

Se infiltró en la inteligencia belga y se ganó la confianza de los agentes que combatían a los espías alemanes. Tras la delación y desaparición de varios agentes belgas, los alemanes comprobaron que Delgrange era capaz de eliminar a sus propios compatriotas y le recompensaron con más trabajos de confianza.

Logró que los alemanes le enviaran a trabajar a Colonia. Allí se mantuvo lejos de los combates y de las represalias de los espías aliados. Al llegar el armisticio, Delgrange regresó a Bélgica, pero en cuanto cruzó la frontera lo detuvieron y juzgaron por desertor.

Fue condenado, pero evitó la cárcel a cambio de reingresar en el ejército belga. Sin embargo, los agentes secretos británicos tenían cuentas pendientes con él y se lanzaron a capturarle. Acorralado, Delgrange se entregó a la policía belga con la esperanza de negociar algún tipo de perdón. No lo consiguió. Fue condenado a cinco años de prisión por delator y por agente enemigo.

En un inesperado golpe de suerte, el gobierno belga concedió una amnistía general en 1928 y, sin hilar demasiado fino, le puso en libertad. Salió corriendo una vez más hacia Colonia y consiguió obtener la nacionalidad alemana.

En 1937 se afilió al Partido Nacionalsocialista y, al estallar la guerra

en 1939, se alistó en el ejército alemán como traductor militar. Por fin, en enero de 1941, fue destinado a Bruselas, donde trabajó en la sede de la Abwehr, con el sospechoso grado de soldado raso.

Al poco tiempo fue sombrado Sonderführer, puesto por el que cobraba el astronómico sueldo de nueve mil francos belgas al mes. Qué pudo pasar para que Delgrange ascendiera de soldado raso a Sonderführer en solo seis meses es un misterio. Lo único claro es que su empleo como traductor no fue más que una tapadera. Durante la segunda mitad de 1941, Delgrange fue el responsable de los principales arrestos de miembros de la resistencia belga. Se lo conoce por su crueldad durante los interrogatorios y dirigió varios centros de detención del servicio secreto alemán.

Este fue Louis Delgrange, el inofensivo traductor de quien Karel Holemans recibió las órdenes para su misión en España. A este oscuro sujeto fue a quien Karel confió el bienestar de su mujer y en cuyas manos quedaban todas sus opciones de regreso: un zorro guardando el corral.

72 Albert Pepermans fue muchas más cosas que mi primo hermano. Muchos años después, su hija Annemie se convirtió en la madre de mi hijo Nicolás, y él, en una pirueta biológica impredecible, se convirtió en mi suegro y en abuelo de Nicolás. A Albert le debo, por mil razones, que no se rompiera nunca el fino hilo que tan débilmente me unía a Bélgica cuando nací.

73 Esa tarde, mi primo Albert estaba en el colegio. Al oír el aullido de las sirenas, la maestra les gritó a los niños que se encogieran debajo de sus pupitres. Unos segundos después, una bomba estalló junto a la escuela. Dentro de una nube de polvo, los niños podían vislumbrar la calle a través del boquete abierto en la pared del aula. Albert no se explicaba cómo pudo no haber heridos entre los niños de su clase. Los americanos no pidieron perdón ni presentaron sus respetos a las víctimas hasta el año 2004. Tardaron sesenta y un años.

74 Estas fotografías únicas e inéditas han llegado hasta mí gracias a mi primo Luc Pepermans, que las ha conservado todos estos años y solo las ha mostrado a los parientes más próximos. Por fortuna, ningún miembro de mi familia sufrió daños ese día.

75 Quien me describió así el asesinato de Isaac Vandenberg fue René L'Hoest, el Gran Prior de la OSMTH en Bélgica, en mi visita a su domicilio de Tienen. Mi gratitud hacia él y su familia está más allá de toda descripción.

76 El mismo edificio donde hoy se encuentra el centro cultural coreano.

77 El apoyo de Franco al bando de las fuerzas del Eje era tan impudoroso que Sir Samuel Hoare, embajador del Reino Unido en Madrid, elevó una queja formal a las autoridades franquistas en julio de 1943. Este favoritismo incluyó desde ayuda material y suministros a buques y submarinos alemanes hasta el constante martilleo en los medios españoles de noticias favorables a la propaganda alemana. La prensa regaba de injurias a los aliados todos los días y la agencia turística de Alemania distribuía desde la calle de Alcalá todo tipo de propaganda nazi sin disimulo alguno.

78 Visité en dos ocasiones y durante varios días los Archivos Nacionales del Reino Unido (NAUK). Examiné cientos de comunicaciones entre el Secret Inteligence Service y sus agentes en el terreno. Dediqué incontables horas a leer voluminosas carpetas de documentos sobre las actividades de la Abwehr en España, Portugal y Bélgica. Y en todo el inmenso edificio de Kew Gardens no encontré ni una sola mención a mi padre. Parece evidente que Karel Holemans no fue un espía que mereciera la atención del SIS o del MI6. Hasta donde yo sé, mi padre tuvo su propia agenda y no se involucró en el espionaje por motivos ideológicos, sino prácticos.

79 Durante mi infancia, mi padre ideó un sistema para llevar dinero a casa. Uno de sus clientes, un promotor inmobiliario flamenco, quería publicitar los apartamentos que construía entre los turistas belgas que pasaban sus vacaciones en Tarragona. Mi padre me envió a una de las entradas de la ciudad con una libreta y un bolígrafo. Sentado en un pequeño muro, con los pies colgando, anoté durante varios días todas las matrículas de los coches belgas que vi pasar. Fueron cientos, tantas que el promotor belga no me pagó, pensando que me las había inventado.

Hoy creo que, cuando mi padre me envió a anotar matrículas, era porque él ya lo había hecho antes. ¿En Gibraltar?

80 Las visiones del Madrid de posguerra que menciono en el texto proceden del libro Nazis en Madrid , de Peter Besas. Fueron escritas por: Owen Sullivan, corresponsal de The New York Times en España; David Eccles, agregado comercial de la embajada británica en Madrid; el doctor Otto Wendel, fundador del Hospital Alemán de Madrid, y Charles Foltz Jr, jefe de Associated Press en Madrid.

81 Se ha escrito mucho sobre la inquina que Franco tenía contra los masones. Con independencia de especulaciones, su posición contraria a los privilegios de la Iglesia y su postura prodemocrática debieron ser razones suficientes para su persecución. A sensu contrario , los templarios —ultracatólicos y militaristas— recibieron todo el afecto y la protección del Régimen y fueron situados en puestos de poder. La antítesis entre templarios y masones es como la de capillitas contra comecuras.

82 El coronel Enrique Thomas de Carranza, que se jubiló como general, fue más tarde gobernador civil de Toledo y procurador en las Cortes. A la muerte de Franco se hizo miembro del nostálgico partido franquista Fuerza Nueva. En 1976 fue uno de los siete fundadores de Alianza Popular, el partido germinal que más tarde alumbró al Partido Popular, y que llegó en varias ocasiones a formar gobierno en la España democrática.

83 El hijo de Dom Antonio, Dom Fernando —que heredó de su padre el título de Gran Maestre cuando este murió— me confirmó en persona, en su casa de Oporto, que Karel cruzó la frontera portuguesa desde Vigo por el puente de Tui y que fueron las órdenes del coronel Thomás de Carranza las que hicieron posible el paso franco de mi padre por la frontera.

84 El documento tenía una numeración muy baja, el número 182, lo que podría indicar que se trataba de un pasaporte diplomático, pensado para cruzar fronteras impunemente y sin dejar rastro.

85 Juan Gyenes estuvo en tan buenas relaciones con el Régimen que incluso Franco le encargó que le fotografiase; de hecho, uno de sus retratos se imprimió por millones en los populares sellos de correos que llevaban la efigie del dictador. En algún momento, Gyenes estuvo en contacto con Karel Holemans. En el año 2020, encontré y compré en una subasta un cuadro de mi padre. El vendedor me confirmó que

había pertenecido a los herederos de Juan Gyenes.

86 Llevaba horas con la nariz pegada a documentos del servicio secreto británico, en los Archivos Nacionales del Reino Unido, cuando me detuve a leer el interrogatorio a Kurt von Rohrscheidt, capturado por los americanos tras la guerra. A pesar del silencio sacramental de la sala de lectura de los NAUK, no pude impedir que se me escapara una gran carcajada, que levantó las miradas hoscas de los estudiosos que me rodeaban. Acababa de leer: «una pieza clave del servicio de contrainteligencia alemán en Madrid es Gumersindo, el jefe de camareros del Palace». Berlanga no hubiera encontrado mejor nombre para este personaje.

87 Kriegsorganisationen (organizaciones de guerra, en alemán). Se trataba de personal de la Abwehr agregado a la embajada como una misión comercial para disimular su verdadero trabajo de inteligencia.

88 Otros tantos Gumersindos trabajaban en el hotel Ritz, en el Capitol y en los principales alojamientos de Madrid, donde la red tentacular de informadores alemanes estaba infiltrada y contaba con la complicidad de los agentes secretos españoles.

89 Rachel fue juzgada por ser agente de la Resistencia. A pesar de haberlo sido durante dos años y once meses, se libró de que los alemanes la ejecutaran. Incomprensiblemente, no hallaron pruebas de su culpabilidad. Permaneció encarcelada hasta la liberación de Bruselas, el 1 de septiembre de 1944.

90 Con estas palabras lo expresó un agente de la Seguridad del Estado en el informe sobre Delgrange, que remitió al ministerio de justicia belga después de la guerra.

91 No se puede saber si Rachel estuvo al corriente de los planes de Delgrange para eliminar a Karel. En cualquier caso, Madrid quedaba muy lejos del alcance de la resistencia belga.

92 En esos días de verano de 1944, con las fuerzas aliadas ya desembarcadas en Normandía y a pocas semanas de liberar Bélgica, los manejos de Delgrange con la Resistencia determinaban la biografía de mi padre y, consiguientemente, la mía. Aún quedaban décadas para que yo naciera, pero mi futura existencia quedaba marcada por las maquinaciones del mayor traidor belga de toda la guerra.

93 La postrer caricia , título escrito con esta incorrección gramatical en el catálogo original de la exposición.

94 Algunos de los títulos originales de las obras que recogía el catálogo de la exposición.

95 Los archivos con las fichas de los militantes del VNV fueron quemados en los últimos días de la guerra, lo que convirtió en humo el pasado de no pocos belgas. No es posible establecer con exactitud cuántos militantes tuvo el partido, aunque nos da una pista saber que en las últimas elecciones antes de la guerra alcanzó casi un 9% de los votos.

96 Mi primo Paul van Gompel era el hijo de mi tía Martha Holemans y mi tío Jaak van Gompel. El tío Jaak era hijo del panadero de Averbode y fue uno de tantos flamencos para quienes la invasión alemana significó una buena noticia, porque «nuestra lengua y nuestra cultura serán por fin respetadas».

97 Aunque es obvio que la búsqueda de chivos expiatorios después de la liberación provocó numerosos abusos como los descritos, en honor a la verdad hay que decir que no encontré ni pruebas ni testimonios, ni en la familia ni entre los historiadores locales, que corroboraran esos malos tratos que Karel contaba que su padre había sufrido.

98 Como se describe con detalle en el capítulo 9, Amarillo Judas.

99 Estas bombas sobre Lovaina y otras ciudades flamencas eran parte de los intentos alemanes de retrasar el avance de los aliados hacia el oeste. A la vez, constituían los prolegómenos de la contraofensiva alemana sobre Bélgica, que pasaría a la historia como la batalla de las Ardenas.

100 De hecho, el escarnio, el estigma y la muerte social eran el fin último de las represalias contra quienes habían colaborado con los nazis. Aunque también las sufrieron aquellos señalados por animadversión personal o por vendettas , incluso cuando la justicia belga acabara decidiendo que no había pruebas para sostener las acusaciones.

101 ¿Un pasaporte belga real, con su verdadero nombre, emitido por la embajada de Bélgica en Madrid? Podría ser.

102 XX indicaba el veinte en números romanos.

103 Según Pierce, el padre de la semiótica moderna.

104 Estas listas recogían nombres de miembros de las SS y la Gestapo, así como de prominentes nazis y oficiales alemanes que trataban de evitar su captura escondiéndose en terceros países.

105 Churchill desaconsejó a Roosevelt la invasión de España, pues prefería una península ibérica controlada por un general sin relevancia internacional a una nueva república española de corte comunista, demasiado cerca de las islas británicas. Fue el miedo a los bolcheviques lo que salvó a Franco, pues los generales aliados pusieron su eliminación sobre la mesa en varias ocasiones.

106 Como el lector recordará, Raphaël Appels fue el falsificador del pasaporte portugués que permitió a Karel llegar a Oporto y salvar los papeles del Temple. Fue detenido y enviado a Mauthausen, donde murió poco antes de acabar la guerra.

107 Recordemos que Delgrange, aunque nació en Bélgica, se había nacionalizado alemán, era miembro del partido nazi y cargaba con numerosos delitos. Temía, con razón, ser condenado a muerte en la Alemania recién liberada. Para evitarlo, le urgía recuperar la nacionalidad belga.

108 Conocemos la existencia de este expediente porque aparece citado en documentos judiciales relativos a Karel Holemans. Desafortunadamente, no ha sido posible dar con él. Debió abrirse a finales de 1944 o principios de 1945, tras la visita de Karel a Lisboa y después de su contacto con los agentes británicos del SOE.

109 Las autoridades belgas no temían que Delgrange escapara del país, porque a este le aterraba ser deportado a Alemania. Durante años le mantuvieron en vilo, siempre dispuesto a colaborar con la justicia de la Bélgica liberada, con la esperanza de recuperar su nacionalidad belga. Nunca la consiguió.

110 Durante la guerra, miles de funcionarios belgas fueron reemplazados por militantes del partido proalemán VNV. Acabada la contienda, fueron numerosos los que pasaron desapercibidos y continuaron en sus puestos, adaptándose en silencio a la nueva

realidad. Para conseguir la dirección de Karel, Delgrange pudo utilizar alguno de sus muchos contactos en la administración.

111 Este manuscrito pertenece al expediente judicial de Karel Holemans, que se guarda en los archivos del Ministerio de Justicia en Bruselas.

112 La entrevista a Karel Holemans ocupaba las tres páginas centrales y el entrevistador era el propio director de la revista.

113 Los belgas que colaboraron con los alemanes fueron alrededor de medio millón. Es decir, uno de cada seis ciudadanos belgas y una proporción aún mayor en Flandes. Más de cuatrocientos mil fueron investigados judicialmente. Las sentencias fueron duras, aunque fueron aún peores el ostracismo y el señalamiento público de los colaboracionistas. Pese a la severidad judicial, solo se dictaron 2.940 penas de muerte, de las que únicamente doscientas cuarenta y dos se ejecutaron. La última tuvo lugar en agosto de 1950.

114 Se refiere al Museo de Arte Moderno de Madrid, que en 1944 compró a Karel un paisaje titulado Brumas . Este cuadro se encuentra hoy en la colección del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Los otros museos que menciona la carta son el Museo Municipal de Vigo, el Museo d'Art i Història de Reus y el Museo de Bellas Artes de Bilbao. Todos ellos guardan obra de Holemans.

115 Como la que apareció hace unos años en una subasta de la casa Dobiaschofsky de Berna (Suiza), muy similar a otras marinas que Karel vendió o regaló a sus amigos de Palamós.

116 Como describe prolijamente Javier Cercas en Soldados de Salamina .

117 No existe un registro oficial de cuántos pisos francos tenía la Falange en Barcelona para ocultar a fugitivos, aunque el número de camas disponibles fue seguramente de varios centenares.

118 Félix Gubert provenía de una familia de falangistas, su propio padre había sido asesinado en las escaleras del hotel Trias por unos pistoleros de izquierdas durante la guerra civil.

119 Cuando yo era niño, para divertirme, mi padre me contaba

fábulas como esta:

—¿Sabes cómo duermen los conejos? Con un ojo abierto. Por si de noche llegan los cazadores.

Está imagen, que tanto me hacía reír de pequeño, tenía una dimensión trágica que solo con los años he llegado a comprender.

120 En Palamós había bastantes más alemanes que ingleses, pero así fue cómo las sobrinas de Carolina Pi describieron a las amistades de su tía Carola.

121 Con estratagemas como esta, los alemanes mantuvieron en España docenas de empresas lejos del alcance de los aliados. Con el paso de los años, conglomerados alemanes absorbieron estas compañías, con la guerra ya olvidada y completamente blanqueadas. Bayer acabó comprando Unicolor y su presidente, Brik-Crecelius, recibió la Gran Cruz del Mérito de la República Federal Alemana.

122 Karel van Oosterzee trabajaba para una agencia de viajes llamada Secretariado Internacional. Esta agencia estaba dirigida por franceses del régimen de Vichy que habían conseguido escapar e instalarse en Barcelona. El director de la agencia era un francés llamado Gérard Barret y otros directivos eran Bourgoin, De Béchade y De Marignan. También había un alemán llamado Karl Rimmer, exmiembro de las SS.

123 Karel van Oosterzee había tramado con su mujer belga huir a Bolivia e hicieron planes para partir desde Suiza, una vez hubieran vaciado la cuenta bancaria. Fue el nacimiento de su hijo Santi, alumbrado por su mujer de Barcelona, lo que le hizo descartar el viaje a Sudamérica. Estos dilemas, y otros asuntos propios de espías del bando derrotado, debieron ser los temas de conversación de ambos Karel en los bares que frecuentaban: el suntuoso café del hotel Terminus o el bar Estoril.

124 Estaba en lo cierto: el teniente coronel Juan Sagués trató de promover una reforma del ejército español en el Congreso y estuvo de algún modo involucrado en el golpe de Miguel Primo de Rivera de 1923. Era el ayudante de campo del general Carlos Lossada, gobernador militar de Barcelona, que fue a su vez la mano derecha de Primo de Rivera en Cataluña durante el golpe militar.

Mi bisabuelo no pudo, sin embargo, participar en el levantamiento. Unos meses antes sufrió un accidente cuando su conductor perdió el control de la moto con sidecar en la que viajaban de Sant Sadurní a Vilafranca del Penedès. Cayeron por un barranco y el teniente coronel fue trasladado de urgencia al hospital militar de Barcelona, con la caja torácica aplastada. La leyenda familiar, seguramente apócrifa, dice que no se dejó anestesiar por miedo a revelar secretos bajo los efectos del éter, y que fue leal a su general hasta la muerte, que le sobrevino por septicemia.

125 La hija primogénita, denominada pubilla, heredaba el 75% del patrimonio familiar, mientras que los demás herederos se repartían el 25% restante: la legítima. Esta práctica de origen medieval tenía como objeto evitar la fragmentación de la propiedad de la tierra.

126 Ni que decir tiene que esta decisión sentó como un tiro a la madre de Eulalia y a sus hermanas, abriendo una larga disputa sobre las partes legítimas de la herencia que no satisfizo a nadie. El resentimiento que provocó este pleito corroyó las relaciones de Eulalia con su madre y sus hermanas, lo que contribuyó sin duda a su carácter deletéreo y violento.

127 Nadie podía prever que, con esta invitación, un día Josep Mestres se convertiría en mi abuelo, Eulalia en mi abuela, el teniente coronel Sagués en mi bisabuelo y la versión saturniense de Mr. Scrooge, Josep Mestres-Mas, en mi tatarabuelo.

128 Abdul Sarahb era solo un año mayor que Teresa y estudió Economía en el City of London College. Vivía en un apartamento, propiedad de su padre, situado en 15 Richford Gate, en el céntrico barrio de Hammersmith. Su mayoría de edad, su educación y su situación económica hacían aún más extemporáneo el deseo de Eulalia de comprar una casa para que la pareja viviera en ella.

129 De hecho, Eulalia no tenía estudios superiores. Nunca llegó a aprobar el examen de Estado, la prueba que daba acceso a la universidad. El nivel más alto que cursó consistió en una enseñanza media de formación profesional en las llamadas Escuelas de Comercio.

130 Xavier fue bautizado en Londres el día de nochebuena de 1955. Eulalia no asistió, pues estaba atendiendo las navidades familiares en

su casa de Sant Sadurní. En su lugar, estuvo presente Marjorie Bossey, una abogada inglesa contratada por ella, cuyo cometido era asegurarse de que Xavier quedara registrado con los apellidos de la abuela y no con los de Teresa, su madre.

131 Este tipo de botellín alcanzó gran popularidad bajo la denominación Benjamín, marca comercializada con posterioridad por las cavas Codorníu.

132 Así lo recordaba Teresa y así es como lo contaba.

133 Esta frase es una referencia explícita al papel de agente doble que jugó Rachel durante la invasión de Bélgica, espiando a la vez para la Resistencia y para los alemanes, de quienes, como hemos visto, cobraba un pingüe sueldo.

134 En una carta que Karel escribió a su familia en 1957 encontramos la referencia más clara a su posición política:

«Vivo en una provincia que se hace llamar Cataluña. En esta región hay muchas personas con ideales comunistas que quieren la independencia y su propio gobierno. Los catalanes no soportan a los extranjeros y especialmente a la gente como yo, que está protegida por el gobierno. Mis mejores amigos aquí son oficiales, políticos y funcionarios de primer nivel. Por eso puedo vivir tranquilo, pero esa oposición hace todo lo posible para verme fracasar y hacerme la vida imposible».

Es chocante que Karel, un hombre que lo arriesgó todo, incluso su propia vida, por la independencia de Flandes se mostrara tan crítico con el nacionalismo catalán. Sus buenas relaciones con las autoridades franquistas, que le ampararon durante sus años de apátrida, podrían ser la explicación.

135 No hagas caso, Joan. Déjalo correr. Eulalia está loca.

136 Cuando era niño, mi madre me obligaba a ir a Sant Sadurní a pasar el día con mis abuelos, con mi hermanastro Xavier y con mis primos. A la hora de comer íbamos a la fonda y nos sentábamos todos a la mesa justo debajo de ese paisaje. Ya entonces resultaba forzado que se hablara con naturalidad de la belleza del cuadro, pero nunca del pintor, que era mi padre y me esperaba en casa, en Tarragona. Era

tal la omertà sobre Karel que se hablaba de la pintura como si fuera rupestre, como si su autor hubiera muerto.

137 Es probable que más de una vez Karel recordara cómo se llamaba en Bélgica a los adoquines de granito que empedraban las calles: têtes de belle-mère (cabezas de suegra).

138 Apellidos que aún conserva.

139 Arriba y Castro son unos apellidos que, para un arzobispo franquista, parecen inventados. La realidad desborda a la ficción.

140 Así eran las cosas en la España de finales de 1959, y así me las contó Teresa, mi madre.

141 Una noche de enero de 1960, la primera que mis padres durmieron en la masía, llovió a cántaros. Alguien había dejado un perro atado a un árbol, que ladraba sin parar, empapado y tembloroso. Mi padre salió en mitad de la noche con un paraguas y lo metió en la casa. Se pasó un largo rato secándolo con unas toallas viejas. Teresa calentó agua, le lavaron y le dieron algo de cenar. Aquel can de mil leches, cuyo nombre, si me lo dijeron, he olvidado, agradeció en su alma perruna que Karel le sacara de tan helada miseria. El día que, de niño, me relataron la hazaña, sentí por mi padre la reverencia que solo merecen los héroes.

142 Por si aún fueran pocos los sacrilegios que Karel cometía en esta pintura, la frase In Hoc Signo Vinces es un lema templario que evoca la visión que tuvo el emperador Constantino, tras la cual se adoptó la cruz como símbolo de la fe cristiana.

143 Ese hostal, conocido como los apartamentos Anterman, estaba por entonces en las afueras de Tarragona. Hoy se ha convertido en el hostal Tòful, al pie de lo que ha sido la carretera de Barcelona durante un par de milenios: la Vía Augusta.

144 El crédito se obtuvo gracias a un fedatario mercantil que trabajaba para el Banco Central. Este hombre, llamado Víctor Montero, creía que Karel era una persona honrada y recta y que el crédito sería devuelto, como en efecto ocurrió. Karel, agradecido, le regaló al señor Montero un cuadro que aún cuelga en su casa del Puerto de Santa María.

145 Carlitos, en flamenco.

146 Se dio la funesta coincidencia de que Eulalia había estudiado en el mismo colegio que la propietaria de la galería de arte Montfalcón. Eulalia viajó a Barcelona para contarle a su ex compañera de pupitre que mi padre era un criminal nazi, casado en Bélgica, que buscaba el matrimonio con Teresa para hacerse con la herencia de los Mestres. Karel nunca volvió a vender un cuadro en Montfalcón, lo que cercenó una de sus habituales fuentes de ingresos.

147 A principios de año, Karel sufrió un accidente viajando en un coche de Valls a Tarragona. El coche de delante frenó de golpe y quien conducía no pudo frenar a tiempo. Karel, sentado en el asiento del acompañante, estrelló su cara contra el parabrisas y se cortó el labio. Le quedó una pequeña cicatriz que cubrió, muy coquetamente, dejándose crecer el bigote.

Ese accidente tuvo un lado positivo: Karel tuvo que guardar cama para recuperarse de las contusiones y pasé muchas horas a su lado. Sentado en su cama, aprendí a leer y a escribir copiando las letras de un cuento infantil de gatos y conejos. Yo tenía tres años y medio.

148 Hoy, apartamentos Astoria.

149 Hace algunos años pude entrevistarme con la hija de Poblador, María José, y le pregunté por qué nuestros padres habían sido tan amigos y cómo fue que el suyo ayudó tantas veces al mío: «A nuestros padres les unía un lazo muy importante: el Temple. Eso —y otras cosas que algún día saldrán— explica las ausencias, la amistad y la protección de secretos que no contaban nunca, ni a sus parejas».

150 Así me describieron las furias de Eulalia cuatro personas que, por separado, las presenciaron.

151 Todo terminó cuando me extirparon la causa de mis dolencias: las amígdalas. La operación y mi hospitalización en la clínica de la Aliança de Barcelona fueron pagadas por Josep Mestres, mi abuelo materno.

152 Sorprende la referencia a Palamós en esta carta, pues Karel no vivía allí desde hacía diecisiete años. Sin embargo, cuando llegó a Sant Sadurní en 1956 aún seguía empadronado en Palamós y allí

renovaba su permiso de residencia. Eulalia debió intentar alguna acción hostil contra Karel en Palamós; quizás impedir que le renovaran la residencia.

153 Teresa Mestres, mi madre, pasó los últimos años de su vida en una residencia. En marzo de 2023, cuando quedaban pocos meses para la publicación de este libro, fui a visitarla y se lo anuncié.

—Dentro de poco te traeré el libro de mi padre impreso.

—Ya he vendido varios ejemplares aquí dentro…

—Ya sabes que hay personas en nuestra familia que no quieren que se publique.

—Que es fotin…

—Porque cuento todo lo que hizo tu madre.

—La meva mare era… diabòlica.

Tras un prolongado hiato, la palabra diabólica, pronunciada con voz desfallecida, era el epítome de una vida de recuerdos dolorosos. Los ojos verdes de mi madre, hundidos en las cuencas de una calavera con la piel pegada al hueso, brillaron húmedos por penúltima vez.

154 Leo Tindemans fue ministro de Relaciones Comunitarias del gobierno de la comunidad flamenca, y en 1974 fue nombrado primer ministro de Bélgica. Se le considera uno de los padres de la Unión Europea

155 Paul van Gompel fue el niño de nueve años que, escondido en el ático del hotel de los Holemans en Averbode, presenció cómo una turba lo saqueaba el día de la Liberación, en 1944.

156 El Bar Frankfurt de la calle Canyelles de Tarragona, que aún existe.

157 Karel van Vlaanderen fue Caballero Gran Cruz de numerosas

órdenes religiosas y militares, al igual que Karel Holemans lo fue de la Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén.

158 Durante el tiempo que duró la enfermedad de Karel, su suegro Josep Mestres le pasó a su hija Teresa diez mil pesetas cada mes para hacer frente a los gastos. Una prueba más de su bonhomía y de la amistad que unió a ambos hombres.

159 Una espléndida Meryl Streep, en su primer papel protagonista.

160 Los flamencos equivocados o errados, en neerlandés.

161 Alasá era un abogado de Tarragona que a veces contrataba a Karel como intérprete. Según me contó mi madre, Alasá le debía quinientas pesetas de una traducción. Esa última noche, Karel me estaba legando su único activo financiero: una deuda de tres euros.